Emilio López Adan
"Beltza"

DEL CARLISMO AL NACIONALISMO BURGUES

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

DEL CARLISMO AL NACIONALISMO BURGUES

B E LTZA

EDITORIAL TXERTOA
PLAZA DE LAS ARM ERIAS, 4
SAN SEBASTIAN

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Forma parte del material de trabajo
para el estudio, investigación y formación
del pensamiento marxista y la historia
del MLNV

EHK
http://www.abertzalekomunista.net

© Emilio López
© Editorial Txertoa — San Sebastián EDITORIAL TXERTOA
Plaza de las Armerías, 4 — San Sebastián
Apartado 767 — Tel. 46 09 41 Depósito Legal: BI 832 —1978
ISBN 84-7148-039-5

Indice

5 ..... **INTRODUCCIÓN**
14 **Capítulo 1. LA NATURALEZA DEL CARLISMO**
16 ..... *1. El antiguo régimen en Euskadi Peninsular: las clases populares*
20 ..... *2. El antiguo régimen en Euskadi Peninsular: las clases dominantes*
26 ..... *3. La crisis del antiguo régimen: razones internas*
32 ..... *4. La crisis del antiguo régimen: razones externas*
35 ..... *5. Transformaciones agrarias y lucha de clases*
39 ..... *6. Los carlistas*
43 ..... *7. Los liberales*
51 ..... *8. El "neocarlismo"*
53 ..... 9. *El «fuerismo liberal»*
58 ..... *10. La peculiaridad del caso navarro*
63 ..... *11. La derrota global de tos fueristas*
68 **Capítulo 2. ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y ESPAÑOLISMO OLIGÁRQUICO**
71 ..... 1. *La primera fase de la acumulación de capital en Vizcaya*
75 ..... *2. El poder político de la burguesía industrial antes de 1839*
77 ..... *3. La expansión económica entre 1839y 1868*
82 ..... *4. La expansión capitalista vizcaína entre tas guerras carlistas*
86 ..... *5. Capitalismo bilbaíno y estado central*
91 ..... *6. Restauración y españolismo oligárquico*
96 ..... *7. Política caciquil en Vizcaya en la época de aparición del nacionalismo vasco*
101 **Capítulo 3. DEL ARANISMO AL NACIONALISMO BURGUÉS**
101 ..... *1. La agresión sobre i a sociedad vasca en la época de Arana-Goiri*
113 ..... *2. El aranismo, primera fase*
121 ..... *3. El desarrollo de la burguesía nacional: la Sociedad Euskalerría*
127 ..... *4 El nacionalismo político desde la muerte de Arana hasta 1908*
133 ..... *5. Nacionalismo, industrialización y sociedad tradicional en Guipúzcoa*
139 ..... *6. Las premisas económicas, sociales y políticas del triunfo nacionalista en 1914-1918*
143 ..... *7. El triunfo del nacionalismo burgués, 1914-1922*
149 ..... *8. La precariedad del triunfo*
152 **Capítulo 4. ORÍGENES DEL PROLETARIADO NACIONALISTA**
153 ..... *1. La clase obrera no nacionalista*
164 ..... *2. Nacionalismo y socialismo españolista enfrentados*
168 ..... *3. Condiciones de base durante el desarrollo de la clase obrera de origen vasco*
171 ..... *4. Desarrollo numérico del proletariado de origen vasco*
179 ..... *5. La primera significación de ELA —S TV*

5

INTRODUCCIÓN

Dentro del nacionalismo vasco siempre ha existido el vicio de la historia, de una historia militante: desde que Sabino de Arana empezó su proselitismo con un librito que se pretendía histórico *(Bizkaya por su independencia,* 1892), muchos nacionalistas han escrito sobre el pasado del País y con argumentos históricos han venido siempre aderezadas las argumentaciones sobre la legitimidad y el porvenir de la causa vasca. Esta persistencia y esta importancia de la historia dentro de la política nacionalista parece estar atada a dos motivaciones: una, la necesidad de recuperar nuestra propia identidad, sometidos como hemos estado y estamos a una negación oficial de nuestra propia existencia como nación diferente; otra, la voluntad de legitimar con la tradición y el «sempiterno espíritu de la raza» unas opciones políticas cuyas raíces fundamentales estaban en los intereses de clase actuales de sus promotores. Este segundo aspecto ha llevado a mil falsificaciones y manipulaciones y ha desprestigiado, desde un punto de vista científico, a buena parte de la historia «ad demostrandum» que formaba la mayor parte de los textos en los que, jóvenes y hace años, íbamos a buscar nuestro pasado nacional y las razones de la legitimidad de nuestra lucha.

Habría que pensar que hoy en día la historia debiera de empezar a interesar menos. La evidencia del hecho nacional vasco se está imponiendo, y lo que antes habíamos de probarnos a nosotros mismos frente a una realidad oficial opaca y culpabilizadora, a través de mil combates dialécticos e incluso morales, es hoy, por el contrario, una realidad inmediata para los niños de nuestras ikastolas, para los jóvenes que manifiestan y militan y, en parte, para toda la sociedad. Añadamos que nuestro pueblo ha cambiado mucho con respecto al del siglo pasado; la industrialización masiva ha penetrado casi hasta el último recoveco y la crisis de la civilización agraria tradicional es agudísima. Las motivaciones políticas están en relación con las contradicciones de una sociedad fundamentalmente urbana e industrial, que más que una continuidad de la tradicional parece una violenta negación de ésta. De aquí que pueda suponerse que las argumentaciones sobre las bases de las actitudes militantes tengan que estar más en relación con los problemas de la sociedad actual que con las lejanas bases históricas de tal situación.

6

Por eso, la tarea del militante metido a historiador parece cada vez

menos necesaria. Una tradición dentro del nacionalismo y una urgencia por recuperar nuestros orígenes explican, sin duda, que aun hoy en día haya un gran interés por la historia entre nosotros; sin embargo, es posible que en cuanto las grandes líneas de nuestro pasado hayan quedado claras, su profundización y sobre todo la descripción precisa de sus detalles vuelva al redil de los historiadores profesionales. Claras las bases, el análisis de la sociedad actual y, sobre todo, la propuesta imaginativa y realista de unas opciones revolucionarias pasarán a ser unas tareas mucho más directamente ligadas a las luchas cotidianas, y atraerán lo principal de la teorización. Por mi parte, quisiera con este trabajo terminar con mi exposición de los orígenes del nacionalismo; terminar, evidentemente, no significa ni decir la última palabra científica ni dejar ya mis hipótesis como logros definitivos. Mucho queda todavía por clarificar y precisar, y se puede tener la seguridad de que este trabajo será rápidamente superado. Otro es su propósito: la situación empuja hacia los trabajos sobre la actualidad y el futuro a los que he hecho referencia y, al mismo tiempo, he sentido una especie de malestar interno constante ante lo incompleto de las tesis sobre el carlismo y el primer nacionalismo que aparecen en *«El nacionalismo vasco. 1876-1936».* La acogida hecha por amplios sectores de la izquierda abertzale a aquel trabajo, me ha llevado a suponer que un esfuerzo para precisar aquellos puntos podría ser útil para aclarar esa cuestión de los orígenes del movimiento nacionalista; este intento está hecho desde las mismas premisas filosóficas y políticas del primer trabajo y, por ello, obedece a los mismos objetivos militantes. Así, desde la óptica de la izquierda revolucionaria vasca, sería deseable que nuestra propia visión sobre los orígenes del patriotismo euskaldun llegara a ser lo suficientemente clara como para que ya determinados fantasmas no nos angustiaran; eso sería sentar ya unas bases lo suficientemente claras como para poder mirar tranquilamente el presente y hacia el futuro.

No olvidemos que determinados tópicos nos han perseguido siempre. Una cierta tendencia a identificarnos con los carlistas populares decimonónicos ha estado siempre acompañada del espectro del carácter reaccionario atribuido globalmente al carlismo; los propios orígenes del nacionalismo han sido regularmente explicados por autores diversos como un movimiento basado en los intereses del gran capital[1], etcétera. Evidentemente, aclarar estos puntos no puede

[1] Gregorio de Balparda hablaba ya de la «plutocracia» como manejadora del nacionalismo vasco (ver *Errores del Nacionalismo Vasco,* 1918, página 64), aunque Balparda sabia distinguir bien entre esa

llevarnos al extremo opuesto, a ver sólo movimientos populares, justos y progresistas en todos esos hitos identificativos de nuestra propia historia: la mentalidad extremamente reaccionaria de Sabino de Arana y la mediatización del nacionalismo popular por la burguesía local entre 1904 y 1923 son asimismo elementos reales. Pero si este trabajo consigue aclarar cuál fue la participación de las diversas clases sociales en esos aspectos políticos de nuestra historia y, con ello, nos permite una comprensión del papel de las clases populares, de sus motivos y de sus alienaciones, habría conseguido su objetivo y su autor podría permitirse el no volver a insistir sobre el mismo tema.

7

El carlismo es el primer objeto de análisis. Si el lector va a encontrar un examen de los liberales del País, los carlistas constituyen el tema principal. Además, dentro de los carlistas son sobre todo las clases populares y los campesinos en especial quienes centran el trabajo. La cuestión de saber por qué hubo un apoyo tan mayoritario y tan sentido de las masas rurales a la causa del Pretendiente constituye el centro de la primera parte de este libro.

Sin negar la existencia de factores religiosos e institucionales en la génesis de la actitud de las masas vascas, se trata de analizar la situación a nivel de la vida cotidiana y de indagar las relaciones entre la actitud carlista y la crisis económica y social del Antiguo Régimen en Euskadi peninsular. Esta relación parece evidente. Como señala Martín de Ugalde:

> «Las guerras carlistas del siglo XIX dieron a sus contemporáneos la impresión de que se estaba produciendo la liquidación de todo lo que constituía la base cívico-política del pueblo vasco. De aquí la angustia con que se vivió y la dureza con que se mató».[2]

En las páginas siguientes trataremos de detallar la amplitud de la crisis interna del sistema vasco y la incidencia sobre esta crisis de la legislación liberal y centralista que se le impone al País en el siglo pasado. Conforme a la hipótesis que se va a desarrollar, la

---

«plutocracia» y los grandes capitalistas españolistas a quienes servía él mismo. Cuando Antonio Ramos Oliveira recoge esta afirmación *(La unidad nacional y los nacionalismos españoles,* México 1969, pág. 145) el nacionalismo queda ya en instrumento de la «plutocracia» vizcaína a secas. Tuñon de Lara *(La España del siglo XX,* 1966) cita sin crítica alguna a Emilio G. Nadal, quien dice: «El nacionalismo catalán y su hermano más joven, el vasco, surgen en la España del siglo XX en el seno de la burguesía industrial y financiera, la única clase que podía engendrarlos». El propio Pierre Broué *(La révolution et la guerre d'Espagne,* 1961) atribuye a los empresarios vascos, sin mayor precisión, las tendencias centrífugas y el separatismo.

[2] *Síntesis de la Historia del País Vasco,* Madrid, 1974, pág. 167, siguiendo a Ildefonso de Gurruchaga.

introducción de la mentalidad burguesa sobre la propiedad y la explotación de la tierra va a ser un elemento básico dentro de la liquidación del sistema agrario tradicional, y va a ser sentida así por los campesinos. Más específicamente, las leyes desamortizadoras eran los instrumentos jurídicos más precisos de esta nueva redistribución y reconcepción de la propiedad; así, el liberalismo y el centralismo aparecían claramente ligados a la ofensiva contra la estructura tradicional de la vida vasca y no ha de extrañarnos que la defensa de sus propias condiciones tradicionales de existencia llevara a los campesinos a reclamarse ideológicamente de la religión, los fueros y el carlismo. Esta relación ha sido ya señalada por varios autores[3], sobre todo recientemente; en este trabajo trataremos de detallarla con suficiente precisión.

8

Esta crisis de base explica las condiciones de presión económica y descomposición social en que se produce el movimiento carlista. Sin embargo, éste no es una simple revuelta de los campesinos pobres y de los arrendatarios; hay a nivel local un bloque carlista que incluye a artesanos y a la nobleza local, por no citar a comerciantes y rentistas después de 1868. El problema de la forma precisa tomada por la insurrección carlista y, en especial, de la dirección del movimiento por los propios sectores trad icio na listas de las clases dominantes, es una cuestión básica. En su análisis se encuentra la clave del carácter popular y de justicia que tiene la base artesana y campesina, coexistiendo con el carácter reaccionario y contrarrevolucionario de la dirección política; asimismo, la pertenencia de los dirigentes a las clases dominantes explica la posibilidad del compromiso y del pacto con los liberales, cuyos dirigentes eran miembros de fracciones diferentes de esos mismos acaparadores de la extracción hecha sobre los campesinos y las capas populares. Pero la facilidad con la que la base se pliega a las traiciones de sus dirigentes sería incomprensible sin una determinada actitud social y cultural de aceptación del natural papel dirigente de los «jauntxos» locales.

Normalmente, el campesinado es una clase fragmentada, especialmente en los países, como el nuestro, dé propiedad y habitación divididas y separadas. Hasta la aparición de la sociedad industrial, sus movimientos armados toman la forma de revueltas, levantamientos, sediciones, matxinadas..., pero nunca la de revoluciones; no hay un proyecto de transformación de la sociedad

[3] Citemos el clásico trabajo de Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth,* 1960. Ver especialmente la pág. 145 (de la edición francesa, París 1962).

que comporte la toma del poder por los campesinos, sino que su objetivo se limita a recuperar parcelas de poder local acaparadas por nobles, villas o estado, así como a disminuir la importancia de la extracción en dinero y cosechas a que instituciones y clases dominantes les someten. A partir de la Revolución francesa de 1789 vemos a los campesinos contribuir a la obra revolucionaria; a la burguesa en esta fecha, a la que pudo ser socialista en la Rusia de 1917. Más recientemente, su papel aparece decisivo en las revoluciones de China, Argelia, Cuba, Vietnam, Camboya y otras[4].

9 En el caso de las guerras carlistas, nos encontramos ante unas insurrecciones propias de la época preindustrial, aunque ya la mentalidad burguesa esté presente en la ideología liberal y en la redistribución de la propiedad de la tierra. No hay por parte de las masas campesinas vascas ni un proyecto revolucionario propio ni tampoco una actitud de revuelta mesiánica totalizadora y radical[5]. Se trata más bien de una resistencia contra la introducción del capitalismo agrario, contra la ofensiva de la mentalidad burguesa cara a la sociedad tradicional; es, probablemente, un fenómeno parecido al de la resistencia vendeana contra la Revolución francesa, cuando campesinos y nobles locales continúan una lucha que ya venía desde mediados del siglo XVIII contra los burgueses que querían imponer su visión del mundo, su poder y su racionalidad económica. Estos burgueses compradores de bienes nacionales pueden, así, asimilarse a nuestros liberales que adquieren tierras desamortizadas.

Y en estas luchas de resistencia, la participación de la nobleza local al lado de los campesinos no es un fenómeno particular al País Vasco. Lo encontramos ya en la Guerra de los campesinos alemana, en la revuelta de los «Nu-pieds» de Normandía en 1639, en la ya citada resistencia vendeana; más aún, en está y en la revuelta normanda, aspiraciones más o menos autonómicas son ya formuladas. Parece una regla general que cuando los campesinos se encuentran confrontados al mundo exterior, a la agresión de una sociedad englobante cuya penetración va a producir una crisis vivida del sistema tradicional, tienden a poner la dirección de la comprensión de este fenómeno y de la resistencia cara a él, en manos de los

---

[4] Sobre los campesinos y las revoluciones de este siglo, un texto básico es el de Eric Wolf, *Les guerres paysannes du víngtième siécle?* París 1974 (traducción francesa; 1ª edición inglesa en 1969).

[5] Como fue el caso de la Guerra de los Campesinos en el primer cuarto del siglo XVI en Alemania. Merece la pena leer a F. Engels *Der Deutsche Bauernkrieg,* 1875 (traducción francesa, La Guerre des paysans en Allemagne, París 1936), así como a E. Bloch, *Thomas Münzer, ais Theologe der Revolution,* 1921 (traducción española. *Toma Munzer, teólogo de la revolución,* Madrid 1968).

notables tradicionales locales. Así lo formula E. Le Roy Ladurie:

10

> «Los rústicos, cuando se encuentran confrontados con el mundo exterior, tienden a sacar sus líderes de entre esos mediadores naturales que, con respecto a las fuerzas extrañas de la sociedad englobante, son los pequeños notables, los curas y además, cuando no están en conflicto directo con los campesinos, los señores locales»[6]

Estas observaciones nos introducen el concepto básico de la mediación. Podemos aceptar que en la sociedad tradicional los centros fundamentales de decisión y de extracción de los productos agrarios escapan al control de la sociedad campesina: el Estado, la Iglesia, la ciudad, el señor, se colocan a una cierta distancia de la comunidad de los campesinos directamente productores. Dicho de otro modo, la sociedad campesina aparece rodeada de una sociedad englobante que, en última instancia, determina los límites y las condiciones de la autonomía campesina. Conforme avanza el desarrollo de la burguesía y de la industria, los conflictos ligados a la penetración de la sociedad englobante en la vida local ganan en agudeza, hasta que la fuerza de resistencia aldeana sea quebrada o liquidada. La legislación general, en especial en los aspectos referentes a las reglas de la herencia o a la concepción del derecho de propiedad, es una de las principales fuentes de conflictos entre sociedad rural y sistema englobante; los aspectos lingüísticos de este enfrentamiento son típicos, ya que la autonomía cultural está ligada a las formas de vida locales, y su persistencia se opone a la legislación y la economía unitarias.

Sin embargo, entre la comunidad de pobres rústicos y la sociedad englobante existen grupos sociales intermediarios: son los notables locales, que por sus orígenes y sus formas de vida pertenecen a la comunidad campesina, mientras que por su situación de clase pertenecen a la sociedad englobante donde las decisiones se toman y donde las clases dominantes aprovechan la extracción sufrida por los campesinos. A esta posición intermediaria, los notables añaden unas relaciones de jerarquía significativa hacia los campesinos, relaciones codificadas y aceptadas por la costumbre y la tradición. No olvidemos que el «ser bueno para sus aldeanos» es más bien una necesidad económica que un reflejo de la nobleza del alma; ofreciendo paz y protección, logrando del aldeano un reconocimiento moral y social, el notable local, el señor, legitimaba sus exigencias en productos y

[6] Artículo «Civilisation rurale», Enclycopaedia Universalis, vol. 14, página 511, París 1968.

dinero, hacía llegar regularmente a su casa las ofrendas rituales y, en última instancia, se convertía en un hábil acumulador de fuerza de trabajo.

11

En esta situación, aceptado como cabeza natural de la comunidad campesina y colocado en una postura intermedia que la hacía aparecer como capaz de comprender, explicar e incluso influir sobre la sociedad englobante, era natural que el notable hiciera el papel mediador entre ésta y la sociedad campesina. Esta mediación no se traduce sólo en explicaciones e influencias; a veces toma la forma de dirección y manipulación de los enfrentamientos violentos entre ambas sociedades[7]. En nuestro País, donde la persistencia de las antiguas «gens» conecta probablemente con la intrincada red de parentescos, protecciones, venganzas familiares, etc., que forma la estructura familiar de las guerras de banderizos medievales, esta doble relación de dependencia (es decir, de explotación y de protección a la vez) entre nobleza local y campesinos, llega probablemente hasta el siglo XIX en estado bastante operativo; el tipo de arrendamientos a largo plazo facilita, sin duda, que este carácter «natural» de la mediación fuera admitido sin crítica alguna por la mayoría de la población campesina. De aquí la naturalidad con que la masa carlista aceptaría la dirección de la guerra por los notables.

Sin embargo, si bien el notable local tiene amplias relaciones sociales y culturales con la comunidad rural, su auténtica situación de clase y, con ella la base de su comportamiento político, ha de encontrarse en su pertenencia a las clases dominantes y explotadoras. Serán, antes que miembros de la sociedad campesina, nobles o burgueses o, en algunos estados actuales, funcionarios. Por ello, tenderán siempre a llevar la revuelta que mediatizan hacia un compromiso dentro de las clases dominantes; la lucha campesina será una palanca para regatear un trozo más importante dentro del reparto del poder político o de las ventajas económicas. Cuando la situación llegue a un punto donde un compromiso favorable es posible, traicionar a las masas será el elemento decisivo para lograr esa postura favorable dentro del nuevo equilibrio entre los explotadores. Nada hay nuevo en esta realidad; ya en la Guerra de los Campesinos del siglo XVI la traición de nobles y de burgueses, aliados a los aldeanos en algunos momentos, es un elemento clave de la derrota y de la represión. En Euskadi Peninsular

[7] Sobre el concepto de mediación ver, en especial, a Henri Mendras, *Sociétés paysannes,* París 1976, sobre todo los capítulos 5 («*Prélévement, pouvoiret médiations*»)y 6 («*Révoltes et révolutions*»).

el compromiso de Vergara ha sido más de una vez calificado de traición, y los contactos entre carlistas moderados y fueristas liberales al final de la última guerra son, sin duda, la traducción de la nueva alianza contrarrevolucionaria de las clases dominantes locales. Por ello, entender la historia del carlismo es tanto hacer una descripción de los motivos económicos y sociales que crearon un malestar suficiente como para provocar la guerra, como tratar de explicar el mecanismo de la mediación en nuestra sociedad y en la dirección política del conflicto, encontrando en él la clave del carácter reaccionario de buena parte de sus manifestaciones y de las traiciones finales.

12

Y al historiar el primer nacionalismo vasco, extender este concepto de mediación a las relaciones entre la primera clase obrera nacional y la patronal local es algo muy tentador. En efecto, el nacionalismo incluye en sus filas a una amplia base social, donde no faltan campesinos, pero donde las nuevas clases que lo caracterizan y lo diferencian salen de la propia sociedad industrial: obreros y pequeña burguesía urbana constituyen la base más significativa del cambio que va del carlismo al nacionalismo. Y, pese a ello, el nacionalismo burgués de la primera época, simbolizado por la Comunión Nacionalista, es claramente contrarrevolucionario y aparece mediatizado por una ideología amalgamando el integrismo con una visión burguesa del mundo. En última instancia, hay una interpretación pequeño-burguesa de los intereses de la burguesía local, y esta interpretación constituye la base de la ideología y de la política nacionalista.

La clase obrera nacionalista adopta una posición interclasista, que presupone una armonía y una colaboración fundamentales entre las clases vascas y que, sobre todo, acepta la primacía de la burguesía nacional a la hora de hacer política. Habría que hablar aquí de «alienación», de «reificación»; habría que repetir, con Lukacs, que el proletariado es un producto del capitalismo, que por ello mismo se encuentra sometido a unas formas de existencia creadas por su productor, y que el desarrollo de una auténtica conciencia de clase, es decir, de la comprensión de su ser colectivo y de su papel histórico, sólo se hace a través de las luchas anticapitalistas y de la autoorganización como clase. El proletariado nacionalista va a ser una clase joven, dispersa; pero la supervivencia de las formas de vida tradicionales y la situación colectiva de opresión nacional, van a facilitar el que, en una primera época, los burgueses locales aparezcan como una parte de la propia sociedad vasca, como unos

creadores de riqueza y de empleos y, por tanto, como salvadores tras la dura época de crisis agraria previa. Es lógico que al seguir siendo parte de la sociedad local negada por la sociedad englobante, y al reproducir la situación de doble dependencia —en explotación y en protección— los campesinos recién proletarizados transfieran la condición de mediadores desde los «jauntxos» decimonónicos a los primeros burgueses.

13

Así, la historia de este período sería la de una doble mediación, la de la incapacidad de un campesinado y un proletariado alienados de dar a sus luchas contra la centralización burguesa un contenido revolucionario, y la de la transferencia de la dirección política a dos grupos sociales dominantes y explotadores —«jauntxos» primero y burgueses después— quienes, en función de su situación de clase, procederán a llevar la lucha popular hacia resultados de compromiso entre explotadores. Este es el tema principal del libro. Todo lo demás aparece sólo como cuadro de fondo necesario para tratar de entender las motivaciones, las posturas y los sufrimientos de las clases populares vascas.

Capítulo 1. LA NATURALEZA DEL CARLISMO

La importancia del fenómeno carlista para la historia del pueblo vasco es indiscutible. Los autores nacionalistas le han dedicado muchas páginas, tanto por el carácter fuerista de los conflictos del siglo XIX como por la áspera polémica que, desde Arana Goiri hasta 1936, va a enfrentar a nacionalistas y tradicionalistas.

J. C. Larronde[8] nos da una clasificación de las diversas tesis interpretativas que se han mantenido sobre el carlismo vasco. Un sector de patriotas considera a las guerras decimonónicas como auténticas guerras nacionales vascas, aunque embrionarias y mal expresadas; como ejemplos, cita al suletino Chaho[9] y al ayalés Galíndez[10]. Por el contrario, los autores liberales partidarios de la España unitaria, como Balparda por ejemplo[11], afirman que el verdadero meollo del carlismo estaba en la defensa de la religión y del absolutismo, siendo la cuestión de los fueros algo de menor importancia[12]. Larronde considera como la tesis más correcta (y,

---

[8] *Le nationalisme basque. Son origine etson ideoiogie dans i'ouvre de Sabino de Arana-Goiri.* Tesis doctoral, Burdeos 1972. Traducción castellana, San Sebastián 1977. Verpágs. 37 a 43.
«Don Caitos es algo accidental en la Primera guerra carlista, que es una guerra nacional de los vascos, en defensa de las instituciones amenazadas por los gobiernos liberales de Madrid y por la Constitución de Cádiz que las abolió». (La Tierra de Avala y su Fuero, Buenos Aires 1957, pág. 199).

[9] Sobre todo su libro *Voyage en Navarre pendant i'insurrection des Basques,* 1835. Traducción castellana, San Sebastián 1976. Una interpretación extrema es la de F. Sarrailh, quien comentando a Chaho dice: «El autor suletino sabía muy bien que el deseo de independencia y de unidad, de fraternidad entre los vascos era una realidad que les empujaba en la lucha de liberación nacional. Por ello todos los vascos de su época veían a Zumalakarregi el héroe nacional, independientemente de las ideas monárquicas que el caudillo vasco pudiera tener. Así para los vascos del Norte contaba esa fraternidad por encima de toda frontera trazada por los imperialismos a través de la patria» *(La cuestión vasca,* 2. ed., s., f., s. p.)

[10] A las citas recogidas por Larronde, podemos añadir esta otra: «Don Carlos es algo accidental en la Primera guerra carlista, que es una guerra nacional de los vascos, en defensa de las instituciones amenazadas por los gobiernos liberales de Madrid y por la Constitución de Cádiz que las abolió». *(La Tierra de Ayala y su fuero,* Buenos Aires 1957, pág. 199)

[11] Por no repetir lo ya dicho por Larronde, reproduciremos el trozo siguiente, que resume bastante bien la opinión de Balparda: «Y no hay que darle vueltas; inconscientemente por algunos, con perfecto conocimiento y con plena malicia por otros, tras de los aparentes entusiasmos de los reaccionarios por libertades que son incompatibles con su credo, no se persigue más finalidad que la de utilizar el Fuero contra la revolución, y por esto, a pesar de sus alardes de fuerismo, en todo el siglo XIX, desde que Femando Vil sembró la discordia en la nación, la obra de aquellos elementos que llegan a predominar en el Señorío, no es sino una perpetua, una colosal conspiración contra el espíritu moderno». («El sentido liberal del Fuero de Vizcaya», conferencia, 6 de mayo de 1908).

[12] Cerca de esta posición están buena parte de los socialistas del primer tercio del siglo XX, enemigos del nacionalismo y sentidos partidarios de la unidad estatal española. Ramos Oliveira dice, con la mayortranquilidad: «Los carlistas no luchaban por sus libertades locales, fueros o privilegios políticos, sino por privar de la libertad a los demás españoles, por imponer el absolutismo en toda

como veremos, tiene probablemente razón) la mantenida por autores también patriotas, como Orueta, Campión y Gárate, para quienes hay que ver en estas guerras la utilización por parte de unas oligarquías reaccionarias de un sentido problema de crisis y autonomía locales.

15

De todos modos, las diversas tesis de tipo ideológico no nos explican, o lo hacen sólo de modo muy parcial, las motivaciones concretas que, a nivel de la vida cotidiana, del trabajo, de las relaciones sociales, en una palabra, de la actividad productiva y social inmediatamente vivida por los grupos sociales carlistas, fueron causa de su apoyo a la causa del Pretendiente. Por desdicha, hasta hace muy poco ni el carlismo vasco ni el carlismo en general han sido objeto de buenos estudios desde este punto de vista. Una enorme literatura se ocupaba del tema, pero los aspectos más valorados y descritos eran los políticos e ideológicos, con una enorme carga afectiva y polémica en muchos casos[13]. Obviamente, los autores nacionalistas no escapan a esta regla general, tanto al investigar por cuenta propia como, lo que es más corriente, al interpretar desde su punto de vista político las investigaciones hechas por otros. Afortunadamente, desde hace unos diez años se han publicado bastantes trabajos hechos con una perspectiva nueva. Descripciones más correctas y menos idílicas del Antiguo Régimen en el País Vasco peninsular, estudios sobre la crisis del siglo XIX en sus aspectos económicos y sociales, trabajos sobre la Desamortización, investigaciones sobre la sociología del carlismo, nos permiten ya acercarnos a una comprensión más correcta de ese fenómeno sustancial para nuestra historia.

16

Antes de entrar en materia, el autor ha de confesar que estas líneas son, sobre todo, una interpretación sobre investigaciones de base hechas por otros; por tanto, su valor científico-histórico es menos sustancial que su aspecto de trabajo hecho al servicio de una concepción del mundo y de las necesidades políticas.

1. El antiguo régimen en Euskadi Peninsular: las clases populares

España» (op. cit., pág. 125).

[13] Ver sobre la cuestión el capítulo VI del libro de Julio Aróstegui El *carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876* y, en especial, el apartado «La significación del carlismo. Estado de la cuestión». (Vitoria, 1970).

Hacia la mitad del siglo XVIII se puede describir una sociedad vasca con unas características propias y diferenciales dentro de la Europa del Antiguo Régimen; añadamos que a ambos lados de los puertos que discurren entre Orduña y Velate, cada vertiente tiene bastante uniformidad, y ambos lados de la cadena poseen una complementariedad. La mayoría de la población es campesina; en la vertiente septentrional, de la que nos ocuparemos más especialmente, el caserío forma la unidad básica de vida social y de producción. Después de ensayos que han durado varios siglos, los baserritarras habían conseguido encontrar un sistema de rotación de cultivos, de abono y de actividades complementarias que, dadas las condiciones sociales y tecnológicas de la época, aseguraban una producción que se podría calificar de idónea. Aunque quedaban restos del viejo barbecho, el cultivo continuo en ciclo bienal se había hecho predominante alternándose el trigo, el nabo y el maíz; la cal producida en el monte y el estiércol obtenido de los animales de la cuadra sobre camas de helecho, eran ampliamente usados para sostener el intenso ritmo de las cosechas; nabos y alubias, completados por castaños y manzanales, aseguraban una mayor suficiencia alimenticia a cada caserío; en casa se tenía al ganado de labor, base del estiércol, a los cerdos y a las aves de corral, mientras que en el monte vivían el vacuno de recría, las cabras y, sobre todo, las ovejas. En los montes circundantes se disponía de los pastos, de la madera para las reparaciones, de la leña para el fuego, de las caleras, de las canteras y de donde producir el carbón de madera.

Tanto el cultivo con layas, como la obtención de la cal, el corte y acarreo de hierbas y helechos, y otros trabajos, exigían una gran cantidad de mano de obra utilizada al mismo tiempo. Por ello, en los caseríos se concentraban grandes familias; el grupo típico era el de la pareja joven, dueña o arrendataria, los padres que fueron los antiguos explotadores, tíos y tías solteros, los hijos aún no emancipados y, en ocasiones, algún criado. El trabajo de ancianos, mujeres y niños poseía una utilidad evidente. Más aún, bastantes trabajos se hacían de forma colectiva entre los habitantes de un mismo barrio o zona, extendiéndose este régimen de «hauzolan» a la obtención de la cal, la conservación de los caminos, etc. Estos trabajos eran objeto de una intensa significación social y cultural, siendo sus culminaciones ocasión de fiestas, canciones, transmisión de la cultura popular e incluso de escapes sexuales y alimenticios. Consecuentemente, las instituciones de presión y crítica social, de solidaridad y ayuda mutua familiar y entre vecinos, estaban bien

codificadas y extendidas.

17

En general, el caserío era autosuficiente para alimentarse, excepto en trigo y, a veces, en carne y vino; la obtención de ingresos monetarios ligados en especial a la actividad siderúrgica (mediante, por ejemplo, la producción y el transporte del carbón de madera) y la existencia del libre comercio foral permitían subsanar esta deficiencia. Pese a todo, no se nadaba en la opulencia: la alimentación se reducía a borona, leche, castañas, tocino rancio, habas y sidra; la carne quedaba para las fiestas.

La estabilidad relativa de este sistema estaba en función de bastantes elementos. Así, la conservación de la gran familia troncal alrededor del «etxeko jaun» o de la «etxeko andre» era necesaria para obtener el cúmulo de trabajo indispensable; del mismo modo, el caserío había de mantenerse indiviso bajo pena de quedar reducido a dos o tres explotaciones separadas, que serían económicamente inviables. Esta situación está ligada a la institución del «heredero único», elegido entre los hijos e hijas o, incluso, traído de fuera cuando ésta era la única forma de asegurar la supervivencia del caserío (como en el Fuero de Ayala). Corolario de esta institución era la triste situación de los no elegidos; unos habrían de emigrar, y otros se quedarían en el caserío sin posibilidad de casarse, dando así origen a una situación institucionalizada de miseria sexual Añadamos que las formas de democracia campesina directa, cuando existían, se reducían a los «etxeko-jaunak», quedando excluidos de ella segundones, mujeres y ancianos.

Esta situación productivo-alimenticia estrecha, a quien se quiere hacer estable y permanente, está probablemente en relación con otra institución típicamente vasca, la de la «nobleza universal». El objetivo sustancial de la exigencia de pruebas de «nobleza» para que un extranjero pudiera avecindarse en el País, era impedir la llegada de nuevos pobladores, ya que su afincamiento pondría en grave peligro al límite situación económica descrita. Es obvio que, si este estado de cosas obligaba a emigrar a los hijos del País, se tratara de adoptar una política «malthusiana» con respecto a la inmigración. De hecho, sólo los nobles poseedores de fortuna podían permitirse el lujo de efectuar las complicadas gestiones burocráticas y de sacristía a través de las que se podía probar la «limpieza» de sangre.

18

La relativa autosuficiencia alimenticia que se ha mencionado, se completaba con los cultivos de lino y de vid, que permitían vestirse y obtener vino. Un amplío artesanado cubría el País, siendo muchas

veces una forma de actividad complementaria de los propios campesinos, que fabricaban ellos mismos cestos, yugos, etc. De todos modos, ya en el siglo XVIII el dinero era necesario: tanto para los alimentos complementarios como para el pago de la renta en muchos casos. Este dinero se obtenía de la producción de carbón de leña, de su acarreo, así como de la extracción y del transporte del mineral de hierro y de los productos de las terrerías[14].

El monte circundante poseía, pues, una importancia sustancial para la población campesina: en él se obtenían la cal, la leña y el helecho; en él pastaban sus ganados; en él se producía el carbón de leña y de él se sacaba la vena de hierro, fuentes de ingresos monetarios. En el sistema tradicional, en el Antiguo Régimen pues, el monte era, en general, de explotación libre por todos los vecinos, bajo dos regímenes posibles: el de bien comunal y de propio del pueblo o del lugar. En lo que al pasto de los ganados se refiere, sólo quedaban fuera del patrimonio pastoral (es decir, fuera de los sitios donde el ganado de todos los vecinos podía pastar libremente), las viñas, los viveros, los manzanales, las huertas y las heredades sembradas y cercadas. Este pasto libre y esta libre explotación de los comunales son las instituciones claves de la época.

Hay que insistir en la relativa fragilidad y precariedad de este sistema: cualquier calamidad natural llevaba a una crisis de subsistencias, ya que los límites entre la población y la producción eran muy estrechos. Estas crisis se veían agravadas por la especulación que con la carne y los granos hacían los grandes propietarios y los ricos, siempre deseosos de hacer beneficios; entre sus costumbres estaban, como en toda Europa, el acumular granos en épocas de carestía para hacer subir los precios, y el sacar fraudulentamente hacía otras provincias los ganados que, en épocas de escasez, se vendían allí más caros. De aquí que estallaran en este siglo XVIII diversas revueltas populares contra los especuladores, quienes coincidían con los mayores notables; las más conocidas son las matxinadas de 1718 y de 1756.

19

Para entender el fenómeno carlista, es importante subrayar que el Sistema foral y su legislación tenían el carácter de superestructura jurídica de la situación económica y social descrita. Dejando aparte las ya citadas instituciones del heredero único y de la nobleza universal,

[14] Sobre las relaciones entre debilidad del sector agrícola, emigración, importación de subsistencias e ingresos monetarios ligados a la industria metalúrgica, es muy claro el artículo de Luis María Bilbao, «Crisis y reconstrucción de la economía vascongada en el siglo XVII», Revista Saioak, nº 1, pág. 157, 1977.

en el Fuero se regulaban estrechamente las relaciones entre la propiedad privada y la apropiación colectiva de la tierra; se distinguían los bienes comunales, aprovechados directamente y de modo gratuito por los vecinos, de los bienes de propios, cuyas rentas se destinaban a fines municipales; se reglamentaba la libre circulación de los ganados y se prohibía expresamente cerrar las heredades para impedirles el paso; la explotación de montes y minas se tocaba igualmente, de tal modo que en lo que a las minas respecta su propiedad correspondía a los pueblos y el mineral pertenecía a quien lo arrancara, pero sólo mientras continuara tal trabajo, de tal modo que los campesinos hacían explotaciones de poca monta con el fin de obtener algunas rentas complementarias. La legislación era minuciosa y precisa sobre todo estos aspectos sociales y productivos[15].

Resumiendo, podríamos decir que el sistema foral daba primacía a una concepción de la propiedad totalmente opuesta a la del antiguo «*jus abutendi*» del Derecho Romano e incluso a la de la propiedad privada absoluta y exclusiva que el liberalismo vehiculará hacia el capitalismo.

Sin embargo, las tendencias de clase eran visibles dentro de este sistema. Así, sobre si los pastos comunes podrían utilizarse exclusivamente por los vecinos circundantes o por todos los guipuzcoanos, una polémica jurídica recorre todo el siglo XVIII. En efecto, para los grandes propietarios de ganados la libre circulación por toda la provincia era una necesidad, mientras que los pequeños propietarios de los pueblos preferían restringir la libertad foral a lo que un rebaño pudiera recorrer, con ida y vuelta, «de sol a sol». En general, los alcaldes serán defensores de la propiedad vecinal, y las Juntas de la propiedad provincial: en estas últimas, evidentemente, eran predominantes las grandes familias, los principales propietarios en suma. Además, en los pueblos donde los alcaldes se corresponden con las familias más ricas, no es extraño ver ya durante el siglo XVIII diversos asaltos contra la concepción foral de predominio de la apropiación colectiva. Coincidiendo con el aumento de la productividad agraria, en varios pueblos saldrán comunales a la venta, dándose el caso de que quienes decidían qué tierras habrían de venderse y reducirse a propiedad privada, eran los mismos que

[15] Este conjunto de características han sido señaladas por autores diversos. Ver, por ejemplo, Jesús de Galíndez, *El derecho vasco,* Buenos Aíres 1947, y, en especial, el capitulo V, «Secular vida civil». Dice así: «Los Fueros y las costumbres se han detenido minuciosamente en regular, no sólo el derecho de propiedad, sino también las relaciones de vecindad entre los caseríos vecinos, las servidumbres, los aprovechamientos comunes y los caminos» (pág. 95).

iban a comprarlas. Diversas denuncias de pequeños propietarios contra estas maniobras nos indican ya la existencia de tensiones internas, que prefiguran la violencia del siglo XIX.

20

El sistema foral poseía asimismo una legislación aduanera que, en la cuestión de las subsistencias, era favorable a los humildes. En efecto, en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, donde faltaba trigo, éste entraba libremente por los puertos marítimos, ya que las aduanas del País estaban en la raya con Castilla: el precio era, pues, más barato que si hubiera que traerlo del interior de la Península. Esta situación tentaba a los propietarios: éstos, que o bien compraban excedentes de trigo barato o bien lo recibían de los propios campesinos como renta o diezmo, tendían a sacarlo de estas provincias y venderlo en el interior. La «extracción de granos» se convertirá así en una de las lacras del País y en una continua causa de protestas populares.

2. El antiguo régimen en Euskadi Peninsular: las clases dominantes

He aquí, pues, una parte del cuadro de vida de los campesinos, mayoría de la población del País. Pero esta descripción sería incompleta si no nos ocupáramos de las clases dominantes y de las relaciones entre éstas y el pueblo.

A nivel personal, muchos campesinos dependían directamente de los «jauntxos» locales. Nobles de orígenes diversos y comerciantes enriquecidos poseían caseríos que daban en arriendo: en Guipúzcoa ya principios del siglo XIX, según Fernández Albaladejo[16], cerca del cincuenta por ciento de los campesinos eran arrendatarios y, según los pueblos, de un cinco a un ocho por ciento de los propietarios de caseríos pueden calificarse de propietarios importantes. La renta, pagada parte en especies y parte en dinero, en proporción mayor o menor según las comarcas, era bastante elevada por aquellos años, y venía a suponer cerca de un treinta por ciento de la producción de cada caserío. Alfonso de Otazu [17] describe un proceso de concentración de propiedad de la tierra durante el siglo XVII en el que la usura y los préstamos a los campesinos parecen jugar un

[16] *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa.* 1766-1833. 1975
[17] *El igualitarismo vasco: mito y realidad.* San Sebastián 1973.

importante papel, provocando el endeudamiento, las ventas de propiedades y el aumento del número de arrendatarios. Esta dependencia directa con respecto a los propietarios había conocido en los siglos anteriores formas de prestaciones en trabajo personal típicamente feudales, y en el siglo XVIII seguía pesando duramente sobre los arrendatarios.

21

El conjunto de los campesinos sufría asimismo otra forma de extracción: el pago de los diezmos. En el País bastantes iglesias eran de «patronato divisero», es decir, que la percepción de los diezmos y la administración material del templo quedaba entre las manos de familias particulares, quienes se arrogaban la herencia de los derechos poseídos por fundadores, dotadores o defensores de tales iglesias. Gorosábel[18] nos da una lista de 28 patronatos que estaban en posesión de 16 casas solares, donde estaban representadas los Granada de Ega, Narros, San Millán, Villafuertes y Valdespina; Sebastián Insausti[19] trae una lista completa de los patronatos a mediados del siglo XIX, donde se ve la persistencia del derecho de presentación de párrocos y administración de iglesias en manos de estas familias nobles. Los diezmos suponían, pues, una forma indirecta de extracción por parte de los nobles; además, significaban la dependencia de buena parte del clero local con respecto a esas mismas grandes familias.

Sin embargo, esta situación de patronato formaba parte de la estructura tradicional; sólo en épocas de crisis procedían los campesinos a no pagar los diezmos, pero en condiciones de estabilidad del sistema esta extracción se aceptaba como algo natural, ligado a la preeminencia social de las grandes familias. Del mismo modo, los tipos de arrendamiento a largo plazo creaban una especie de estabilidad en la relación entre dueños y caseros: el arrendamiento era considerado como hereditario y sus condiciones se reconducían casi tácitamente. Esto no impedirá que en épocas de cambio, de aumento de precios agrarios o de crisis, los dueños no traten de modificar las condiciones y la duración de los arrendamientos, pero en condiciones de estabilidad su perennidad era la regla. Con todas las modificaciones ocurridas desde la Edad Media, la sociedad del Antiguo Régimen mostraba una clara continuidad de ciertos rasgos feudales; cierto que las prestaciones personales habían desaparecido y que la renta se pagaba muchas

[18] *Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa.* Tolosa 1900. Tomo IV, página 219.
[19] *Las parroquias de Guipúzcoa en 1862.* San Sebastián 1964, pág. 117 y siguientes.

veces en dinero, así como que buena parte de los nuevos propietarios de tierras eran burgueses y comerciantes, mientras que parte de la nobleza agraria se dedicaba a negocios mercantiles. La sociedad agraria aparecía así doblada por un sistema de «producción precapitalista de mercancías», pero no existe un capitalismo agrario en cuanto no hay ni un mercado libre de la tierra ni un proletariado rural cuya fuerza de trabajo sea comprada por los propietarios. La persistencia de un tipo de relaciones entre los productores directos (artesanos y campesinos) y los propietarios de tierras (muchos de ellos nobles, ennoblecidos o «jauntxos») no capitalistas, sino basado en una costumbre y unas relaciones jurídicas que equivalían a una coerción extraeconómica, nos permite considerar como real la continuidad entre Antiguo Régimen y sociedad feudal. Pues bien, en el feudalismo hay un doble componente en las relaciones de dependencia entre súbditos y señor: de explotación por una parte y de protección por otra. Que este aspecto de «protección» sirva fundamentalmente para legitimar el despojo de. los campesinos y la autoridad del señor, no impide que su función cultural y social sea clarísima.

22

En el País Vasco, las cuestiones de linaje y, con ellas de dependencia, ayuda mutua y venganza, formaron un muy significativo cuadro de vida y de relación en los siglos de las luchas banderizas, estrechando si cabe los lazos de dependencia entre «jauntxos» y campesinos que de ellos dependían. La existencia de las villas, el declinar de la autoridad puramente feudal de los Parientes Mayores, la dispersión de la población y el aumento de los campesinos libres, modificaron profundamente las relaciones económicas, jurídicas y de poder, hasta acercarnos a las formas de «democracia de etxeko-jaunak» propias de la vertiente cantábrica. Sin embargo, en esta democracia se aceptaba como cosa natural que los grandes propietarios, los «millaristas», coincidieran con los detentadores de los cargos públicos. Hay que pensar que su función de dirigentes natos y naturales de la colectividad estaba admitida como un valor propio de la sociedad del Antiguo Régimen, y que poseía, entre otras, dos bases económico-sociales importantes: una era la primacía de la nobleza comerciante (y de los comerciantes ennoblecidos) dentro de la propiedad de la tierra, del comercio internacional y de las actividades metalúrgicas; otra, la persistencia de un importante número de arrendatarios, el carácter estable y tranquilizador de los arrendamientos a largo plazo y la calidad de patronos eclesiásticos y alcaldes natos que daba a los «jauntxos» una primacía social cara a

toda la comunidad campesina.

23

Ya hemos hecho mención a la existencia de contradicciones y enfrentamientos dentro de este cuadro: las «matxinadas» del XVIII, verdaderos conflictos civiles, habían preparado la mentalidad popular contra los abusos de los grandes nobles. Pero se puede postular que buena parte de los propietarios de pocos caseríos, es decir, de la pequeña nobleza local, de los notables de segunda fila, tenía con el conjunto de los campesinos unas relaciones de relativa cordialidad. Cordialidad que no excluía ni la explotación, ni la presión, ni el malestar, pero que estaba justificada por la tradición y la legislación local. Y cuando la presión de la sociedad englobante amenace con ahogar a todo el sistema, incluyendo a los pequeños mayorazgos y propietarios, la sociedad campesina aceptará como líderes naturales de su resistencia a ese sector de la nobleza que ha quedado dentro de sus filas.

Fijándonos sobre todo en las grandes fortunas, podemos decir que la oligarquía vasca del Antiguo Régimen tenía su base económica y social sustancial en la propiedad de la tierra que, en la vertiente norte, se traducía en la renta de múltiples caseríos dispersos, mientras que en la sur tomaba forma de grandes posesiones. Esta no era su única fuente de ingresos: eran asimismo propietarios de grandes rebaños y, por tanto, dueños del comercio de la carne; la especulación sobre granos y carne la hemos citado ya, y podríamos hablar de la usura practicada gracias a que poseían numerario suficiente y fuerza social; poseían las terrerías y, en bastantes sitios, los molinos; eran también patronos de iglesias y beneficiarios de diezmos. Estas bases de poder correspondían a la modificación de los orígenes feudales de la oligarquía: hay que añadirles otras nuevas. Sabido es que ya en la Edad Media parte de la nobleza, especialmente en Bilbao, se dedicó a actividades industriales (como la construcción de buques y todas las industrias anexas) y comerciales (ligadas sobre todo al transporte de las lanas y al conjunto del eje Castilla-Flandes). Ya para el siglo XVIII, la dedicación de parte de la nobleza a las actividades comerciales e industriales contemporáneas de la Ilustración, así como el ennoblecimiento y la inversión en tierras de y por comerciantes enriquecidos, habían dotado a esta oligarquía de una fisonomía peculiar. Citemos de nuevo a las industrias naval y metalúrgica; recordemos a la Compañía Guipuzcoana de Caracas, símbolo de una nueva pujanza comercial.

24

De todos modos, la mentalidad predominante a lo largo del siglo XVIII

sigue siendo la precapitalista, la de Antiguo Régimen. Para casi todos estos propietarios, la verdadera fuente de riqueza radicaba en la tierra, y los adelantos técnicos de todo tipo estaban pensados en función de un aumento de la productividad agrícola: las actividades de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, donde toda la oligarquía se dio cita, ilustran bien hasta qué punto la investigación y la especulación estaban determinadas por una mentalidad fisiocrática y agrarista. Todo esto no es de extrañar en una época de aumento general de la renta de la tierra, y en una sociedad donde los gérmenes del capitalismo eran más bien escasos.

Hay que añadir un tercer origen de poder social y un nuevo campo de actividad a esta oligarquía. Se trata de los empleos y de las rentas conseguidos a través de los servicios directos a la Corona española. En Madrid, en América o en Filipinas hicieron carrera muchos hidalgos del País: tanto secretarios, gobernadores o ministros, como financieros, comerciantes y asentistas. Enriquecidos y ennoblecidos, muchos invirtieron en su país de origen, construyendo y comprando. Una viva descripción sobre navarros y especialmente baztaneses dedicados a tales empresas, nos ha sido dada por Julio Caro Baraja[20]; en otro tono, evidentemente, Rafael Sánchez Mazas ha celebrado la época en que más ministros de la Corona han nacido en Bilbao[21]. Lo cierto es que sobre la explotación inhumana de las Indias o sobre las duras actividades de los asentistas, se edificaron títulos y fortunas que la oligarquía vasca cobijó en su seno sin ninguna dificultad.

Este último aspecto, el de las relaciones estrechas entre la oligarquía vasca y la monarquía hispana, es muy importante desde un punto de vista político. Esta situación explica cómo en la época foral las Juntas Generales accedían con gran facilidad a las peticiones monetarias repetidas de la Corona, sacando las cantidades necesarias a través de un aumento de la presión sobre campesinos, pescadores y comerciantes[22]; durante el siglo XIX, forma una de las bases de la actitud liberal e incluso centralista de este sector, acostumbrado por su historia y su sicología colectiva a ser más cortesano que noble local.

25

Evidentemente, el sistema toral reglamentaba un ejercicio del poder político que reflejaba la situación antes descrita. De un modo u otro,

---

[20] *La Hora navarra del XVIII.* 1969.

[21] «Apología de la Historia civil de Bilbao», en *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao.* Ver especialmente la pág.88.

[22] Según señala Emiliano Fernández de Pinedo, *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco. 1100-1850,*1974, pág. 70.

las constituciones vascas eran democráticas en su letra y afirmaban la soberanía del conjunto de los vecinos; pero tan sólo en los pequeños pueblos donde la institución de «concejo abierto» (Navarra y Álava tenían bastantes) seguía existiendo, había una real democracia directa para los asuntos locales. Mediante el sistema de Juntas y de Diputaciones, el ejercicio real del poder político estaba en manos de la oligarquía. En la práctica, se exigía un determinado capital en bienes inmuebles o una cierta renta para poder ser elegido (e incluso elector en algunos sitios) para cargos municipales y provinciales. Según señala I. de Gurruchaga, en la Azpeitia del siglo XVIII sólo un uno por ciento de los vecinos podía ser de hecho elegidos; esta constatación, que se repite pueblo por pueblo y en todas las provincias, llevaba a que los Diputados generales y los demás cargos principales salieran siempre del mismo grupo social e incluso de las mismas familias.

Este poder político mostraba su carácter represivo cuando era necesario. Las represiones de las matxinadas nos enseñan que los Peñaflorida y sus parientes eran perfectamente capaces de armar a las milicias de la Provincia para ir contra artesanos y campesinos. Esto no obsta para que en bastantes ideologizaciones de la época el poder oligárquico sea presentado de una manera paternalista y como algo natural. Que los ricos gobernaran era normal e incluso conveniente, ya que al poseer los «millares» necesarios podrían responder económicamente en caso de mal gobierno: el Padre Larramendi, aparte de insistir en la normalidad tradicional de que el Diputado General sea miembro de la oligarquía, invoca el citado argumento para justificar el predominio de los «millaristas»[23].

26

Concluyamos, pues, esta descripción del Antiguo Régimen resumiendo lo que el Sistema Foral significaba para el País. Con respecto a los oligarcas, les otorgaba una situación autonómica dentro de la Corona española que, sin impedirles la participación

[23] *Corografía de Guipúzcoa,* escrita en 1754. Las páginas citadas son de la edición Ekin, Buenos Aires 1950.

«Todo este establecimiento es de fuero antiquísimo e inmemorial, y lo es también el que haya de nombrarse por diputado general un caballero de los más principales y arraigados, y que sea sujeto hábil y experto en los negocios de las provincias» (pág. 113). «Claro está que en anteiglesias y pueblos menudos no pueden ser alcaldes los que hoy se llaman "caballeros" y "Dones", porque ni los suele haber, y han de ser precisamente labradores y artesanos. En los lugares en que están la diputación general y la audiencia ya se atiende comúnmente a los escrupulosos de Castilla y a sus aprensiones, haciendo alcaldes cairelados con el "Don" y con el "señor"» (pág. 169). «Aunque todos sean nobles, no todos pueden entrar en los cargos honoríficos de la República; para eso, además, son menester los millares que llaman, esto es, tanta hacienda, que sirva de seguridad a la república para sanearse de los daños que pueda causarle un mal cargohabiente» (pág. 170).

fructuosa en los asuntos generales del Estado, les aseguraba la justificación de su control económico y de su dominio político dentro de la vida local. Para las clases trabajadoras, en especial artesanos y campesinos, venían a ser una legislación en directa relación con sus formas de vida cotidianas, donde a través de la legislación sobre comunales, pastos, minas, así como por medio de la libertad aduanera en las costas, se trataba de asegurar la estabilidad del régimen económico y social en que vivían.

Con respecto a la pervivencia de este sistema, había ya en el siglo XVIII puntos de vista antagónicos, sobre todo en lo que respecta a la cuestión de las aduanas y al problema de la apropiación privada y la concentración de la propiedad de la tierra. Grandes terratenientes y comerciantes importantes empezaban ya, a finales del siglo, a ser partidarios del traslado aduanero y de la «liberación» de las tierras inmovilizadas por el predominio tradicional de la apropiación colectiva. Pequeños y medianos propietarios, junto al bajo clero y a la cabeza de las clases populares, defendían la integridad del Fuero y se sentían oprimidos por la oligarquía especuladora, diezmera y propietaria. Las reales contradicciones internas de esta sociedad conspiraban contra la estabilidad del Antiguo Régimen. De una parte habría que citar la codicia de los poderosos y las correspondientes revueltas populares; de otra, el delgadísimo margen de seguridad económica del sistema, sostenido a través de exutorios duros y pesados como el infraconsumo, el exceso de trabajo y la emigración.

3. La crisis del antiguo régimen: razones internas

El siglo XIX, época del carlismo, es el período de crisis aguda y casi total del sistema que acabamos de describir. Dada la significación de la autonomía y la peculiaridad forales con respecto a la vida cotidiana, la expresión brutal de la resistencia carlista a través de la guerra nos indica ya la profundidad de la crisis. Hay razones internas que la explican en parte; hay, asimismo, motivos ligados a lo que fue una serie de agresiones exteriores, interpretadas como tales por los habitantes del País.

27

Todas estas causas coaligadas llevaron a una liquidación del sistema tradicional; este proceso se tradujo en un aumento de la presión sobre los campesinos, un incremento de las privaciones y de la

miseria y, en última instancia una emigración o una proletarización de

muchos de ellos. Parte de la acumulación dineraria precisa para el desarrollo del capitalismo en el País Vasco se hizo gracias a estos cambios; a causa de ellos, de igual modo, se formó parte del ejército proletario que caracteriza a la Euskadi del siglo XX. De todos modos, las transformaciones en la vida cotidiana de los vascos humildes fueron graves y profundas; artesanos y campesinos las vivieron, además, como algo opresivo y desestructurador.

De origen externo o interno, prácticamente todas tuvieron el denominador común de estar relacionadas o vehiculadas por una ideología precisa: el liberalismo, manifestación principal de la visión burguesa del mundo en aquellos años. La base de la explicación de buena parte de la ideología carlista está, probablemente, aquí.

Las propias limitaciones internas del sistema tradicional jugaron un papel indiscutible en esta crisis. Durante la primera mitad del siglo XIX asistimos a una fase de disminución del producto bruto agrícola, especialmente notoria durante el reinado de Femando VII. En lo que al conjunto del Estado español se refiere, hay importantes crisis de subsistencias en 1789, 1793, 1804-1805 y 1810-1812, con gran mortandad por falta de alimentos; las malas cosechas, los precios de especulación, las dificultades de transporte, disminuían la dieta de los humildes, aumentando las pérdidas en vidas humanas. Parece como si el sistema productivo del Antiguo Régimen, en sus vertientes técnica y de organización social, tras el ciclo de prosperidad del XVIII, hubiera llegado a un límite en sus capacidades de satisfacer las demandas alimenticias de una población en aumento[24]. En la Euskadi de la vertiente cantábrica, puede postularse un fenómeno similar: la producción agraria se modifica, pero no llega a responderá las crecientes necesidades. Según Fez. Albaladejo[25],

28

> «desde el último tercio del XVIII hasta el final de la guerra de la Independencia, la producción de trigo y de maíz habría descendido en un 20,59 por 100 y en un 12,26 por 100 respectivamente. Este descenso significa que en líneas generales los vaticinios de la Bascongadano andaban muy descaminados y que, tal como habían previsto, los rendimientos de la agricultura llegaron probablemente a una situación límite entre 1779 y 1788. A partir de entonces la demanda de subsistencias tuvo que satisfacerse a base de roturaciones de tierras de

[24] Ver Gonzalo Anes Álvarez, «*La agricultura española desde comienzos del siglo XIX hasta 1868: Algunos problemas*». En Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX, Madrid 1970, pág. 235 y siguientes.
[25] Op. cit., págs. 200 y 205.

> inferior calidad que, a su vez, ponían en peligro las reservas de pasto, el abono vegetal, e incluso el animal en última instancia.»

La insuficiencia de la producción coincide con una onda depresiva de los precios, que llega hasta más allá de 1833. Hay así una disminución importante de la fuente de bienes y de beneficios para las clases vascas que viven del campo: alcanza en primer lugar a los productores directos, y especialmente a los arrendatarios, quienes se las ven y se las desean para conseguir el dinero de la renta; toca asimismo a los pequeños «jauntxos» que cobran rentas, y venden sus propias cosechas así como lo que acumulan mediante la extracción; por el mismo mecanismo, llega hasta los propietarios mayores. La disminución de beneficios lleva a todos los propietarios a la reacción común de aumentar las rentas sobre los campesinos que de ellos dependen: la presión alcanza así límites intolerables. No olvidemos que los arrendatarios formaban más de la mitad de la población campesina.

Ante esta situación, muchos campesinos empiezan a no pagar los diezmos debidos a las iglesias. Los «patronos» de éstas, en consecuencia, dejan de pagar al clero que de ellas depende: el resultado es que la crisis agraria golpea directamente al bajo clero, no sólo porque éste forma parte muy estrecha de la comunidad campesina, sino por un mecanismo directo. Los curas identifican a quienes les pauperizan y les humillan con los grandes nobles: esta actitud tendrá claras consecuencias con respecto a la sociología y la ideología del carlismo.

Recordemos lo ya señalado en el apartado anterior. La nobleza, detentadora del poder político, estaba popularmente acusada de especular, crear el hambre y reprimir al pueblo. En el siglo XVIII, la alianza de los grandes nobles y de los principales comerciantes estaba bastante clara: durante la matxinada vizcaína de 1718, el pueblo atacó a una oligarquía enriquecida por el comercio, urbana pero emparentada con los antiguos linajes y dueña de tierras; para la represión en Guipúzcoa, Peñaflorida se dirigió en busca de apoyo a las villas de Tolosa y San Sebastián, dirigidas por la burguesía comercial. Y ya se ha señalado la actitud favorable al traslado de aduanas y liberación de tierras existente en estos primeros años de la crisis.

29

A nivel global, las dificultades son lo suficientemente importantes como para provocar un estancamiento de la población. He aquí las

cifras citadas, para las tres provincias occidentales, por Fez. de Pinedo[26]:

Cuadro 1. Población durante la primera mitad del XVIII

Años	*Vizcaya*	*Guipúzcoa*	*Álava*
1787	114.726	119.415	71.182
1797	111.603	104.491	69.158
1810	112.920	115.587	70.000
1825	144.875	135.838	92.807
1857	160.579	156.493	96.398

Fez. Albaladejo[27] comenta sus propias cifras del modo siguiente:

> «Entre 1787 y 1833 la población guipuzcoana, a tenor de su evolución cuantitativa, atraviesa una situación de estancamiento, consecuencia sin duda de las dificultades económicas que caracterizan el período.»

Parece evidente la existencia de un bache en el aumento de población pata la época de finales del siglo XVIII y principios del XIX; desde 1841 asistiremos a un proceso global de recuperación económica, cuyas características se detallarán más adelante. En lo que concierne al período de depresión demográfica, no podemos olvidar que se trata de la época de las guerras de la Convención y de la Independencia, con su correspondiente cortejo de destrucciones y muertes; sin embargo, en estos mismos años se dejan sentir las mejoras en la prevención, a través de la higiene y de la alimentación, de la mortalidad infantil, así como las primeras condiciones de eficacia para paliar los períodos de hambre, a través de las mejoras en el almacenamiento y el transporte de alimentos. Admitiendo que unos puntos compensen a los otros, se puede postular que el estancamiento demográfico está en directa relación con la crisis dentro del sistema y, en especial, con el problema crónico de la insuficiencia en subsistencias.

30

La conjunción entre el crecimiento de la población y la crisis económica está en relación directa con los fenómenos de la miseria y de la emigración. Es probable que en todo el País se desarrolle una mentalidad malthusiana, una de cuyas traducciones más curiosas puede ser esta parrafada que Chaho pone en boca de

[26] Op. cit., capítulo VII.
[27] Op. cit., pág. 224.

Zumalacárregui:

> «El primer bien de esta guerra será el haber desembarazado a nuestras provincias de una exuberancia de población que las amenazaba con un hambre inminente; no lo ignoras; en relación con su extensión, el País Vasco es el más poblado de Europa. Desde hace medio siglo, Vizcaya embarcaba cada año para América mil doscientos o mil quinientos jóvenes de los que las tres cuartas partes perecían allí abrumados por la miseria y el trabajo. La guerra reemplazará por algún tiempo estas tristes migraciones.»[28]

Muchos caseríos entran en crisis, y ésta se refleja por el aumento de los desocupados y de los mendigos. La miseria, vehiculada a. veces por estos marginados hacia formas extremas, está así en relación con motines como el de Léniz en 1813. El fenómeno del bandidismo en los caminos tiene que ver asimismo con esta situación; la audacia de los contrabandistas de aquellos años traduce tanto la necesidad de buscar ganancias donde las hubiera como la falta de posibilidades menos arriesgadas.

La industria tradicional estaba también en mala situación. La construcción naval en madera corría una suerte paralela a la del decadente poder español. Pero donde la crisis era más grave y significativa era en la metalurgia. El hierro salido de las forjas vascas adolecía, en su precio, de la baja tecnología de éstas y del uso del carbón de madera, y resultaba mucho más caro que el producido en la Gran Bretaña y en Suecia. En lo que al comercio internacional respecta, Gran Bretaña se había reconvertido casi totalmente al carbón mineral desde 1788: la mayor productividad había acarreado un aumento de la demanda de mineral de hierro, pero desde 1794 cesan las exportaciones para Inglaterra desde la Península Ibérica, ya que la mejor tecnología y organización de la extracción permitía al mineral sueco un precio más módico y un mejor acceso al mercado británico. Desde 1820 la siderurgia moderna se extiende a los Países bálticos. Mientras, en el País la tecnología tradicional provoca unos costos altos, que excluyen a los productos vascos del mercado internacional: muy pocos trabajadores por empresa, transporte difícil de mineral y del carbón y, en estos años, un aumento notorio del precio del carbón de leña a causa de la escasez de ésta, fenómeno que en Gran Bretaña se había ya manifestado con un siglo de

[28] Op. cit, pág. 250 de la traducción castellana.

antelación[29].

31

Incluso en lo que al mercado interior dentro de la Corona Española respecta, el hierro vasco y

sus productos no resultaban competitivos con los europeos. De aquí que la Diputación Vizcaína pida en 1820 que el Gobierno de Madrid adopte una tarificación aduanera prohibitiva con respecto al hierro europeo, al paso que abra las aduanas interiores al vasco. Esta postura buscaba el conseguir una situación de monopolio dentro del Estado español para los ferreteros vascos, pero este mercado interno adolecía de una debilidad crónica, por baja demanda y enormes dificultades de transportes.

Globalmente, la siderurgia tradicional periclita. Y esta crisis no va a afectar solamente a los dueños de las ferrerías, sino a buena parte de la población; aparte de a los trabajadores mismos, a los campesinos que obtenían dinero mediante carboneo y transporte, y a los pequeños comerciantes afectados por la disminución de los ingresos de las clases populares.

Añadamos la grave situación del comercio internacional precapitalista. La Compañía de Caracas había desaparecido, y el conjunto del comercio con Europa, América y España estaba afectado por el arancel de 1789, mediante el cual las provincias vascas quedaban gravadas por las aduanas del interior, yendo los productos ultramarinos a buscar los puertos desde donde podrían entrar directamente hacia las otras tierras de la Corona.

32

4. La crisis del antiguo régimen: razones externas [30]

Así las cosas, cuando el sistema vasco precapitalista estaba sacudido por esta grave conmoción interna, acontecimientos exteriores de primera magnitud vinieron a poner los clavos que faltaban en la tapa del ataúd. Los primeros fueron las guerras: la de la Convención y las

---

[29] Ver detalles en Rafael Sánchez Ramos, «La economía siderúrgica española», tomo I, *Estudio crítico de la historia industrial de España hasta 1900,* 1945.

[30] Es obvio que la distinción entre factores internos y externos obedece más a una voluntad de claridad expositiva que a una separación radical entre ambos. El propio texto indica la profunda imbricación entre unos y otros.

napoleónicas primero, las revueltas de 1821 luego, y las carlistas después. Cada una de ellas trajo un cúmulo de destrucciones y unas enormes deudas. En efecto, los ayuntamientos no sólo debían reconstruir lo necesario, sino que encima tenían que hacer frente a los gastos exigidos por el mantenimiento de los ejércitos y por los suministros a las partidas de guerrilleros. Esta situación de endeudamiento general es grave y conocida: así, con la Francesada la Provincia de Álava tenía una deuda de más de 16 millones de reales; después de las luchas de 1821, multitud de pueblos guipuzcoanos se quejan de la grave situación económica en que se encuentran[31]; las consecuencias económicas de las devastaciones y de la obligación de dar suministros a las tropas están bien documentadas en las tierras de Estella, Tafalla y Olite[32]; las multas impuestas por las diversas autoridades de ocupación agravaban aún más las dificultades ligadas a los factores anteriores[33].

Ante esta situación, la reacción de la gran mayoría de los ayuntamientos es la misma: vender terrenos del común para saldar las deudas. La posibilidad de esta venta suponía la existencia de unos compradores y de una mentalidad de inversión capitalista en las tierras: ambos existían y la ideología liberal los justificaba. Esta venta suponía, de hecho, una importante reducción del ámbito económico de los caseríos; ya hemos citado antes la importancia del monte comunal para la obtención de abonos, leña e ingresos complementarios.

[33]

Sin embargo, tal venta aparecía como una posibilidad de solución parcial ante la crisis. El aumento demográfico y una cierta rebeldía por parte de los segundones empujaba a éstos a efectuar nuevas roturaciones, escapando así a su situación de inferioridad social; la baja productividad relativa del sistema tradicional justificaba asimismo la roturación de nuevos terrenos, para hacer un aumento extensivo de la superficie cultivada, aunque las nuevas tierras fueran

---

[31] Sobre la deuda alavesa ver Tomás Alfaro Foumier, Vida de la ciudad de Vitoria, 1951, pág. 225-226; el mismo autor nos dice sobre la capital: «Vitoria, después de liberada (en 1813), quedó sumida en un caos de confusionismo. La ciudad estaba arruinada física y moralmente» (pág. 239). Entre los pueblos guipuzcoanos a los que se hace referencia, citemos Amezqueta, Ataun, Alza, Tolosa, Eibar, Elgóibar, Motrico, Deva, Mondragón y Oñate. Pueden verse detalles en Pío de Montoya, *La Intervención del clero vasco en las contiendas civiles. 1820-1823,* 1971, pág. 140y siguientes.

[32] Sobre la Tierra Estella, ver Vicente Bielza de Ory, *Tierra Estella,* 1972, pág. 149 y siguientes. Con respecto a Tafalla y Olite, Salvador Mensua, *La Navarra Media Oriental,* 1960, pág. 121. Ni qué decir tiene que los casos citados no son únicos, sino ejemplos de un proceso general.

[33] Citemos, entre otros, el caso de Ayala, multada con 40.000 reales en 1834 a causa del apoyo popular al carlismo. Ver Galíndez, *La Tierra de Ayala,* 1957.

de inferior calidad. Fez. Albaladejo[34] señala que entre 1814 y 1833 se crean 300 caseríos nuevos en Guipúzcoa.

Ahora bien, los principales beneficiarios de la liberación de tierras van a ser los grandes propietarios; como veremos más adelante, la explotación privada y con mentalidad burguesa va a significar una óptica radicalmente distinta a la de los segundones roturadores (deseosos de alcanzar una posición estable y reconocida dentro de la sociedad tradicional), y las consecuencias globales serán nefastas con respecto a los campesinos sin rentas. De hecho, el carácter general de estas primeras ventas confirma ya la tendencia general a la desposesión de los más en beneficio de los menos.

A las ventas originadas por las guerras hay que añadir las ligadas a la política de Desamortización de este siglo XIX. En 1813, la Corona española ordena la reducción a dominio particular de los baldíos, los realengos, los propios y los arbitrios. Esta disposición se reitera en 1816, en 1833, en 1836, en 1853, hasta llegar a la Ley de Desamortización General de 1855, en sus aspectos eclesiástico y civil. Es decir, que durante todo el siglo se asiste a una ofensiva jurídica del poder central contra los comunales. Al amparo de la Ley de 1813, muchos pueblos pudieron vender o dar una nueva amplitud a las ventas antes realizadas. En lo que hay que insistir es en que, de hecho, las leyes desamortizado ras, emanadas del Gobierno central, significaban una ofensiva directa contra la concepción y la distribución de la propiedad de la tierra tal y como se expresaba en el régimen tradicional.

34

Las ventas debidas a las guerras van ligadas a las justificadas por la desamortización; en el País, los estudios sobre el tema son, en su mayoría, recientes y aún parciales, por lo que dar un cuadro global y preciso es difícil[35]. Puede afirmarse, sin embargo, que la importancia de las tierras desamortizadas es grande, siendo Navarra la provincia donde menos incidencia tienen estas leyes. La Iglesia pierde la mayoría de sus propiedades, y la propiedad comunal extensa sólo se salva en parte de Navarra. De modo general, quienes compran las

[34] Op. cit., pág. 185.

[35] He aquí una parte de la bibliografía sobre la Desamortización en el País: Alfredo Floristán, *La Desamortización de bienes pertenecientes a corporaciones civiles y al Estado en Navarra,* 1966, y *La Grande Propiété ruraie en Navarre,* Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest, nº 46, 1975. Rafael Gómez Chaparro, *La Desamortización civil en Navarra,* 1967. Emiliano Fernández de Pinedo, *La entrada de la tierra en el circuito comercial: la Desamortización en Vascongadas,* 1972. José María Mutiloa, *La Desamortización civil en Vizcaya y Provincias Vascongadas,* 1971, y *Desamortización, Fueros y Pronunciamientos en Álava en el siglo XIX,* 1975. Además, los varías veces citados libros de Fernández Albaladejo y Femándezde Pinedo.

tierras liberadas son los poseedores de importantes rentas monetarias, es decir, los grandes nobles y los comerciantes importantes. Parece asimismo que un sector de los medianos propietarios, los más prósperos, consigue redondear y mejorar sus explotaciones. Pero este último aspecto no impide que la parte del león quede en manos de la oligarquía. Nada tiene de extrañar, pues, que afectados por la disminución de los beneficios agrarios y en busca de una nueva solución, estos grupos sociales se hagan liberales en los años 1810-1815 y formen la base del liberalismo vasco. Por el contrario, los grupos sin rentas o con rentas monetarias muy escasas van a intentar oponerse a las medidas desamortizadoras: de este modo, no sólo los campesinos propietarios menos prósperos y los arrendatarios, sino los propios «jauntxos» de menor monta, van a militar en las filas antiliberales.

Los detalles de algunas ventas confirman el cuadro general expuesto. Así, tras la Guerra de la Independencia, en Mondragón, que tenía 550 vecinos, sólo hubo 27 compradores y dos de ellos adquirieron el 48,36% de las tierras liberadas; en Azcoitia, los compradores suponían menos del 15% de los vecinos. En una muestra de ventas en diversos pueblos de Guipúzcoa entre 1808 y 1814, un 14,6% de los compradores adquiere el 71,42% de las ventas[36]. Hubo, pues, una serie de medianos y pequeños propietarios que compran algo, redondeando sus tierras; pero la impresión general confirma el predominio de unos pocos grandes compradores. La relación directa entre desamortización y latifundismo actual está claramente establecida en la Ribera Navarra y en la zona de Olite-Tafalla.

35

A partir de 1820, el descenso de los precios agrarios va a agravar aún más la situación de quienes no poseían ni rentas ni tierras en gran cantidad: esto va a afectar sobre todo a los pequeños mayorazgos quienes, mal que bien, venían capeando la crisis. El bloque antiliberal se afirma así. Junto a campesinos y pequeños «jauntxos», se colocarán los artesanos de las villas: los modos de vida y las fuentes de ingresos de éstos estaban profundamente ligados a los de la gran masa de población aldeana, y de hecho constituían una parte indisoluble de la sociedad tradicional La crisis les afecta, pues, duramente.

[36] Fernández A lbaladejo, op. cit., pág. 295.

5. Transformaciones agrarias y lucha de clases

A lo que estamos de hecho asistiendo en este siglo XIX no es tan sólo a un redondeamiento de la propiedad privada y minoritaria. Se trata sobre todo del predominio, de la imposición, de una nueva concepción del derecho de propiedad y de las relaciones entre la propiedad privada y la apropiación colectiva. Lo que se va a imponer es el concepto de propiedad privada y absoluta, con el consiguiente corolario de la necesaria proletarización de los desposeídos. En una palabra, se trata del predominio de la ideología burguesa sobre la mentalidad tradicional.

Ya a finales del XVIII hay testimonios claros del enfrentamiento entre la mentalidad tradicional y la concepción burguesa de la eficacia y de la productividad. En lo que a la metalurgia respecta, por ejemplo, Munibe hijo había visitado las empresas europeas en 1771, y desde 1776 se habían introducido diversas reformas técnicas para abaratar costos. Sin embargo, las técnicas tradicionales de extracción de mineral, ligadas a la mentalidad y a la jurisdicción tradicionales, creaban ya un primer cuello de botella en cuanto a la reducción de costes: en efecto, el arranque del mineral era libre, y en las Encartaciones había unas 150 explotaciones en trabajo, donde trabajaban siempre menos de cinco personas con una técnica muy simple (picos, cuñas, pólvora y bueyes); la media de trabajo era de cuatro horas por día y la producción de unos 15 quintales por obrero y por día. El capital invertido era poco y la ganancia escasa igualmente.

36

Las razones de esta situación aparecen en una memoria de Elhuyar[37]: el arranque de mineral es fácil, es propiedad de los lugares y las villas, y libre para los vecinos; éstos sólo trabajan para «completar su jornal diario», es decir, como una actividad suplementaria para obtener simplemente los dineros precisos. Elhuyar, que califica a estos mineros de «holgazanes de profesión», propone que «se establezca un cuerpo, que tomando la propiedad de estas minas, disponga con orden así las labores como la economía por medio de directores hábiles», y que esta Sociedad hiciera trabajar ocho horas a los obreros con el jornal equivalente a los beneficios que sacaban de las cuatro horas tradicionalmente empleadas[38].

---

[37] *Estudio sobre las minas de Somorrostro,* 1783.

[38] Lo que demuestra que cuando Marx habló de la plusvalía no se inventó nada.

En lo que a la agricultura respecta, Juan Carlos Jiménez de Aberásturi[39] nos ha descrito la figura del Conde de Villafuertes, Diputado en Guipúzcoa y jefe político de la provincia durante el trienio liberal de 1820-1823, quien aparece interesado en crear en el valle de Oyarzun una agricultura moderna conforme al modelo capitalista, es decir, con trabajadores asalariados. Sus corresponsales indican con claridad la existencia de fuertes obstáculos a esta posibilidad, derivados de las características sociales e institucionales y, con ellas, de la mentalidad dominante entre los campesinos, atados a la sociedad tradicional.

Sin embargo, ante la ofensiva coaligada de las diversas causas citadas en los apartados anteriores, la nueva mentalidad se va a imponer. Ante los hechos consumados la propia legislación toral empezará a cambiar; así, pese a las viejas leyes y ante la presión de los nuevos poseyentes, las Juntas de Guipúzcoa terminan aceptando el derecho al cierre de las propiedades y precisan en 1855 la medida y el tipo de los cercados admitidos; del mismo modo, diversas disposiciones emitidas entre 1813 y 1853 liquidan progresivamente buena parte del derecho de los ganados al libre tránsito. Pese a todo, conviene insistir en que la ofensiva legal principal viene de la legislación liberal del Estado, y que los artículos ferales sólo suelen modificarse «a posteriori».

Todo esto, evidentemente, no se hace sin la oposición de los pequeños campesinos. Acusaciones concretas contra los terratenientes se multiplican. Así, en Guipúzcoa se enfrentan la mentalidad burguesa de la propiedad absoluta con la del libre tránsito compartida por la mayoría de los vecinos: en 1806 hay protestas en Anguiozar contra los nuevos dueños que cierran sus propiedades; diversos pueblos, como Ichaso y Gaviria, especifican cuando sacan comunales a la venta que el derecho al libre pasto conforme a las normas tradicionales habrá de ser respetado por los compradores. En general, ya antes de la primera guerra carlista se han efectuado ventas importantes en bastantes pueblos, y los conflictos entre los viejos usos y los nuevos dueños se han multiplicado: a veces, como en Villarreal de Urrechua, hasta límites bastante serios. Esta situación es, sin duda, comuna todo el País. Navarra nos ha dado el caso más agudo de este tipo de conflictos, que se resolvían con dificultad y se arrastraban durante largo tiempo. En efecto, durante todo el siglo XIX se desarrolla el problema de las «corralizas» en la Ribera y en la zona

[39] *Agricultura y minería en el valle de Oyarzun a principios del siglo XIX.* Boletín de la RSVAP, 1973.

de Tafalla-Olite: antiguos terrenos comunales, dedicados en buena medida al pasto libre, se privatizan y se cultivan durante este siglo, dando origen a luchas sociales importantes entre «corraliceros» y campesinos pobres. En lo que concierne a la zona tafallesa, el aprovechamiento tradicional de las corralizas incluía el

arriendo de hierbas y aguas para los ganados, así como el permiso para roturaciones de carácter temporal. Las guerras y las desamortizaciones llevaron a vender: Tafalla y Beire especificaron en las ventas que sólo enajenaban el derecho a pastos y que se reservaban a los demás vecinos los derechos tradicionales a leñas, tránsito y pastoreo, etc.; en Olite no se especificaron los derechos enajenados, las cláusulas no eran claras y, sobre esta base, los poderosos corraliceros iniciaron una ofensiva jurídica para redimir todas las servidumbres tradicionales que pesaban sobre las tierras y conseguir la plena posesión del suelo. Ganaron los pleitos, pero no consiguieron ni la aprobación social ni cambiar la mentalidad de los campesinos. Y así, cuando a finales de siglo, con el aumento de población y las mejoras técnicas, los campesinos sienten hambre de nuevas tierras y necesidad de roturar, empiezan a hacerlo en las corralizas, ante la pasividad de los ayuntamientos. Los corraliceros reaccionan invocando sus derechos absolutos: un motín sangriento en Olite en 1884 y tres muertos en 1914 son los hitos más trágicos de una nueva larga historia de procesos y motines.

Estas luchas sociales, auténticos combates de clase, venían ya de antiguo y habían tomado su forma específica en el siglo XVIII. La tendencia a la apropiación privada y a la lucha contra las concepciones tradicionales obedecía, en principio, a causas internas a la propia sociedad vasca y reflejaba la mentalidad de una burguesía con base o con intereses rurales. Ya el aumento demográfico había llevado a roturaciones en los comunales, pero el predominio de la sociedad tradicional había llevado a las autoridades ferales, hacia 1750, a exigir el cumplimiento estricto de la ley y la vuelta al aprovechamiento comunal, al cabo de unos años, de los terrenos roturados. Ya en la segunda mitad del XVIII la tendencia a la privatización era lo suficientemente fuerte como para que roturaciones y cercados definitivos sean respetados, aunque haya numerosos pleitos entre campesinos que defienden para sus explotaciones este concepto burgués de la propiedad y otros campesinos que se sienten afectados negativamente e invocan los usos tradicionales.

Sin embargo, lo que caracteriza al siglo XIX no es la mera continuidad de este tipo de conflictos, sino la intervención de los factores exteriores bélicos y legislativos a los que hemos hecho referencia. El proceso de privatización se acelera y la lucha de clases se agudiza, tomando, ante el papel principal de las causas externas, un carácter de insurrección casi global de las clases populares, vencidas al final por ejércitos extranjeros.

Globalmente, las transformaciones agrarias durante el siglo XIX fueron enormes. De una parte, se terminó imponiendo el concepto burgués de la propiedad absoluta y privada; de otra, se afirmó el predominio de la agricultura sobre la ganadería y la explotación forestal; por último, a causa de la inviabilidad creciente de las viejas explotaciones, se inició la despoblación de los campos, especialmente notoria en las zonas montañosas de Navarra ya durante el siglo XIX y que, hoy en día, al extenderse el capitalismo y su concepto de la agricultura «rentable», ha alcanzado proporciones trágicas en todo el País.

Por todo ello, y dada la estructura social y productiva de la época, la principal contradicción que atraviesa la sociedad vasca del siglo XIX es la que hace referencia a las posiciones de los diversos grupos cara a esta redistribución y reconcepción de la productividad y la propiedad agrarias. Esta contradicción principal no niega otras, y así los motivos de grandes comerciantes y de ferreteros para pedir el traslado de las aduanas y ser liberales son operativos en una esfera distinta a la agraria; sin embargo, su incidencia sobre los conflictos de clase va a ser secundaria. En lo que a la cuestión de la tierra respecta, liberales serán los que hacen fortuna gracias a la crisis, los capaces de comprar e invertir: fundamentalmente, pues, grandes nobles y comerciantes adinerados. Carlistas, por el contrario, los perdedores; bien quienes se veían expoliados por ser campesinos sin fondos, bien los que vivían en estrecha relación de comunidad social y dependencia económica con los cultivadores, como la pequeña nobleza local y los artesanos. Evidentemente, este cuadro general necesita matizaciones, que trataremos de exponer a continuación.

6. Los carlistas

El contenido de la contradicción principal citada explica una de las

primeras características del carlismo: su carácter rural, su real popularidad entre las clases humildes del campo.

Una explicación de este tipo había sido ya avanzada por Jaume Vicens Vives[40] para Cataluña, describiendo a los combatientes de 1833 como formados en gran parte por pequeños propietarios agrícolas, por payeses expulsados de sus maso verías por la desamortización. Para el conjunto de la historia hispana del XIX, diversos autores modernos han emitido hipótesis similares. Así, Josep Fontana[41] insiste en que la «reforma» desamortizadora no supuso ninguna revolución real, sino que fue dirigida por las clases dominantes de tal manera que la agricultura se adaptara a las exigencias de la producción moderna mientras que la posición de tales clases dominantes no sólo no se alterara fundamentalmente, sino que incluso se reforzara. En lo que al carlismo se refiere, el resultado fue obtener para esta ideología, defensora de las formas tradicionales, el apoyo de los campesinos humildes expoliados por tal reforma. Una opinión similar aparece en un reciente trabajo crítico de Jordi Nadal sobre la revolución burguesa decimonónica en el estado español[42].

Que en el País Vasco Peninsular existe un fenómeno similar es bastante claro. Prácticamente todos los autores están de acuerdo en la decisiva participación de los campesinos en el carlismo, tanto a nivel de voluntarios como de logística o de espionaje. Esto no impide que por parte de los carlistas haya habido también levas forzosas y presiones sobre la población rural, pero la auténtica popularidad del movimiento es indiscutible. Los campesinos formarán la base principal del ejército del Pretendiente.

40

Y, ante la amenaza de expoliación y ruina, la revuelta campesina poseía un real contenido de justicia. Defendían, desde luego, unas formas de vida que en buena parte estaban inadecuadas y periclitadas y que, en lo que a las relaciones sociales se refiere, justificaban el predominio de los «jauntxos». Pero la «reforma» que se les imponía no significaba para ellos una real emancipación, sino la mina, la emigración y la proletarización, es decir, el paso a nuevas situaciones de dependencia desconocidas, aculturalizadoras e incluso más duras. La privatización de las tierras comunes y la ruina de los campesinos poseen un real carácter opresivo; más aún, afincan una

[40] *Cataluña en el siglo XIX,* 1961.
[41] *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX,* Barcelona 1973.
[42] *El fracaso de la Revolución Industrial en España. 1814-1913,* Barcelona 1975.

sociedad burguesa que va a convertirse en un obstáculo institucional y represivo cara a una auténtica revolución social emancipadora. Sería excesivo considerar que hay una unidad dialéctica entre los restos del comunismo primitivo que podrían existir en la sociedad agraria tradicional, las revueltas carlistas y una óptica revolucionaria comunista y patriótica posible. Pero del mismo modo es un papanatismo real considerar que la «revolución burguesa» es progresista en nuestro País porque supone un paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas: la real violencia sobre las masas y el carácter injusto y represivo de la sociedad salida de ella hace que la simpatía natural de quien se siente parte del pueblo, de los humildes, vaya hacia los carlistas.

No deja de ser ilustrativa, en esta óptica, la descripción que Manuel de Irujo nos hace de la evolución de los carlistas en Navarra[43]. Según este autor, los pueblos agrícolas afectados por la desamortización se dividieron en dos bandos irreconciliables, los «propietarios», enriquecidos durante el XIX y los «comuneros», partidarios de la explotación comunal de las tierras: éstos eran carlistas y aquéllos liberales, al menos al principio. Al llegar la República en 1931, los carlistas de Peralta y Dicastillo exigieron la municipalización de la tierra; los dirigentes tradicionalistas locales, propietarios igualmente[44], se opusieron a los «comuneros» y éstos, ni cortos ni perezosos reaccionaron haciéndose socialistas en masa. Quitar el rótulo «Círculo Carlista» y poner en su lugar el de la UGT se hizo rápidamente. El carácter de justicia de la actitud popular carlista del XIX se transforma así en reivindicación revolucionaría en el siglo XX. De modo más general cabría preguntarse por las relaciones entre este cambio de situación y de óptica de los campesinos medios y pobres y la actual evolución autogestionaria del Partido Carlista, pero ese tema sale fuera de los límites de este libro.

41

Añadamos que si las posibilidades de ruina y emigración aparecían como inmediatas, no ocurría lo mismo con. las de proletarizarse. Esta posibilidad, que tal vez hubiera podido ser la menos traumática en caso de verse inmediatamente realizable, aparecía como bastante lejana e improbable en los dos primeros tercios del siglo XIX. La virulencia del carlismo y del apego a la Ley Vieja tiene probablemente relaciones estrechas con el distanciamiento temporal entre

---

[43] *Instituciones Jurídicas vascas,* Buenos Aires 1945, pág. 125 y siguientes.

[44] Se trata probablemente de descendientes de «neocarlistas» de 1868 o de caciques navarros que son liberales hasta que el reparto de tierras se consolida conforme a sus intereses y se hacen tradicionalistas, por contrarrevolucionarios, después. Luego se tratarán estos temas.

revolución burguesa y revolución industrial: el campesino empobrecido no encontraba una posibilidad de empleo capaz de proporcionarle rentas suplementarias para sostener el caserío, y el desposeído no encontraba puestos de trabajo urbanos, estando así empujado a la miseria y a la desesperación[45].

Además de los campesinos, el artesanado urbano tiene una importante participación en el carlismo; para el País, el estudio de Julio Aróstegui sobre el carlismo alavés de 1876 nos ha dejado cifras precisas e indudablemente significativas[46]. Para Cataluña, Jaume Torrás hace la misma constatación durante la guerra de los «malcontents» de 1827.[47] Ya hemos citado la profunda interrelación económica, social y cultural entre el campesinado y artesanos y pequeños comerciantes urbanos, por lo que no nos repetiremos.

Sin embargo, la dirección local del carlismo estuvo en manos de los notables. Una parte importante corresponde a la nobleza local, con la excepción de la mayoría de las grandes casas. Un ejemplo podría ser Rodrigo Ignacio de Varona, de ilustre familia de Villanañe, dirigente alavés durante la última guerra. Repitiendo el testimonio del Conde de Guendulain, liberal navarro, se puede aceptar esta división de la nobleza en dos facciones contrapuestas, división cuyas bases económicas ya hemos citado. Dice así:

42

> «...Puede asegurarse que la opinión popular, la de la clase media en general y la de aquella nobleza que podemos llamar domiciliada en el País, pertenecían al partido del Pretendiente. Una parte del alto comercio y las casas (salvo raras excepciones) más relacionadas con la Corte y que contaban sus hijos en el ejército, nos habíamos declarado en favor de los derechos de las hijas del difunto monarca.»[48]

Entre las excepciones, es decir, los grandes nobles carlistas, podemos citar en la Primera Guerra al Marqués de San Millán, al Duque de Granada de Ega y, especialmente, al Marqués de Valdespina. Por lo demás, muchos nobles liberales que vivían en el País optaron por huir a la Corte madrileña a refugiarse entre sus pares: así, los Condes de Villa fuertes y de Monterrón y el Marqués de la Alameda.

---

[45] Esta opinión de Fernández de Pinedo («*El campesino parcelario vasco*», *Saioak,* nº 1, 1977, pág. 147, nota 46) es altamente sugestiva,

[46] Los artesanos suponían un 15 al 20 por 100 de los sublevados de 1870 en Álava, op. cit., pág, 266.

[47] *Societat rural i moviments absolutistas.* Recerques, 1, 1970.

[48] Memorias del Conde de Guendulain, con prólogo del Conde de Rodezno, Pamplona 1961. Citado por Jaime del Burgo, El Pacto foral de Navarra. 1841-1966, Pamplona 1966, pág. 9.

Los campesinos, a quienes el sistema foral había acostumbrado a considerar a los «jauntxos» como dirigentes naturales de la sociedad vasca, se habían comprometido en una guerra defensiva de la civilización tradicional; estaban así prácticamente determinados a aceptar la dirección de la revuelta por los miembros carlistas de la nobleza. Dado el carácter explotador y reaccionario de esta capa de «jauntxos», las consecuencias de esta mediación serán negativas y enormes. No hay que olvidar que, a nivel de las altas esferas, la dirección del carlismo estaba en manos de una camarilla extremadamente reaccionaria: el Pretendiente (nos estamos refiriendo a la Primera Guerra) era un teócrata trasnochado; con él había un puñado de aristócratas reclutados entre los más medievales y contrarrevolucionarios, una enorme influencia de los sectores más intransigentes de la Iglesia y un sinnúmero de arrivistas. La causa, en el fondo, estaba condenada. Y cuando los liberales moderados ofrezcan, con consignas como «Paz y Fueros», un compromiso a los notables del carlismo, éstos dejarán caer sin mayores remordimientos a la camarilla de Don Carlos y a las clases populares[49].

El papel de la Iglesia en el carlismo es también notorio. Ya hemos citado anteriormente la oposición entre patronos y curas rurales como una de las bases de la actitud sicológica del bajo clero vasco. Añadamos ahora la enemiga de la Iglesia al liberalismo, tanto por razones ideológicas como por haber sido la propiedad eclesiástica víctima principal de la desamortización. Para 1850, prácticamente todas las propiedades eclesiásticas del País Vasco estaban desamortizadas. La Iglesia se sentía así expoliada y su ideología sirvió de cimiento a las masas campesinas que se veían empujadas a la revuelta por sus propias condiciones de vida. Esta influencia eclesiástica, muy notoria en el País, donde pulpitos, confesonarios y papeles sociales servían de puntos de apoyo a la causa carlista, contribuirá a la utilización de la revuelta al servicio de fines contrarrevolucionarios.

43

7. Los liberales

Hubo, asimismo, bastantes liberales en el País, y así las guerras

[49] No olvidemos, sin embargo, que tras tan larga y terrible guerra el pueblo estaba cansado y deseoso de paz.

carlistas tuvieron una buena parte de guerra civil entre las propias clases vascas. Sin embargo, mientras que en las huestes carlistas la masa de combatientes era, por regla general voluntaria y popular, los liberales formaron una minoría encerrada en las murallas de las ciudades. Sólo entre la población urbana de Bilbao y los campesinos de la zona del Ebro hubo sectores populares liberales significativos. El verdadero ejército liberal era extraño al País; la masa de sus combatientes eran soldados traídos de fuera y sus oficiales en su mayor parte no eran vascos. Esta situación se traducía en una mentalidad de ejército extraño y conquistador, enfrentado con la población civil Quema de cosechas, embargos, deportaciones, pillajes, multas, enormes exigencias de suministros, son moneda corriente. De este modo está plenamente justificada y llena de verdad la circular de la Diputación Foral carlista alavesa del 22 de julio de 1875, donde se dice:

> «...Ningún general ni conquistador de los tiempos modernos ha osado decir que venía a hacer la guerra al país que invadía, sino tan sólo a su gobierno y autoridades, pero aquí se ha sentado el principio de que la guerra es contra el país.»

De aquí que los carlistas vascos tendieran a considerar a los liberales como extranjeros. Diversos textos de época insisten en este punto de vista que pasará luego del carlismo al nacionalismo; éste último llegará, pues, a considerar a las guerras del siglo XIX como guerras de conquista emprendidas por el estado centralista español contra un País Vasco hasta entonces autónomo[50]. Por parte de los carlistas, el odio dirigido a los cuerpos armados locales liberales venía acentuado por considerarlos como vascos traidores, servidores de una causa extranjera[51].

44

De hecho, la existencia conjugada de un ejército fundamentalmente extraño, con mentalidad de fuerza de ocupación, de una legislación española, centralista, que justificaba tanto la ofensiva contra la sociedad tradicional como el mecanismo abolitorio de los Fueros, son hechos de constatación inmediata; al compararlos con el apoyo

---

[50] Dice así el Padre Evangelista de Ibero *(Ami vasco,* 1906): «66. —¿Cuándo perdieron su independencia los Estados vascos? —Los de allende el Pirineo en 1789, en tiempos de la Revolución francesa. Los de este lado del Pirineo 50 años más tarde, en 1839-67. —¿Con qué derecho se les privó de su independencia? —Con el derecho de la fuerza que es la negación de todo derecho».

[51] El odio era feroz a las fuerzas de las Diputaciones liberales, miqueletes, torales y peseteros. Entre otros testimonios de barbarie y matanzas, ver los que trae C. P. Henningsen, *A Twelve mounths campaing with Zumalacarregui,* 1836. Traducción castellana. Austral 1947.

masivo popular al carlismo y con el carácter feral de éste, la tesis de la guerra de conquista queda bastante abonada. Añadamos que el carácter militar de los enfrentamientos es innegable y que al ejército español le corresponde un papel principal en la derrota carlista y en las soluciones institucionales que le siguen. A este respecto, y para insistir aún más en la unidad entre los diversos aspectos del liberalismo (políticos, militares, jurídicos, ideológicos, etc.), recordemos que los militares liberales actúan clara y principalmente en la política española del XIX, son de hecho (en su mayor parte) defensores de los compradores de bienes desamortizados y tienden a atribuirse el ejercicio del poder del Estado dentro de este contexto ideológico y social.

La tesis que se está exponiendo en el presente trabajo puede resumirse así:

> Sin duda, a la hora de la operatividad política y militar, la línea de fuerza principal que llevó a la liquidación del sistema foral es exterior a las propias contradicciones internas de la sociedad vasca. Desde luego, tal sistema estaba condenado por su propia crisis, pero que tal inviabilidad tomara la forma precisa que históricamente le conocemos, es decir, la ligada a la abolición foral, la Restauración borbónica y los subsiguientes avalares del estado español unitario, obedece ya a causas generales de índole peninsular e incluso europea.

Sin embargo, hubo un número no despreciable de liberales vascos. Minoría con respecto al conjunto de la población, eran por el contrario muy significativos a nivel de la vida económica y política.

45

Comencemos por los sectores populares. En Bilbao, los liberales formaban una mayoría relativa de la población. Los comerciantes liberales poseían una verdadera clientela a nivel de escribientes, dependientes, etc., y, a través de ella, una real influencia social sobre pequeños comerciantes y artesanos. Si entre estos últimos había mucho carlista, los liberales bilbaínos no fueron menos capaces de armar milicias propias, que, en la última guerra se componían de más de mil hombres. La tradicional oposición entre la villa y la provincia agraria, la propia historia comercial, habían contribuido a crear una sicología colectiva claramente diferente de la rural. Pese a todo, había tensiones internas entre los liberales de orden, miembros de las clases dominantes, y el sector más popular, que en la última guerra

era declaradamente republicano y anticlerical[52]. Otro importante sector liberal es el de los propietarios agrarios medios que redondean su fortuna con la compra de comunales y otros bienes desamortizados. Los hubo por todo el País, pero en la mayoría de él estuvieron marginados por su condición minoritaria; sólo en la zona del Ebro adquirieron una importancia suficiente como para ser base de una organización militar propia. Así, en la Rioja, los propietarios ricos y acomodados son lo suficientemente numerosos como para formar, durante la última guerra, Milicias Nacionales (así, en Laguardia, Elvillar, Lanciego, Moreda y Oyón), y lanzarse a una dura contraguerrilla. Las represalias y las contrarrepresalias alcanzan así particular dureza en esta comarca, dada la intensa relación de vecindad y cercanía social existente entre expoliados y expoliadores. Esta clase de cultivadores y vinateros enriquecidos había, especialmente desde 1855, roturado numerosos comunales, mientras la pauperización y la proletarización de los campesinos humildes aumentaba.

Ahora bien, los liberales más significativos han de buscarse entre los pudientes, muchos de los cuales vivían en las ciudades. En efecto, la inversión en tierras iba raramente acompañada de su explotación directa, ya que al aumentar los campesinos empobrecidos aumentaba igualmente la posibilidad de reducirlos a arrendatarios o asalariados. De hecho, en Vizcaya aparece clara la disminución del porcentaje de campesinos propietarios que pasan de cerca de un 50 por ciento a principios del XVIII a un 36 por ciento hacia 1860; disminuye asimismo el número absoluto de propietarios, mientras que entre estas mismas fechas hay un incremento de los números absoluto y relativo de arrendatarios. Es decir, que hay un proceso de confirmación del absentismo por parte de los grandes propietarios. Pese, pues a la condición rural de buena parte de sus bienes y de sus rentas, muchos liberales serán así habitantes de las villas.

46

Esta proletarizado n agraria va unida a la primera penetración seria de la economía monetaria en el País. El aumento de las necesidades en dinero contante hacía aún más difícil la pervivencia de las pequeñas explotaciones, ya que los productos susceptibles de venderse (trigo por ejemplo) eran obtenidos en poca cantidad. El aumento de los arrendatarios equivalía a un incremento de la población necesitada de ganar dinero para pagar la renta y obligada por tanto a una mayor

[52] Sobre Bilbao, ver el clásico *Paz en la guerra* de Miguel de Unamuno, escrito en 1897. Hay varios libros de testimonios y memorias. Un estudio sociológico y una bibliografía se encuentran en Estíbaliz Ruiz de Azua, *El sitio de Bilbao en 1874,* Bilbao 1977.

dedicación a productos capaces de comercializarse, afectando directamente a las antiguas costumbres autárquicas. Hay que añadir otros factores que influyen también en esta penetración de la economía comercial. Así, el mayor consumo del vino riojano, que reemplaza a la sidra o a la viña local tradicionales, así como el aumento del consumo de granos. Con vistas a la exportación de estos dos productos, las cosechas se especializan en Álava. Al mismo tiempo, la población urbana aumenta proporcionalmente, incrementándose así el porcentaje de consumidores no productores. Ya desde la segunda mitad del XVIII estos cambios se notaban; acelerándose durante el siglo XIX van poniendo las premisas de la «racionalización» capitalista de la agricultura. Naturalmente, la separación entre productores y consumidores, la creación de un tráfico comercial más importante significa el incremento del poder social de grandes propietarios, cosecheros, transportistas y comerciantes al por mayor, facilitando asimismo la extensión de prácticas especulativas y usurarias. La falta de numerario lleva a muchos campesinos pobres a hipotecar tierras, aperos e incluso próximas cosechas, contribuyendo así a dividir aún más a la sociedad rural en ricos y pobres, excluyendo a éstos de la posibilidad de comprar tierras y afianzando la fuerza económica de aquéllos.

De aquí que el número de arrendatarios sea muy importante al final del período a causa de la inversión en tierras por parte de propietarios absentistas:

47

Cuadro 2. Distribución de la propiedad en 1860 (en %) [53]

	Propietarios	***Arrendatarios***
Álava	50,55	49,45
Guipúzcoa	27,55	72,45
Vizcaya	35,69	64,31

Las cifras alavesas están en relación con un alto porcentaje de propietarios en la Rioja: 86,16 por 100 en el partido judicial de Laguardia. Antes hemos hecho mención a la importancia de los liberales entre los campesinos de esta zona, debido a la abundancia de compras de tierras desamortizadas por parte de los propietarios medios. Ambas cifras están, probablemente, en relación.

Ligada precisamente a esta redistribución de la propiedad de la tierra, una base social importante del liberalismo se encuentra entre los

[53] Según el *Censo de población de España,* Madrid 1863. Ver detalles en Fernández de Pinedo, Crecimiento económico..., págs. 266y 267.

latifundistas navarros. En efecto, esta provincia era la única del País Vasco Peninsular en disponer de excedentes de grano. Desde 1828 estos terratenientes exigen una reforma aduanera que signifique su integración en el mercado español unitario, con el fin de poder introducir libremente sus trigos hacia el interior. Hasta 1841, estos grandes propietarios van a ser liberales, tanto en función de los intereses comerciales antedichos como por las ventajas sacadas de las primeras grandes ventas de comunales. Luego, como veremos más tarde, la consolidación de su poder local dentro de esta provincia, unida a una política populista que buscaba el apoyo de unos campesinos medios prósperos, les va a hacer evolucionar en un sentido peculiar de particularismo navarro contrarrevolucionario y antiindustrial que va a ser la causa de la separación política entre Navarra y las otras tres provincias. Sin embargo, hasta 1841 es idéntico el carácter liberal de la mayor parte de la gran nobleza, conforme a su relación con la propiedad de la tierra cumpliéndose esta definición en las cuatro provincias peninsulares.

Hay que añadir ahora otro importante sector liberal: es el de la burguesía comercial. Parece claro que entre los comerciantes hay que distinguir dos sectores: los pequeños tenderos, ligados a una población mayoritaria artesana y campesina, son de mentalidad carlista en su mayoría, mientras que los grandes comerciantes, quienes vivían menos de las ventas directas en el País que del comercio de ultramar y hacia la Meseta, son liberales. Este último sector era, por sus orígenes y sus funciones, muy exterior a la sociedad tradicional; entre ellos había fueristas liberales, que sólo pretendían una actualización del Fuero compatible con un mercado más unitario, pero había también un sector más centralista para quien la abolición del sistema foral significaba también el triunfo sobre los «jauntxos» tradicionales. En efecto, estos controlaban las Juntas y las Diputaciones, basadas en una representatividad que privilegiaba a la población rural; los grandes comerciantes de las oligarquías urbanas deseaban terminar con esta dependencia de la villa hacia la provincia.

48

Ya hemos hablado de la oposición entre Bilbao y Vizcaya. Un fenómeno similar ocurría entre San Sebastián y la provincia. Hemos de entenderlos en parte como una contradicción entre la burguesía comercial y la nobleza agraria (lo que no niega las imbricaciones entre estos dos sectores). Frente a la actitud más doctrinaria en el liberalismo y más centralista de los sectores urbanos, la mayoría de la nobleza va a apoyar el «fuerismo liberal», es decir, la línea de

conducta conforme a la cual el Fuero se conserve adaptado a la mentalidad agrario-liberal, con lo que la autonomía y el predominio local de la nobleza vasca podrían perdurar.

Esta contradicción aparece pronto. En 1820 las Aduanas fueron trasladadas a la frontera de

Irún y allí estuvieron hasta 1823, en que con el triunfo en Madrid de la reacción y la consiguiente liquidación de las reformas del trienio constitucional volvieron al Ebro. La burguesía comercial tomó muy mal esta medida de restauración foral. El comercio colonial se alejaba de los puertos vascos ya que el Estado dirigía hacia otras provincias este tráfico con el fin de endosar los correspondientes aranceles: éste es el sentido de la Real Orden de 1824 por la que se prohibía la introducción en Castilla de productos coloniales a través del puerto de San Sebastián. Comienza así una fuerte presión de los comerciantes donostiarras para obtener la reforma aduanera. Ante ella, las Juntas, dominadas por los «jauntxos», reaccionan y la Junta de Azpeitia califica así a los promotores de aquella política:

> «...Corporaciones compuestas en gran parte de advenedizos en el País, mayormente si atendemos a que siendo constante que en esta Provincia han adquirido sus capitales a beneficio del régimen foral, faltan grandemente a la gratitud.»

49

Entre los más significados liberales donostiarras hay varias familias cuyos nombres se repetirán, como los Collado, Lasala, Ferrer, Brunet y Luzuriaga, y es cierto que varios de ellos son de origen exterior al País[54]. Esto no impide que indiquen la existencia de un grupo social vasco, liberal y bastante centralista. La lucha continuará hasta el definitivo traslado de las aduanas.

En lo que a la actitud de la burguesía comercial se refiere, hay que hacer notar, además, que desde la promulgación el 30 de mayo de 1829 de un Código de Comercio único para toda la Monarquía, con la correspondiente derogación de todas las Ordenanzas particulares de los Consulados, el de Bilbao había desaparecido y los comerciantes de la Villa se regían ya desde 1830 por el nuevo código unitario. Razón de más para pedir la adecuación del Fuero a la situación de hecho.

Al citar las razones internas de la crisis en el País, se ha mencionado la baja competitividad de los ferreteros y su deseo de conseguir un mercado unitario y protegido a nivel del Estado español. Añadamos a

---

[54] Ortzi, *Historia de Euskadi,* 1975, pág. 75.

este sector a una parte de los intelectuales (muy divididos entre ellos), tocada por la ideología liberal y democrática, impregnada del espíritu de la Bastilla y de Cádiz y completaremos el cuadro de los liberales vascos.

Sin embargo, todos estos grupos liberales hacen referencia directa a la crisis del Antiguo Régimen y a las posturas de sus sectores más avanzadas respecto a dos problemas claves: la repartición de la tierra y la libertad comercial. Un nuevo sector aparece asimismo en el XIX,

liberal, pero por hacer referencia a la revolución industrial; son los primeros industriales modernos para quienes la desamortización supone, fundamentalmente, la aparición de un ejército de campesinos proletarizados, de mano de obra libre para sus fábricas. Se trata, pues, de una óptica fundamentalmente diferente a la de los liberales antes citados. Desde el principio, la mayoría de estos burgueses industriales va a unir la prosperidad de sus negocios con la creación de un estado-nación español unitario, donde buscar apoyo y protección. Es probablemente poco fundado, con los datos actuales, afirmar o negar la continuidad eventual entre los dueños de la siderurgia tradicional y la burguesía moderna vasca: en unos casos se da, en la mayoría no. De todos modos, el carácter antiforal del sector siderúrgico y ferretero anterior a 1841 parece más bien ligado al liberalismo de propietarios agrarios y de grandes comerciantes que al españolismo de la moderna burguesía bilbaína. Al ocuparnos del problema de la acumulación primitiva trataremos con más detalle de esta cuestión, sobre todo para insistir en la diferencia cualitativa existente entre ambos tipos de «procentralismo» a partir del gran salto de 1876. De todos modos, la importancia política y social de la burguesía industrial moderna era aún muy limitada en la época de los conflictos carlistas, especialmente durante el primero, y este sector no forma de ninguna manera la principal clase dirigente del esfuerzo militar y administrativo liberal.

50

Llegados a este punto, podemos establecer un cuadro de los sectores carlistas y liberales del País, de los grupos que se enfrentaron así en una auténtica guerra civil:

Cuadro 3. Carlistas y liberales en el siglo XIX

Carlistas	***Liberales***
Campesinos medios y pobres	Campesinos enriquecidos
Artesanos	Latifundistas y grandes propietarios agrarios
Pequeños comerciantes	Grandes comerciantes
Clero	Industriales
Nobleza local	Alta nobleza

Este cuadro para el País Vasco puede compararse con el de otros autores, tanto para Euskadi como para el conjunto del fenómeno. Muy similar es la distribución según Fernández de Pinedo[55], aunque con respecto a los artesanos sostenga una opinión diferente. Sobre el conjunto del Estado, Evarist Olcina[56] nos habla de la indiscutible base campesina del carlismo, de la participación del artesanado en este mismo bando durante la Primera guerra y del proletariado campesino en la Segunda, así como de la afiliación liberal de títulos nobiliarios y alta burguesía.

51

8. El «neocarlismo»

Las razones del comportamiento político de cada grupo social citado se han comentado más arriba. Pero a lo largo del siglo hay una evolución histórica y con ella una modificación en las actitudes de ambos campos.

El primer cambio importante del que se va a tratar es el producido dentro del carlismo. En su origen, el carlismo coincide con las características generales antes descritas: una masa de campesinos defensora de sus formas de vida tradicionales y actuales, enfrentados con un estado liberal que les negaba su supervivencia económica y su sistema político; un bajo clero que usaba la defensa de la religión como vehículo de ideologización de la actitud popular; una nobleza local a la cabeza del movimiento; y un grupo de intelectuales ligados a ésta, al pueblo y al clero, insistiendo sobre el carácter foralista de la lucha. Sin embargo, ya desde la década de 1840, al terminar prácticamente la liquidación de los bienes eclesiásticos y de buena parte de los de los pueblos, empiezan a entrar elementos nuevos en el carlismo. Se trata de compradores de tales bienes, propietarios profundamente reaccionarios, y de otros sectores de las clases dominantes que se encuentran temerosos del triunfo de una revolución burguesa o de una incipiente revolución obrera: el carlismo aparece a tales clases como el refugio más seguro ante tales posibilidades. Esta tendencia se acelera con la Revolución de 1868: la figura de los «neos», carlistas recientes reclutados precisamente en

[55] Op. cit., págs. 473 y 474.
[56] *El carlismo y las autonomías regionales,* 1974, págs. 43, 59 y 69.

tales medios reaccionarios y propietarios no sólo se hace frecuente sino incluso dominante dentro del carlismo. La mediatización ideológica y política del carlismo por nobles y eclesiásticos había creado las condiciones necesarias para que este paso se diera: relativamente estabilizada la nueva

propiedad de la tierra, todos los poseyentes, fueran ganadores o perdedores en la etapa anterior, tendían a hacer bloque frente a la posibilidad de una revolución.

En el País Vasco estos «neocatólicos» tuvieron una gran importancia. Se pueden encontrar ejemplos, como Manuel Valdés, comerciante vitoriano de prosapia, cuyo equipo terminará dominando la Diputación a Guerra de Álava durante la última contienda. Asimismo, el tono ideológico contrarrevolucionario se amplifica en la literatura carlista, como puede verse en los escritos del canónigo Mantera la, diputado por Guipúzcoa en 1869. De hecho, en las elecciones de 1871 los vascos enviaron a las Cortes diez diputados carlistas: este triunfo electoral se debe en gran parte a la fuerza de los «neos». No hay que olvidar que el voto en aquellos años estaba restringido a las clases poseyentes.

52

A nivel general, en el interior del carlismo se reflejaban estas contradicciones entre el contenido popular y la manipulación reaccionaria. Con respecto al problema de la desamortización, sin duda una de las claves principales de estas contradicciones, la virulencia antidesamortizadora de la primera época se vio pronto relegada. Así, desde 1868 hay una clara tendencia a respetar los bienes de los nuevos propietarios, y el pretendiente carlista dice explícitamente en el Manifiesto de Morentín (1874) que no molestará a los compradores ya consolidados. Esta actitud era coherente con la evolución ideológica dirigida por Nocedal y Aparisi y Guijarro; el carlismo pretendía ser el principal defensor de los poseyentes contra la revolución y la República, y trataba de atraerse a todos ellos renunciando a lo que tenía de popular e insistiendo en lo que llevaba de contrarrevolucionario. La cuestión de los comunales era, pues, un punto clave dentro de esta actitud.

En el País, las contradicciones acarreadas por esta postura dentro del propio carlismo son notorias. A nivel del problema desamortizador, el Manifiesto de Carlos VII choca con las actitudes de la Junta Gubernativa de Navarra y de la Diputación a Guerra de Álava, que dan respectivas órdenes declarando antiforales las ventas de comunales y multando a los compradores. La circular alavesa del 19 de septiembre

de 1874 es contemporánea de tal manifiesto y declara explícitamente contrafuero las ventas de comunales y propios efectuadas por el Gobierno central, anula las ventas efectuadas, impone una multa de 20.000 reales a compradores y vendedores si en adelante se hicieran, y prohíbe absolutamente a los alcaldes efectuarlas. Actitud que responde al sentir tradicional y popular, y que es abiertamente contradictoria con la de las altas esferas carlistas, quienes desde la Revolución de 1868 se preocupaban mucho más de atraerse a los propietarios católicos que de responder a las esperanzas de las masas campesinas.

Carlos VII juró los Fueros, pero lo hizo simbólicamente, sin que la restauración de las formas de vida y las libertades tradicionales, sobre todo en lo que a su contenido popular se refiere, le importase realmente mucho. Sus objetivos políticos se movían en otra esfera, y con ellos sus principales consejeros y generales. Por eso, uno de los símbolos de esta última guerra va a ser el Cura Santa Cruz, que hace una guerra por su cuenta, condenado y perseguido por la propia jerarquía carlista. Probablemente, su violencia, su aislamiento político y su falta de capacidad estratégica traducen la rebeldía desesperada de los campesinos condenados y traicionados; precisamente entre esos campesinos no le faltarán ni reclutas ni cobijo.

53

La suerte del carlismo estaba así echada. El predominio de «neocatólicos» y de moderados llevaba a una pérdida del carácter popular y a un predominio de los propietarios, de la gente de orden; se trataba cada vez más de un baluarte contrarrevolucionario, y no de un defensor de las masas expoliadas. Entre 1868 y la Restauración borbónica, muchos poseyentes le dieron apoyo y ayuda material; pero cuando con Alfonso XII y el Canovismo se vio la posibilidad de un compromiso eficaz entre latifundistas, financieros y burguesía industrial, con el apoyo del ejército y del aparato de estado, la mayor parte de aquellos apoyos temporales cambiaron la chaqueta. Buena parte del carlismo eligió el compromiso; otra quedó en la oposición, pero reducida a un puro integrismo religioso. Quien quedó desnudo, sin fueros y sin líderes fue el pueblo.

Esta actitud de finales de siglo anuncia ya la triste historia del carlismo en la primera mitad del siglo XX, convertido en verdugo de los obreros de Zaragoza y de los «gudaris» de Euskadi.

9. El «fuerismo liberal»

Por parte de los liberales vascos hay, asimismo, una evolución. Algunos fueron partidarios de la liquidación de toda autonomía y de toda foralidad, pero la gran mayoría compartían una u otra forma de fuerismo. El fuerismo liberal, va a ser la característica principal de la clase política vasca en el período entre las dos guerras. Podemos también citar en este mismo espectro a los defensores de la república federal, que formaban el sector más avanzado del País; especialmente notable en Guipúzcoa con adeptos en otras ciudades como Vitoria, se trata probablemente de intelectuales en relación con las clases medias urbanas modernas.

Tras el final de la Primera guerra en 1839, se inicia una época de prosperidad para el País (de cuyas causas e incidencia económicas nos ocuparemos al hablar de la burguesía industrial), que coincide además con una época de pugnas entre el poder central y las Diputaciones. Entre 1839 y 1841 hay una fase de conflicto interno, enfrentándose burguesía comercial y propietarios agrarios liberales; aquéllos insisten sobre todo en la reforma aduanera y éstos, triunfadores y en plena bulimia de tierras, en la intangibilidad de su poder local conforme al Fuero. Eliminados los obstáculos carlistas, los «jauntxos» liberales estaban deseosos de adecuar el Fuero a sus intereses de clase, pactando para ello con el poder central y reforzando al mismo tiempo su poder absoluto a nivel provincial. Sin embargo, el decreto del 29 de octubre de 1841 dado por Espartero crea una nueva organización política provincial y municipal igual a la del resto del Estado, y las aduanas se trasladan al Ebro; los comerciantes triunfan y San Sebastián lo celebra con júbilo. Más tarde, en 1844, cuando los moderados llegan al poder en Madrid devuelven a la administración provincial y municipal la organización feral anterior a 1841; son ahora los miembros de la oligarquía agraria provincial los que salen vencedores.

54

Esta contradicción entre propietarios agrarios y comerciantes e industriales recorrerá todo el período entre ambas guerras, pero no tomará el carácter antagonista que posee la común contradicción con el carlismo. De hecho, los «moderados», que apoyan a los «jauntxos» provinciales, representaban los intereses de los grandes propietarios agrarios satisfechos con la nueva redistribución de la tierra y su carácter burgués, pero no veían en la liquidación del sistema feral las ventajas que pretendían parte de los comerciantes al por mayor; al

contrario, temían que la introducción de formas democráticas de gobierno, de la industria moderna y de la ideología democrática, supusiera la puesta en peligro de su preeminencia local.

En lo que a Vizcaya respecta, Gregorio de Balparda[57] nos ha dejado una descripción de la oposición entre «progresistas» y «moderados», o lo que es lo mismo, entre el sector más favorable al unitarismo español y aquellos que se identifican con el fuerismo liberal El Bilbao de 1839 estaba en manos de los moderados, defensores del «Paz y Fueros» y colaboradores con el Gobierno en la redacción de la definitiva Ley del 25 de octubre. Los progresistas, minoría dentro de los liberales, reciben mal esta Ley, ya que para ellos los Fueros no tenían por qué ser adecuados a la Constitución, sino desaparecer dentro de ella; como dice Balparda:

55

> «Y aquellos honrados progresistas qué realizaban, no sólo en lo político, sino principalmente en lo económico, la más honda revolución que se ha operado en España, la de la liberación, por las leyes de señoríos, de desvinculaciones y desamortizadoras, de la propiedad inmueble, ¿podían hacerse tomar en serio si dejaban que el instrumento insustituible para esta reforma, un poder público centralizado y fuerte, se desbaratase y anulase por dejaciones y desmembraciones regionales? La actitud de los progresistas vascongados tenía que ser por toda clase de motivos de franca enemiga a la ley de 1839, en cuya aplicación veían la posibilidad de que los carlistas se reorganizasen aquí para una nueva sublevación.»

Estos «progresistas» unificadores resultan minoritarios dentro del liberalismo vasco. Los hombres más significativos de éste, aquellos que incluso van a gobernar las provincias en este período, van a ser los que pretenden la modificación de los Fueros dentro de un sentido liberal. Así, el propio Balparda[58] cita entre ellos al alavés Pedro de Egaña en el período entre las guerras, al sector transigente de 1876 y a Angel de Allende-Sala zar durante la Restauración borbónica.

La división entre progresistas y moderados entendida como una oposición mecánica entre comerciantes e industriales de una parte y propietarios agrarios de otra, resultaría falsa. Si esos dos bloques se definen, sobre todo en función de tal contradicción, eso no impide que tengan profundas imbricaciones; de hecho, el predominio de los fueristas liberales se consolida y la prosperidad material de los años entre 1840 y 1868 lleva a una adscripción a esta doctrina de la

[57] *¿Federalismo? ¡Feudalismo!* Bilbao, 1931.
[58] *El sentido liberal del Fuero de Vizcaya,* 1908.

mayoría de los poseyentes urbanos, incluyendo una buena parte de los comerciantes. Esta situación va a ser especialmente notoria en las tres provincias occidentales, donde poco a poco industriales, comerciantes y clases modernas ligadas a la revolución industrial se van a hacer predominantes. Su foralismo no va a consistir en la defensa del Antiguo Régimen, a quien rechazan, sino en la afirmación de su personalidad autónoma dentro del Estado español Sien las Diputaciones el predominio de los propietarios agrarios va a continuar, en las villas más importantes aparece una administración que cae en manos de comerciantes, almacenistas, manufactureros y financieros; su fuerismo no es en absoluto incompatible con una voluntad de gestión eficaz con claros objetivos comerciales e incluso manufactureros.

56

En Vitoria, esta situación se manifiesta a partir del Ayuntamiento de 1850 presidido por Luis de Ajuria, gran comerciante y almacenista en hierros, donde era Procurador Síndico Ladislao de Velasco, hombre clave en la época de 1876. Este equipo fundó la Caja de Ahorros Municipal, el Banco de Vitoria, se ocupó del paso del ferrocarril por la ciudad y se especializó en la gestión con vista al desarrollo económico. Realistas, aceptaron la instalación en la ciudad de la Capitanía General, de la Audiencia y de otras instituciones estatales, que aunque en sentido estricto eran violaciones del Fuero, suponían afluencias de dinero para la capital alavesa. Su foralismo moderado iba en la línea del de Don Pedro de Egaña, varias veces diputado y ministro y dejaban que el Estado central aumentase sus prerrogativas siempre y cuando esto significase una adecuación a sus concepciones sobre el desarrollo económico. Esta tendencia, obviamente, creó resistencias entre los fueristas más intransigentes como en Álava fue Ramón Ortiz de Zárate. A la larga, la insistencia en un foralismo moderado, compatible con la unidad de la monarquía y el espíritu liberal, era la línea dominante; su ideólogo más significativo puede ser Mateo Benigno de Moraza, también alavés.

Si hemos citado a Velasco como representante del sector que empalma la tradición fuerista con el desarrollo de la industria y del comercio en la Vitoria de la mitad del siglo, podemos describir una tendencia similar en San Sebastián y Guipúzcoa. Aquí, la presencia de progresistas e incluso de republicanos federales es más significativa. Sin embargo, diputados y senadores van a representar a la tendencia mayoritaria y terminar defendiendo a los Fueros. El espíritu de esta defensa puede verse retratado en la carta que Pablo de Gorosábel, ilustre liberal, escribe el 19 de mayo de 1836 a la Reina Gobernadora

en nombre de la Diputación:

> «... Nadie ignora (...) que los propietarios guipuzcoanos comprometidos casi todos por su adhesión al sistema constitucional, que nivelaba estas provincias con las demás del Reino, habían perdido mucho de su influencia para con la masa del país tan apegada a su régimen foral (...). Debe convencerse Vuestra Majestad que los vascongados defensores del Trono legítimo y de la libertad de la Nación, no son menos celosos de la conservación del liberal régimen foral, que la masa rústica sumisa al Pretendiente. (Más aún), la adhesión al príncipe batido será pasajera y efímera; pero el recuerdo de las instituciones ferales ya perdidas, sería constante, perseverante y capaz de producir conmociones y desórdenes en toda ocasión oportuna.»

57

A lo largo de estos años, los liberales guipuzcoanos desarrollan así toda una teoría interpretativa de los Fueros, en la que éstos aparecen como instituciones democráticas compatibles con el espíritu liberal; incluso sobre la controvertida cuestión de las aduanas, que desde 1841 siguen en la frontera francesa, sostienen que los Fueros poseen un espíritu de libertad mercantil y de abolición de las trabas al libre comercio, espíritu toral que justifica plenamente el traslado aduanero. Estos equilibrios ideológicos traducen probablemente el encuentro de un compromiso entre la mayoría de los poseyentes conforme a la doctrina del fuerismo liberal. Y, así, siguiendo la línea marcada por Gorosábel en 1836, el Ayuntamiento de San Sebastián insiste en 1875 en que todos los vascongados liberales aman con delirio a sus Fueros, en que éstos son completamente compatibles con la unidad de la monarquía y en que su abolición sólo creará focos de agitación y de trastornos[59].

En Bilbao y Vizcaya ya se ha citado el predominio moderado tras la primera guerra; la política fuerista de la Diputación fue una constante. Culminando el período, merece la pena recordar la expresiva carta de adhesión que, con motivo de su advenimiento al trono enviaron a Alfonso XII en 1875 los diputados de las tres provincias occidentales, así como la alocución a los vizcaínos con este mismo motivo. Los Diputados liberales por esta provincia insistían en que la proclamación del Rey significaba sin duda «la conservación de nuestras queridas libertades». En general, todos los poseyentes vizcaínos aparecían de acuerdo para defender la autonomía foral, incluyendo a los representantes del nuevo capitalismo.

---

[59] Ver el acta de la reunión del 10 de diciembre de 1875, citada por Carlos Blasco de Imaz, *Los Fueros. Apuntes guipuzcoanos,* 1966, pág. 106 y siguientes.

Ahora bien, como hemos indicado, el fuerismo liberal es un compromiso entre oligarquía agraria, predominante en las zonas rurales, y burguesía comercial e industrial, sin que esto deshaga las contradicciones existentes. El predominio en las villas de los sectores más modernos va a llevar a una línea de concesiones al poder central, a una continua adecuación de la autonomía al desarrollo de la nación-estado unitaria. Este fenómeno es propio de las tres provincias occidentales. En Vizcaya, donde el desarrollo industrial masivo se hará en primer lugar, en el transcurso de una década los representantes del gran capital como Alzola, Rivas y Múdela, pasarán de una actitud fuerista a presentarse en nombre de partidos españoles para quienes el fuerismo estaba muerto y enterrado. Las peculiaridades de este cambio de postura serán estudiadas luego; lo que ahora se trata de subrayar es que el fuerismo liberal, el españolismo oligárquico y el nacionalismo vasco aparecen en continuidad y en relación estrecha con el desarrollo de la moderna sociedad industrial Como vemos, son fenómenos peculiares de las tres provincias más occidentales del País Vasco Peninsular.

58

10. La peculiaridad del caso navarro

Puede postularse que en el período anterior a 1841, la historia económica, social y política de Navarra es muy parecida a la expuesta para el conjunto del País Vasco Peninsular, subrayando la peculiaridad de las dos vertientes de la cadena: la Montaña seguirá la pauta de la Euskadi cantábrica, la Cuenca de Pamplona, la Tierra Estella y parte de la Navarra Media oriental tendrán mucho que ver con la evolución en Álava y la Ribera estará emparentada con los problemas riojanos. Esto no significa identidad total, como no la hay entre Arratia y el Goiherri; simplemente se puede afirmar que la evolución colectiva se hacía dentro de unos parámetros globalizadores que permiten hablar de un conjunto con una historia y una evolución comunes.

El sistema de vida y de propiedad en la Montaña era muy similar al guipuzcoano; en la Tierra Estella, donde hasta la Guerra de la Independencia el euskera era bastante corriente, los valles occidentales eran un auténtico apéndice de la Navarra húmeda del N. O., con unas formas de vida agropecuarias muy similares; en la Navarra Media Oriental, sí bien Tafalla y Olite empezaban ya a

participar de las estructuras de la Ribera, las sierras circundantes condicionaban unas formas de vida con amplios contactos con las del conjunto del País Vasco húmedo. De hecho, pues, podemos sostener que la mayor parte de Navarra, hasta el siglo XIX, evoluciona dentro de unas estructuras agrarias tradicionales que se corresponden con las generales del Antiguo Régimen para el conjunto del País Vasco: coexistencia de la propiedad privada con la comunal, policultivo con mentalidad autárquica, etc. Las guerras de la primera mitad del siglo XIX caen con enorme dureza sobre esta provincia; las devastaciones son intensas y, asimismo, se multiplican las ventas de comunales, las roturaciones y las enajenaciones de árboles del común. La Diputación, en general, defiende los comunales, pero muchos pueblos apremiados por las deudas venden incluso sin permisos. La enajenación de bienes del común aumenta al acercarnos a la Ribera, y es especialmente marcada al Sur y al Oeste de una línea que va desde las Amezcoas a Pamplona, para bajar hacia Tudela: la Ribera, las zonas de Estella y Tafalla son las más afectadas aunque menos en Estella que en las tierras de Olite, Ujué, San Martín de Unx y adyacentes.

59

Pero la historia de la desamortización en Navarra no es idéntica a la de las otras provincias. Al llegar la época de 1850, la Diputación dispone de una autonomía que el Estado le reconoce a través de la Ley Paccionada de 1841: al ver venir la nueva ola desamortizadora decide oponerse a ella y lo hace con eficacia. En efecto, el artículo 6º de la Ley Paccionada preveía que las atribuciones de los Ayuntamientos con respecto a los derechos y propiedades de los pueblos se ejercerían bajo el control de la Diputación; armados de este instrumento legal, los navarros van a reducir notablemente el alcance de las nuevas leyes. Lo que no impide que para 1850 sea ya evidente la enorme revolución que había sufrido el status de la propiedad. Los comunales restantes aparecían tanto más vitales para los campesinos precisamente por su reducción; al iniciarse en 1855 las discusiones en Madrid sobre la nueva Ley desamortizadora, la alarma entre ellos es grande, y muchos Ayuntamientos tienen que dar circulares para calmar al pueblo. Al aprobarse la Ley, las cuatro provincias vascas deciden considerarla como contraria al Fuero y obstaculizar su aplicación: de hecho, sólo los navarros harán una oposición eficaz, apoyados en su Ley Paccionada consiguiendo al final que su aplicación o no quedara al arbitrio de los Ayuntamientos. De hecho, la zona Sur decide vender, pero en caso de oposición de pueblos o valles dentro de esta zona, la Diputación les ampara contra

la tendencia general, como fue el caso en Cintruénigo y en Ergoyena.

Donde la oposición fue fructífera se aseguró una pervivencia de las características que hacían viable a la sociedad tradicional; más aún, en algunos pueblos los vecinos compraron mediante

sociedades colectivas los comunales en venta, preservándolos así de los grandes propietarios, como fue el caso de las corralizas de Artajona. Varios autores han insistido en que esta perduración de los comunales va a estar relacionada con la conservación de un campesinado relativamente estable y próspero, con poca proletarización. Tal vez en este comportamiento diferencial, en esta relativa prolongación del sistema tradicional esté la base de la larga persistencia del carlismo en Navarra.

[60]

Sin embargo, hay que alejarse de las posturas idílicas: la estabilidad de una provincia agraria y sin industrializar se paga duramente en esta segunda mitad del siglo XIX. Mientras en las otras tres provincias se iniciaba el despegue industrial y demográfico, la población navarra se estancaba.

Cuadro 4. Población navarra en el siglo XIX

Año	***Habitantes***
1802	226.467
1867	300.328 [60]
1900	307.699 [61]

Este estancamiento traduce la intensa emigración, tanto a ultramar como a las zonas industriales del estado (Euskadi y Cataluña) y a Madrid. La división de la Euskadi Peninsular en dos zonas, una industrial donde se desarrollan socialismo y nacionalismo (Vizcaya y Guipúzcoa) y otra agraria, que envía emigrantes a la primera y que queda bajo el caciquismo agrario (Álava y sobre todo Navarra) se inicia en la época que estamos describiendo.

De hecho, el tipo de ventas hechas por Ayuntamientos y Diputación permitió a mucho campesino pobre o arrendatario hacerse propietario, y es un hecho que el número y de pequeños propietarios aumenta durante el siglo XIX, especialmente en la «zona de las aldeas» (es decir, la zona media entre los caseríos de la Navarra del N. O. y las grandes aglomeraciones ribereñas). En las zonas montañosas,

[60] J.Altadill, «Provincia de Navarra», en la *Geografía General del País Vasco-Navarro,* 1918,pág, 13.
[61] *L. Urabayen, Una Geografía de Navarra,* 1959, pág. 362.

presión demográfica y características más suaves de la desamortización se conjugan para que el número de minifundios en propiedad aumente; por el contrario, al Sur de la zona Viana-Los Arcos y Tafalla-Olite, vemos cómo los latifundistas se refuerzan tanto por redondeamiento de las propiedades anteriores como por la aparición de nuevos grandes terratenientes. Aparece aquí una clase poco numerosa, poderosa en dinero y en influencia social, mientras la desposesión de los campesinos y la creación de un proletariado agrícola están en la base de fuertes tensiones sociales. A este fenómeno en la Ribera, hay que añadir que en el conjunto de la provincia se impone una nueva forma de explotación agraria, con el predominio definitivo de la agricultura sobre la ganadería y la explotación forestal; la crisis de las formas de vida tradicionales se expresa mediante el inicio de la despoblación de las zonas montañosas de la Navarra Media, precisamente aquellas zonas más ligadas a la cultura étnica euskaldun, mientras que la población se concentra en las llanuras de pan y de vino.

61

A nivel popular, pues, la persistencia del carlismo en Navarra puede entenderse como la perduración de la superestructura ideológica y política de un sistema agrario tradicional en retirada, pero aún sólido. La existencia de amplios comunales y de un alto porcentaje de campesinos medios propietarios, la continuidad del escape tradicional a la crisis que era la emigración, la ausencia de industria, crean condiciones para que con modificaciones la ideología carlista popular sobreviva.

Pero estas condiciones de base están mediatizadas en su operatividad por la política de los notables, de los propietarios. Ya hemos hablado de la postura liberal de los grandes propietarios navarros entre 1828 y 1841, ligada a la voluntad de abrir el comercio de granos hacia el interior del Estado y de utilizar en su provecho la legislación desamortizadora. Sus posturas son, en el fondo, exactamente comparables con las del conjunto de los liberales del País.

Sin embargo, para esta época de los años cuarenta la venta de los bienes eclesiásticos era prácticamente total[62] y la reducción de los comunales muy significativa. Cabe pensar que los propietarios habían hecho ya un importante redondeo de sus bienes y hay que señalar que, por las características geográficas de la provincia, los latifundistas navarros tenían mucha más capacidad de mantener un nivel alto de productividad y de rentabilidad que los propietarios de

[62] *La Desamortización eclesiástica en Navarra,* por José María Motiloa, 1972.

tierras dispersas en las provincias occidentales. Se puede pensar que la actitud conciliadora de los representantes navarros tras la Primera guerra que les llevó al convenio de la Ley Paccionada de 1841, está (o puede estar) basada en función de los intereses de una clase social agraria propietaria, poderosa y sólida, que quería su integración en el mercado español y que consideraba terminado el proceso de consolidación de su poder local. Al sector «fuerista liberal» navarro no le hacía sombra la lucha con unos progresistas locales ligados a las ideas democráticas o al desarrollo industrial; su poder en la provincia era indiscutido. Además, sus características de agrarismo y de fuerza económica les diferenciaban netamente de sus equivalentes en el País.

62

Las negociaciones de 1841 llevadas por Ilarregui, Galdeano, Barrera y Arteta llevaron a una pérdida de todos los símbolos e instituciones que consagraban a Navarra como Reino diferente, pero equivalían a una gran autonomía administrativa. Hubo un traslado inmediato de las aduanas, pero la Diputación se vio confiadas las atribuciones de administración y de gobierno local que antes pertenecían al Consejo Real. La Ley Paccionada se convirtió así en un instrumento útil para la vida autónoma de la nueva Navarra, en manos de terratenientes y notables rurales.

Como se ha dicho, el talante liberal de esta clase social estaba en función de la política aduanera y de la apropiación de la tierra en un sentido burgués. Realizados estos cambios, asegurado el marco institucional que los garantizaba, el principal problema va a pasar a ser la perennidad de su poder local. En 1855 la Diputación se pronuncia por una aplicación muy particular de las desamortizaciones: en la zona Sur, los caciques locales agudizan aún más el proceso de concentración de la propiedad; en el centro y el Noroeste, se toman posturas de protección de los comunales y, con ellos de los campesinos pequeños y medios. Hay que pensar que si bien la oligarquía agraria tiende a redondear sus bienes, de otro lado procede a defender una política populista que les haga aparecer como protectores (y dirigentes naturales) de los pequeños propietarios y arrendatarios en la zona, de explotaciones dispersas. Esta política es parecida a la realizada en Euskadi Norte y traduce la voluntad de la oligarquía local de asegurarse el sostén de los campesinos para defender la sociedad rural que controlan frente a la democracia y a la industrialización. Los notables navarros defendían un nuevo foralismo, no el ligado al Antiguo Régimen sino el basado en la Ley Paccionada: la identificación entre foralidad y sus intereses

devenía evidente, pero su actitud populista en las zonas Media y Norte buscaba la conversión del tradicionalismo carlista en un navarrismo agrario que aceptara la preeminencia de esta oligarquía. Y, a través de sus enfrentamientos con el poder central en estos años de 1850, empiezan a conseguirlo.

El carlismo supondrá un puerto de llegada natural para muchos caciques. Pero no el carlismo originario, sino especialmente el de los «neocatólicos», el de la defensa de los propietarios más reaccionarios contra la democracia: si esto ocurre en todo el País, en Navarra la peculiaridad foral puede ser incorporada al ideario tradicionalista con una gran operatividad, ya que con ella no se defiende al Antiguo Régimen más o menos idealizado, sino al actual poder de la oligarquía agraria. Así, la industrialización incipiente se va a ver frenada en Navarra por razones políticas y por razones geográficas. En electo, por su situación, Navarra queda fuera de las zonas de influencia directa del gran capital vasco y catalán, y esta marginalidad se ve agravada por el trazado del ferrocarril: sus principales ramas no atraviesan la provincia, ya que la línea Madrid-Francia pasa por Álava y Guipúzcoa, y la Bilbao-Barcelona lo hace por la ribera del Ebro, completamente en la periferia; el ramal Alsasua-Pamplona-Castejón será siempre de poco tráfico. Razones políticas se añaden a esta desventaja geográfica: la Diputación ejerce un auténtico control sobre determinados aspectos de la planificación y de la política económica y, estando en manos de la oligarquía agraria, carece de todo interés en la industrialización.

63

La historia de Navarra hasta la Guerra Civil de 1936 se puede escribir en función de la continuidad de la situación descrita. Una provincia fundamentalmente agraria, con un sistema tradicional en pervivencia y en crisis, en manos de una oligarquía con ideología agrarista y antiindustrial. El nacionalismo vasco y el socialismo serán fenómenos marginales, ya que en sus orígenes y en su desarrollo están ligados a la industrialización y a la aparición de clases modernas. Los caciques locales preferirán entenderse directamente con Madrid que buscar cualquier tipo de relación con los políticos modernos dé las provincias occidentales. La tendencia sustancial de la oligarquía fue la de mantener una preeminencia agraria más engarzada regionalmente en el Valle del Ebro y en Zaragoza que en el conjunto vasco. Hasta cierto punto lo consiguieron, aunque como veremos más tarde, no pudieron mantener inmune a la provincia de las nuevas tendencias políticas dentro del conjunto vasco.

11. La derrota global de los fueristas

Separada Navarra del resto del País por las peculiaridades de su evolución agraria, por la política de su oligarquía y por la Ley de 1841, el final del capítulo va a referirse casi exclusivamente a las otras tres provincias peninsulares. Fueristas liberales y neocarlistas suponían la mayoría de los políticos con influencia en ellas y, globalmente podemos hablar de una actitud fuerista mayoritaria tanto a nivel de dirigentes como en el seno de la población.

64

Sin embargo, la verdadera dirección de la política administrativa con respecto al País y sus Fueros estaba fuera del control de la oligarquía local. Como ya se ha indicado, los principales dirigentes y sostenedores de las guerras y de la política gubernamental no fueron los liberales locales, sino el propio Estado central. El fuerismo liberal batalló desde 1839 a 1876 con el fin de conseguir unos fueros actualizados y operativos, pero la política centralista hizo muy poco caso de esta postura. Citemos el caso del propio Cánovas, principal restaurador de la Monarquía de 1876 y hombre clave durante todo el proceso de la abolición foral quien se definía a sí mismo como un continuador de la historia de España bajo el programa de «convertir la unidad territorial en unidad nacional»[63]; la abolición de los fueros y el reforzar el centralismo eran puntos claves de su actitud.

Los fueristas liberales empezaron así a sentirse traicionados. Para algunos de ellos, esto se tradujo en una oposición virulenta a la política moderada y contemporizadora de Egaña y de los egañistas. Para otros, el carlismo y el neocarlismo fueron puntos lógicos de referencia y de militancia. Un caso ejemplar es el de Ramón Ortiz de Zárate, hijo de liberal y liberal que ejerció numerosos cargos en la administración de Vitoria y de Álava, fue varias veces Diputado a Cortes y terminó en el Consejo de la Diputación a Guerra Carlista durante el último conflicto; evolucionó hacia el carlismo a causa de los ataques de la administración central a los fueros, y ya en 1867, encabezaba la lista fuerista frente a Egaña. Otro ejemplo de evolución es el de la familia del Conde de Villafuertes, conocido liberal antes de la Primera Guerra; desde 1837 formó parte de los liberales fueristas y sus hijos aparecen como carlistas-integristas en la última guerra.

[63] Citado por Carlos M. Rama, *La crise espagnole du XXème siécle,* 1962, pág. 21.

Alfonso de Otazu, que cita el caso[64], nos hace notar que entre las dos guerras hay un intenso período de desvinculación y que si el padre era un terrateniente los hijos eran ya sólo medianos o pequeños propietarios (por la división del mayorazgo): según Otazu, el cambio de su situación de clase estaría directamente relacionado con el de afiliación ideológica.

Sin embargo, no son casos únicos. La desilusión de los liberales fueristas ante el centralismo provoca diversos fenómenos de afiliación: al carlismo hacia 1870 y al nacionalismo más tarde. Ceferino de Jemein habla de muchos hijos de liberales bilbaínos que entran en el nacionalismo de primeros de siglo[65]; y, con la aparición de un carácter netamente democrático en el PNV de la época de Aguirre, habrá casos como el de Picavea (que detallaremos más tarde), que llegará al nacionalismo desde posiciones monárquico-liberales y antiintegristas.

65

Más aún, un cierto sector del capitalismo incipiente del País Vasco fue asimismo carlista en esta época conflictiva. Un ejemplo conocido es el de Santiago de Arana, padre de Sabino, propietario de unos astilleros en Bilbao que, aunque dedicados a los cascos de madera que periclitarán más tarde, gozaron de un período de franca prosperidad entre 1840 y 1870; en sus instalaciones de Ripa construyó alrededor de 100 buques entre 1848 y 1871, haciendo edificar en Abando una gran casa (1857) que luego será conocida por «Sabin-Etxea». Santiago Arana era muy amigo de Alejo Novia de Salcedo, así como de los Urigüen, liberales, con quienes se asocia; tras la guerra, el gobierno liberal embargará los bienes de Novia y Arana, ya que ambos habían pertenecido a la Junta Superior de armamentos y defensa carlistas de Vizcaya. Ya hemos citado anteriormente el caso del comerciante vitoriano Valdés y es posible que un buen trabajo sobre la participación de industriales y comerciantes en esta última fase del carlismo armado vasco nos deparara bastantes sorpresas.

La crisis del fuerismo liberal se agudizó hacia el final de la última guerra. Muchos vieron que pese a su actitud y a sus sacrificios, el poder central iba a abolir los fueros. En una palabra, el elemento liberal se sentía traicionado e injustamente castigado, ya que la pérdida de los fueros le afectaba a él también. Esta es una de las claves de la política de reconciliación con los carlistas moderados, iniciada ante el cariz antiforal claro que estaba tomando la actitud del

---

[64] Op. cit., pág. 408.

[65] *Biografía de Arana-Goiri-tar Sabin e historia gráfica del nacionalismo,* 1935.

Estado central En Álava, por ejemplo, Ladislao de Velasco, Ramón Ortés de Velasco y Benigno Mateo de Moraza tomaron contacto con los carlistas, insistiendo en que había que buscar un compromiso para poder separar fileros y carlismo, de tal modo que la mina de éste no significara la desaparición de aquéllos[66]. La bandera del «Paz y Fueros» fue tremolada una vez más, mientras la prensa, la opinión pública española y el propio rey arreciaban en sus ataques a la autonomía vasca. El conjunto de las Diputaciones de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa fue a Madrid en mayo de 1876 con el fin de probar la compatibilidad de la unidad constitucional con los Fueros; en las Cortes, los Moraza, Villavaso, Lasala y otros derrocharon torrentes de oratoria y de erudición, y puede afirmarse que tenían con ellos el sostén prácticamente unánime de todas las personas del País. Pese a todo, los Fueros quedaron abolidos por la Ley del 21 de julio de 1876. Las Juntas de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa se reúnen poco después y envían el documento siguiente:

66

> «...Tristemente impresionados por la lectura de la Ley del 21 de julio de 1876 y teniendo presente que dicha Ley, hablando con el acatamiento debido, es contraria al estado foral que han disfrutado estas Provincias vascongadas y derogatoria de sus fueros, instituciones y libertades, acordaron, haciendo de estos sentimientos la declaración más solemne y respetuosa, debía acudir reverentemente a Su Majestad y a los altos poderes del Estado, ahora y en todos los tiempos, solicitando la derogación de aquélla...»

Esta unanimidad, vehiculada fundamentalmente por los propios liberales, se romperá pronto con la separación entre transigentes e intransigentes. La cuña definitiva será introducida por la aprobación del régimen de Conciertos Económicos. El sector capitalista con clara vocación de dominio de clase, de oligarquía y caciquismo en una palabra, que había participado en el fuerismo liberal, se dispuso rápidamente a colaborar con la nueva administración, felicitándose de la autonomía económica y de la unidad del estado. Otro sector de la burguesía, por el contrario, se agrupó alrededor de la Sociedad Euskalerria, manteniendo una clara intransigencia con respecto a. la colaboración con los liquidadores de los Fueros. El protagonismo que en los dos primeros tercios del siglo XIX corresponde a propietarios agrarios y grandes comerciantes va a desaparecer, y el enfrentamiento entre burguesía españolista, burguesía nacionalista y

[66] Sobre la época, ver el testimonio de Eduardo Velasco, *Crónicas y biografías alavesas,* Vitoria, 1888.

socialismo va a empezar a dibujarse.

Los capítulos siguientes se ocuparán de estas nuevas fuerzas protagonistas. Terminemos la reflexión sobre el carlismo y el liberalismo entrando un poco en la ucrania, en las hipótesis. La realidad del fuerismo liberal es indiscutible, como lo es la existencia de sectores burgueses en el carlismo de la última época, la actitud intransigente de un grupo liberal a finales del XIX y la aparición de un nacionalismo vasco burgués frente a la opción españolista de la oligarquía. Lo que parece claro es que de las propias contradicciones de la sociedad vasca surgió un sector con mentalidad liberal y burguesa, incluso con actividades de tipo capitalista, cuya voluntad se orientaba hacia la creación de un sistema político y económico propio, de un poder autónomo vasco a su servicio. Cabe preguntarse si, sin la intervención del ejército español y sin las disposiciones del poder centralista, esta tendencia no hubiera podido cristalizar en una opción nacional moderna, burguesa, por parte de ese sector fuerista intransigente liberal; esto es volver a insistir en que, en última instancia, el factor decisivo para la inclusión de Euskadi Sur en la nación-estado española durante el siglo XIX no nace del propio desarrollo interno de nuestra sociedad, sino que está sobre todo en función del conjunto de la vida política de la España decimonónica.

Capítulo 2. ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y ESPAÑOLISMO OLIGÁRQUICO

El problema del desarrollo capitalista en Vizcaya durante el siglo XIX ha estado presente, en estos últimos años, en muchas polémicas de índole política y expresión histórica. La cuestión que en el fondo se debate es la de la verdadera historia del proceso que llevó a la liquidación del sistema autonómico toral y a la inclusión del País Vasco Peninsular en la nación-estado española. Tomando la terminología de José Antonio Ayestarán[67], podemos decir que se enfrentan dos líneas: la «escuela exogenista», que ve en factores exteriores al País el complejo causal de la extinción de las libertades ferales, y la «escuela endogenista», para la cual el desarrollo de las propias contradicciones internas de la sociedad vasca lleva a tal desenlace. En lo que a la crisis del Antiguo Régimen se refiere, se ha desarrollado una opinión sobre el papel respectivo de ambos tipos de factores, sobre su imbricación y, en última instancia se ha insistido sobre la importancia decisiva de los «exógenos» a la hora de dar a la crisis interna el final preciso que tuvo, es decir, la sumisión al centralismo español.

Ahora bien, varios autores han visto en el gran capital vizcaíno, en sus intereses y en su desarrollo, la clave de este proceso. La tesis puede resumirse del modo siguiente[68]:

> «(Para) los capitalistas vascos, la victoria de los liberales en las guerras carlistas, la abolición de los poderes de las asambleas vascas y, lógicamente, la integración de Euskal Herria en la Península, representaban en primer lugar la realización de sus intereses de clase (pág. 63). La burguesía dinámica de Vizcaya y de Guipúzcoa necesitaba emplear esta fuerza concentrada y organizada que es el Estado para llevar a cabo su acumulación de plusvalía y poder instaurar el modo de producción industrial. Las «Juntas Generales» vascas (que materializaban en el plano jurídico el poder de una economía agraria autárquica) no eran obviamente —en una perspectiva de conquista del poder— la plataforma apropiada a los intereses de la burguesía, cuyas dimensiones se

[67] Ver el número especial de la desaparecida revista *Garaia* sobre el centenario de la abolición foral, julio de 1976, pág. 25.
[68] Citas tomadas del libro *Euskadi Soda Usté,* París 1971.

extendían y se confundían con las de la oligarquía ascendente española. Esta es la razón por la que la burguesía industrial vasca se integra en la revolución burguesa española y a partir de este momento se adjudica, como base esencial para su acumulación, el poder del Estado español. Desde el final de la Primera guerra carlista y tras el Abrazo de Vergara, las desamortizaciones civil y eclesiástica unifican el mercado peninsular y constituyen tarifas librecambistas. Añadiremos en conclusión que no nos parece en absoluto descabellado hablar de una acumulación primitiva en E uskal Herria llevada a cabo por agentes vascos (sobre todo en su primera fase) y desarrollada gracias a las condiciones necesarias que aquellos habían creado (págs. 67 y 68). Hemos descrito anteriormente cómo se efectúa el paso histórico (al capitalismo industrial) gracias a la integración de nuestro mercado nacional en el contexto más amplio del Estado español y a l a importación de capitales venidos de los países imperialistas más ricos de la época; se trata de una integración y de un proceso histórico que, en general, está lógicamente dirigido por la burguesía ascendente vasca» (pág. 70).

69

Se trata, pues, de una tesis «endogenista»: son los intereses de la burguesía ascendente vasca, identificada especialmente con su sector industrial quienes constituyen el principal motor de la integración de Euskadi Sur en la nación-estado española. Trataremos de demostrar a continuación que, si bien es cierto que esta oligarquía vasca identifica sus intereses con los de la nación-estado española bajo la dirección de un estado burgués, su papel dirigente en el período anterior a 1876 no se corresponde con la realidad histórica; la integración está ya realizada, a nivel político, para tal fecha y sólo después toma la oligarquía españolista el carácter de grupo de presión principal cara al Estado y de clase dominante en la formación social vasca.

La importancia de este tipo de tesis, no obstante, desborda ampliamente la polémica histórica. En las discusiones políticas, algunos sectores estatalistas se han arropado de un marxismo muy simplificado y han identificado la historia que hemos vivido con una necesidad histórica ligada al desarrollo de las fuerzas productivas y, por ello, progresista e irreversible. En pocas palabras (y caricaturizando ligeramente), se ha sostenido la tesis de que la burguesía industrial era la clase progresista de la época, de que esta burguesía había surgido de las entrañas de la sociedad vasca y de que al ser esta clase el motor de la integración de Euskadi Sur en España tal proceso fue necesario, progresivo, y creador de condiciones revolucionarias a través del desarrollo de un proletariado unido a nivel estatal. En última instancia, cualquier actitud que considerara tal

inclusión, en su fondo, como opresiva y fuera partidaria de tesis independentistas, era calificada de reaccionaria; había que discutir y condenar las condiciones represivas de tal inclusión, especialmente las ligadas al centralismo fascista, pero en el fondo la unificación conseguida a nivel de las fuerzas productivas y, sobre todo de la clase obrera, era progresista, necesaria e irreversible.

70

De aquí que las discusiones sobre cuestiones como la acumulación primitiva y el papel dirigente o no de la burguesía industrial vasca en el proceso integrador estuvieran ya teñidas de un fondo político e incluso ideológico. Se trata, por ello, de una polémica destinada a comprender nuestra propia historia, ciertamente, pero cuyas raíces reales se encuentran en la situación actual.

Digamos que de todos modos, si un amplio sector del pueblo vasco considera la unidad estatal como opresiva y reaccionaria en su fondo y en su forma, esta opinión se debe a la realidad vivida más que a la lectura de estudios históricos; el hombre político metido a hablar de historia tiene en esa realidad cotidiana un criterio básico para definir sus posiciones. Esto no excluye la necesidad de la investigación seria.

A nivel teórico, hay que hacer notar que la aceptación de cualquier acontecimiento histórico consumado como «necesario» y «progresivo» dentro del desarrollo de la historia, es una interpretación del marxismo debida especialmente a Kautsky y a su escuela. Esta actitud, que está claramente reñida con el materialismo histórico y con el papel de las masas en la historia, justificaba para los socialdemócratas germanos la desviación reformista de su partido, entendida como una «consecuencia necesaria» del desarrollo histórico, ya que así se había dado. Karl Korsch [69], fustigaba duramente tal interpretación diciendo:

> «(Se trata) de un historicismo primario que declara necesario y fundado, incluso en sus trazos más monstruosos, todo desarrollo histórico por el mero hecho de haberse desarrollado así y no de otro modo.»

Cualquier proceso histórico que se haga a través de la opresión y de la represión sobre las clases populares, sobre todo si crea al mismo tiempo unos aparatos de estado y una sociedad alienadora y represiva al servicio de los explotadores, no merece ni el calificativo de «progresista» ni ningún «respeto histórico» que le asegure la intangibilidad y la perennidad. Sólo aquellos acontecimientos ligados

[69] *La concepción materialista de la historia,* 1929.

a la emancipación de las masas y a la creación de formas de vida y organizaciones revolucionarias merecerían el calificativo de progresistas.

71

1. La primera fase de la acumulación de capital en Vizcaya

Volviendo a Euskadi Sur, podemos afirmar que hay algunos hechos indiscutibles, admitidos prácticamente por todos los autores. Uno de ellos es la existencia antes de 1876 de una burguesía moderna en Vizcaya, con instituciones financieras y empresas industriales propias, detentadora al menos del poder político en el Ayuntamiento de Bilbao; otro es el enorme salto que el poder económico y político de esta clase da a partir de 1877, ya tras la abolición del Sistema foral y en directa relación con los beneficios dejados por la exportación de mineral de hierro. En lo que respecta al proceso abolitorio del sistema foral y de la inclusión de Euskadi Sur en la nación-estado española, el papel de esta burguesía va a estar en función de su poder real en el contexto de ambas épocas; como trataremos de demostrar en este capítulo, su papel será secundario en la primera fase y principalísimo en la segunda, con lo que sin negar la existencia de causas «endógenas» volveremos a dar la prioridad a las «exógenas». Es decir, que no se trata en absoluto de negar la existencia de una burguesía vasca decimonónica interesada en el proceso citado de abolición-integración, sino de precisar que el papel dirigente dentro de él no le corresponde hasta después de 1876.

En el desarrollo del moderno capitalismo vizcaíno, una base principalísima para la industrialización fue la inversión de capitales de origen comercial. El comercio marítimo durante el Antiguo Régimen había sido regentado a través del Consulado, poderosa institución prácticamente omnipotente en Bilbao. Durante el siglo XVIII existía una sólida casta de linajes aristocráticos dedicados a actividades mercantiles, y de comerciantes a veces ennoblecidos cuyo pensamiento económico se puede ver bien retratado por el Discurso que en 1778 hizo en la Bascongada Valentín de Foronda sobre «la honrosa profesión del comercio»[70], o, tal vez mejor aún en la obra económica del bilbaíno Arriquíbar, comerciante él mismo que

[70] Sobre Foronda hay un artículo de Robert S. Smith, *Valentín de Foronda,* en el Boletín de la RSVAP, 1969. Ver, asimismo, las páginas que le dedica A. De Otazu, op. cit., pág. 348 y siguientes.

presenta su *Recreación política* en 1770.[71] Alianza entre burguesía y aristocracia, defensa de la libertad de comercio, afirmación de la primacía del comercio y de la industria sobre la agricultura, son probablemente características que diferencian a los bilbaínos (o a un sector notable de ellos) con respecto al conjunto de la Sociedad Bascongada, donde el espíritu fisiocrático que encontraba en la agricultura el verdadero origen de la riqueza y subordinaba la industria a la mejora de la productividad agrícola, era el dominante. Lo cierto es que en el siglo XVIII hay tanto una real fuerza económica de la burguesía comercial vizcaína como una representación de sus intereses en los Gobiernos de la Corona española, donde los ministros bilbaínos fueron bastantes. Algunos de estos linajes de dirigentes desaparecen de las primeras filas de la escena política y económica durante el siglo XIX, como los Goosens, los Gardoqui, Llaguno, Yandiola, Mazarredo, Colón de Larreátegui y otros; por el contrario, algunos apellidos seguirán sonando en los puestos dirigentes, como es el caso de los Urquijo, Uhagón, Mac Mahón, entre otros. Tanto Lequerica [72] como Sánchez Mazas [73], miembros por familia y dedicación de la oligarquía vizcaína, ven una continuidad entre los dirigentes del Antiguo Régimen y los prohombres del XIX, aunque señalan que en este último siglo muchos capitanes de industrias tenían un «origen modesto rural o artesanal».

La crisis de finales del XVIII y principios del XIX, general en la Corona española y particular en el País Vasco, incide también sobre las actividades de esta oligarquía. Pese a todo, el tráfico bilbaíno se mantiene y aunque las nuevas leyes exigen la desaparición del Consulado enseguida se crea una Junta de Comercio que le sustituye. Esta Junta va a estar asociada a la creación del Banco de Bilbao, del ferrocarril Tudela-Bilbao y en general a la primera expansión seria del capitalismo vizcaíno. Entre las casas de comercio que continúan durante el primer tercio del siglo XIX y que van a invertir luego en la industria, se pueden citar algunos nombres claves: así la familia Epalza, los Mazas y otros. Los más ejemplativos son los Epalza: Pablo tenía en Bilbao una casa de negocios con yutes y paños, sobre todo con Gran Bretaña; Tomás era banquero. Uno de los hermanos estuvo en La Habana de donde repatrió un importante capital A los Epalza, comerciantes prósperos, los vamos a encontrar

en la fundación del Banco y del ferrocarril antes citados, en la de la

[71] Ver Antonio Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración Española,* 1970.
[72] José Félix de Lequerica, *La actividad económica de Vizcaya en la vida nacional,* 1956.
[73] «Apología de la historia civil de Bilbao», en *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao,* 1957.

empresa siderúrgica Santa Ana de Bolueta y en otras empresas ya claramente capitalistas y modernas.

73

Digamos que para bastantes autores la inversión en la industria de capitales de origen comerciales la característica fundamental del primer capitalismo vizcaíno del XIX.[74]

Otra vía de desarrollo está en la propia transformación de las industrias tradicionales y de las manufacturas. La familia Ybarra se suele citar como ejemplo, ya que en 1827 crean una sociedad para explotar la terrería del Poval; en 1846 pasan a los hornos de Guriezo y luego participan en los diversos pasos que llevan a la creación de la Sociedad de Altos Hornos en 1902. No se puede negar a los Ybarra una mentalidad capitalista moderna, aunque Jordi Nadal[75] insista en que quien realmente introdujo esta mentalidad en la familia fue Villalonga, catalán, a quien ya encontramos entre los creadores de Guriezo y que fue más tarde el primer presidente de la Liga Vizcaína de Productores: esta hipótesis posee una clara lógica ya que el capitalismo catalán era el único que poseía una real dinámica moderna en la España de aquellos años.

Sin embargo, hay que insistir en que una buena parte de los capitales de los Ybarra tenían también sus orígenes en el comercio, y precisamente en el comercio típico del XIX vizcaíno: el del mineral de hierro. En 1825 se promulgó el Decreto-Ley sobre denuncia de propiedades mineras, con el que se dio origen a la explotación capitalista (es decir, con mentalidad de propiedad privada y explotación intensiva para acumular capital) de las minas vascas: la Sociedad creada por los Ybarra y Zubiría en 1827 tenía como fin principal la explotación de minas en Somorrostro. Más tarde, en 1874 y en 1876, los Ybarra se asociarán con la Orconera británica y con la Societé Franco-Belge des Mines de Somorrostro, con el mismo fin de explotar las minas. Sin embargo, donde la mentalidad industrial de los Ybarra queda patente es en que en los contratos con estas compañías extranjeras (que se llevan la parte del león), los Ybarra se reservan una parte del mineral para trabajarlo directamente en sus propias empresas siderúrgicas.

74

Digamos, pues, que los Ybarra son el primer ejemplo de cómo los

---

[74] Ver, sobre todo, Manuel González Portilla, «Los orígenes de la sociedad capitalista en el País Vasco». Revista *Saioak, nº* 1, 1977.

[75] Hay varias obras de Nadal importantes sobre esta época: «Los comienzos de la industrialización española (1832-1868)», en *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX,* 1970 y *El fracaso de la revolución industria! en España (1814-1913),* 1975.

capitales provenientes de la venta de mineral se invierten en el desarrollo de la industria local A partir de 1876 esta vía de desarrollo tomará una importancia definitiva: en estos últimos años, el cetro industrial y político de Vizcaya pasará a los Chávarri, cuya fortuna, como la de los Gandarias, tenía, su origen fundamental en el comercio de minerales, conforme al testimonio de Pablo de Alzóla.

Queda una tercera base de origen de las fortunas de la oligarquía vizcaína. Es la resultante de la acumulación agraria acelerada por el proceso desamortizador del siglo XIX. Emiliano Fernández de Pinedo ha insistido en que en el País Vasco hay una real acumulación de dinero gracias a este proceso y en que esta es una de las bases de la acumulación primitiva. Sin embargo, la existencia de estos fondos no presupone su inversión en la industria: con Gabriel Tortellá[76] se puede aceptar que la transferencia del campo a la industria es en general baja, la especulación y la timidez ante los negocios industriales siendo características de los enriquecidos con la desamortización. En Vizcaya, un caso de esta transferencia son los Urquijo: familia de la oligarquía tradicional, con amplias posesiones en las zonas de Ayala y Llodio, sempiternos Diputados y Senadores por esta zona, aparecen entre los fundadores del Banco de Bilbao y luego en diversos negocios en el País y fuera de él.

He aquí pues las tres bases de la acumulación primitiva en Vizcaya (al menos tal y como aparecen a la luz de los datos hoy conocidos). El comercio es prioritario, bien como continuador del comercio del Antiguo Régimen, bien ligado ya a la exportación de mineral de hierro; le sigue el propio desarrollo de la industria autóctona, con sus ampliaciones sucesivas; por último, la acumulación agraria, ligada en buena parte a la desamortización. Ni qué decir tiene que en todo proceso de acumulación hay una base de explotación de fuerza de trabajo y de sufrimiento humano que, si bien no la citamos continuamente en este trabajo, no conviene olvidar. Dentro de las modestas proporciones del primer capitalismo bilbaíno, este componente era ya duro. Recordemos a los campesinos desposeídos, humillados, empujados por el proceso de acumulación agraria a la mendicidad, a la emigración y a la guerra, citemos a las «sirgueras», mujeres que tiraban con cuerdas desde la orilla para remolcar las gabarras con los géneros que los comerciantes hadan entrar en Bilbao; o a las «cargueras», también mujeres, que antes de la mecanización cargaban con cestos el mineral de hierro en los muelles

[76] *Los orígenes del capitalismo en España,* 1973.

de la Ría.

75

Descritas estas bases, podemos intentar pasar a la descripción de las sucesivas tases de importancia política y económica de este naciente capitalismo vizcaíno.

2. El poder político de la burguesía industrial antes de 1839

La primera Guerra Carlista se desarrolla entre 1833 y 1839. Guerra terrible por sus destrucciones, y capital dentro del proceso abolitorio de los Fueros, ya que culmina en la Ley del 25 de octubre de 1839 por la que se confirmaban los Fueros de las cuatro provincias «sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía». Esta disposición va a ser la base esgrimida por los partidarios de la abolición toral hasta la culminación de sus tentativas en 1876.

Antes de 1833 el moderno capitalismo bilbaíno tenía una muy escasa realidad. Lo principal aún eran las casas de comercio donde se estaba ya haciendo una acumulación de capital con claro espíritu financiero. Como ya se ha dicho, Ybarra y Zubiría habían iniciado en 1827 la explotación de la terrería del Poval. Sin embargo, el primer tercio del siglo estaba marcado por una clara decadencia de la producción siderúrgica: los altos costes de la técnica tradicional, la pérdida del mercado americano, la imposibilidad de competir con el hierro del Norte de Europa, la contracción del mercado agrario, actuaban coaligados de tal manera que uno tras otro los establecimientos tradicionales cerraban; los Ybarra aparecen, pues, como una excepción dentro de un proceso general de decadencia. Habrá que esperar al fin de la guerra para ver un primer desarrollo notorio del capital vasco.

Bilbao resistió al carlismo, e intentando tomarlo fue herido Zumalacárregui en 1835. Bilbao había sido constitucionalista ya en las contiendas de 1820-1821, y dio voluntarios para defender la Villa tanto en aquellos años como en la primera guerra. En general, la gente de dinero era liberal, y el Ayuntamiento y el Consulado estaban en manos de esta oligarquía. Las clases dominantes bilbaínas participaron, pues, activamente en la defensa de la Villa, la cual al terminar la guerra pudo añadir el calificativo de Invicta a los timbres

de su escudo. Ahora bien, si la participación de este sector social en la defensa de la Villa, en la lucha local, es indiscutible, su participación en la dirección política y militar de la guerra fue más bien escasa.

76

Los jefes militares del ejército liberal eran tan extraños al País como la mayoría de sus tropas. La participación vasca en los Gobiernos de Madrid nulamente significativa en lo que respecta a suponer una participación representativa de los intereses del moderno capital vizcaíno. María Cristina se había aliado con los liberales; entre ellos había «moderados» y «progresistas». Los primeros representaban, como dice Raymond Carr [77], «la oligarquía» del liberalismo: terratenientes, aristócratas, funcionarios de la alta administración quienes defendían que el poder político debía basarse en la riqueza y eran partidarios de la centralización del Estado y del gobierno fuerte. Entre ellos encontramos a la nobleza terrateniente liberal del País Vasco, beneficiaría del proceso desamortizador y enemiga de toda veleidad revolucionaria. La Constitución de 1834 y la de 1845 parecen responder claramente a los intereses de este liberalismo conservador. La participación de un sector de la burguesía catalana en las diversas maniobras políticas que llevaron al poder a Martínez de la Rosa en 1833 y actuaron para traer un cambio constitucional moderado ha sido señalada por Vicens Vives [78]: según este autor, fueron precisamente los comerciantes y financieros, compradores de bienes desamortizados los que apoyaron esta actitud.

En lo que se refiere a los fabricantes algodoneros, verdaderos representantes de la mentalidad capitalista industrial, sus simpatías iban hacia el «progresismo»: apoyaron a María Cristina y defendían el liberalismo interno acompañado del proteccionismo hacia el exterior; en Espartero encontraron un apoyo, pero el liberalismo que saldría triunfante tras la guerra estaría marcado por la hegemonía de los moderados entre 1843 y 1854. Como más tarde veremos, la política económica entre las dos guerras carlistas fue escasamente favorable, cuando no contraria, al desarrollo de una burguesía industrial autóctona.

No conocemos datos sobre una participación equivalente de la burguesía vasca en la política española de la época. Podría esperarse que un buen trabajo sobre los empréstitos consentidos por los comerciantes de Bilbao y San Sebastián a los gobiernos liberales durante la Primera guerra, pudiera aclararnos la cuantía del

---

[77] *Spain. 1808-1939,* 1966. Traducción española, *España. 1808-1939,* 1969.
[78] *Coyuntura económica y reformismo burgués,* 1954.

compromiso adquirido entre comerciantes y gobierno y la importancia de las puertas abiertas a la influencia de aquéllos en éste. Pero en el estado actual se puede afirmar que, como corresponde al grado de desarrollo económico de la burguesía moderna vasca de la época, hablar de un papel dirigente de ésta en el proceso político y militar anterior a 1 839 es extremadamente hipotético.

77

3. La expansión económica entre 1839 y 1868

La época entre las dos Guerras, por el contrario, coincide con una clara expansión del capitalismo vasco. Esta expansión, sin embargo, se hace dentro de límites bastante modestos.

Recordemos en que desde 1841 la frontera económica entre el País Vasco y Castilla había desaparecido. Las aduanas que antes radicaban en Vitoria, Miranda, Orduña y Valmaseda habían sido trasladadas a Irún; las mercancías no tienen más obstáculos para circular que los derivados de la pobreza del mercado interior, de la escasez de la producción y de la insuficiencia de los transportes. Las leyes que regulan la vida económica a nivel del Estado español, como las de Bancos de Emisión (1849, 1851 y 1856), la de Desamortización de 1855, la de Ferrocarriles de 1855, la de Sociedades por Acciones de 1848 y la de Sociedades de 1869, la Minera de 1869 y la de Supresión del Derecho Diferencial de Bandera de 1868 se aplican ya directamente en el País Vasco y están inmediatamente relacionadas con los avatares de la industria local Podemos decir que la operatividad del Sistema Foral a la hora de poner trabas a la legislación española relacionada con el desarrollo del capital financiero y de la industria era ya muy escasa en este período: sólo con respecto a la Desamortización hubo una oposición Foral y con ella una serie de conflictos donde la operatividad autonómica se demostró especialmente en Navarra.

El mejor ejemplo de esta situación es el relacionado con la exportación de mineral de hierro. La Ley XVII del Título I del Fuero de Vizcaya prohibía sacar vena hacia el exterior, en una

palabra, podía ser interpretada como una prohibición de exportar; esta Ley sólo fue legalmente abolida en 1888 tras la derrota en la Segunda Guerra y la liquidación definitiva de los Fueros en 1876. Sin

embargo, cuando fue abolida estaba ya en desuso y no poseía ninguna importancia operativa: al amparo del Decreto-Ley de denuncia de propiedades mineras de 1825 había empezado ya la explotación capitalista de las minas; tras la Ley Minera de 1869 que concedía enormes ventajas a la inversión de capital extranjero en este campo, se crean la Orconera y la Franco-Belge de Somorrostro; la propia Diputación vizcaína había construido en 1865 el ferrocarril minero de Triano, que fue fuente de grandes beneficios ligados a la actividad exportadora. La abolición de la Ley XVII no fue pues la liquidación de un obstáculo jurídico al desarrollo del capital, sino el entierro de un muerto y la legalización de una situación de hecho.

78

En este sentido se puede decir sin ningún temor, que los avatares de la política y de la economía española del siglo XIX son ya unos condicionantes del desarrollo del capital vasco en el período entre las dos guerras. A nivel global, pues, podemos decir que el conocimiento de estos avatares es una condición necesaria para comprender el desarrollo del capitalismo vasco. Resumiéndolos, recordemos que durante casi todo el siglo el Erario español estuvo claramente endeudado con respecto a los capitales extranjeros; la Desamortización fue concebida más que como un modo de redistribuir la tierra con vistas a la creación de un amplio campesinado propietario y progresista, como una operación para salvar las finanzas del Estado; después, ante la insolvencia de éste y las presiones de los acreedores extranjeros, la Ley de Minas de 1869 otorgó al sector privado europeo una franquicia a la inversión y un sinnúmero de ventajas.

La industria moderna había arrancado desde 1830, especialmente en el textil catalán y después en la siderurgia, y sin embargo la gran expansión financiera entre 1856 y 1864 se hace de tal manera que la contribución de la banca al desarrollo industrial fue más bien escasa. En efecto, apremiados por sus deudas y por el imperialismo, los dirigentes del Gobierno dieron desde 1855 una protección oficial al desarrollo de los ferrocarriles, crearon un marco legal favorable al desarrollo del sistema bancario, pero todo ello hecho de tal manera que tres grandes bancos extranjeros (Péreire, Rothschild y Prost) se llevaron la parte del león: los capitales se invirtieron en la especulación y en la financiación de unos ferrocarriles donde todo el material siderúrgico y técnico era traído de las fábricas europeas. El resultado fue que, de hecho, la construcción de ferrocarriles no dio ninguna ayuda a la industria local y que la dedicación de fondos a las actividades antedichas redujo la inversión en la industria.

En cuanto al desarrollo industrial se refiere, la gestión gubernamental de la época tuvo un carácter reaccionario e ineficiente, pero muy intervencionista. Ya hemos hablado antes de la hegemonía de los «moderados» hasta 1854; la época de la «Unión Liberal» (1856-1863) se caracteriza por el triunfo de los políticos representantes de los sectores librecambistas, es decir, de los comerciantes, de los propietarios agrarios de Andalucía y de los financieros ligados a las compañías ferroviarias dependientes del imperialismo europeo. De hecho, dentro de la estructura económica española de aquellos años, el papel global de la industria era escaso. Minerales y agricultura formaban el mayor volumen de las ventas españolas hacia el exterior, y el conjunto de la industria apenas si contaba, formando alrededor del 5 por 100 de las exportaciones.

[79]

Los políticos catalanes, postergados, inician ya una campaña para lograr la protección de la industria nacional; pero a nivel estatal se encuentran casi solos, ya que los representantes de la industria vasca carecen aún de peso y están desorganizados. Como dice Pierre Vilar,

> «Lo que importa es que la mística industrialista, proteccionista, productivista, de la patronal catalana no la comparte —o, más bien, no la puede compartir— ningún grupo que sea sólida y continuadamente influyente. El Estado español, la política española, continúan bajo el dominio de clases cuyo origen, sicología y lazos de interés proceden de antes de la revolución industrial.»[79]

Habrá que esperar a la Restauración tras la abolición foral, para ver constituirse un bloque dominante con participación de terratenientes, financieros y burgueses con comunes intereses proteccionistas; en lo que al capital vasco se refiere, será precisamente en este periodo cuando se organice y, uniéndose al catalán se lance primero hacia la búsqueda de la protección oficial como grupo de presión y, más tarde, hacia la conquista del propio poder del Estado[80].

En el conjunto del País Vasco Peninsular, Navarra inicia en 1841, bajo la Ley Paccionada, un camino administrativo y económico propio bajo la hegemonía de los grandes propietarios agrarios con el apoyo de los campesinos acomodados, y en un sentido antiindustrial y aislacionista. En las otras tres provincias el traslado de las aduanas

---

[79] *La Catalogne dans l'Espagne moderne.* 1962. Tomo I, pág. 152.

[80] Idem, pág. 150-151. Vilar dice: «Sólo después de 1880, dentro del impulso generalizado de la siderurgia europea, se desarrollará un proteccionismo vasco».

tuvo consecuencias inmediatas para el comercio: en general, el pequeño comerciante sufrió con tal medida, ligado como estaba a las formas de vida tradicionales; por el contrario, las clases dominantes se readaptaron rápidamente a la nueva situación. En Guipúzcoa, donde los grandes comerciantes habían combatido e insistido repetidas veces para que se llevaran las aduanas a Irún, esta medida les satisfacía plenamente. En Vitoria, es en la década de 1850 cuando se llega al predominio local de los grandes comerciantes y almacenistas, como los Ajuria y los Aguirre; unos recogían los productos del campo e importaban de otras regiones en carromatos propios, mientras que los grandes almacenistas de hierros surtían a los primeros talleres metalúrgicos. En el caso alavés, los citados apellidos aparecerán ligados a la creación de las primeras industrias modernas, confirmando la importancia de la acumulación comercial para el desarrollo capitalista. En Vizcaya, la Junta de Comercio aún defendía los Fueros al terminar la Primera guerra, ya que las actividades tradicionales del Consulado habían estado ligadas a la «libertad del comercio». Estos proceres de la Junta y el Consulado eran descendientes directos de la «gentry» del XVIII[81]; aún en la época de Napoleón son los Urquijo y los Yandiola los que en Bayona defienden los Fueros vascos en el proyecto de Constitución para España bajo los Bonaparte. Podemos aceptar, como se ha dicho en el capítulo anterior, que el fuerismo liberal de propietarios agrarios y comerciantes formaba la tendencia más fuerte dentro de la vida política local, siendo más importante a nivel de los órganos administrativos y de poder que el centralismo de corte capitalista. Añadamos, no obstante, que las grandes casas comerciantes de Bilbao pronto encontraron importantes compensaciones en la nueva situación aduanera; en efecto, el traslado había vuelto a convertir al Abra en un foco principal de comercio ultramarino y la libertad de actuar entre América, Europa y España va a acarrear grandes beneficios. Pablo de Epalza era quien presidía la nueva Junta de Comercio.

Si ya hemos insistido en el capítulo anterior en la relación existente entre fuerismo liberal, carlismo y nacionalismo, el Bilbao del Consulado y la coyuntura política entre las dos guerras nos da pretexto para citar la vida y la obra de Novia de Salcedo, quien es, en

[81] El término «gentry», que en su origen designa a una poderosa clase social inglesa, ha sido aplicado a los grandes comerciantes vascos del XVIII por Julio Caro Baraja, *Los vascos,* 1940. Ver la pág. 201 de la tercera edición, 1971.

cierta medida, el símbolo de estas relaciones[82]. Novia es bilbaíno, tercer alcalde de Bilbao en 1817, Diputado en 1820-1822, Prior del Consulado en 1824 y Diputado General de Vizcaya en 1825. En 1829 redacta su *Defensa histórica, legislativa y económica del Señorío de Vizcaya y Provincias de Álava y Guipúzcoa contra las Noticias Históricas que publicó Don Juan Antonio Llorente...,* que no llegó a publicar hasta 1851. Entre 1825 y 1854 fue cuatro veces Diputado General, y en 1852 las Juntas Generales le concedieron el título de «Hijo benemérito de Vizcaya». Curiosamente, este importante personaje, cuya obra conocía bien Sabino de Arana, es el primero en formular «la existencia política (de las Provincias citadas) con total independencia de la monarquía castellana», y en insistir en que en caso de desaparecer la figura del Rey común no habría punto de contacto entre Vizcaya y Castilla.

81

> «¿No es ésta —dice— una prueba, la más clara, de su recíproca independencia y separación, apoyada en una prescripción la más constante y reconocida?»

Sabino Arana será quien, llevando esta interpretación histórica hasta sus últimas consecuencias, justifique en la antigua independencia la raíz de un nacionalismo moderno.

A nivel industrial, las tres provincias occidentales reflejan la existencia de una clara onda expansiva en el bienestar y en la economía. Nuevas industrias se crean por todo el País. Madoz, en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España* (1840-1856), ha dado una serie de datos básicos que se pueden completar con múltiples fuentes, como Gorosábel en Guipúzcoa o la *Estadística de industria, Comercio, Riqueza rústica y urbana* de Vitoria en 1860.[83] Los diversos autores se muestran de acuerdo para afirmar que tras el final de la Primera guerra se crearon múltiples empresas y hubo un claro desarrollo industrial.

Ahora bien, hacer del traslado de las aduanas la causa principal del desarrollo industrial, ver en éste el motor principal del crecimiento demográfico y de mercado es, probablemente, una hipótesis que está lejos de estar probada. A partir de 1840, tras el bache económico y de población del primer tercio del siglo, asistimos sin duda a una fase de crecimiento demográfico y aumento del consumo local que puede

[82] Su biografía se encuentra en el prólogo puesto por Arístides de Artiñano al *Diccionario Etimológico* de Novia, Tolosa 1887.

[83] Una lista muy completa de las fuentes en González Portilla, op. cit., págs. 70 y 71.

obedecer asimismo a causas generales de tipo sanitario y alimenticio. Digamos que, de todos modos, muchos autores de época atribuyen la prosperidad comercial e industrial al traslado aduanero, y que sin duda, todos estos fenómenos aparecen ligados.

82

Señalemos, no obstante, que la mayor parte de los nuevos establecimientos se crearon con capital local y se hicieron con vistas a las crecientes necesidades del mercado del propio País. Sólo los gérmenes de la gran industria y las grandes actividades comerciales van a tener una dependencia directa con respecto al mercado español o internacional. Con capital, trabajo, inversión y mercado locales, se desarrollan en esta época los primeros pasos de la burguesía nacional (que detallaremos en el capítulo siguiente). Citemos, como ejemplo, el conjunto de talleres manuales existentes en Álava y bautizados pomposamente «fábricas»: curtidos, tornos para hilar, muebles, utensilios de cocina, dulces y otras actividades del ramo de la alimentación, eran las actividades principales. En Guipúzcoa, fábricas de prendas de vestir (como boinas y buzos) y un amplio sector metalúrgico ligero forman las bases de estas actividades predominantemente locales; sin embargo, las papeleras tienen desde su origen una mayor extensión geográfica tanto en sus mercados como en el origen de sus capitales, y no deja de ser curioso el saber que la primera fábrica de papel continuo, es decir, la primera papelera moderna se fúnda en Tolosa en 1842, como inversión de un grupo de comerciantes y financieros donostiarras entre los que estaba Brunet, conocido militante liberal en la primera mitad del siglo.

4. La expansión capitalista vizcaína entre las guerras carlistas

Dentro de este contexto general de desarrollo, el grupo burgués más importante es el bilbaíno; precisamente de él van a surgir quienes vehiculen la más importante actitud centralista y españolista. Inmediatamente después de la guerra, en 1839, se fundó la Sociedad Bilbaína, verdadera institución oligárquica que va a funcionar como un club cerrado accesible solamente a la crema de las clases altas; su primer presidente es Máximo de Aguirre, alcalde de la Villa. Como un símbolo de la evolución y el porvenir bilbaínos, señalemos que entre

sus fundadores hay tres marqueses, treinta o cuarenta mayorazgos y cerca de setenta burgueses. He aquí un retrato de la oligarquía, cuyos miembros van a estar directamente relacionados con el ejercicio del poder político en la capital y en la provincia, así como con las actividades financieras y económicas más importantes.

83

Entre los más importantes personajes alrededor de quienes se articula esta oligarquía entre 1839 y 1876, podemos citar a los siguientes[84]:

Los YBARRA, descendientes de pequeños jauntxos, comerciantes al por mayor en 1820, explotadores de yacimientos mineros en 1825, con una clara mentalidad capitalista ya en esta primera actividad. En efecto, parte del mineral lo exportaban y parte lo empleaban en su ferraría de El Poval. José María y Gabriel María son fundadores, en 1845, de la fábrica de Guriezo, dueños ya para 1855 de una flotilla para traer carbón mineral desde Asturias y fundadores del Banco de Bilbao de 1857. Participan en 1874 en la creación de la Orconera y en 1876 en la Franco-Belge de Somorrostro. Fundadores y miembros destacados de la Sociedad Bilbaína.

Comparten con ellos la primacía como figuras de la época los EPALZA. Estos eran ya miembros de la «gentry» del XVIII, como exportadores de hierro y comerciantes al por mayor. Antes de 1839 eran de los principales mercaderes de la Villa. En 1841 participan en la creación de la fábrica Santa Ana de Bolueta; en 1846 en el abortado proyecto del ferrocarril Irún-Madrid por Bilbao. Miembros de la Junta de Comercio, amparan al ferrocarril Tudela— Bilbao y participan asimismo en la fundación del Banco de Bilbao. Miembros de la Bilbaína.

En la fundación de Santa Ana de Bolueta encontramos a un navarro, Romualdo de ARELLANO, banquero, casado con una Arróspide, de familia de comerciantes bilbaínos; presidente de la Bilbaína y alcalde de Bilbao, será asimismo socio de la empresa del Tudela-Bilbao. También originarios de fuera de la provincia son los VILLALONGA, comerciantes catalanes asociados con los Ybarra desde 1846, principales artífices de la fábrica de La Merced y cuya importancia en el desarrollo de la mentalidad capitalista en Vizcaya hemos ya señalado. La familia Ybarra estaba asimismo emparentada con los

[84] Las principales fuentes para reconstruir las biografías de los oligarcas han sido: Manuel Llano Gorostiza y otros, *Historia de la Sociedad Bilbaína,* 1965. Varios autores: *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao,* 1957. Varios autores: *Altos Hornos de Vizcaya, 1902-1952,* 1952. Y JAVIER DE YBARRA, *Política Nacional en Vizcaya,* 1948.

ZUBIRIA, ya que Cosme Zubiría, cofundador de Guriezo, era hermano político de los Ybarra.

84

Entre las familias tradicionales con importancia en el período, podemos señalar a los URQUIJO, fundadores de la Bilbaína, miembros de la nobleza agraria tradicional y destacados hombres políticos durante todo el período; a los MAC-MAHON, repetidas veces encontrados en la lista de Senadores por la Provincia y alcaldes de la Villa, cofundadores del Tudela-Bilbao, de la Bilbaína y del Banco de Bilbao. Asimismo, a Felipe de UHAGON, fundador del Tudela-Bilbao y del Banco, alcalde de Bilbao y presidente de la Bilbaína.

La lista podría completarse a nivel de los tenores al menos, citando algunos nombres más. Así, Santiago de INGUNZA, repetidas veces alcalde de la Villa, fundador y presidente de la Bilbaína, presidente de la comisión del ferrocarril vizcaíno y cofundador del Banco de Bilbao. A los MAZAS y a los LEQUERICA, comerciantes al por mayor ambos en lo que a sus orígenes respecta. Y a otros que también son nombres de calles y plazas bilbaínas: ZABALBURU, AGUIRRE, BERGE...

Estos son los nombres decisivos de aquellos años. Su poder se consolida indiscutiblemente en Bilbao y empieza a extenderse por Vizcaya, sobre todo hacia las hasta entonces idílicas Encartaciones. Liberales, fueristas en muchas ocasiones, viven sin embargo en directa relación económica con los cambios producidos en el conjunto del estado español.

En lo que respecta al desarrollo del complejo industrial y financiero, señalemos que una primera fase de creación de industrias siderúrgicas se inicia ya después de la guerra. Así, Santa Ana de Bolueta es de 1841; la fábrica de Guriezo de 1846, Nuestra Señora del Carmen —propiedad de los Ybarra— de 1847. Tecnológicamente, se trata de altos hornos funcionando al carbón de madera, muy ligados pues a las técnicas tradicionales. En esta primera fase eran incapaces de consumir más de la mitad del mineral extraído en Somorrostro, con cuyos excedentes se surtían también las industrias tradicionales de Amorebieta, Elgóibar y Araya.

85

El primer horno al coque, conforme pues a una tecnología más moderna, sólo se encendió en 1865 en Baracaldo, y aparece directamente ligado a la hulla que los británicos empiezan a traer a cambio del mineral de hierro. De hecho, esta primera fase de producción siderúrgica se hizo dentro de límites modestos y, con respecto al capitalismo europeo, atrasados. En 1864 Vizcaya producía

12.900 toneladas de hierro colado por año; Francia un millón de toneladas y Gran Bretaña cerca de cinco millones. En 1865, mientras sólo el antedicho horno baracaldés funcionaba al coque, los hornos al carbón vegetal habían casi desaparecido de la Europa industrial: de este tipo eran aún un 19,2 por 100 de los franceses y tan sólo un 0,9 por 100 de los belgas. El capital invertido en estos negocios era aún modesto: entre Bolueta y los Ybarra sólo juntaban 1.700.000 pesetas. El atraso tecnológico traducía una dificultad de adaptarse a los cambios: así, si bien la invención Bessemer, clave de la gran siderurgia de fines de siglo, se patentó en 1865, el primer alto horno que en Vizcaya la utilizó fue encendido tan sólo en 1885. En una palabra, que la potencia industrial del capitalismo vizcaíno de la época era más bien escasa, sobre todo si la comparamos con la del imperialismo europeo de aquellos años. En lo que respecta al mercado español y a la política de los Gobiernos de Madrid, esta relación de fuerzas será clara, como veremos luego.

Sin embargo, la creación del Banco de Bilbao en 1857 indica que la movilización de los capitales —de origen comercial y de otros orígenes— se hace ya con una mentalidad capitalista moderna. En la época, de expansión 1856-1864, si bien tendieron a la especulación, como en el caso de las acciones del FF.CC. Tudela-Bilbao y de la Bilbaína de Crédito, fueron capaces de movilizar el ahorro local y de invertir en negocios industriales. La lucha por un ferrocarril propio sirvió de catalizador en aquellos años; fracasó debido a la escasa fuerza cara a las autoridades de Madrid, el proyecto de hacer pasar por la Villa la línea entre la capital y Francia, pero hicieron los propios bilbaínos el ferrocarril a Tudela. Industriales, comerciantes y financieros participaron en estas empresas y, sin dificultades, consiguieron el apoyo de la Diputación Vizcaína quien subvencionó el Tudela-Bilbao.

Pese a todo, la insuficiencia del desarrollo de la siderurgia local aparece bien manifiesta en estas empresas. Las obras de esta línea ferroviaria movida por las finanzas bilbaínas tuvieron que encargarse a un contratista británico: Thomas Brassey & Co.

5. Capitalismo bilbaíno y estado central

En el apartado anterior hemos expuesto las principales iniciativas

industriales y financieras de la oligarquía vizcaína en el período entreguerras. Veamos ahora de qué modo se ejerce sobre ellas la influencia de la coyuntura política y económica general. Como ya se ha dicho, desde el traslado de las aduanas se refuerza una situación ya existente, según la cual el desarrollo industrial y financiero va a estar legalmente regulado por las disposiciones válidas para toda la Monarquía española: la coyuntura del siglo XIX español tiene una influencia decisiva sobre la evolución del capitalismo oligárquico vasco.

La ley de ferrocarriles del 3 de junio de 1855 dio una serie de ventajas sustanciales a las compañías extranjeras, incluyendo la exención arancelaria total para la importación de material ferroviario. El dominio de tales compañías sobre la construcción de la red fue absoluto, tanto a nivel tecnológico como financiero. Recordemos que la Compañía del Tudela-Bilbao, con capital local, sólo suponía un 3,3 por 100 del conjunto de los recursos de las compañías ferroviarias en 1869. Carriles, vagones, puentes, locomotoras, llegaban de la Europa industrial. En ninguna parte del Estado, incluyendo Vizcaya, existía una mínima base industrial que pudiera competir contra esa fuerza imperialista. Aunque ya en 1850 José Villalonga aparezca exigiendo «la protección de las industrias nacionales contra una competencia que las aniquilaría»[85], la relación de fuerzas era completamente desfavorable para la siderurgia vasca.

Ahora bien, gran parte de este material entra en España a través del puerto de Bilbao. El tráfico anual de éste pasa de 27,6 millones de pesetas en 1856 a 82,1 millones de 1865. En parte, esta inyección de capitales va a ser captada por los medios financieros locales.

87

Sin embargo, el gran salto va a venir ligado a la exportación de mineral de hierro[86]. En 1862 se empieza a generalizar en Europa el uso del convertidor Besemer, que permitía fabricar acero más barato empleando mineral no fosfórico, como el existente en Vizcaya. Entre 1864 y 1868 hay un verdadero «rush» sobre esta provincia. Según Carreras Candi se fundan en estos años siete compañías mineras extranjeras en las márgenes del Nervión, de las que seis son inglesas. En esta situación hay una rápida evolución del impuesto que pesaba sobre la explotación y la exportación de mineral, cuyo sentido será

[85] Citado por González Portilla, op. cit., pág. 78.

[86] He aquí algunas fuentes sobre las relaciones entre Imperialismo europeo y desarrollo del capitalismo en Vizcaya y el Estado Español: Camerón, Rondo, *Franee and tbe Economic Development of Europa. 1800-1914,* 1961. Flinn, M. W.: *British Steel and Spanish Ore: 1871-1914,* 1955. Henderson, W. O.: *Britain and tbe industrial Europe, 1750-1870,* 1954.

facilitar el tráfico hacia Europa. El 1 de enero de 1863 se abole el impuesto sobre la explotación; hasta 1876 se pagan seis reales por tonelada exportada y con el triunfo liberal se reduce esta tasa a real y medio, aumentando de nuevo a dos reales y medio en 1877, estando destinado el último real a los trabajos de la ría y de la barra[87]. Estas disposiciones legislativas nos indican ya un factor clave de la implantación en Vizcaya de las compañías extranjeras. Estas llegan no sólo atraídas por la existencia del buen mineral vizcaíno, sino sobre todo por la baratura de una mano de obra no especializada que trabaja en minas a cielo abierto de muy poca tecniddad, que carece de derechos sociales y por la existencia de una legislación estatal y provincial que les concede todos los derechos para expoliar las riquezas naturales con gastos mínimos.

En estas condiciones, los capitalistas vizcaínos tratarán de obtener los máximos beneficios posibles de una situación creada por causas externas a la propia evolución interna de la sociedad vasca.

Apremiados por estas Compañías, los vizcaínos hacen que su Diputación construya en 1865 el ferrocarril minero de Triano, que dejará cuantiosos beneficios a las finanzas locales. Muchos particulares hacen dinero vendiendo sus terrenos a estas compañías. El mineral extraído pasó en 70.000 toneladas en 1860 a 250.000 toneladas en 1870: Gran Bretaña se convertía en el primer cliente y los barcos traían como flete de retorno la hulla, creando así las bases para la implantación de una siderurgia más moderna. Sin embargo, al necesitarse mucho más carbón que mineral de hierro, esta localización de la industria pesada era en principio antieconómica: la verdadera razón de su desarrollo masivo en un país sin carbón mineral ha de verse en ese flete de retorno británico, en unas condiciones que económicamente serán precarias pero que habían sido impuestas por el imperialismo actuando sobre una economía mucho más débil. Todavía en 1880, sobre las 2.684.000 toneladas de mineral extraídas sólo 71.000 se empleaban en Vizcaya; estas cifras dadas por Adán de Yarza hacen decir a Théo Leiébvre:

88

> «Los ingleses estaban muy satisfechos; compraban a los españoles su mineral y les volvían a vender una parte en forma de productos manufacturados, sin contar la hulla: la Vizcaya nororiental se había convertido para los extranjeros en una especie de colonia de explotación

[87] Datos citados por J. De Soraluze, *Riqueza y economía del País Vasco,* Buenos Aires, 1945, págs. 95 y 96.

internacional.»[88]

En efecto, la explotación del mineral por parte de las compañías europeas se hacía dentro de la Ley minera de 1869, que regularizaba una situación que otorga prácticamente una franquicia total a las compañías extranjeras. Esto no impide que parte de los capitales resultantes de la venta de terrenos, de la asociación con tales Compañías y de la venta directa de mineral se quedaran en el País Vasco. No todos estos capitales se transfirieron a la industria, ya que como denunciaba Pablo de Alzóla muchos vendedores de terrenos se retraían ante tal inversión; pero una buena parte sí A esto hay que añadir los citados ingresos de la Diputación y sus pedidos de obras públicas a la industria local, más importantes a partir de 1878.

La primacía del capital extranjero se ve incluso en el plano de la tecnología. En estos años se empiezan a introducir mejoras técnicas (como el lavado de menudos, las cadenas sin fin y los ferrocarriles mineros) que, prácticamente sin excepción (aparte del ya citado ff cc. de Triano) son iniciativa de las Compañías extranjeras.

En estas condiciones, la industria y las finanzas locales aprovecharon el flujo ascendente. La producción de la siderurgia vizcaína se multiplicó por cinco entre 1856 y 1871, pero siempre dentro de límites muy modestos: pasó así de 3.150 toneladas a 15.450 toneladas. La circulación de dinero en Bilbao creció entre 1850 y 1860, subió en 1866 el impacto de la crisis financiera general en el estado español y, gracias a la solidez del Banco de Bilbao se mantuvo hasta 1873. Ahora bien, sobre un total de 360.250.000 pesetas de capital desembolsado en Bancos por Acciones en el total del Estado español, el conjunto de los Bancos de las cuatro provincias vascas sólo poseía 12.950.000 pesetas. Esto insiste aún más en los límites de este desarrollo.

La política de un liberalismo poco favorable a los intereses industriales y la fuerza del capital extranjero condicionaban, pues, la situación. En el País Vasco Peninsular hubo también otras inversiones directas extranjeras, aparte de las ya citadas en la minería: el Crédito Mobiliario de los Péreire consiguió diez millones de pesetas como subvención de las Provincias de Álava y Guipúzcoa para la construcción del ferrocarril del Norte y no llegó a realizar sus proyectos para fabricar azúcar de remolacha en Vitoria; los Prost son

[88] *Les modes de vie dans les PirénéesAtlantiques Orientales,* 1933, pág. 338.

los creadores de la fábrica de gas de Pamplona en 1861, vendida después a un consorcio de Amberes.

89

Este condicionamiento tuvo a veces consecuencias claramente negativas para la economía local Así, para los astilleros vizcaínos. A consecuencia de la baja tecnología estos trabajaban en buques de madera, pero la buena coyuntura y el aumento del tráfico les hicieron andar viento en popa de 1845 a 1865. Así, en la Ría se fabricaron 65 unidades en 1845-1849; 130 unidades en 1850-1854; 113 unidades en 1855-1859, y 27 unidades en 1860-1864. Al extenderse los buques con casco de hierro, los vascos fueron incapaces de competir con los europeos; en esta situación el Gobierno aprobó en 1868 la supresión del Derecho Diferencial de Bandera, permitiendo así la libre compra de los barcos extranjeros y asestando el golpe de muerte a los astilleros locales. Como símbolo, recordemos que Santiago de Arana, padre de Sabino, fue dueño de uno de estos astilleros y que llevó su oposición a los gobiernos liberales hasta el extremo de apoyar al carlismo armado.

Como conclusión sobre esta etapa, podemos decir que una parte del capitalismo vasco pudo adaptarse de una manera relativamente favorable a una situación impuesta por factores exteriores al País. Su capacidad de. adaptación provenía de su propia mentalidad, de su deseo inversor e industrializador. El aspecto favorable, de los flujos de capitales ligados a los comercios ferroviario y de mineral. Pero todo esto estaba negativamente condicionado por la falta de apoyo del Estado hacia las iniciativas industriales y por el predominio del capital internacional: la entrega del mercado interior a las compañías extranjeras disminuyó la inversión en la industria y la localización de la industria pesada en Vizcaya tuvo poco que ver con una lógica económica ligada a las reales posibilidades internas del País y la sociedad vascas. Capital de baja tecnología, nacido en condiciones desfavorables, el capital vasco nacía ya con necesidad de muletas que le llevaron a luchar por el proteccionismo primero, por el monopolismo después y a apoyar por último al fascismo.

De todos modos, en estos años se inicia también la penetración vasca en el mercado español dentro siempre de límites modestísimos. Los Ybarra participaron en la creación de la Sociedad de Crédito Industrial, Agrícola y Mercantil de Vallado lid en 1864; pero la SCIAM estuvo metida de lleno en las actividades especuladoras de la banca vallisoletana de la época, que terminaron en una quiebra en medio de la corrupción. Una mentalidad más capitalista en la inversión se

encuentra en el equipo vasco que participa desde 1866-1867 en el Banco de Sevilla; parece que los Arellano, Urigüen, Uhagón y Epalza iban buscando las minas de hierro y los altos hornos de El Pedroso. Pero esta presencia en España no va acompañada de una fuerza política a nivel estatal. Ya hemos citado la intervención del capital catalán en favor del liberalismo interno y en contra del librecambismo con el exterior; una importante asociación, la «Asociación Barcelona de fabricantes de algodón», extendida luego para formar el «Fomento del Trabajo Nacional» posee ya una actuación política y una fama correspondiente. No hay nada equivalente en el País Vasco.

90

Esta indiferencia (cuando no oposición) del Estado ante los esfuerzos industrializadores contrasta con la actitud de la Diputación. El capital bilbaíno, extendiendo su poder, había empezado ya a contar con la ayuda de la corporación provincial; los aspectos del Fuero contrarios a sus intereses o estaban liquidados (como las aduanas) o habían caído en desuso (como las leyes sobre el mineral), mientras que las finanzas autonómicas y el poder local colaboraban al desarrollo ferroviario, minero y portuario. En esta situación y, además conforme a la extensión de los negocios de la época, no parece demasiado aventurado dar la hipótesis de que el fuerismo liberal era una doctrina política más importante que el centralismo, y esto, naturalmente, para esta misma oligarquía que estamos estudiando.

Así, la última guerra carlista (1872-1876) estalla mucho más como un problema general del Estado español que como un combate entre el capitalismo vasco (hipotéticamente centralista) y el antiguo régimen local. Al Alfonsismo y a la Restauración le apoyaron tanto la aristocracia madrileña como la alta burguesía catalana (y, pronto, la vasca); el carlismo seguía poseyendo una base popular descrita en el capítulo anterior, pero en esta guerra y a nivel global fue apoyado y dirigido por lo más reaccionario dentro del conservadurismo asustado por el movimiento progresista y demócrata de 1868. La guerra general alcanza en el País Vasco unas características especialmente agudas. En esta ocasión la contribución del capital vasco al triunfo liberal fue más importante: Uhagón, que era alcalde de Bilbao, fue condecorado por méritos de guerra; el Banco de Bilbao financió la guerra con más de 15 millones de reales, haciendo, como decía su director Manuel de Barandica, luego diputado por Guernica, un enorme esfuerzo:

91

> «El comercio se paralizó y el Banco en pocas semanas tuvo que entregar más de cuarenta millones de cuentas corrientes, cambio de billetes y otros conceptos. Y como el paso de estas extracciones las necesidades

aumentaban también, el Banco tuvo que hacerlas frente a pesar de haber sufrido esa gran disminución en los elementos de su crédito, y se vio obligado a auxiliar al general, a la Diputación, al Ayuntamiento y a los particulares; de modo que aquel Banco, de Banco mercantil que antes era, tuvo que convertirse en Banco moderador de calamidades públicas, auxiliar de la defensa nacional; y ese carácter fue el que tuvo durante el sitio y antes del sitio.»[89]

6. Restauración y españolismo oligárquico

Llegamos así al infausto 1876. La dirección política y militar de la guerra tampoco ha correspondido esta vez al capital bilbaíno. Con el pretexto del foralismo carlista el Gobierno se dispone a liquidar los Fueros y el País, unánime, se levanta contra esta actitud: incluso los representantes de la oligarquía vizcaína, sin que ningún trabajo que conozcamos nos indique que sus representantes o la prensa a ella ligada se feliciten del triunfo del centralismo. Sin embargo, el Canovismo entrega ya los resortes del poder político local a esta clase, les guarda la autonomía económica a través de los Conciertos y les ofrece la oportunidad de conquistar la protección y el monopolio dentro del mercado estatal: con la extensión de los negocios de la oligarquía vizcaína y en esta coyuntura política, en pocos años, entre 1876 y 1881 desaparecerá la veleidad foralista y el capital vasco se adscribirá a los partidos dinásticos centralistas. Pero una vez más se va a tratar de una adaptación a una situación creada fundamentalmente por circunstancias exteriores, adaptación que no será unánime ya que ciertos sectores del gran capital iniciarán el paso que lleva del foralismo al nacionalismo. Sin embargo, aquella será la tendencia mayoritaria.

En 1875 el Gobierno, tras la renuncia de Mateo Benigno de Moraza, nombró Gobernador de Vizcaya a Francisco Mac-Mahón, que había sido alcalde de Bilbao y pertenecía de lleno al círculo oligárquico. Paralelamente, el Marqués de Urquijo, del mismo círculo, ejercía el papel de intermediario entre Cánovas y las Diputaciones liberales de las tres provincias. En las elecciones de 1876, conforme al sufragio censitario, salieron el ya citado Manuel de Barandica, director gerente del Banco de Bilbao, Camilo de Villabaso, miembro de la

[89] Citado en *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao,* pág. 568.

Sociedad Bilbaína y «figura destacada entre los bilbaínos de pro», Martín de Zavala, Francisco Mac-Mahón y el general Del Castillo, defensor de la Villa durante los sitios. Estos representantes de Bilbao, o mejor dicho, de sus clases dominantes, participaron en las discusiones que sobre los Fueros tuvieron lugar en las Cortes de 1876. Su actuación fue acorde con la de los representantes de Álava y de Guipúzcoa: defender los Fueros tal y como el iberismo liberal los entendía, es decir, sosteniendo que abolidos era castigar a todo el País tomando al carlismo como pretexto, y que las libertades vascas eran compatibles con la unidad de la Monarquía.

92

Martín de Zavala dijo que durante el sitio de Bilbao la resistencia se hizo con el alan y la creencia de que se respetarían los Fueros; Villavaso hizo encendidos elogios de los liberales vascongados, fueristas y españoles, pronunciándose contra la totalidad del proyecto abolicionista; Barandica habló contra diversos artículos de tal proyecto y pidió que los Fueros no se abolieran. En una palabra, como dice Javier de Ybarra[90],

> «(en 1876) en la defensa de los Fueros de Vizcaya se hallaban de acuerdo todos los vizcaínos»,

representados precisamente por las clases dominantes de quien este autor era portavoz. Podemos también traer, en el mismo sentido, el testimonio de Balparda: bilbaíno, más tarde conspicuo enemigo del nacionalismo hizo en 1898 su tesis doctoral sobre «La región» con criterios autonomistas y comentando este pecadillo de juventud escribe más tarde:

> «(Se explica por) el sentimentalismo morboso que entonces todo lo invadía... el sarampión de cierto vago y romántico vasquismo.»[91]

Sin embargo, en cuanto se decretó la abolición foral y se introdujo el régimen de los Conciertos Económicos, una amplia porción de la oligarquía se separó rápidamente del fuerismo. Al decir del Duque de Mandas[92], que participó en todo el proceso como representante por Guipúzcoa, muchos vascongados consideraron que existía una cierta compensación a sus perdidas libertades en las ventajas económicas

[90] Op. cit., pág. 51.
[91] Prólogo al tomo último de la Historia Crítica de Vizcaya y sus Fueros, 1945, pág. 10.
[92] Ultima etapa de la unidad nacional. Los Fueros vascongados en 1876. 2 vols., 1924.

que lograron con los Conciertos. Se inicia así el camino que lleva de los «liberales fueristas» de 1876 a los simplemente «liberales» de 1881 que, metidos ya de lleno en los partidos estatales de la Restauración, se volverán «conservadores» siguiendo a Chávarri en 1893. Todas estas evoluciones se hicieron en función del apoyo que un partido u otro, sea el liberal sea el conservador, dieron a los intereses del gran capital vizcaíno. Este, que funciona no como dueño del aparato estatal, sino como un grupo de presión, ha elegido ya como elemento significante a la hora de estructurar su poder de clase al estado central; las posibilidades de instrumentarlo conforme a sus intereses existen ya, aunque aún sean reducidas.

93

Hay que insistir en que el régimen de Conciertos aprobado en febrero de 1878 era muy favorable a los intereses de la oligarquía. Los impuestos pagados por la provincia al Estado tomaban la forma de un cupo global, teniendo la Diputación poder para repartir su recaudación del modo que quisiera. Dentro de los impuestos concertados estaban los de industria y comercio: la Diputación se guardó muy bien de cargar a industriales y financieros mediante la imposición directa, prefiriendo recaudar lo necesario para los cupos mediante los recargos de arbitrios y otros impuestos indirectos, es decir, haciendo que las clases trabajadoras pagaran. Añadamos que, por otra parte, el ff.cc. minero de Triano era una importante fuente de ingresos provinciales, parte de los cuales se dedicaba al pago de los cupos, disminuyendo la parte a recaudar entre industriales y financieros.

El control oligárquico sobre la Diputación iba más allá de la política fiscal. En efecto, sus fondos se usaron para financiar obras públicas encargadas al capital local, que hacía así de contratador de sus propios servicios sobre el erario público: la expansión de los ferrocarriles locales y regionales va a ser un terreno privilegiado en este aspecto. No olvidemos tampoco la cuestión del «orden público». Las fuerzas armadas de la Diputación, los miñones, constituían la más terrible policía local, descaradamente al servicio de los oligarcas; los obreros les temían porque disparaban antes que el ejército durante las huelgas. Una anécdota significativa puede ser ésta: en las elecciones de 1896, al enterarse Chávarri de que en el distrito obrero de las Cortes estaban ganando los socialistas, se presentó allí al frente de las fuerzas de la Diputación y procedió a disolver a tiros a las filas de votantes.

94

En una palabra, los mecanismos de autonomía económica y política

más útiles para el desarrollo oligárquico estaban así firmemente concentrados en manos de esta clase. Mientras, con la abolición foral la vida política y el mercado español les seguían abiertos, incluso se les abrían aún más. Sin ningún interés en un foralismo que no podría aportarles un grado mayor de poder local, su actitud política era la más lógica: buscar primero el compromiso con los liquidadores de los Fueros e integrarse en los partidos dinásticos unitarios después.

Hay que señalar que para las clases dominantes vascas no era nada extraño ni traumatizante sentirse españolas y plenamente españolas. Ya en la Edad Media las relaciones entre el puerto de Bilbao y Castilla fueron estrechas: el eje Castilla-Flandes era el terreno donde se movían naturalmente mercaderes y marinos de la Villa. Luego la participación en la Marina real y las empresas del XVIII contribuyeron a desarrollar una sicología bilbaína en la que las relaciones con el Señorío agrario aparecían menos importantes que las ligadas a empresas más vastas. Durante la época del fuerismo liberal la oligarquía afirmó repetidas veces su encendido españolismo: recordemos así las luminarias encendidas en 1860 en la Sociedad Bilbaína con motivo de los triunfos españoles en Africa o las intervenciones de sus representantes en las Cortes.

La cuestión fundamental para la historia del pueblo vasco no es la del españolismo de parte de sus clases dominantes: el problema radica en el conjunto de causas que llevaron a una integración operativa y cotidiana en la unidad española de las amplias capas populares que hasta el siglo XIX habían vivido en un sistema cultural, económico y político propio y diferencial. En efecto, estas capas habían vivido desde la Edad Media sometidas a una misma Corona donde convergían los Reinos de Castilla y Navarra y el Señorío de Vizcaya: sin embargo, y pese a la existencia de relaciones de todo tipo, lo esencial de la vida cotidiana de la mayoría del pueblo estaba dentro del Antiguo Régimen vasco, cuya especificidad cultural, política y social es evidente. El juego de una serie de factores llevó a la liquidación del Antiguo Régimen y al desarrollo de un sistema industrial organizado ya conforme a un sistema global: el de la nación-estado española; la oligarquía bilbaína participó en esta transformación radical y fue la clase local que introdujo el nuevo sistema en el País. La cuestión, por tanto, queda enfocada como el estudio del conjunto de causas que hizo de esta oligarquía españolista un grupo capaz de dominar la vida económica y política del País y, con ello, de contribuirá producir una españolización forzada de las clases populares.

Volvamos pues a la época de la Restauración (1874-1897), época clave tanto para el reforzamiento económico de la oligarquía vizcaína como para la afirmación ya radical de un españolismo orientado hacia la utilización del aparato estatal unitario.

Este período ha sido ya estudiado en trabajos anteriores[93] y en general es mejor conocido que los anteriores. Recordemos la enorme importancia de la exportación de mineral sostenida desde 1880 por la coyuntura alcista de los precios siderúrgicos mundiales: sus características son las mismas de las ya citadas desde 1864, con claro dominio del capital extranjero, pero asimismo los remanentes dejados en Bilbao son mayores. Aquí parece estar la base sustancial de la capitalización que va a permitir el enorme salto industrial de esta época[94].

El flete de retorno sigue jugando su papel. Si en 1865 la hulla asturiana era aún la más barata en Bilbao, desde 1882 no llega prácticamente más que hulla británica. La industria siderúrgica se desarrolla ampliamente: en 1880 los Altos Hornos de «San Francisco» (Sestao); en 1882 la «Sociedad de Altos Hornos y Fábricas de Hierro de Bilbao», así como «Metalurgia y Construcciones de Vizcaya» y la «Iberia»; en 1883 «Astilleros del Nervion»; en 1892 «La Basconia»; en 1901 «Echevarría»; el mismo año «Euzkalduna» y ya en 1902 la «Sociedad de Altos Hornos de Vizcaya». He aquí las principales empresas. Su volumen es mucho más importante que las del período anterior: así, Santa Ana de Bolueta tan sólo tenía 150 obreros en 1846, mientras que la Sociedad de Altos Hornos reunía ya 3.000 trabajadores en 1882. Los capitales invertidos iban en la misma proporción.

Paralelamente y desde 1876 se asiste a una aceleración del desarrollo de las pequeñas fábricas y talleres. Hasta 1891 tratan preferentemente derivados del hierro y desde 1895 crecen asimismo las otras ramas de actividad. En el capítulo sobre la burguesía nacional detallaremos más esta cuestión.

96

En lo que al sector oligárquico se refiere, asistimos desde 1896 a una aceleración en sus tendencias españolistas. En efecto, en 1896 logran del Estado central el proteccionismo para la siderurgia; el capital

---

[93] Ver *El nacionalismo vasco. 1876-1936,* 1974.

[94] González Portilla (op. cit., pág. 87) calcula en 335 millones de pesetas los beneficios obtenidos por la burguesía vizcaína gracias a la exportación de mineral entre 1876 y 1900. Recordemos, como punto de comparación, que en 1882 tanto la «Vizcaya» de Chávarri como los «Altos Hornos» de Ybarra tienen un capital fundacional de 12,5 millones de pesetas.

financiero se multiplica y la inversión en otras ramas se extiende. Así, en 1901 se funda el Banco de Vizcaya y se inician las inversiones en la hidroelectricidad a través de todo el territorio español; asimismo, en esta época se prepara el dominio en las ramas química y papelera. Al crecer los negocios de la oligarquía lo hacen extendiéndose por el territorio del Estado y, además, mientras se aumenta su fuerza como grupo de presión. La conquista del Estado central es un objetivo cada vez más cercano; si unimos a esto el desarrollo del nacionalismo vasco y la pérdida del poder político en la administración local vasca que va a ocurrir en la época 1914-1918, la exacerbación del españolismo oligárquico se hará aún más comprensible.

Para resumir el período digamos que entre 1876 y 1901 se asiste a la consolidación de la oligarquía vizcaína como capitalismo financiero e industrial, iniciándose de una manera seria y significativa la penetración de este capital en todo el territorio español, con el incremento de su correspondiente intervención en la política española. Su españolismo, entendido ya como participación junto a las otras oligarquías del Estado en el control del aparato estatal se hace franco y operativo en estos años.

7. Política caciquil en Vizcaya en la época de aparición del nacionalismo vasco

Entre los oligarcas que son piezas claves en este período, algunos nos son ya conocidos. Así, los YBARRA, quienes con ZUB1RIA crean en 1882 la «Sociedad de Altos Hornos», con un capital de 12.500.000 pesetas, participan asimismo en «La Basconia» de 1892; en la fundación del Banco de Vizcaya y en la creación de los «Altos Hornos» en 1902; además, varios miembros de la familia aparecen entre los concejales liberales de Bilbao, como en 1881 y 1885. En su eterno feudo de Ayala siguen los URQUIJO, que aparecen también en los Consejos de Administración de «Altos Hornos» y del Banco de Vizcaya. Entre los creadores de estas dos últimas entidades aparece una vez más el apellido VILLALONGA.

97

Junto a ellos aparece una nueva generación que será asimismo quien monopolice la dirección política de la Villa y de la Provincia. Algunos venían ya de antes, otros eran claramente nuevos ricos, pero todos ellos se habían hecho capaces de llegar a grandes empresarios gracias

al flujo de capitales que desde 1876 cae sobre Vizcaya. En primer lugar hay que citar a José María MARTÍNEZ DE LAS RIVAS, hombre clave de la orientación «liberal» en la primera fase de los años de la Restauración, cuya línea va a predominar entre 1885 y 1893. En 1888 logró para su empresa, los «Astilleros del Nervión», un contrato para la construcción de tres grandes cruceros de guerra para la Marina española. Era sobrino y heredero de Francisco José DE LAS RIVAS, primer Marqués de Múdela y fundador de «San Francisco del Desierto»; el hijo de éste, Francisco, fue desde 1863 Diputado y Senador por varias legislaturas. Al morir este último en 1890, el liderazgo de la familia pasó al citado José María, quien estaba asociado a los ingleses de la casa Palmer en sus astilleros. En 1891, Martínez de las Rivas estaba en pleno apogeo de su gloria, y fue elegido diputado por Valmaseda. Desde este año, tras el incendio de los astilleros, su estrella empieza a declinar.

Al terminar el siglo, el puesto dirigente dentro de la oligarquía corresponde a Víctor CHÁVARRI. Los Chávarri estaban emparentados con los Mac Mahon; los encontraremos sucesivamente en la fábrica «La Vizcaya» de 1882, en el ferrocarril del Cadagua en 1888, en «La Basconia» de 1892 y luego en los «Altos Hornos» de 1902, donde todos los oligarcas se dieron cita. Miembros destacados de la Sociedad Bilbaína, el apellido aparece repetidas veces entre los concejales de Bilbao y los Diputados y Senadores por Vizcaya. A nivel político, un gran personaje es, asimismo, Pablo de ALZOLA: sus escritos sobre la vida económica de la época son unas fuentes de primera mano muy importantes; conocía bien la cuestión, por su oficio, sus relaciones con los oligarcas y por sus diversos puestos como Alcalde de Bilbao y Presidente de la Diputación; asimismo, es miembro de los Consejos de Administración de diversas empresas ferroviarias y de los «Altos Hornos».

Para no alargar excesivamente la lista podemos citar los nombres de ECHEVARRÍA, ARTECHE, GANDARIAS, AZNAR y SOTA. Esta última familia será nacionalista vasca y sobre su importante papel volveremos en el capítulo siguiente.

La importancia de la exportación de minerales en los orígenes de muchas de estas fortunas es conocida. Indalecio Prieto, en sus memorias[95], nos detalla incluso en qué criaderos hicieron fortuna muchos de los antes citados. Así, especifica que en las minas de Triano se enriquecieron los Lezama-Leguizamón, Martínez de las

[95] *De mi vida,* 1965.

Rivas, Echevarrieta y Sota; en los alrededores de Bilbao y en Ollargan, Gandarias, Chávarri y Aburto. Señala asimismo que la especulación sobre terrenos durante la edificación del Ensanche bilbaíno no fue ajena a tal acumulación de capital.

98

Del mismo modo, la rapidez en el desarrollo de estas fortunas, el papel de la suerte o de la casualidad, han dado origen a múltiples anécdotas. Rafael Picavea, otro testigo de excepción, cuenta que Martínez Rivas fue vendedor de naranjas en Londres y que Durañona inició su fortuna al embarcar y vender un rico mineral creyendo que se trataba de simples escombros[96].

Estas grandes familias practicaban una cierta endogamia. Los Ybarra, por ejemplo, estaban emparentados con los Urquijo y los Villalonga. Se daban así casos en las elecciones a Diputados de 1898, donde en Baracaldo se enfrentan el tío y el sobrino, Ramón de Ybarra y Adolfo de Urquijo.

Sánchez Mazas habla así de una «política de familias» y puede decir tranquilamente (y verazmente) en su prólogo al ya citado libro de Javier de Ybarra:

> «Ahora resulta que la política nacional de Vizcaya no solamente era conducida por ocho o diez familias, sino que esas ocho o diez familias eran casi todas de los apellidos del autor (se refiere a Ybarra) o próximos parientes.»

En las elecciones, la compra de votos, la presión sobre obreros y arrendatarios, la manipulación de urnas y listas, era moneda corriente. Era un verdadero caciquismo el reinante en la Provincia: a través del control de las instituciones locales y de las presiones sobre sus clientelas económicas y sociales, los oligarcas se habían asegurado la reelección continua para las Cortes y el Senado. Los combates llevados allí en nombre de Vizcaya van a coincidir plenamente con sus intereses.

A lo largo de todo el período, la oligarquía pudo poner a su servicio a la Diputación. Alzóla fue su presidente entre 1886 y 1891, habiéndolo sido ya en 1881; de 1892 a 1896 el Presidente fue José María de Arteche, fundador de «La Papelera Española» en 1901, presidente de la minera «La Vizcaína» y Gran Cruz del Mérito Militar por su actuación contra los huelguistas del ferrocarril Bilbao-Portugalete en

[96] Conferencia en «Gure Etxea» de San Juan de Luz, 1945.

1890. Los estímulos de la Diputación a las obras de infraestructura, el apoyo de sus hombres de armas para contener a la clase obrera no les faltó a los financieros y a los industriales: los diversos ferrocarriles que desde Bilbao se construyen en estos años son un lugar privilegiado de inversión, donde los Chávarri aparecen como constantes beneficiarios.

99

Pero en esta Vizcaya en plena expansión (entre 1886 y 1899 se fundan 636 sociedades con un capital nominal total que se acerca a 422 millones de pesetas), metida ya de lleno en la unidad española, los industriales se plantean el problema de la conquista del poder del Estado. Gomo ya se ha apuntado, la política de éste con respecto a la industria dejaba mucho que desear. Este combate político se desarrolla por fases diferentes.

En 1886 se plantea el problema de los tratados de comercio entre España y la Gran Bretaña. El Diputado en Cortes Eduardo de Aguirre, que es un hombre de Chávarri, recibe instrucciones de «Altos Hornos», «La Vizcaya» y «San Francisco», a través de la Cámara de Comercio, para que defienda determinadas modificaciones sobre los derechos de aduana para el lingote, la hulla y el cock. En 1888, para obtener en beneficio de Martínez de las Rivas los tres cruceros a construir, va a ver a Sagasta una Comisión donde se juntan fabricantes y comerciantes con diputados, senadores (precisamente Zavala y Del Castillo, a quienes ya mencionamos en los debates de 1876), apoyados todos por el Alcalde de la Villa y el Presidente de la Diputación. Este mismo año Chávarri y Aguirre piden subvenciones para el ferrocarril Bilbao-Valmaseda (explotado por el propio Chávarri y por Bergé) y para el puerto de Bilbao. En general se trata de tentativas tímidas para lograr del favor de Sagasta beneficios parciales, pero cuyos éxitos confirman la mayor capacidad de presión de la oligarquía.

A partir de 1891 las cosas se plantean diferentemente, tomando la forma de una ofensiva en toda regla con extensión a los otros sectores industriales del País: se trata de la lucha por el proteccionismo. Desde este año Cánovas se identifica con esta línea: los oligarcas olvidan el odio tradicional que el País tenía a quien abolió los Fueros, y siguiendo a Chávarri se pasan a su partido desde 1893. En este año, Sagasta pretende hacer aprobar unos tratados de comercio que dan libre entrada al material ferroviario europeo en las líneas a tender en Filipinas: el grupo de Chávarri clama contra esta medida «que sacrifica a la industria nacional»; apoyado por Alzóla y

Casa Torre (alcalde de Bilbao y hermano político de Chávarri), Chávarri preside numerosos mítines, reúne a los industriales en la «Liga Vizcaína de Productores», se coaliga con los industriales catalanes y, por fin, consigue evitar la ratificación de los tratados.

100

En 1896 el proteccionismo de Cánovas da satisfacción a los industriales vascos: la «Liga de Productores» se lo agradece encomiásticamente. Esta industria potente, pero técnicamente atrasada con respecto a Europa, ha conseguido ya el proteccionismo del Estado: su identificación con la nación-estado española va a ser ya total Extenderá sus negocios por él y pronto exigirá el monopolismo, legalizado en 1907, época de Maura, a través de la Central Siderúrgica de Ventas. Proteccionismo y monopolismo serán dos constantes que le obligarán a buscar regímenes de fuerza que le garantizan su predominio en el mercado interno, una fuerza de trabajo barata y oprimida, una defensa hacia el exterior. Apoyará a Primo de Ribera y financiará el alzamiento franquista; con Franco logrará ya un control directísimo sobre el aparato del Estado a través del papel preponderante del capital financiero vasco[97].

De todos modos, la historia expuesta parece indicar que la operatividad de esta política españolista (económica, política y cultural) no se hace decisiva hasta después de 1876. Sin embargo, desde aproximadamente 1880 esta oligarquía se convierte ya en la principal responsable de la explotación de los obreros en el País y de la liquidación de la personalidad étnica y nacional vascas. Por ello, el movimiento obrero y el nacionalismo empezarán a combatirla, de modos diversos y con altibajos, desde 1890. Estas dos respuestas a la nueva situación, al dominio del gran capital y del centralismo, serán el objeto de los capítulos siguientes.

[97] Hay una descripción de estas últimas fases en *Nacionalismo vasco y ciases sociales,* 1976, capítulo 3. Me parece inútil repetirla.

Capítulo 3. DEL ARANISMO AL NACIONALISMO BURGUÉS

Algunos autores escriben cosas bastante sorprendentes, incluso chocantes. Así, Stanley G. Payne deja escrito para la posteridad que en el Proceso de Burgos contra los militantes de ETA, «a seis de los quince acusados se les declaró culpables de delitos graves de rebelión militar, pero fueron indultados los condenados a muerte y *las penas impuestas no fueron abusivas*[98]*».* Por ello, cuando escribe también que «en contra de lo que se ha dicho a veces el período español de la Restauración (1876-1898) no fue una época de sufrimiento o de opresión para el conjunto de la región vasca» [99] estamos ya escaldados y con tendencia a no creerle. En general, los presupuestos ideológicos de los profesores «objetivos» son siempre objeto de meditación, de sorpresa y de mala leche.

1. La agresión sobre la sociedad vasca en la época de Arana-Goiri

En la segunda mitad del siglo XIX las cuatro provincias del País Vasco Peninsular quedaron legalmente incluidas en la nación-estado española moderna; al mismo tiempo, el modo de producción capitalista se extendía por el País. Como se ha indicado en los capítulos anteriores, esta situación suponía un cambio cualitativo en las condiciones de vida de la población, de las clases populares. A un sistema de economía campesina basado en el autoconsumo, la explotación familiar y el disfrute de los comunales le sucede una crisis de estos modos de vida que se traduce por la liberación de la fuerza de trabajo y el inicio de la proletarización masiva. En estrecha ligazón con todo esto, a un régimen político foral donde se valoraban como sustratos de la legislación el euskara y la cultura locales, le sustituye la unidad política española con la consiguiente valoración del castellano

[98] *El nacionalismo vasco,* 1974, pág. 290. El subrayado es mío.
[99] Op. cit., pág. 73.

y de la historia y la cultura ligadas a la monarquía unificadora.

La crisis de la civilización agraria continúa. Ya se ha señalado en el primer capítulo el problema demográfico en Navarra, donde el crecimiento de la población global se detiene y las zonas montañosas se empiezan a despoblar. En las provincias industriales la llegada de trabajadores y el aumento de la población urbana enmascaran, en las cifras totales, la crisis de las formas de vida tradicionales; sin embargo, entre 1860 y 1920 disminuye la población de muchos lugares vizcaínos, como es el caso de Villaro, Cortezubi, Mendata, Navárniz, Guizaburuaga y Murélaga[100]. La principal traducción de estos fenómenos va a ser la intensa emigración a ultramar, a América.

102

Recordemos que la emigración de los hermanos no herederos era algo tradicional; la ruina de las explotaciones y la desaparición sucesiva de los trabajos de artesanía ante la competencia de la industria agudizaron la necesidad de encontrar trabajo fuera del círculo campesino. Ya antes de 1850 existía una emigración hacia América; en 1853 se abre por parte del Estado español el derecho a emigrar libremente y el fenómeno se acelera. El número total de emigrantes desde Euskadi Sur es difícil de evaluar; así como para Euskadi Norte hay datos más precisos, aquí tropezamos con los inconvenientes de la emigración clandestina, de la falta de especificidad en las estadísticas de los países receptores (que cuentan a los vascos dentro de todos los españoles o de los franceses), así como con la insuficiencia de los trabajos monográficos locales[101]. El conjunto de vascos emigrados del Norte y del Sur pasa, sin duda, de los 200.000. Las estadísticas que se refieren al Sur indican un claro predominio de los campesinos y de las clases urbanas más bajas entre los que se van; en la emigración ocuparán asimismo los oficios más bajos.

Si la crisis del sistema agrario es la causa fundamental de estas partidas, una serie de factores las modifican o las condicionan. Uno es el servicio militar. Este era un lugar privilegiado para sufrir la dureza del choque entre la cultura del recluta y la voluntad aculturizadora del sistema; si el servicio militar es siempre un período de alienación, en nuestro caso era un momento especialmente duro por su duración,

---

[100] Ver las cifras en W. A. Douglass and J. Bilbao, *Amerikanuak, Basques in the New World,* 1975, pág. 125.

[101] El ya citado libro de Douglass y Bilbao trae una copiosísima bibliografía y es el texto básico para referirse al problema. Además, se han consultado *La emigración vasco-navarra* de José Cola Y Goiti, 1882; *Geografía General del País Vasco-Navarro,* editada por Carreras Candi, 1918. El fundamental libro de T. Lefebvre trae asimismo indicaciones de la mayor importancia.

sus condiciones y su reciente instalación tras las derrotas carlistas. Muchos vascos aprenderán en él no sólo la lengua castellana, sino el carácter dominante de ésta. Que se trataba de una experiencia traumática lo confirma su relación con el fenómeno emigratorio; aunque las causas de la emigración radicaban especialmente en la crisis agraria, de tener que emigrar muchos lo hacían justo antes de la edad militar. Esta actitud está documentada para Ereño, en Vizcaya. En los períodos de conflictos militares, como durante las guerras colonialistas en Marruecos, la tasa de prófugos-emigrantes aumentaba regularmente. Aun en 1913-1914, el porcentaje de prófugos era doble en el País Vasco Peninsular que en el conjunto del Estado español.

103

Hay que pensar que la identificación de las clases populares vascas con la nación-estado española y sus valores no era aún muy profunda en este final del siglo XIX. Emigrar huyendo del servicio de las armas les aparecía como una actitud perfectamente ética. En ella concurrirían dos factores: Uno, la insuficiencia de la conciencia nacional española como reflejo de la existencia de un mercado unitario aún insuficiente, de una enseñanza oficial poco extendida y de la concomitante pervivencia de amplios sectores de la población ligados a modos de vida con horizontes puramente localistas. Otro, de gran importancia, la situación de unos campesinos que habían sido vencidos por las armas en 1876 tras cincuenta años de lucha, que se encontraban con sus Fueros recién abolidos y que, en cierto modo, podían considerarse como «conquistados».

Faltos de una conciencia nacional en el sentido contemporáneo de la palabra, no se hacían formulaciones de este tipo. Pero la mentalidad de derrota y de amargura estaba muy extendida. Poetas y bersolaris nos han dejado testimonios de estos sentimientos. Reproduzcamos uno de los más famosos: el «Ama Euskariari azken agurrak», de Felipe Arrese-Beitia, en algunos de sus fragmentos (1880):

«Neure biotzeko Amatxo zarra,
Antxiñako ama Euskera,
Seme leyal bat orain datortzu
Azken agurra emotera;
Ainbeste gerra goitu ezinda
Dañori atsotu zara,
Zaurien zauriz galdu galduta,
Amatxo zuaz ditera.

(...)

104

Nun dirá bada zure semiak Foru ta euskara zaliak?
Nun dirá bada, Tubal, gure aita, Zure ondorengo garbiak?
Nun dirá bada zure ume zintzo eta leyalen legiak?
Nun dirá orain, orain negarrak, nun dirá ñire begiak?
Agur illun bat egin deuskue Guraso zarren legiak.
Umezurtz batzuk gelditu gara
Billosik foru bagiak.
(...)

Ainbeste se me emon z ituzan Itxasorako zoliak,
Liorrerako ez gitxiago
Gerrari bildurgarriak;
Liburuetan ta izkuntzetan
Ugari miragarriak.
Ill ziran danak, ta orain ill biar
Euskera maitagarriak.

Or, Gernikako arboliaren
Oñian dago etziñik,
Estu ta larri iya illian
Arnasaz bete eziñik;
Au ikusita, ez ote deutsa Iñok artuko errukirik,
Ez ote datoz bere semiak Osagarriak arturik?
(...)

105

Negar Naparrak, geure anayak,
Ta euskaldun Frantziakuak!
Neugaz hatera danok urratu
Sentimentuz soñekuak;
Aztu istoria edo kondairak
Emengo antxiñakuak.
Te euren lekuan asi barriak
Aurrera Erderazkuak.

Eta nun dozuz, zeruko arbola,
Zuk bere jantzi berdiak?
Zure erramok billos dakustaz
Igar ta ezkur bagiak.
Ai mingarria! Gaztelako arrak
Jan deutsuz sustrai guztiak,
Baita biotza, baita barruak,

Azala itxita bestiak».

Evidentemente, no había por aquellos años represión policiaca contra los nacionalistas porque aún no los había. Tras la derrota carlista, traicionados por los notables que aceptaron el Alfonsismo, las clases populares no daban una traducción política a la existencia real de una situación opresiva. Sin embargo, la conciencia de fin de las instituciones, de la lengua, de la raza, era muy viva en aquellos años, y las múltiples lamentaciones llegan de todas partes. La emigración, que estamos estudiando, resume tanto la presión ejercida por el sistema como algunas de las actitudes de las masas vascas. Repitamos que una sociedad agraria en crisis, una acumulación primitiva salvaje en Vizcaya, una imposición, de unas instituciones y una cultura extrañas no son las circunstancias ideales para vivir en una sociedad sin sufrimientos o presiones.

La actitud ante la emigración va a venir rápidamente condicionada por el desarrollo de las industrias locales que ofrecían puestos de trabajo a los campesinos proletarizados. Conforme avanza la industrialización se detiene el fenómeno emigratorio, primero de un modo local y luego en general Así, en Amurrio, Orduña, Ceánuri, cerca de Bilbao, pronto cesa la emigración transoceánica; en Régil se mantiene viva hasta 1880, pero al industrializarse Azpeitia y Azcoitia se detiene; en la zona Eibar-Placencia pronto se hace prácticamente nula.

106

Sin embargo, del mismo modo que las pequeñas industrias locales o los focos industriales dispersos de Guipúzcoa son indudables puntos de atracción para estos campesinos arrojados de la tierra, resulta curioso ver que en la zona minera de Bilbao la mayoría de los puestos de trabajo son ocupados por gentes de fuera del País, mientras que en muchos puntos de éste continúa la emigración a América. Fenómeno que merece, ciertamente, un estudio monográfico y una buena explicación.

Puede repetirse que, de hecho, el gran polo minero e industrial vizcaíno era en sus orígenes, su concepción y sus formas de vida extraño al País Vasco. Como dice Th. Lefebvre:

> «... se trata de un País que se ha transformado no bajo el efecto principal de sus fuerzas y voluntades internas, sino sobre todo bajo las influencias

del exterior.»[102]

En el capítulo anterior se ha apuntado que, pese al necesario e indispensable papel del capitalismo local, es la conjunción entre el imperialismo europeo del XIX y las condiciones internas de la vida política española la que juega un papel principal a la hora de determinar las características básicas del desarrollo capitalismo bilbaíno desde 1876. En general, los vascos de otras zonas, sobre todo de las euskeraparlantes, tenderán a considerar a Bilbao y a su gran industria como exteriores al País, incluso como nefastos para él. Proletarizarse en Somorrostro se consideraba así como más vergonzoso e inaceptable que irse a América: hacia ésta llamaba la tradición; aquél era lo desconocido, y la condición de minero asalariado repugnaba especialmente a campesinos recién salidos de una mentalidad donde la independencia del «etxeko-jauna» aparecía como un indiscutible valor.

Esta actitud puede explicar la persistencia de la emigración vasco-peninsular a América mientras en Vizcaya empezaba a establecerse una considerable masa de inmigrantes procedentes de la España agraria[103]. Un fenómeno similar, aunque en proporciones más modestas, ocurre por la misma época en Euskadi Norte: mientras la naciente industria de la sandalia en Mauleón atrae a emigrantes desde Aragón y la Navarra peninsular, los habitantes de la Alta Zuberoa forzados a emigrar por la crisis agrario-pastoril prefieren irse a América[104]. He aquí, pues, una actitud de rechazo con claras raíces culturales. La literatura en euskara la refleja bien, y un ejemplo es este antológico trozo de Domingo Agirre:

107

> «Aloña ondotik erbestera ertenaldi bat egin bear dugu. Somorrostrora joan gintezke lenbizi. Bizkaira esatera nijoa, baño damutu egin zait; bada Bilbotik itxasoruntz goazela ezker aldetik dauden erriak eztirudite Bizkaikoak. Toki aietan Bizkai barrutik agiri dan zeru garbirik ezta ikusten; Gernika, Durango ta Markinako ibarretan daukagun pake ta txukuntasunik ezta billatzen; etxeko izkuntza maitearen durundi gozorik ezta iñon sumatzen.»[105]

Ibón Sarasola[106] insiste en la significación de esta actitud de

---

[102] Op. cít., pág. 298.
[103] Fenómeno que también ha llamado la atención de Douglass y Bilbao, quienes insisten justamente sobre sus raíces culturales. Op. cit., págs. 128 y 129.
[104] Ver Georges Viers, *Mauiéon-Licbarre. La population et i'industrie,* 1961.
[105] *Garoa,* escrito entre 1907 y 1912, inicio del capítulo 11.
[106] *Euskal litera turaren historia,* 1971.

rechazo, indicando que la nueva situación resultaba inaceptable tanto por lo que suponía de gravísima amenaza a la sociedad tradicional como porque los intelectuales y escritores vasquistas ligados a las antiguas clases dominantes no estaban dispuestos a aceptar ni el socialismo ni la lucha de clases. En efecto, como tendremos ocasión de detallar más tarde, el primer nacionalismo va a tener dos frentes de lucha: contra la oligarquía y la industrialización centralizadora y desnacionalizadora que le está ligada, y contra su contrario dentro de la sociedad industrial, es decir, contra la revolución social. Ambas van a ser, con matices y grados diversos, identificados como parte de una misma realidad antivasca, extranjerizadora. La literatura en euskera, mientras tanto, va a acantonarse en la defensa de una Vasconia ideal, donde campesinos y pescadores serán los arquetipos del perfecto vasco. Dice así Sarasola:

> «Garaiko euskal literatura estudiatuz gero, ba dirudi guzti hau ez déla egia (se refiere a la existencia y las luchas del proletariado), beste Euskal Herria honek ez duela esistitzen, guzti hori ezdela Euskal Herri. (...) Espero zatekeenez, periodo honetako euskal literatura Euskal Herriaren parte batez iharduki zen. Espero zatekeenez era, hartzen dena harén estratorik konserbatzaileena eta etorkizunari buruz garrantzi xipien dueña da. Halaber idazleak, multzo bezela harturik, estrato hortatik sortzen dirá ezinbestean. Euskal literaturako Euskal Herria, halabeharrez, baserri zuriak, gure mendi eta zelai ederrak ízanen dirá; harén pertsonaiak arrantzale zintzoak eta ohitura zahar eta beneragarriak gordetzen dituzte baserritarrak. Euskal Herri partzial honetan desarroilatuko da euskerazko literatura.»[107]

108

De hecho, la causa del euskera se identificó principalmente con la de la sociedad campesina. De aquí el sentimiento derrotista ya que al vehicularse la modernización industrial a través del aparato de la nación-estado española, en brazos del canovismo triunfante, las perspectivas para la cultura vasca, identificada a una sociedad agraria en crisis y a un fuerismo derrotado, eran claramente negativas. Ya hemos citado la ofensiva que supuso la introducción del servicio militar obligatorio; la extensión de la enseñanza primaria obligatoria, de la escuela, supuso un nuevo e importante frente de ataque.

En la primera mitad del siglo XIX las escuelas existentes dependían de los Municipios, a veces bajo el control de la Diputación. En algunas

[107] Op. cit., págs. 59 y 60.

ocasiones, la represión contra el uso del euskera por los niños aparece ya documentada desde el siglo XVIII: así en Beasain en 1730, en Aya en 1784 y en Elgóibar en 1787, hay cláusulas del contrato entre el Municipio y el maestro exigiendo que se hable castellano en la escuela y que se emplee el anillo contra quienes se expresen en euskera[108]. Sin duda, el carácter del castellano como lengua de la mediación y de las clases dominantes influye en estas horribles prácticas. Sin embargo, tales cláusulas parecen estar más orientadas a enseñar el castellano (con una bárbara pedagogía ciertamente) que a erradicar el euskara; así, el catecismo se enseñaba siempre en la lengua local En 1850 se contaban en Guipúzcoa 142 escuelas municipales.

En 1854 los moderados dan desde el Gobierno central una serie de decretos sobre la enseñanza que implicaban el control de las escuelas por el Estado; el fondo de la reforma estaba unido al deseo centralista de uniformizar al país bajo control gubernamental. En 1856, los progresistas publican una Ley de Instrucción Pública ante la cual las Diputaciones reaccionan pidiendo ser ellas mismas quienes nombre a los maestros, insistiendo en que éstos deben conocer el euskera. Pese a ello, la aplicación legal se hace igualmente en todo el Estado; la creación práctica de escuelas y la llegada de maestros se hará poco a poco, coexistiendo por falta de efectivos las escuelas públicas con las de pueblo y barrio y, más tarde con los establecimientos religiosos. Un paso importante hacia un mayor control estatal es la creación de Escuelas Normales: en 1865 se abre la de maestros en San Sebastián, y la de maestras en 1898. Se puede, con todo, admitir que hacia finales del siglo XIX la escuela pública y los maestros formados en las Normales han dado ya su carácter dominante a la educación destinada a erradicar el euskera. Tal situación hubiera podido ser corregida en 1901, ya que la Ley de Enseñanza Primaria de este año pone ésta bajo el cuidado de Diputaciones y Municipios: la Diputación Vizcaína, en manos de la oligarquía españolista hace poco o nada para cambiar la situación, aumentando los motivos de enfrentamiento con el naciente nacionalismo.

109

Muchos escritores de la época denuncian la violencia física y síquica que el uso exclusivo del castellano en la escuela suponía para los niños. Entre otros testimonios, hemos escogido una larga cita de Arturo Campión[109], precursor del nacionalismo vasco e ilustre

[108] Ver T. I. Lasa, *Sobre la enseñanza primaria en el País Vasco,* 1968, página 29.
[109] *Blancos y negros,* novela escrita en 1896.

navarro; el lector sabrá disculpar lo largo, espero. La historia de este niño enfermo, muerto renegando de la lengua de su madre, nos ha emocionado y sublevado a muchos.

«- ¡Continúas abonado al anillo, don Tortuga, señor Sapo! A ver, dámelo; vamos, pronto, que no hay tiempo de sobra.

Martinico, lívido, tendió la mano con el anillo; dos lagrimones resbalaron por sus macilentas mejillas. Levantó don Bernardino el anillo a lo alto y dijo:

- He aquí la joya que guarda la boca de este lagarto.

Los chicos se rieron pateando de gusto.

- Silencio, canalla; de lo contrario os reparto leña también. Me llamo Balda y ... baldo. Vamos a ver, señor don Martín Zurikalday —¡vaya un apellido, señores!— ¿quién te entregó ese anillo? —Aanterooo.

La emoción le trababa más la lengua; con dificultad podía articular.

- ¿Quieres un vaso de agua con azucarillo? La cosa tiene doble chiste: ¡ser tartamudo y hablar vascuence! Antero, Antero, ¿y qué más?

- Zuu... Zuubel... Zubeldia.

- Antero Zubeldia; ¡valiente pieza! ¿Cuándo?

- Aayer.

- ¿De modo que, como de costumbre, contra mis órdenes reiteradas, hablaste vascuence en la calle?

-No señor, no señor. Haablar casteellaanoo yo; di... didicir yo «orma» en vez dee paared; ¡zas! me ha dadoo aanillo.

- ¡Antero Zubeldia!

- ¡Señor!

- ¿Es cierto lo que dice Zurikalday?

- Sí, señor. En la fuente le di el anillo. Nos estaba diciendo que fuésemos a la huerta de Gortari a robar nueces; que él subiría por encima de la «orma». Yo entonces le dije: Martiniko, hablar en baskuence has hecho; y le di anillo.

- Bien, bien; Martinico se encontró con la horma de su zapato, aunque no los usa. Cuida de que a ti no te suceda lo propio. Desde hoy, el último y el penúltimo que tengan el anillo serán castigados. Martín, saca las manos, junta los dedos.

- Yo querer solo aandar; ¿pa qué veenir esoos conmigo? Yo soolo mejor; sieempree detraás de mí, queriiendo daar aanillo andaan. Yo no saaber «orma» casteellaano oo demoniiios si ser. Yo casstellanoo hablar hiiice.

> - Para que aprendas lo que es castellano y lo que es gringo, voy a activarte la circulación de la sangre. Tu lengua de estropajo y tu idioma corren parejas. Lo dicho, dicho; saca las manos y junta los dedos.»[110]

Sigue la escena de una brutal paliza. Martinico muere poco después. Las últimas palabras, las del delirio del moribundo raquítico y miserable son difíciles de olvidar:

> «-Bas... as... kuencee, yo noooo, yooo no ba... baskuence; ment... in... imbuestee diicen; yo cas... aste... llano; si, caas... te llano.»

Esta novela, ficción pues, refleja una realidad. Como otras aun hoy en día, porque tal vez sólo el escritor pueda condensar las larguísimas horas de escuela donde miles de niños se las han pasado muy mal, porque esa realidad escapa a los cuadros estadísticos al uso entre los investigadores «objetivos».[111]

[111]

De hecho, el retroceso de la lengua vasca, marginada de la administración, la enseñanza y las ramas más importantes de la producción industrial, refleja esta real situación opresiva. El número de euskaraparlantes en 1868, según Ladislao de Velasco[112], equivalía al 54 por 100 de toda la población del País, siendo del 100 por 100 en Guipúzcoa y del 93 por 100 en Vizcaya.

Desde entonces, el retroceso ha sido continuo. El carácter político de este proceso no se escapaba a los vasco filos de la época. Así, el propio Campión comenta:

> «La conducta de Enrique VIII con los habitantes del País de Gales ha sido practicada constantemente por todos los conquistadores; la lengua nativa es un poderoso elemento de diferenciación, y he aquí el motivo de que sea por ello perseguida. Y el mismo objetivo persiguen los gobiernos que no fundan su acción en una conquista material, que, si es preciso, guardan las formas externas del derecho, pero que desarrollan la idea de la omnipotencia del estado central, confundiendo torpe o pérfidamente la unidad nacional con la unidad política, más o menos adornada de

---

[110] Op. cit., págs. 176 y 177.

[111] Reproduzcamos, sobre la enseñanza que hoy hemos conocido, este fragmento del «100 metro» de Ramón Saizarb itoria (1976). Al niño le acaba de dictar el fraile que «... amarillo y rojo enseña de mi Patria»: «-Que es blanca, roja y verde. / —Quién le ha dicho eso, eta pausa labur baten ondoren, y póngase en pie. /Zutitu egiten da, mekanikoki zango bat atzeratuaz pupitrearen asientoa altxatzen dulearik. / —Quién le ha dicho eso. / Matrailean zehar irristatu ondoren kuademo gainean borroe urdin klaro bat bihurtuzdoan negar malkoaribegira. / —Mi aita. / Artikulatzen du» (pág. 57).

[112] *Los euskaros de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya,* 1879. Datos comentados por Luis C. Núñez, *Opresión y defensa del euskera,* 1977.

teorías doctrinarias y constitucionales. Au bon entendeur, salut.»[113]

No hay todavía publicada una buena y completa geografía histórica del euskara, por lo que tendremos que comparar las cifras de alrededor de 1876 con las de alrededor de 1930. Como de todos modos no hay inflexiones notorias en la política del Estado en el primer tercio del siglo XX (en lo que al asunto del euskara se refiere, evidentemente), aunque el proceso no sea uniformemente acelerado se puede aceptar una reducción continua del porcentaje de vasco fonos.

[112]

Cuadro 1. Vasco fonos en Euskadi Sur

Años	*Total*	*Navarra*
1863	610.000	[114]
1868	391.000	60.000 [115]
1884		85.000 [116]
1931	400.000	[117]
1934	570.000	[118]
1936	700.000	[119]

Las enormes diferencias entre las cifras de años cercanos indican su imprecisión La de 1936 es probablemente muy optimista y con fines políticos; si, pese a todo, la aceptamos como cierta, el porcentaje de vasco fonos sobre una población de cerca de 1.500.000 personas era de algo más del 45 por 100, es decir, inferior al 55 por 100 que, en base a los datos de Velasco se pueden calcular sobre la población de 1868. Digamos que Velasco es más pesimista que Bonaparte y Campión, y que la cifra del Congreso de Biarritz es la más optimista de las citadas.

Para los autores de la época la pérdida de terreno por parte de la lengua local era una constatación inmediata, Una vez más, recurriremos al testimonio de Campión: quien escribe sobre el dialecto Alto Navarro Meridional.

«Este dialecto pierde diariamente terreno; el castellano lo acorrala desde las tierras llanas a los más altos valles. De él puede decirse que está en

[113] *Gramática Bascongada,* 1884, pág. 15.
[114] L. L. Bonaparte, *Carte des sept provinces basques...,* 1869.
[115] L. de Velasco, op. cit., pág. 450 y 488.
[116] Campión, op. cit., pág. 29.
[117] *El nacionalismo vasco de 1876 a 1936,* pág. 217.
[118] *El nacionalismo vasco de 1876 a 1936,* pág. 217.
[119] Congreso Internacional de Estudios Vascos, Biarritz 1947.

vías de extinción inmediata, por más que cuente todavía comarcas en su jurisdicción en las que el euskara vive lozano y vigoroso.» [120]

113

Dentro de los «límites periféricos» de la zona vasco tona se pueden comparar los datos del Príncipe Bonaparte de 1869 con los ofrecidos por Irigaray en 1935.[121] Ya se ha perdido completamente la lengua en Garde, Roncal, Gallués, Aristu, Uli, Elia, Zabaldica, Garrués, Olza, Erroz, Goñi, Ibero, Salinas de Oro, Iturgoyen... A esta retirada geográfica hay que añadir el retroceso interno, la disminución del número relativo de euskaldunes en el interior de las zonas vascófonas: la Vizcaya industrial es la primera en sufrir esta situación, que, en menor escala se extiende luego a las comarcas industrializadas de Guipúzcoa.

Podemos resumir diciendo que la sociedad vasca de finales del siglo XIX es víctima de una triple agresión: política, en cuanto que tras un siglo de guerras crueles y recientes, le habían arrebatado sus Fueros; económica porque el sistema tradicional estaba en crisis y la proletarización en las fábricas oligárquicas era aún considerada como humillación y extrañamiento; cultural, ya que la lengua y las costumbres locales se batían en retirada frente a la administración, la escuela y la inmigración. Una actitud de rechazo global frente al sistema extranjerizado r era natural; esta actitud, en cuanto tenía de valoración del antiguo sistema, de rechazo de toda modernidad, no puede ser calificada de nacionalista, aunque sí de vasca y vasquista.

2. El aranismo, primera fase

Precisamente esta actitud de rechazo global forma parte íntimamente del aranismo. En uno de sus primeros escritos políticos, Sabino de Arana-Goiri se expresa claramente sobre la cuestión:

«La Euskeria que los que se precian de patriotas han admirado y amado siempre, es precisamente la antigua, real y práctica, y no la ideal cuya existencia supone al señor Unamuno, ni mucho menos «las actuales Provincias Vascongadas industriosas y viriles» (?). Para darles este último epíteto es preciso que el señor Unamuno no mire o mire

[120] *Gramática...,* pág. 39.
[121] *Documentos para la geografía lingüística de Navarra,* RIEV, 26, pág. 602.

sin ver la relajación y miseria que hoy invade por grados esta nuestra querida patria. Y, ¿qué nos importa que la industria se acreciente, si el único efecto de su desarrollo actual es la multiplicación de mendigos, y la acumulación de riqueza está restringida a favor de unos cuantos particulares? ¿Podrá llamarse patriota el que quiere o admira a su patria en tan triste y miserable estado?»[122]

114

Arana no sólo va a invocar a la «Lege-Zarra» como fundamento de la nacionalidad vasca. Repetidas veces va a formular maldiciones contra la explotación minera e industrial que está ligada a la desvasquización. Demos, entre otros, un texto ejemplativo:

> «Si no puede ser otra cosa mientras los montes de Bizkaia tengan hierro en su seno, plegue a Dios se hundan en el abismo y desaparezcan sin dejar huella todas sus minas. Fuese pobre Bizkaia y no hubiera más que campos y ganados, y seriamos entonces libres y felices.»[123]

Como más tarde veremos, el aranismo adquiere su significación histórica porque va más allá de esta simple actitud de rechazo del desarrollo industrial y de sus consecuencias. No obstante, este ruralismo será una característica de buena parte del nacionalismo en su primera época; presta, así, un flanco descubierto a los representantes ideológicos de la oligarquía, quienes unen la prosperidad industrial con la política españolista. Así, Pablo de Alzóla va a decir que la postura de los aranistas equivalía a pretender un retroceso de varios siglos; en general, van a condenar a los nacionalistas como retógrados, enemigos del progreso, los van a querer ridiculizar. Balparda escribe lo siguiente:

> «(Lo suyo es) nostalgia de los tiempos de Lartaun y Lecobide, de las vestimentas de pieles, de las abarcas y el pan de castaña y de bellota, de las carnicerías de Hernio y Segisama, cuando las selvas vírgenes presenciaban el culto de Jaungoikoa en las noches de plenilunio y devolvían el eco del ronco irrintx de guerra de los vascos.»[124]

Y, sin embargo, estas críticas son completamente parciales. Dejemos aparte el hecho de que el «progreso» de las fuerzas productivas pueda ser perfectamente injusto y reaccionario; injusto, en cuanto

---

[122] *Pliegos histórico-políticos* (I), 1888.
[123] *¡Caridad!* Bizkaitarra, 19, 1895.
[124] *Los errores del nacionalismo vasco,* 1918, pág. 17.

que se construye sobre el mar de sufrimientos de los campesinos desposeídos y de los obreros superexplotados; reaccionario, en cuanto que al tomar el camino del proteccionismo y del monopolio impide el desarrollo de una industria conforme a las necesidades de las clases populares y sostiene a regímenes autoritarios y fascistas que van a ser otros tantos obstáculos mayores en el camino de la emancipación de las masas.

115

La parcialidad de las críticas al aranismo estaba en que los oligarcas no quisieron ver, al menos en principio, los nuevos aspectos que en él aparecen, sus gérmenes de modernidad que, distinguiéndole del carlismo le hacen apto para expresar una doctrina nacionalista acorde a la situación de las nuevas clases vascas surgidas dentro de la sociedad industrial. En efecto, el aranismo condena al sistema industrial como extranjerizador y opresor, pero no hace realmente una condena en bloque: de una parte denuncia a la oligarquía, dueña de la gran industria y cacique de la vida política vizcaína, como responsable directa de tal situación; por otra, ataca a las masas emigrantes y al socialismo a quienes acusa no sólo de ser vehículo de extranjerización sino de poseer actitudes políticas y culturales enemigas de la autonomía y la cultura vascas —como veremos después al tratar del PSOE en este último punto no le faltaba una parte de razón—. Es decir, condena a los dos polos extremos de la nueva sociedad de clases, cuya actuación individual y cuya relación de represión por una parte y política revolucionaria por otra, le aparecen clarísima y específicamente ligadas a la extranjerización. Sin embargo, Arana acepta explícitamente no sólo la existencia de una burguesía no oligárquica, que podemos ya llamar nacional, y de un proletariado vasco, sino además que estas clases toman parte en el proyecto nacionalista. Esto da al aranismo un carácter de modernidad con respecto al carlismo decimonónico, convirtiéndose así, con la adscripción de estas clases modernas, en un movimiento nacionalista. Conocidos son los párrafos en los que Arana invita a obreros y patronos vascos a asociarse en su proyecto de liberación nacional, liberación que en el espíritu de Arana implicaría el fin de la explotación de unos por otros, conforme a su ideologización del «espíritu igualitario» euzkadiano.

Si se quiere dar una definición del aranismo, estos elementos han de tenerse en cuenta. Es precisamente en Vizcaya donde asistimos al nacimiento de este primer nacionalismo; en esta provincia es precisamente donde de una parte se da el choque más frontal entre el sistema españolista de la gran industria y el sistema tradicional. A

nivel literario merece la pena recordar al poeta Antonio de Trueba, cronista de Vizcaya y defensor de sus Fueros[125], cuyas lamentaciones ante la destrucción del bucólico paisaje de las Encartaciones por la extensión del laboreo de las minas de hierro encajan perfectamente en la actitud sicológica antes comentada. Pero, además, en Vizcaya es donde se desarrollan por primera vez y con más fuerza las nuevas clases vascas: una pequeña burguesía urbana ligada a la civilización urbano-industrial y una burguesía nacional no monopolista. En el aranismo se puede ver, como tendencia principal, una interpretación pequeño-burguesa (urbana) de la situación de crisis del sistema tradicional; la modernidad de la interpretación estaría en su carácter político nacionalista y en su apertura hacia un papel dirigente de la burguesía nacional. Sin embargo, en una primera fase la línea predominante será la de buscar al campesinado como principal base social y la de confiar la dirección del movimiento a ideólogos interclasistas, quienes alabarán al viejo sistema y tratarán de actualizarlo sin otorgar aún la preeminencia al capitalismo local. Intentemos aclarar esta serie de afirmaciones, de hipótesis aún.

116

El aranismo se empieza a manifestar en 1893, con motivo del discurso de LarrazábaL En 1894 se funda el PNV: en su reunión fundacional sus responsables son todos vizcaínos menos dos de la cuenca del Deva y uno de Llodio, es decir, de las comarcas más vizcaínas (en el dialecto del euskara y en relaciones económico-sociales) de Guipúzcoa y Álava. Esta misma predominancia vizcaína se puede ver al analizar la residencia de los suscriptores de *Baserritarra* en 1897, aunque aquí ya hay más de las otras provincias, apareciendo los navarros.

Esta primera eclosión nacionalista se hace en los años de la crisis económica 1891-1895. Ninguna influencia *directa* burguesa se puede detectar entre los aspectos fundamentales de la ideología y de la política aranistas. La mayor parte de los adherentes significativos, cuadros, etc., se reclutan entre la pequeña burguesía urbana, extendida desde los empleados hasta los intelectuales: el centro de las críticas aranistas es el conjunto del sistema industrial, tanto en sus manifestaciones burguesas como socialistas. Todo este sistema es considerado extranjero y extranjerizador y, frente a él. Arana propone la vuelta a la Euzkadi idílica de campesinos y notables tradicionales, preindustrial. El aranismo en esta primera fase es, pues, un carlismo redivivo, donde el Rey se ha suprimido y se ha afirmado que Euzkadi no es España. Aparte de eso y, sobre todo con respecto al integrismo,

[125] Recordemos su *Defensa de un muerto atacado por el Excmo. Sr. Don Manuel Sánchez Silva,* 1865.

no hay grandes diferencias, ni por el teocratismo ni por la reivindicación del Régimen Foral de antes de 1839. Lo que Arana denuncia sobre todo en el carlismo es la traición de los notables, quienes han desvirtuado la esencia carlista y se han vendido al centralismo. Precisamente por estas características, las principales polémicas de la primera fase aranista van a ser contra los carlistas. Recordemos el importante opúsculo de Arana *El Partido Carlista y ios Fueros Vascos,* publicado en 1897. Una lectura de este libro indica diversos puntos significativos en la crítica hecha al carlismo: Así, la reducción de éste a un mero regionalismo español, como indican los párrafos siguientes:

117

> «¡Menguados Fueros! Sujetos estarán estos Estados Baskos al Gobierno de España, a las leyes que desde España les dicten, a los jueces que desde allí les envíen... lo mismo que hoy. Tendrán quintas para servir a España, contribuciones para mantener a España, enseñanza española, costumbres españolas, representantes y empleados españoles... lo mismo que hoy. Tendrán que sacrificar su juventud para que España pueda sostener sus colonias, y apurar sus arcas para salvar a España de la ruina (...) lo mismo que hoy. Esto lo dicen el «Catecismo del Carlista», el «Manifiesto de las Minorías Carlistas», el «Acta Política» de Loredán y las «Seis Cartas» del señor Echave-S. y Pedroso.» [126]

Además, va a insistir en la manipulación que el carlismo caciquil ejerce sobre las masas campesinas, el auténtico pueblo vasco, que ha seguido al carlismo por la mera voluntad de defender los Fueros:

> «Tengo la completa convicción de que, al paso que los caciques carlistas del Pueblo Basko, si transigen con la conculcación de los Fueros tradicionales de éste, lo hacen a sabiendas (...), la masa carlista de éste, por el contrario, el aldeano, el verdadero pueblo, si es carlista sólo lo es porque este Partido le promete la reintegración de las instituciones de su Patria.»[127]

Por último se queja de la común política antinacionalista de todos los partidos, especialmente de los fueristas:

> «¿Queréis verlos unidos? (a los diferentes partidos). Dad en medio de ellos la voz nacionalista, la voz bizkaitarra (que así la llama el vulgo), y pronto les veréis apartarse, aterrados, de vosotros, cual si vuestro grito sonara como salvaje ¡hurra! de un escuadrón de cosacos, y agruparse y unirse luego en apretado cuadro, confundidos católicos con liberales, republicanos con monárquicos y euzkadianos con carlistas. Es que el

[126] Op. cit., pág. 136 (edición de 1912, Buenos Aires).
[127] Op. cit., pág 5.

> nacionalismo es su enemigo común, porque todos lo son de alguna de las partes de su lema, «Jaun-Goikua eta Lagi-Zarra.»[128]

118

Este trabajo y muchos de los artículos del periódico *Baserritarra* (cuyo título es ya de por sí significativo) van a tener un claro objetivo: reconquistar al campesinado para el verdadero vasquismo, arrancándolo a la influencia de las diversas ramas del carlismo. Pero esta conquista se va a hacer a través de un convencimiento intelectual, de una demostración clara de la verdadera historia de Vizcaya y de su derecho a la independencia. Por ello, los mediadores van a ser los sectores de mayor cultura, las clases medias urbanas. En este sentido, el aranismo aparece como una reacción de defensa de la sociedad tradicional, pero sus ideólogos y su política no están ya mediatizados por los intereses de los notables precapitalistas. Por el contrario, traducen la desorientación de la pequeña-burguesía urbana, marginada por la oligarquía, por el socialismo y por los «jauntxos», que trata, confusamente, de abrirse un camino hacia las masas: el principal elemento significativo de esa política de acercamiento a las masas es aún el campesinado.

Puede aceptarse, así, que el aranismo posee una continuidad tanto con el carlismo como con el fuerismo intransigente, pero que es ya cualitativamente diferente. El carlismo de los notables posee ya una vía propia; en cuanto a la más genuina evolución del fuerismo intransigente nos ocuparemos luego de ella, ya que por su medio entra en el aranismo la influencia del nacionalismo burgués. Arana-Goiri propone una solución original: la independencia. De hecho, tras la fugaz alianza de todos los fueristas en 1876, todos los partidos dinásticos habían terminado por entrar en el tablero político estatal y, aunque fueristas todos, ninguno daba una respuesta específica a la problemática de las clases populares derrotadas y sometidas. La política dentro de Euskadi Sur estaba concebida por los grandes partidos como la que se hacía en una simple casilla del gran tablero español Campión lo expresa así, refiriéndose específicamente al caso de Navarra:

> «Concluida la guerra civil, un grupo de nabarros concibió el alto designio de reconstruir la patria, de insuflar un alma nueva (¡la vieja!) en la raza. (...) Pronto renacieron las pasiones, momentáneamente apagadas, rompiéndose la noble unión de un día. Primero se apartaron los vencedores; después los vencidos. Desde entonces reanudaron aquellos

[128] Op. cit., pág. 8.

> su política de liberalismo gástrico, su política de merodeo, utilizando cuantos recursos y procedimientos tienen a mano para asegurar el predominio de la «minoría» sobre la «mayoría», a modo de ocupación militar en país conquistado; y reanudaron, asimismo, éstos, las perdurables inútiles batallas y las eternas victorias ineficaces. La propaganda científica del ideal euskariano, a la «Revista Euskara» —órgano de la Asociación del mismo nombre, tan benemérita como perseguida— encomendada, hubo de concluir a fines del año 1883; la propaganda política, que el «Lau-Buru» prolongó durante más tiempo, se hizo imposible después que el elemento tradicionalista, acatando las órdenes de Viareggio, se lanzó a la palestra el año 1886, combatiendo por cuenta propia en las elecciones provinciales de Estella. ¡Pobre Navarra!, todas las especies de la fauna política española poseen representantes en su suelo. Únicamente te muestras estéril, adusta y avara, negándoles savia y ambiente, a quienes pretenden orlar, de nuevo, tus sienes con la antigua corona.»[129]

119

En lo que a Vizcaya respecta, Sabino de Arana hace una descripción muy parecida:

> «En ocho partidos diferentes están principalmente divididos en la actualidad los bizkainos: tres católicos y cinco liberales. Los tres católicos son: el integrista, el carlista y el neoautonomista o fuerista simplemente. De los cinco liberales, dos son monárquicos: el conservador y el fusionista; y tres republicanos; el radical, el federal y el posibilista. Ya lo veis; ocho distintas banderas tremolan en las cumbres de nuestros montes... ¿Distinguís tal vez entre ellas a la bizkaina? Si se lo preguntáis a los prohombres de esos ocho partidos, y más como la respuesta ha de ser pública, todos os contestarán que son acérrimos fueristas y cada uno de ellos os dirá que su respectivo partido es el más amante de Bizkaya, el más entusiasta y sincero defensor de sus derechos e intereses, Pero, ¡ah, infelices! ¡cuán hartos estamos de tanta farsa! (...) ¡Pobre Bizkaya, sí tu destino estuviese a merced de esos partidos españolistas que te van carcomiendo las entrañas!» [130]

Así, Arana aparece como alguien que vuelve a levantar la bandera foral, pero no como un aditamento de un programa de objetivos y alcance estatales, sino como la de un programa de lucha específica por las libertades vascas, cuya consecución aparece como el objetivo definitorio y principal. Su partido se va a diferenciar así netamente de los fueristas existentes y, sobre todo, va a volver a coger el hilo de la

[129] Advertencia a *El Genio de Navarra,* escrita en 1903.
[130] Discurso de Larrazábal, 1893.

lucha por la defensa de la propia sociedad, ese hilo conductor que había corrido a través de las guerras decimonónicas. Entre los derrotados de 1876, especialmente entre las nuevas clases urbanas desarraigadas de la sociedad tradicional y sin identificación posible con la política oligárquica o socialista, encontró un rápido eco.

120

Desde luego, al analizar el aranismo hay que hacer la diferencia entre lo que es una respuesta necesaria a la situación social, al momento histórico, y lo que se debe al propio Arana.

Hay en él elementos que reflejan una situación global, una interpretación de clase, un populismo; pero al mismo tiempo hay otros ligados a la propia personalidad de Arana, hombre arbitrario y pronto, que había identificado al Partido Nacionalista Vasco con su persona. Por ello, parte de la doctrina nacionalista no refleja más que al propio Arana, cuyo teocratismo y cuyo racismo insultante llegan muchas veces a límites intolerables[131]. En general, Arana era

[131] La historia vasca ha dado, a este respecto, unos saltos vertiginosos. Para los nacionalistas tradicionales. Arana fue una especie de gigante solitario, nacido en medio de la decadencia y la indiferencia: a su obra ingente debe el pueblo vasco su despertar y su renacer. He aquí, pues, a un individuo extraordinario, que, solo o casi, se da cuenta de la verdad y salva a su pueblo. Entre mil citas demostrativas de esta posición, vamos a dardos: «A fines del siglo XIX, coincidiendo con el arreciamiento del embate (...) y como si de golpe la raza hubiese extraído de su entraña todo el caudal de energías allí latente, resistiéndose a morir, surge en el territorio peninsular, un tanto desvaído al principio, firme y recto después, el deseo de sobrevivir, de conservar o recobrar el ser vasco. Luego, la voz de un apóstol acaba de sacudir el letargo secular; y a la luz de la verdad y al calor del patriotismo empieza a articularse el movimiento redentor y a propagarse en todas direcciones la inquietud vasca. A no ser por aquella voz, es lo más probable que la extinción de nuestra lengua en el resto de sus posiciones indefensas se hubiera producido a su hora como cualquier fenómeno vulgar en que no se para la atención, a semejanza de lo ocurrido en Álava y Navarra antes de la fundación de las primeras asociaciones vasquistas, donde murió el euskera en medio de la general indiferencia y sin un espasmo de dolor» (Ibar, *Genio y Lengua,* 1935, pág. 85). He aquí otro, del propio Azkue; la importancia de este autor, por su personalidad y por ser testigo de la época, la hace doblemente demostrativa: «¿A quién, después de Dios, se debe el renacimiento vasco en todas sus simpáticas manifestaciones? Fundamentalmente, principalísimamente, a Sabino de Arana Goiri. Honremos dignamente su memoria. Si tenemos conciencia de lo que el deber nos impone, no pasará un quinquenio sin que surja una estatua al gran patriota, principal factor de este Renacimiento» (Conferencia en la Sociedad Filarmónica de Bilbao, 18 de abril de 1918). Por el contrarío, está apareciendo una tendencia moderna que quiere ver en el aranismo un producto de la sociedad de la época, de tal modo que todos sus aspectos quedan reducidos a meros reflejos de actitudes de clases concretas, con bases socioeconómicas precisas. Exageración ésta que, pese a su aspecto, es ajena al materialismo histórico y a la realidad; como señalaba Plejanov *(Sobre el papel del individuo en la historia,* 1898), un individuo posee unas peculiaridades ligadas a su carácter que pueden tener influencia tanto en su obra personal como en su impacto social; lo importante es subrayar que «tanto las posibilidades de estas influencias como su intensidad están determinados por la organización de la sociedad, por la relación de fuerzas sociales» (Plejanov, op. cit., página 331 de la edición francesa de sus Oeuvres Philosophiques, Moscú, tomo II). El aranismo contiene una serie de elementos que traducen la sitúación de las clases sociales vencidas o marginadas en la época; otros son puramente personales, ligados al peculiar carácter y religiosidad del propio Arana. Lo que nos importa es ver cómo habrá elementos distintos de su doctrina puestos en valor según el momento histórico y la relación de fuerzas entre las clases. Así la «evolución españolista», repliegue

profundamente reaccionario, no sólo en religión sino en política: le parecían aberraciones que se cantara la Marsellesa después del Gernikako Arbola (como hicieron en 1893 los liberales fueristas donostiarras) o que se dijese «abajo la burguesía» junto a «viva los Fueros».

121

Ahora bien, aunque en la obra de Arana no aparezca ninguna doctrina de corte burgués, en el sentido de afirmar la preeminencia de los intereses de la burguesía nacional para que Euskadi fuese libre, sí que hay las suficientes premisas como para que la burguesía nacional termine imponiéndose en el PN V.

3. El desarrollo de la burguesía nacional: la Sociedad Euskalerría

En efecto, dentro de las clases modernas vascas (burguesía no oligárquica, peque ña-burguesía urbana y proletariado), aunque la pequeña-burguesía fue la primera en manifestarse nacionalista, quien primero adquirió una coherencia y una solidez como clase fue la burguesía. Pronto, los ideólogos dejarán de invocar abstracciones para formular una doctrina coherente, interpretando en lenguaje populista e interclasista los intereses de los burgueses.

Los primeros burgueses no oligárquicos existían ya desde mediados del siglo XIX. Ya hemos mencionado la época posterior a 1841: el traslado de las aduanas coincidió con un ambiente favorable general al desarrollo industrial, tanto en Europa como en el País. Muchas de las primeras empresas tenían muy poco de industrias modernas: así la «fábrica» de muebles y sillas de junco y mimbre establecida en Zumárraga en 1885 por Justo Astiz con dinero que trajo de América, donde todo el trabajo se hacía a mano y sólo era «fábrica» porque concentraba a obreros en un local. Otras, por el contrario, dieron pronto paso a una modernización técnica y empresarial: así las boinas en Tolosa, que trabajan desde 1859 y se modernizan sucesivamente

táctico según los independentistas, será la verdadera lección del aranismo, su contenido real, para el nacionalismo burgués de 1914 y el regionalismo del PNV de 1977; el racismo aranista será invocado en unos momentos y simplemente «explicado» en otros. En una palabra, la influencia social de los diversos elementos del aranismo dependerá de los intereses de clase de quienes lo invoquen, de su integración en una conciencia de clase o en una ideología.

en 1878 y 1883, o las fábricas de tejidos y buzos de trabajo de Vergara, que se inician en 1859 y se expansionan con el incremento de la demanda desde 1895. Incluso aparecen ya sectores que pronto se van a monopolizar, pasando a ser más oligárquico-españolistas que locales: es el caso de las papeleras, cuyas primeras fábricas surgen en 1850-1855, o de los cementos, que trabajan desde 1860. Hemos tendido a ver en esta industria ligera, ligada por mercado, tecnología, mano de obra y origen de sus dueños al País, una de las bases del fuerismo liberal, derrotada pues en 1876 pese a haber teóricamente vencido en la guerra.

122

En Guipúzcoa este tipo de empresas se van a ir desarrollando al ritmo de las transformaciones locales, con lentitud hasta 1900-1920. En Vizcaya, va a hacerlo más rápidamente desde 1876, y es aquí precisamente donde sus contradicciones con los oligarcas van a estallar en primer lugar. Entre 1876 y 1907 se puede delimitar un período que va desde el inicio de la expansión hasta el final de la crisis industrial de principios de siglo. Globalmente, se puede hablar de una primera fase de desarrollo entre 1876 y 1891, con un incremento numérico de los pequeños talleres y empresas metalúrgicas que tratan derivados del hierro, como calderas, piezas, alambres, camas, etc. Esta primera fáse se continúa en los años 1891-1895 con una crisis industrial derivada de la falta de competitividad (global) de la industria siderúrgica. La baja tecnología, la mala localización, unidas a la estrechez del mercado español, hacían que estas industrias eran escasamente competitivas en un sistema librecambista abierto a la competencia extranjera. Aunque los más afectados eran los oligarcas, se vive una situación general de baja de producción, ventas y beneficios.

Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, la protagonista principal de la reacción es la gran industria: su política se orienta hacia la búsqueda del proteccionismo estatal y de la situación de monopolio. La mayoría de los pequeños industriales, nacidos al calor de la expansión oligárquica, siguen a Chávarri y a la Liga de Productores. Pero esto no impide que al producirse en 1893 una tensión con respecto a la renovación del Concierto Económico, un sector industrial manifieste una actitud favorable al renacimiento y a la renovación del fuerismo, insistiendo en el desinterés del poder central con respecto a la prosperidad del País Vasco. Aquí se marcan ya dos posibilidades de conducta burguesa: la oligárquica, dominante, que se lanza a la ofensiva para poner al estado centralista a su servicio; la localista y nacionalista, que prefiere la toma del poder en

un País Vasco autónomo, sin perder por ello las relaciones privilegiadas de mercado con el conjunto del Estado. Ni que decir tienen que entre la segunda y el Eterismo liberal hay una real continuidad[132].

123

A partir de 1895, hay un nuevo aumento de la prosperidad, conseguido ya el proteccionismo sobre la siderurgia en 1896. Desde 1898 la coyuntura es aún mejor, en cuanto que se repatriaban capitales de Cuba y había una reactivación de la siderurgia británica que aumentaba la demanda de mineral. Se asiste a una aceleración en la creación de empresas nuevas y, sobre todo, a una diversificación en químicas, construcción naval, electricidad y otras. Paralelamente, en estos años se intensifica la tendencia al monopolio, a la concentración de capital y al dominio de los «trusts» sobre la economía.

Hay que hacer notar que en 1898 un sector de la burguesía vasca, incluyendo a miembros de la alta burguesía y siendo extenso en la media, precisamente el sector más dinámico y menos atado al monopolismo y al proteccionismo, sufre el mismo proceso que en Cataluña: ante el fracaso del aparato estatal español, se orienta con claridad hacia la implantación en Euskadi Sur de un régimen moderno, liberal y autónomo, favorable a sus deseos de desarrollo industrial competitivo en un cuadro político acorde. Aquí sonará ya con claridad el nombre de Sota, como detallaremos más tarde.

Pero la tendencia mayoritaria del gran complejo industrial y financiero era seguir felicitándose del proteccionismo estatal y del régimen de Conciertos Económicos. Sin embargo, su control sobre el poder del estado era aún escaso, el Ministerio de Hacienda inaugura a principios de siglo una política deflacionista contraria a los intereses del gran capital vasco, ya que hace disminuir la demanda; a esto se junta una crisis financiera local, ya que por la propia historia de la acumulación de capital en Vizcaya las tendencias a la especulación eran francamente exageradas. Ambos factores unidos están en la base de una época de crisis económica que se extiende desde 1901 a 1907, con su punto álgido en 1904-1905. El gran capital saldrá de ella reforzando sus tendencias monopolistas a nivel español: la Central Siderúrgica de Ventas, controlada por el «trust» Altos Hornos, es de

[132] Continuidad ideológica que, tal vez, pudiera deberse a una continuidad económica y política real. Si la burguesía local desciende de los comerciantes o los jauntxos agrarios con rentas limitadas, tenía que tener conciencia de la enorme diferencia entre el poder político y económico de la oligarquía y el suyo propio: la conciencia de esta desigualdad actuaría como un poderoso revulsivo.

1907. Mas dentro de este período de crisis hay una serie de tensiones ligadas una vez más al problema de los Conciertos: en la época 1904-1906 asistimos a un nuevo empuje regionalista y nacionalista, donde de nuevo la burguesía local insiste en que un Gobierno central aún semifeudal se desentiende de los intereses de la industria vasca.

124

Llegamos así a 1907, al final de la crisis. En Vizcaya hay ya 2.535 establecimientos industriales diversificados, con 32.258 trabajadores, lo que hace una media de 13 por fábrica; habida cuenta de la presencia de grandes industrias, la multitud de pequeñas empresas con pocos obreros es evidente. Al mismo tiempo que se ha producido un aumento de la fuerza del monopolismo y de la extensión a todo el estado de los intereses de la gran industria, ha crecido una pequeña industria local diversificada. Parte de ella está compuesta de meros testaferros del gran capital; otros, o están ligados a la vida local con las mismas características citadas para la industria de antes de 1876, o pretenden una modernidad y dinámica productivas que tropiezan con el monopolismo y con sus aliados a nivel del estado central. En estas dos fracciones, con comportamientos distintos, están las bases del regeneracionismo y del nacionalismo-regionalismo de la burguesía local. Veamos a continuación la traducción política de esta situación.

Ya desde 1893 se notan gérmenes de participación de la burguesía local en el despertar nacionalista-regionalista. Hemos mencionado antes el carácter progresista y liberal de las algaradas de 1893 en Guipúzcoa donde hubo serios enfrentamientos entre la Guardia Civil y los manifestantes; pero esta actitud aparece en continuidad con el tradicional federalismo y foralismo de republicanos y liberales guipuzcoanos. En Vizcaya, la participación a la que nos referimos traduce ya la existencia de una nueva burguesía y se manifiesta sobre todo en la evolución de la Sociedad Euskalerría.

Esta asociación desciende en línea directa de los fueristas liberales de la rama intransigente: éstos habían sido importantes en Vizcaya, habiendo ocupado puestos diversos en la Diputación y en el Ayuntamiento bilbaíno. En 1876, los intransigentes habían sido reducidos al silencio por orden del Gobernador Militar de Vizcaya, Isidro Macanaz, que el 24 de julio publicó la siguiente comunicación:

125

> «Publicada como ley la supresión de los Fueros, prohibida por el Excmo. Sr. Capitán General y en jefe de este Ejército toda comunicación en la prensa contraria a esta Ley y ocupadas estas provincias militarmente, prohíbo terminantemente en ese periódico la publicación de todo escrito

> favorable a los Fueros, debiendo usted tener presente que esta prohibición militar no sólo perjudicará notablemente ios intereses de usted si falta a ella, sino que será usted detenido en la cárcel hasta la resolución superior que se dicte.»

Reanudada la vida política meses después, los intransigentes se reúnen alrededor de Fidel de Sagarmínaga. Este fue nombrado para la Diputación en octubre de 1876 y encabezó las listas intransigentes en las elecciones a Diputados a Cortes de 1879; tales elecciones se hicieron bajo el régimen censitario, es decir, que sólo los poseedores de bienes o rentas pudieron votar.

Los transigentes vencieron en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, recogiendo cerca de 10.500 votos frente a los 6.000 de los partidarios de Sagarmínaga; en Vizcaya los resultados fueron de 4.073 frente a 3.172 sufragios. A Sagarmínaga le secundaban personajes de importancia como Ramón de Bergé, Mario Adán de Yarza y otros. En 1885 la Sociedad Euskalerría, ya constituida, presentó a las elecciones municipales para Bilbao a Bergé y Delmas, siendo además elegidos otros dos miembros, Power y Gorostiza. Bergé era uno de los que fundan en 1886 la Cámara de Comercio de Bilbao y participa en negocios capitalistas en toda esta época. En 1886 hay euskalerríacos en la Diputación y en 1887 en el Ayuntamiento; pero el copo de puestos en la Corporación provincial y en la representación en Cortes se fue concentrando cada vez más en manos de la oligarquía españolista. Un verdadero caciquismo con presiones morales y compra de votos se instauró en toda Vizcaya.

En 1893 hay una aproximación de parte de los miembros de la Euskalerría hacia Sabino Arana. Quien los conduce es ya Ramón de la Sota, que dentro de pocos años se convertirá en el hombre político y económico más importante de Vizcaya, En junio, Sota había asistido a la cabeza de una delegación de la sociedad a la reunión de Larrazábal, donde Arana les expuso su doctrina; sin apoyar plenamente a éste, Sota asiste también en Guernica a la «Sanrrocada» de agosto, donde la bandera española es arrancada por primera vez. Estos acontecimientos acarrean una escisión entre los euskalerríacos: Sota continuará hasta entrar más tarde en el PNV; Bergé abandona la sociedad y pasa plenamente a integrarse en la oligarquía. Hay que admitir que precisamente en estos años la dinámica del grupo Chávarri (al que Bergé estaba además muy ligado personalmente) era realmente absorbente entre los capitalistas de Vizcaya.

La Euskalerría poseía una ideología liberal y moderna; entre sus dirigentes había bastantes burgueses y las clases medias urbanas modernas la apoyaban, al menos en sus sectores más avanzados, como pudo verse en los acontecimientos de San Sebastián de 1893, donde los euskalerríacos tomaron parte activa. Evidentemente, tales características le atraían la antipatía de Arana, cuyos orígenes políticos y filosóficos han de buscarse entre los más negros recovecos del carlismo teocrático. Arana les critica en diversos artículos: por regionalistas y no nacionalistas, por su espíritu burgués de buscar ante todo el enriquecimiento mediante la industria y el comercio; por su escasa insistencia en los temas de la raza y la religión, tan básicos para Arana. Sin embargo, este tipo de ataques feroces en la primera época, van a ir disminuyendo hasta cesar en la época de 1898.

En este año se produce la crisis dentro de la burguesía local a la que hemos hecho referencia páginas antes: siguiendo la línea marcada por la burguesía catalana, un sector de la Vasca (minoritario, ciertamente, entre los grandes industriales y financieros) elige como vía hacia la conquista de un poder político acorde a sus intereses la lucha por la autonomía. Ramón de la Sota entra en 1899 en el PNV y pronto sus capitales empiezan a apoyar las empresas propagandísticas y periodísticas de éste. En 1902 la Sociedad Euskalerría se disuelve. Estas nuevas aportaciones traen también actitudes nuevas, como la manifestación expresa de la solidaridad con el catalanismo y sus objetivos. Sin embargo, mientras Arana viva, la influencia burguesa quedará soterrada ante el absorbente aranismo; sería interesante saber si la propuesta del «Partido vasco-españolista» hecha por el propio Arana-Goiri en 1902 es un repliegue táctico ante la represión o un primer anuncio de la política «realista» y autonomista del nacionalismo burgués. Este episodio, sin continuidad inmediata, sigue siendo aún misterioso.

Añadamos que es precisamente en 1898 cuando los nacionalistas empezaron a ser una fuerza política con verdadera influencia en la administración local de Vizcaya. Arana salió elegido Diputado provincial este año, y en 1899 hubo cinco concejales nacionalistas en Bilbao, así como varios en Bermeo, Mundaca y Arteaga. Estas victorias incomodaron a la oligarquía: no sólo hacían flaquear su poder, sino que el PNV denunciaba tanto su españolismo como la corrupción caciquil. Una represión se desata con la colaboración del Estado: sin ser sangrienta, fue dura. Se cerraron los centros vascos, se asaltó el Batzoki bilbaíno, se depuso a. los nacionalistas elegidos para cargos públicos y el propio Arana fue encarcelado. Es claro que las

primeras relaciones entre oligarquía y nacionalismo tuvieron muy poco de cordiales.

127

El primer nacionalismo tuvo también que definirse con respecto al socialismo y al movimiento obrero. Como veremos en el capítulo siguiente, aquél se distinguía por su antinacionalismo y por su menosprecio de los derechos nacionales del pueblo vasco; aparte de esto, sus objetivos de revolución social eran perfectamente inaceptables por el conjunto de los sectores nacionalistas, tanto por los tradicionales como por la burguesía y pequeña-burguesía modernas. El nacionalismo empieza ya a presentarse no sólo como una reacción contra el caciquismo oligárquico españolista, sino como un baluarte contra la revolución obrera, presentada tanto como extranjerizante como demoledora del orden social. La identificación de esta postura con los intereses burgueses no deja lugar a dudas.

4. El nacionalismo político desde la muerte de Arana hasta 1908

Toda esta serie de elementos permiten insistir en una hipótesis. El primer nacionalismo nace como una reacción a la extranjerización vehiculada por la oligarquía españolista; la enemiga con respecto a los obreros emigrados posee una autonomía dentro de esta actitud ya que la revolución social posible multiplica las angustias ante la desestructuración que se estaba produciendo. Ahora bien, este antisocialismo no es la causa principal de la aparición del nacionalismo vasco.

Quienes lo vehiculan siguen muy de cerca al carlismo derrotado. Las masas campesinas son para ellos la base principal de la nación vasca y de la doctrina jelkide; ahora bien, denuncian a los antiguos «jauntxos» y pretenden poner a la cabeza del movimiento una ideología que parece nacida entre las clases medias bilbaínas. A este primer nacionalismo se le superpone pronto una línea nacida de la burguesía local no españolista, enfrentada con la oligarquía monopolista y deseosa de conseguir un poder local a su servicio. Las condenas al socialismo serán en estos años constantes; pero los enemigos políticos contra quienes se polemiza más significativamente van a ser precisamente la jerarquía carlista primero y la oligarquía vizcaína después.

128

Y sí este nacionalismo se manifiesta primero en Vizcaya es porque en esta provincia es donde la desestructuración de la sociedad tradicional era más aguda y porque aquí es donde aparecen por primera vez la pequeña-burguesía y las burguesías modernas locales. En la conjunción entre lo que muere y lo que nace aparece el primer nacionalismo vasco.

Si seguimos la evolución del electorado nacionalista en estos primeros años vemos que un primer impacto mayoritario de éste se dio en los barrios de «clase media» de Bilbao[133], para penetrar un poco más tarde en las zonas rurales. Esta evolución confirma probablemente las hipótesis dadas sobre el papel de la pequeña-burguesía urbana (primer sector concienciado) y del campesinado (elemento significante a cuya conquista se dirige el PNV).

Muerto el maestro en 1903 [134] y en plena crisis económica, el PNV se reorganiza. La muerte de Arana supone el levantamiento de la losa postcarlista que pesaba sobre el sector burgués. Aunque la ideología precapitalista seguirá teniendo una clara importancia en el PNV, entre 1904 y 1908 se van poniendo los jalones que llevarán al triunfo de la ideología burguesa: jalones aún débiles pero significativos.

Ideológicamente sigue predominando la línea independentista, teocrática e intransigente, heredada del aranismo puro. Es la época de Evangelista de Ibero, de la identificación casi total con el integrismo, excepto en la cuestión de la independencia nacional. Ibero es un sacerdote navarro, capuchino, profesor en Pamplona y Guardián del convento de Estella entre 1903 y 1906, muerto en 1907. En 1901 le hicieron un juicio en Pamplona acusado por las izquierdas de haber predicado en un sermón «el exterminio de los liberales»; absuelto, fue calurosamente felicitado por Sabino de Arana.

129

El lema de este autor es «Instaurare in Christo Euskeria». Su obrita, el *Ami vasco,* cuyo enigmático título parece querer significar que en ella se concentra el «alfa» y el «omega» de la doctrina nacionalista, sale en 1907 y aún era republicado en 1957 (algo expurgado) por «Ekin» de Buenos Aires. Nada en este libro anuncia una doctrina burguesa: el

---

[133] La evolución ideológica de los bilbaínos derrotados en 1876, del carlismo al iberismo y al nacionalismo, está relatada, con mayor o menor fidelidad, por Unamuno al final de su *Paz en la Guerra,* ver págs. 239 y 240 de la edición de Austral, 1969.

[134] Entre las biografías de Arana, ver las dos apologéticas de Ceferino de Jemein *(Biografía de Arana-Goiri'tar Sabin,* 1935) y de Pedro de Basaldua *(El libertador vasco,* 1953), y las más críticas de Larronde *(Le nationatisme basque,* 1972) y de Juan José Solozábal *(El primer nacionalismo vasco,* 1975).

teocratismo integrista y el racismo aranista son sus principales características. Podemos así dar un resumen de lo expuesto por Ibero: según este autor, el pueblo vasco es una nación porque tiene una identidad de raza; los apellidos son el indicativo más claro de la nacionalidad; los vascos han de cultivar el euskara y evitar los matrimonios con los extranjeros. Las regiones vascas fueron sometidas por la fuerza en el siglo XIX, habiendo sido independientes hasta entonces. Los diversos partidos fueristas no responden a la voluntad de restaurar la independencia, es decir, el régimen anterior a 1836; las masas vascas, en su mayoría carlistas, están engañadas por esos partidos que, en realidad, son todos españolistas. El PNV fundado por Arana-Goirí representa la verdadera voluntad de restaurar las libertades vascas; su fin es federar a los estados vascos en una unidad católica, y su actuación excluye todo recurso a la violencia para conseguir sus fines. El integrismo católico es terrible; he aquí dos párrafos para asustar:

> «Y no os quepa la menor duda; entre ver a Euzkadi libre, pero apartada de Cristo y verla esclava, pero fiel a Cristo, el PNV optaría por lo segundo.» [135]

> «Pero, ¿podría haber nacionalistas enemigos de Cristo o que profesen ideologías a gnósticas, racionalistas u otras semejantes? En los países de inspiración cristiana, estos tales serán nacionalistas de nombre y a lo más por amor a la independencia de su patria, pero nunca serán nacionalistas completos, como quienes anhelan la restauración íntegra de sus propias instituciones en su tradicional modo de ser.»[136]

Esta actitud de Ibero no era una chocholada individual. El propio Arana había sembrado en su partido unos gérmenes de intolerancia religiosa muy rígidos; y así, según el número 109 de *La Patria,* en 1905 no podían afiliarse al PNV ni «francmasones, ni anarquistas, socialistas, republicanos, irreligiosos, inmorales o simplemente liberales».

Sin embargo, en política se empezaba a imponer el «realismo»: las consignas independentistas quedan relegadas poco a poco y una actitud de «autonomismo de orden» se va convirtiendo en la línea dominante. No olvidemos que pese a la política localista de la burguesía nacional, sus puentes con la oligarquía no quedaron completamente rotos más que en contadas ocasiones. A ambas les

[135] Op. cit, pág. 47 de la edición de 1957.
[136] Idem, pág. 23.

unía el que sus beneficios derivaban de la explotación de la fuerza de trabajo obrera; idénticamente, ambas tenían en común la voluntad de poner la autonomía local al servicio de sus negocios y aunque en este terreno era precisamente donde se enfrentaban a veces había objetivos comunes. Lo que realmente les oponía era la preeminencia dada por la oligarquía al centralismo, y la lucha por el control de la gestión del poder político y las finanzas locales. Así, en esta situación habrá fases de oposición y fases de alianza, cuyos detalles están aún por estudiar.

130

No olvidemos que algunos miembros de la oligarquía adoptaban posturas «católico-fueristas», y entendían así servir de puente entre su grupo social y los nacionalistas. La oligarquía de principios del siglo XX defiende un vasquismo relativo y estrecho, limitado a cuestiones científicas y culturales. Esta actitud no tenía nada que ver con una actitud política nacionalista, estando meramente ligada al autonomismo centrado en el régimen de Conciertos y al orgullo racial vasco de la casta de Neguri, deseosa de diferenciarse de las masas de emigrantes. Conforme a esta toma de postura, la oligarquía financia algunas actividades culturales y miembros de las grandes familias aparecen entre los investigadores de parcelas históricas y lingüísticas. Por citar un ejemplo de la época, podemos recordar que la primera edición del monumental Diccionario de Azkue, de 1.500 ejemplares, fue financiada por la Diputación vizcaína presidida por Enrique de Aresti, en 1903.

Una primera muestra de la aproximación oligárquico-nacionalista se da en 1903. Carlistas, integristas y nacionalistas habían dado su voto conjunto, bajo la denominación de «voto católico», a Urquijo, oligarca simpatizante del fuerismo, inaugurando así la línea contrarrevolucionaria que se va a repetir en varias ocasiones. Repitamos, como en otros trabajos, que el nacionalismo burgués vasco va a carecer en todo momento de la capacidad de plantear una política separatista, de enfrentamiento directo con el poder central; al no ser la burguesía nacional dueña de un complejo productivo lo suficientemente completo y sólido como para ser realmente independiente en el plano económico, su patriotismo no pasará nunca de un autonomismo dentro del mercado español.

131

Hay que citar un factor más. En la primera década del siglo XX, una amplia serie de «personas respetables», es decir, burgueses y profesionales, se adhiere al nacionalismo. Este poseía así una base popular bastante amplia y unos cuadros dirigentes salidos de lo que

en la política burguesa se entiende por la «gente responsable». Así, el nacionalismo atrajo las miradas de Maura; este político fue, en sus primeros años de poder, un sincero partidario de conseguir elecciones limpias y de reformar la administración local. No tenía nada de revolucionario ni de socialista; su objetivo, entre 1903 y 1909, fue «descuajar al caciquismo». En el País Vasco, esto se tradujo por un cierto apoyo desde el Gobierno a los nacionalistas, evidentemente al sector más reformista y no separatista de éstos.

Otro elemento contribuye a facilitar la expansión nacionalista. Es el hecho de que entre 1904 y 1906 el conjunto de las clases poseyentes del País Vasco peninsular andaba excitado por la defensa de los Conciertos económicos, amenazados una vez más desde el Ministerio de Hacienda. Un fruto, efímero pero sonoro, de esta agitación fue la constitución de una «Liga Foral», cuya victoria en las elecciones de 1905 fue aplastante.

El Partido Nacionalista atravesó esta época entre reorganizaciones diversas[137]. En 1904 se renovó su dirección y una Asamblea se celebra en 1906. Los nacionalistas no se habían sumado a la «Liga Foral» por considerarla un mero disfraz del caciquismo españolista. Esta «Liga» comprendía en Guipúzcoa a integristas, carlistas, republicanos y federalistas; cabe preguntarse hasta que punto no significa una adecuación de la vieja alianza fuerista ante la aparición del nacionalismo. Este pareció entenderlo así y quiso seguir marcando su especificidad. En su manifiesto del 3 de diciembre de 1904, la Liga Foral subraya que la defensa de la autonomía corría el peligro de «dejarse arrastrar por los extravíos de los soñadores que exageran», indicando su carácter de respuesta al nacionalismo[138]. Sin embargo, en 1907, con estos virajes típicos de aquellos años, los nacionalistas de Guipúzcoa apoyarán a la coalición católico-intransigente de integristas, carlistas y algunos conservadores. El impacto nacionalista tiene que ver, sin duda, con el renovado interés de los partidos políticos guipuzcoanos por el vasquismo. Así, el carlismo se entrega a una gran actividad, desarrollando el doble tema de la defensa de la catolicidad y de los fueros, y haciendo amplio uso del euskara en su propaganda. Liberales y republicanos donostiarras definen su línea conforme a la necesidad de dotar al País de «la mayor independencia administrativa y el mayor número de libertades sin merma de la

[137] La fuente clásica nacionalista sobre el periodo es Engracio de Aranzadi, *Ereintza. Siembra del racionalismo vasco. 1894-1912.* 1935.

[138] Las vicisitudes de esta «Liga» se pueden seguir en José de Orueta, *Fueros y Autonomía,* San Sebastián, 1934.

unidad nacional (...) impugnando en toda ocasión a los locos malvados que siembran en sus doctrinas gérmenes antipatrióticos»[139].

132

El primer gran viraje ideológico (tras el efímero «vasco-españolismo» del propio Arana) se puede ver en el «Manifiesto-programa» del Centro Vasco de Bilbao, del 8 de diciembre de 1906. Muy ponderado, ciertamente, se afirmaba en él el principio de la nacionalidad vasca y se repetía la tradicional reivindicación de volver al estado jurídico anterior a 1836; asimismo, se sigue afirmando explícitamente la subordinación de la sociedad vasca a la doctrina de la Iglesia católica. Todo esto es aranismo-iberismo, ciertamente; pero no se menta el independentismo y se afirma que los medios de lucha van a reducirse, casi, a las actividades culturales y educativas. Lo que importa más, pues, es la desaparición de la virulencia independentista, la postura de afirmar unos medios moderados. Pronto, conforme a estos medios, la reivindicación del estatuto anterior a 1836 quedará reducida a un símbolo, y los medios condicionarán el objetivo real de lograr una autonomía posible.

Ya el grupo burgués, encabezado por Sota y en el que, con matices diversos, podemos incluir a Chalbaud, Horn y Epalza[140], empujaba hacia la moderación y el realismo. En 1907 aparecen ya claras muestras de tensiones internas: los moderados apoyan en las elecciones a un Ybarra, como candidato de las «fuerzas de orden» contra los socialistas; los intransigentes, por el contrario, apoyados por Luis de Arana-Goiri, presentan un candidato propio, Anitua, que será derrotado por Ybarra. La polémica estalla ya públicamente. A un lado está *Euskalduna,* revista financiada por Sota y cuya pluma principal era Engracio de Aranzadi, ideólogo puente entre el aranismo y el nacionalismo burgués; al otro, encontramos la publicación *Aberri,* representante del aranismo puro, del independentismo, cuya figura más conocida es el propio Luis de Arana. Cuando en 1908 el rey de España visite Bilbao, será recibido bajo la bandera roja y gualda en los Astilleros Euskalduna por Sota, propietario de éstos, Chalbaud, presidente de la Cámara de Comercio, y Mario de Arana, alcalde nacionalista de Bilbao nombrado por Maura; *Aberri* denunciará duramente a estos nacionalistas moderados, acusándolos prácticamente de traición.

---

[139] Fragmento del programa electoral de 1907. Citado por Antonio Cillán Apalategui, *Sociología electoral de Guipúzcoa (1900-1936),* 1975, página 354.

[140] Estos Epalza, introducidos en la Cámara de Comercio y la banca bilbaínas, no deben confundirse con el Pablo Epalza oligárquico.

133

La elección del Presidente del Bizkai-Buru-Batzar verá enfrentarse a Ramón Sota y a Luis de Arana. Este último será el triunfador; su victoria traduce tanto la propia significación histórica y sentimental de su persona, como la influencia del aranismo en la base. Pero, en realidad, las cartas estaban echadas. Llegamos así a 1908, y la importante Asamblea de Elgóibar dará el triunfo a los moderados. En esta Asamblea se decide limitar algunos de los aspectos más anacrónicos y antipáticos del PNV; así, ya sólo hará falta un apellido vasco para poder ser miembro de él (lo que tampoco está tan lejos del racismo aranista, pero es menos que cuatro...). Pero lo que nos interesa sobre todo es la afirmación aprobada de que el PNV no es separatista, de que sólo desea la vuelta a una situación jurídica anterior a 1839; además, actuará sólo dentro de la más estricta legalidad y todo lo que pueda dar pábulo a la acusación de separatismo desaparecerá del programa y de la actuación del Partido.

Estas posturas no iban a dejar de traer tensiones y rupturas, pero sentaban ya las bases para el triunfo de la ideo logia burguesa, enemiga del radicalismo y del separatismo. La época 1914— 1917 será la de su victoria plena.

5. Nacionalismo, industrialización y sociedad tradicional en Guipúzcoa

El nacionalismo sigue extendiéndose en estos años. Entre 1908 y 1920 Guipúzcoa se va a sumar a Vizcaya; por el contrario, va a continuar la marginalidad de Álava y de Navarra. En Guipúzcoa, sólo había en 1904 Juntas Municipales del PNV en San Sebastián, Rentería, Deva, Vergara y Mondragón; en 1908 eran ya cuarenta localidades las que tenían tal Junta formada. Los cambios doctrinales y la extensión de la idea permitieron a los nacionalistas presentar su primer candidato guipuzcoano para las Cortes en 1916 y por el distrito de Vergara; aquí lograrán el triunfo en 1918, con el tolosano José de Eizaguirre, uno de los primeros nacionalistas de la provincia, doctor en Derecho, escritor en euskera (recordemos su novela Ekaitzpean, sobre la guerra civil), que morirá más tarde en el exilio, en 1949.

134

De hecho, el nacionalismo ofrecía una respuesta, limitada pero real, a los sentimientos de una población que se sentía oprimida en cuanto

comunidad vasca. En las zonas donde la civilización industrial no había entrado aún, el carlismo seguía guardando su influencia; más en cuanto las condiciones sociales permitían la expresión del nacionalismo, esta doctrina ganaba rápidamente adeptos. En Guipúzcoa, es notoria la coincidencia en el tiempo entre la expansión nacionalista y el primer desarrollo importante de la industria moderna. Ya hemos mencionado las industrias del siglo XIX; en el siglo actual, una nueva fase de expansión se da en la época que estamos estudiando. Si para los textiles la fase de expansión se inicia en 1895, las fábricas de muebles lo hacen desde 1910, la metalurgia de transformación se multiplica desde 1914, las fábricas de alpargatas aparecen en 1917 y, en general, todas las ramas se amplían en estos años. Globalmente, en 1907 se contaban en Guipúzcoa 891 «establecimientos industriales» con algo más de 17.000 obreros; refiriéndonos precisamente a empresas industriales, había unas 285 en 1915, dispersas en 45 poblaciones [141]. La metalurgia de transformación, que pronto va a caracterizar a la industria guipuzcoana, contaba con 140 establecimientos entre Guipúzcoa y Vizcaya en 1920, con una media de 41 trabajadores por establecimiento. Del mismo modo, las instituciones financieras locales se desarrollan en este período. La Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián se funda en 1879, la Provincial en 1896, el Banco Guipuzcoano en 1899, el de San Sebastián en 1909, el de Tolosa en 1911 y el de Irún en 1924. Exceptuando los años 1914 y 1915, su marcha financiera traduce una continua expansión.

En Guipúzcoa, la gran industria no es la predominante. He aquí algunas: Ya hemos hablado de la tendencia a la concentración del capital en cementos y papeleras: en éstas, la Primera Guerra Mundial va a producir importantes beneficios a causa de la liquidación de la competencia europea; estos beneficios no se van a traducir en una renovación técnica, pero multiplicarán la extensión del sector. Otra gran empresa, creada en 1915, será la de material ferroviario de Beasain, más tarde CAF, que trabaja ya para la red de todo el estado y emplea rápidamente a más de 1.500 obreros. Hay, pues, un sector industrial que puede identificarse con el oligárquico vizcaíno. Incluso hay familias más o menos equivalentes a las caciquiles de la provincia

[141] Así como el desarrollo de la industria y de las finanzas oligárquicas están bien documentados, el de las no oligárquicas carece aún de un buen estudio monográfico. Aparte de los citados libros de Lefebvre y de Carreras Y Candi (editor), muchos datos han sido tomados de monografías de pueblos o de ramas industriales. Como fuentes nacionalistas sobre la industria media, ver Jesús María de Leizaola, *Historia de la economía vasca,* 1962, y Antonio de Soraluze, *Riqueza y economía del País Vasco,* 1945.

vecina. Así, la de los García Ogara. Romualdo García era oriundo de Olite, de familia acomodada; se traslada a Bilbao, donde se dedica al comercio en gran escala; en 1877 crea en Elgóibar, en el barrio de Lerun, una fábrica de hierros al carbón vegetal, la «San Pedro». En 1904 empieza esta empresa a emplear los hornos Siemens, y hacia 1930 está especializada en la fabricación masiva de flejes de acero dulce. Romualdo García era conservador y como tal se presenta en 1901 a las elecciones por el distrito de Vergara, aplastando al socialista Facundo Perezagua por 4.990 votos contra 68.[142] Su hijo Roque García le sustituirá en el puesto en 1903, con una etiqueta maurista y sin oposición; como conservador volverá a ganar en 1905 y 1907. En 1910 cederá el distrito a Gabriel María de Ibarra, miembro de la oligarquía vizcaína: esta retirada es todo un símbolo de las relaciones de preeminencia política y económica dentro del bloque oligárquico. No dejan de ser curiosas, dentro de esta óptica, las elecciones de 1914: García se sintió vejado por la actitud del partido conservador, que lo obligó a aceptar a Ibarra, y apoyó frente a él a Jesús de Olaso, católico independiente, yerno suyo, de buena familia y adinera posición, que usó bastantes ribetes nacionalistas en su propaganda. Ibarra volvió a ganar.

135

En general, puede admitirse que las grandes empresas se mueven ya en el mismo circuito económico y político que las vizcaínas. Lo que es peculiar en Guipúzcoa, dentro de esta misma parcela, es la importancia de los liberales, descendientes de los del siglo XIX. El sector más reaccionario de la oligarquía está con los conservadores: directamente o a través de sus hombres políticos controlan los distritos de Zumaya y Vergara. Entre los liberales podemos citar a Ruiz de Arcaute, papelero y candidato por Tolosa en 1901; a Guillermo Brunet, de familia liberal donostiarra que ya conocemos desde el siglo XIX, director de la fábrica de algodón de Oria y metido en los negocios inmobiliarios que llevaron a la construcción del Victoria Eugenia y del María Cristina, candidato derrotado en Zumaya en 1903; a Tomás Balbas, primer presidente de la Junta de Gobierno de la Caja de Ahorros Provincial, triunfador en San Sebastián en 1905; y a José de Orueta, accionista cofundador de la CAF, Director General de ésta,

[142] Conviene, de todos modos, no dar una significación excesiva a los resultados electorales en lo que respecta a la interpretación de las ideas y, sobre todo, los comportamientos políticos. Las componendas electorales, el caciquismo, la compra de votos, las presiones sociales e ideológicas de mil tipos, hacen que hasta la República y, salvo contadas excepciones, los resultados electorales sólo traduzcan los diversos equilibrios entre clases y partidos poderosos, sin significar una real opción popular militante. Una muestra de esto es el importante abstencionismo, que en Guipúzcoa oscila entre el 26,05 por 100 y el 54,29 por 100 en las elecciones del primer cuarto del siglo XX.

adherido a la Liga Foral y elegido por Tolosa en 1905.

136

Sin embargo, la mayoría de la industria guipuzcoana obedece a una serie de características que permiten configurarla como formada por empresas de la burguesía local o nacional. Los capitales deben muy poco a la exportación de minerales; se trata de inversiones de origen comercial, agrario y a veces colonial; en muchas ocasiones una empresa nace por asociación de obreros o por transformación de artesanías en expansión. La mano de obra es en su gran mayoría de origen local; éste era el caso del 80 por 100 de los obreros de Eibar en 1913, de casi todos los de la CAF y los de los Altos Hornos de Vergara en 1911. Siendo esta la situación en las mayores concentraciones fabriles, podemos afirmar que en las pequeñas empresas sería aún más predominantemente vasca y vascófona. Más aún, el trabajo a domicilio y la persistencia de lazos estrechos entre los obreros y sus caseríos de origen son aún muy importantes: muchos obreros comen y duermen en sus caseríos familiares, trabajan en las labores agrícolas al salir dé la fábrica y guardan vivos el idioma, las fiestas y las costumbres de su sociedad de origen. Por otra parte, las técnicas empleadas en este tipo de empresas deben bastante a las tradicionales: el empleo del carbón de madera, el uso de la energía hidráulica puede ser interpretado como actualizaciones de los modos anteriores, como cambios cualitativos, ciertamente, pero surgidos de los tradicionales. Podemos añadir que el mercado es, en muchos casos, local también; hay fábricas que exportan, pero ropas, calzados, muebles, herramientas, aperos de labranza, paraguas, máquinas y motores de pesca, latas para conservar el pescado, etcétera, se consumen en la propia sociedad guipuzcoana.

En una palabra, esta industria dispersa y mediana e incluso algunas grandes empresas como los Altos Hornos de Mondragón y Vergara por ejemplo, no aparece como un cuerpo extraño sino como una evolución condicionada sobre todo por el cambio interno de la propia sociedad guipuzcoana. Esto no significa negar el carácter expoliador y explotador de los primeros burgueses; lo que se trata de subrayar es que el carácter extranjerizador, aculturalizador, de la industrialización oligárquica en Vizcaya es ajeno a lo fundamental del proceso en Guipúzcoa. Por ello, las actitudes «antiindustriales» y «antimaketo» típicas del primer aranismo van a ser mucho más moderadas en Guipúzcoa. A nivel ideológico, conviene asimismo recordar la influencia modernizante del fuerismo liberal, tan rico en la provincia.

137

La expansión nacionalista va a hacerse dentro de este contexto social,

caracterizado por la toma de fuerza por parte de una burguesía no oligárquica, vasca de origen y de proyección económica; asimismo, otro elemento importante va a ser la estrecha y poco traumática conexión entre la industrialización y los modos tradicionales de vida. He aquí dos bases para explicar una ideología interclasista, respetuosa hacia la vida tradicional y liberal y moderna en un sentido burgués.

Ahora bien, que caractericemos a este importante sector burgués como local, como nacional incluso si hacemos referencia a unas estructuras de conexión social diferenciales, no quiere decir que toda esta patronal sea nacionalista. Muchos no eran nada, y bastantes fueron carlistas. Esta última actitud poseía una lógica dentro de la evolución histórica. Bastantes de los pequeños patronos (y de los no tan pequeños) eran herederos directos de los notables del siglo XIX, poseían una memoria colectiva carlista y encontraban en esta doctrina un doble interés: se trataba de una ideología contrarrevolucionaria de una parte y, por otra, era una postura compartida aún por buena parte de la población y del electorado, que seguía identificando carlismo como defensa de la sociedad vasca. Que el distrito de Tolosa sea más bien carlista y el de Azpeitia integrista no cambia mucho a esta situación de base. Añadamos que los industriales de estas dos zonas financiaban los diarios La Constancia y *El Correo de Guipúzcoa,* órganos de los tradicionalistas[143]. Un personaje importante de esta tendencia es Ricardo Oreja, abogado, notable de Mondragón y Presidente del Consejo de Administración de la Unión Cerrajera, que en 1920 era candidato tradicionalista por primera vez. Si de algún modo hemos de caracterizar a este sector de la patronal local, es por su tendencia a apoyarse en el electorado campesino y a tratar mediante el autoritarismo y la represión a sus obreros.

La patronal nacionalista toma una postura diferente. Más moderna, es el paternalismo y la colaboración de clases lo que caracteriza a sus relaciones con la clase obrera; poco a poco, el abandono del integrismo y la adopción de posturas democráticas van a terminar de diferenciarla completamente con respecto al primitivo tronco carlista. Así, un caso simbólico puede ser el de Rafael Picavea, hijo de Oyarzun; entrando como contable en la industria vizcaína, llegará a ser director de «La Vizcaya». Negociante y notable guipuzcoano, será promotor de negocios múltiples, como en la banca y en las papeleras,

[143] Ver A. Cillán, op. cit., pág. 151.

extendiendo su campo fuera de Euskadi, hasta las traídas de aguas para Santiago de Compostela y Ciudad Real o el plan de creación de la Gran Vía madrileña. En 1901 es elegido por San Sebastián con el apoyo de republicanos y monárquico-liberales, en base a un programa donde hacía bandera de la defensa de la autonomía y de los intereses del País Vasco; reelegido en 1903, será senador en 1907, 1910 y 1923. Dueño del influyente periódico *El Pueblo Vasco,* será ya filonacionalista desde 1914; su prestigio social se verá aumentado por su actuación como mediador en la crisis armera de Eibar de 1920. Durante la República se presentará como «independiente estatutista» en 1931 y 1933, y ya dentro de la candidatura nacionalista en 1936. Seguirá al PNV y a los nacionalistas durante la guerra y al exilio, donde morirá[144]. Se trata de un hombre católico y liberal, llegado al PNV a través de los cambios de éste hacia una ideología democrática, y podemos considerarlo como el resumen de la evolución que lleva del fuerismo liberal al nacionalismo democrático de la época republicana. Sus ideas sobre la «cuestión social» merecen la pena de reproducirse:

138

> «El obrero debe ser colaborador del patrono y no su siervo. No el sujeto-máquina, sino el hombre independiente, de concepto cristiano. Que cese, de una vez, el trato obrero-patrón al presente, siempre mutuamente al acecho como enemigos fácilmente irascibles. Que cesen, por lo menos, los grandes desniveles (...). Que el obrero, en lo sucesivo, tenga prerrogativas de asociado de la nueva empresa, no sólo con derecho al mínimo necesario a la vi da, sino con derecho a la propiedad de la empresa en determinado grado ascensional, anual o periódico, de manera que el servidor llegue a ser socio dentro de un período de años. (...) Que... vayan nuestros gobernantes vascos formando sus planes para la legislación obrera inmediata; que llegue a tiempo y no tendrá nada que temer Euzkadi del bolchevique.» [145]

La primera proclama electoral nacionalista en Guipúzcoa, lanzada por el ya citado José de Eizaguirre, candidato victorioso en Vergara en 1918, denuncia «las ambiciones funestas de la oligarquía» y defiende un programa donde la consecución de unas instituciones vascas propias aparece como garantía del desarrollo económico y de freno a la degeneración moral de la raza. Es, en tono algo velado, la traducción de la lucha en dos frentes, contra la oligarquía y la emigración roja, tan típica del nacionalismo, y todo ello dentro de una ideología de prosperidad económica sin crítica del papel principal de

[144] Ver su biografía en *Euzko-Deya* de París, nº 242, 1946.
[145] Tomado de *Euzko-Deya,* nº 213, 1945.

la burguesía local

139

En Vizcaya, un fenómeno de este tipo se desarrolla también dentro de las industrias en las zonas alejadas de Bilbao. Pero la historia del nacionalismo va a adoptar unos derroteros caracterizados precisamente por la evolución de la gran industria en Bilbao y márgenes.

6. Las premisas económicas, sociales y políticas del triunfo nacionalista en 1914-1918

Lo que dentro del nacionalismo va a ser más significativo entre 1908 y 1917 va a ser el predominio de los grandes industriales nacionalistas, no sólo dentro del PNV sino en la propia Vizcaya. El personaje clave de la época es Ramón Sota, quien estaba a la cabeza de «uno de los grupos financieros más fuertes y dinámicos del capital español y vasco»[146], cuyos negocios tienen una gran expansión en esta época[147] y alrededor del cual se va a afirmar el predominio de la ideología burguesa dentro del nacionalismo vasco.

En 1909, Sota protagoniza ya un amplio movimiento de todas las fuerzas económicas de la Ría en favor de una «Ley de Comunicaciones Marítimas», defendida por Maura, que era proteccionista con respecto a las actividades de astilleros y navieras: esta actitud se termina con un claro triunfo personal.

La época 1911-1918 es de gran expansión para la industria y las finanzas vizcaínas, Gracias a la guerra europea y a la parálisis de las navieras de los estados beligerantes, las navieras vascas y con ellas los astilleros y los fletes, son el eje de una entrada de capitales y de una expansión de los negocios, que terminan alcanzando a la siderurgia primero y más tarde al conjunto de los sectores industriales de Euskadi Sur, menos mineras y papeleras. El salto es grande, incluso a nivel de la población obrera que en 1920 era ya de 81.787 personas en Vizcaya y 40.460 en Guipúzcoa, superándose en

---

[146] Ver González Portilla, op. cit., pág. 85.

[147] Sobre la expansión económica y nacionalista alrededor de 1917, ver Antonio Elorza, *El capitalismo vasco en* la *Primera Guerra Mundial,* Triunfo, nº 584, 1973. José Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura,* 1974. Rafael Ossa Echaburu, *Riqueza y poder de la Ría. 1900-1923,* 1970. S. Roldán y J. L. García Delgado, *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920,* 1973. Sota y Aburto, Ramón de la, entrevista a Martín Ugalde en *Hablando con los vascos,* 1974.

ésta y por primera vez al número de campesinos. El personaje central de esta expansión es, una vez más, Sota. Siendo un gran burgués, sus negocios le diferencian netamente con respecto a los otros oligarcas: una parte de ellos, como las minas de Sierra Menera y la Siderurgia del Mediterráneo poseían características similares a las del conjunto minero-siderúrgico español; pero otros, como los Astilleros Euskalduna (creados en 1901) y la Naviera Sota y Aznar, reflejaban una capacidad técnica, productiva y comercial dinámica, mucho menos necesitada de las muletas del proteccionismo.

140

En la dialéctica entre negocios autónomo-dinámicos y empresas más ligadas al sistema español se puede encontrar la base de los intereses autonómicos y no separatistas de Sota. Conviene decir que su espíritu vasco y patriota es claro. Sota era ya alguien muy importante antes de 1914, primera figura en la Banca, la Cámara de Comercio, la Junta de Obras del Puerto y otras entidades significativas. En los años de la guerra su papel se hace aún más importante: el transporte marítimo y la construcción naval resultan el sector con mayores beneficios durante este período; los beneficios de la Sota y Aznar pasan de 2.500.000 pesetas en 1914 a 35 millones en 1918. Como dice Antonio Elorza, «Sota se convierte a un tiempo en el principal protagonista y en el símbolo de la expansión». Esta situación se traduce en un aumento de la influencia política del nacionalismo y en una clarificación de la dominancia burguesa dentro de él. En lo que respecta al impacto general de la obra de Sota, es sobre todo en el momento de la oposición a los proyectos de Santiago Alba cuando su papel crece. El Ministro Alba quería gravar con impuestos especiales a los grandes beneficiarios económicos de la guerra: Sota toma la cabeza de un movimiento general de oposición apoyado por las Cámaras de Comercio, la Banca y el conjunto de la burguesía beneficiarla. Llegamos así al año 1917 y el nacionalismo triunfa plenamente en las elecciones provinciales y en las de diputados a Cortes: muchos de los hombres políticos nacionalistas pertenecen al equipo de Sota, siendo administradores, cuadros o socios de sus empresas, como es el caso de Chalbaud y Rotaeche, por ejemplo.

Este papel preponderante de las empresas grandes no ligadas con exclusividad al mercado y a la protección del Estado, que se acompaña de un desarrollo de la industria ligera, es, probablemente la base del triunfo del nacionalismo burgués, tanto dentro del patriotismo vasco como en la vida política vizcaína. El primer triunfo no se hizo sin tensiones y escisiones; el segundo fue de breve duración. Al terminar la guerra y en plena crisis económica, los

oligarcas españolistas vuelven a recuperar la iniciativa: combatidos a nivel local por los nacionalistas y por la clase obrera, abandonan toda veleidad autonomista, inician una política de centralismo cada vez más feroz, derrotan al nacionalismo en las elecciones de 1919 y apoyan a Primo de Rivera en 1923. El nacionalismo queda así arrojado a la oposición y, en parte a la ilegalidad. Paralelamente, en 1919-1921 aumenta el protagonismo de la clase obrera, enfrentada duramente con las consecuencias de la crisis.

141

Esta situación de enemistad general hacia la oligarquía centralista traerá consecuencias importantes ya desde 1931.

Políticamente, la historia de las tensiones dentro del nacionalismo va a culminar con la victoria de la línea y de la mentalidad burguesas. Entre 1904 y 1909 asistimos a una primera aproximación clara entre nacionalismo y monarquía. El Gobierno nombra a Horn alcalde de Bilbao; éste, en su discurso de toma del cargo, explícita que el nacionalismo por él representado (la línea burguesa y moderada) respetaba la Monarquía y la legalidad vigente, y sólo luchaba por la reintegración toral: son los frutos de la Asamblea de Elgóibar. La reacción no se hace esperar: en 1910 el sector intransigente, independentista, se manifiesta con una línea propia, la de «Aberri Ta Askatasuna». Los tiras y aflojas son manifiestos: conforme a la línea tradicional, nacionalistas y oligarcas se oponen en las elecciones de este año, pero lo hacen «dentro de un mutuo respeto», expresión que indica la influencia moderada. Esta predomina en las elecciones de 1911, donde nacionalistas, carlistas y conservadores hacen en Bilbao una alianza electoral contra republicanos y socialistas: quienes aparecen en nombre de cada grupo contrarrevolucionario son, respectivamente, Luis de Arana, Esteban Bilbao y Bergé. Aparece aquí una vez más la peculiar figura del hermano de Sabino: es un intransigente en la cuestión de la independencia, pero es un contrarrevolucionario decidido. Por sus, orígenes carlistas se opone a la evolución del PNV en un sentido democrático burgués, pero al mismo tiempo está dispuesto a coaligarse con las derechas reaccionarias para detener a los «rojos». Esta peculiaridad de Luis de Arana va a durar hasta 1937; los jóvenes intransigentes, independentistas, van a buscar en él una figura histórica legítimamente, pero las simpatías de aquéllos hacia la democracia y la revolución van a estar en plena contradicción con lo que Luis de Arana representa.

En 1911, pues, se inicia otra fase de aproximación entre nacionalistas

y las derechas. Pero esta fase dura poco, y en 1912 el PNV rompe con los conservadores y propone una «alianza anticaciquil» a republicanos y socialistas: éstos no la aceptan.

142

Dentro de estas tensiones, en 1911 se crea Solidaridad de Obreros Vascos. Curiosamente, el sindicato obrero nacionalista va a reforzar el predominio interno del nacionalismo burgués. Y no podrá ser de otra manera: los obreros patriotas están incluidos o en pequeños talleres o en fábricas grandes de corte paternalista como las de Sota. En general, hasta casi la guerra civil SOV va a seguir una línea interclasista, alejada de la lucha de clases y opuesta a la revolución social. Aceptaba la solidaridad entre patronos y obreros vascos bajo la dirección de aquellos y conseguía reales mejoras a través de negociaciones directas a nivel de empresa. Así, en «Euskalduna», principal núcleo de SOV y propiedad de Sota, la situación de los obreros les separaba bastante de la de los mineros o de la de los trabajadores de las grandes empresas oligárquicas: a cada cambio de situación económica, una rápida negociación entre obreros y dirección solía traer generalmente una mejora de salarios o condiciones y un compromiso, aceptable para ambas partes. Además, el hecho sicológico de que todos fueran vascos y patriotas militantes influía notoriamente en las disposiciones de los negociadores de ambas partes.

Esta política paternalista e interclasista se podía encontrar también en las pequeñas fábricas y talleres. Había allí una convivencia diaria de patronos y obreros, una actitud común de rechazo de la política españolista y monopolista. Además, se trataba de núcleos más dispersos, inmersos en una sociedad tradicional que se transformaba dentro de un espíritu vasco predominante, donde la cultura de los mayores seguía siendo definitiva a nivel de las actitudes mentales. Era realmente el terreno de cultivo ideal para tal mentalidad interclasista.

Y en esta situación de interclasismo, la dirección corresponde necesariamente a los burgueses: si la clase obrera tuviera conciencia de su real situación, poseyera una conciencia de clase auténtica, no aceptaría una política de «hermandad» que legitima el robo diario de su fuerza de trabajo. Esta conciencia se desarrolla con el incremento numérico y, sobre todo, con las luchas. El proletariado vasco nacionalista de aquellos años no había pasado de un análisis de

la inmediatez de su vida cotidiana a una comprensión de la totalidad del proceso histórico y revolucionario. SOV, cristiana, patriótica, aceptaba que los burgueses eran hermanos de raza y productores de

riqueza que luego distribuían a sus empleados; los obreros provenientes del campesinado carlista, con su sicología impregnada de mentalidad tradicional, seguían aceptando que la política era cosa de los notables, «jauntxos» ayer y patronos y abogados entonces. En una palabra, la creación y expansión de SOV dio a la burguesía nacional una base popular que manejar; esta base era tan significativa, o más, como la campesina buscada por el aranismo y, sobre todo, escapaba completamente a la influencia de los «jauntxos» precapitalistas. A la expansión de los negocios burgueses se une esta fuerza social, y el triunfo del nacionalismo burgués queda así asegurado.

7. El triunfo del nacionalismo burgués, 1914-1922

Llegamos así a la época 1914-1918, fase de esplendor político de este nacionalismo; hasta 1922 se puede aceptar que su preeminencia ideológica continúa.

Ya el diario *Euzkadi* había empezado desde antes a dar entrada a la mentalidad burguesa. Engracio de Aranzadi, «Kizkitza», de claro origen y filiación sabinianos, va a intentar ser el puente y el punto de equilibrio entre aranismo e ideología burguesa. Va a seguir siendo profundamente derechista conforme a sus orígenes integristas, pero va a hacer toda una serie de esfuerzos teóricos para adecuar la doctrina de Arana al creciente predominio capitalista. El argumento sustancial empleado en este esfuerzo se puede resumir así: el capital aporta una riqueza y unos centros fabriles que, si son dirigidos por patriotas y con fines patrióticos, son necesariamente buenos para el País.

Pero donde la mentalidad burguesa va a brillar con todo su esplendor es en la revista *Hermes,* financiada por Sota, llevada por hombres de su equipo, y que se publica en Bilbao entre 1917 y 1922. Ideólogos como Sarria y Landeta aportan al nacionalismo una ruptura con el ruralismo anterior, una glorificación del capital y del desarrollo industrial y financiero como bases de un nacionalismo moderno y eficaz, una línea europeísta y regionalista, y una clara conformación del antiseparatismo. Jesús de Sarria es el típico representante de la intelectualidad pequeño-burguesa puesta al servicio en una interpretación del nacionalismo conforme a los intereses de la

burguesía local en auge. En uno de sus trabajos, dice explícitamente:

> «Para nosotros, los nacionalistas vascos, la riqueza nacional está vinculada a la sustancia misma de la nacionalidad. Sabemos que sin riqueza pública no hay nacionalidad que resurja, ni tienen eficacia los derechos de la ciudadanía (...) La riqueza nacional es el fundamento de la nacionalidad. El nacionalismo considera a sus detentadores, sean cuales fueren sus ideas políticas, como elemento intangible de la nacionalidad.»[148]

144

Los párrafos de Sarria parecen calcados de las ideas expuestas el 28 de enero de 1917 porCambó en el Teatro Campos de Bilbao, donde dijo que se podía atribuir «el nacimiento de los nacionalismos regionales al desarrollo de la riqueza y sostuvo que cuantos levantaban fábricas y construían buques fomentaban el nacionalismo»[149]. Los contactos personales e ideológicos entre la Comunión Nacionalista Vasca y la Liga catalana son estrechos en esta época, y traducen el carácter de clase de la fracción política dominante en ambas organizaciones.

Esta postura, tan significativa, queda completada por la distinción que otro de los ideólogos del nacionalismo burgués de entonces, el economista Ramón de Belausteguigoitia, hace entre la casta especuladora y poco dinámica de los millonarios conservadores, y la actitud renovadora, en técnicas y gestión, de los cuadros y los propietarios en quienes radica el porvenir. Se puede postular que esta distinción refleja la diferencia existente entre los negocios superprotegidos de la oligarquía, limitados al mercado español monopolizado, y la naturaleza más universal, moderna y competitiva de los negocios del sector nacionalista vasco de la gran burguesía[150]. De la capacidad empresarial de ésta vendría, en esta óptica, la prosperidad vizcaína, mientras que la política del Estado centralista era la responsable de la desnacionalización, las crisis y los atrasos del sistema productivo: esta interpretación que, para la ideología que estamos describiendo, propone A. Elorza es altamente sugestiva.

Ahora bien, hay que insistir en la ausencia del contenido separatista en estas tomas de postura. En el momento político clave, cuando Sota toma la cabeza de la lucha contra los proyectos de Alba, se aparta

---

[148] *Ideología del nacionalismo vasco,* 1918, págs. 66 y 67.
[149] A. Ramos Oliveira, op. cit., pág. 145.
[150] Una descripción de los negocios precisos de Sota y de su diferencia con los de la oligarquía centralista está hecha en *Nacionalismo vasco* y *ciases sociales,* págs. 100 a 103, 1976.

completamente de toda veleidad independentista. La autonomía dentro de la gestión vasca no excluye un deseo de cambiar la naturaleza dentro del estado español, de arrancarlo a la alianza de terratenientes y de financieros monopolistas. La participación de Cambó en las campañas de 1917 es, en este aspecto, muy significativas, ya que traduce la voluntad de alianza vasco-catalana para partir a la conquista o la reforma del estado central.

145

Esta actitud de Sota venía ya claramente definida por toda su ejecutoria político-económica. Ya en 1909, con, motivo de la Ley de Comunicaciones Marítimas, había combatido por los intereses de las Compañías Navieras Vizcaínas apoyando a la tendencia maurista dentro del Gobierno español. En la Asamblea de la Asociación de Navieros del 13 de abril de 1909 explica su actitud y termina identificando los intereses de las navieras con los «nacionales» españoles:

> «Fuimos a Madrid; visitamos al señor Maura para suplicarle influyese todo lo posible para que el proyecto se aprobase. (...) El señor Maura cumple su palabra; toma parte en el debate y lo defiende. Ahí están los discursos resumen de la totalidad. Pero la obstrucción, que no nos explicamos, sigue cada día más rabiosa, llegando a hacer más peligrosa la vida del proyecto, en el que ciframos grandes esperanzas los navieros al defender los intereses de los accionistas que nos están confiados y el sostenimiento de millares de familias, que fracasada la navegación no les quedan más caminos que el de la miseria o el de la emigración (...) Lo que no queremos, y de ello vamos a protestar, es que este proyecto se explote como arma política y, olvidando los intereses nacionales, se entreguen los obstruccionistas a una labor meramente de combate político contra el actual Gobierno.»

Durante la guerra, Sota se dirige varias veces al Gobierno para conseguir su apoyo. Así, a la cabeza de la Asociación de Navieros, le propone que se ejerzan represalias sobre el Gobierno alemán por el hundimiento de mercantes neutrales. Además, en estos años hay una extensión de sus negocios por diversos puntos de España: en 1917 intenta comprar la «Naviera Pinillos» de Cádiz y este mismo año constituye la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, cuyas instalaciones se iban a ubicar en Sagunto. Así, cuando Cambó habla en el Coliseo Albia contra el proyecto Alba, indica claramente que de lo que se trata es estimular la política española para ponerla al servicio de la intensificación de la industrialización; esta industrialización mejorará las condiciones de vida de las clases

populares y «la situación interior de todos los pueblos de España»; creando así pueblos ricos, se podrá crear una colectividad de pueblos «con grandes destinos», como desean vascos y catalanes. Cambó se alojaba en casa de Sota, quien había manifestado al Gobernador Civil de Vizcaya el 23 de junio que el proyecto Alba era incompatible con el «desenvolvimiento progresivo» de la industria española.

146

Así, el sector no oligárquico de la burguesía vasca, con su fracción más poderosa a la cabeza, participa en la crisis de 1917 dentro de lo que Juan Antonio Lacomba[151] llama la «burguesía progresista (conjunción de burguesía industrial y financiera, con ideología básicamente regionalista) la cual quiso, en un mal calculado oportunismo, realizar su revolución, tanto tiempo intentada y nunca conseguida». Sobre las características de esta crisis en Euskadi volveremos luego. Insistamos ahora en los que el nacionalismo de la tendencia Sota tiene de intento de reforma (o de transformación radical) dentro del estado español.

Eduardo de Landeta, otro de los ideólogos nacionalistas de la época, saca claramente las consecuencias de esta actitud, insistiendo en que toda tentativa realista de liberación nacional pasa por la constitución de una sólida potencia económica y financiera vasca, la cual, por el camino lento de la negociación y de la reforma, podrá llegar a conseguir una «federalización» de la Península.

Este giro ideológico, como se ha indicado, está relacionado con la expansión económica que existe desde 1914. Coincide con los triunfos electorales nacionalistas de 1917 y con el momento cumbre de la influencia nacionalista en la época prerrepublicana. Cronológicamente, podemos describir varios pasos. La Asamblea de Zumárraga de 1914, la creación en 1915 del diario *Euzkadi* y la adscripción de éste a la línea aliadófila de los Sota, preceden a la separación en 1916 del grupo de Luís de Arana-Goiri: éste era germano filo, actitud minoritaria dentro del nacionalismo, pero su separación del partido significaba, de hecho, la eliminación del más conocido de los intransigentes. Hacia 1916 el programa nacionalista estaba claro; hay un objetivo máximo, ideal («testimonial» por emplear un vocablo actualmente de moda), que es la vuelta al estado anterior a 1836; y hay otro objetivo realista, inmediato, que es la creación de un sistema autónomo, concretado en aquellos años en la reivindicación de una Mancomunidad Vasca. La lucha contra los proyectos de Alba permite identificar al «nacionalismo de orden» con

[151] *La crisis española de 1917,1970.*

la causa de la prosperidad de todo el pueblo vizcaíno. En efecto, se afirma que de triunfar las intenciones del Ministro de Hacienda se reducirían los beneficios de los industriales y aumentarían el paro y la miseria de las clases populares. Según Sota, Echevarrieta, Ybarra y los otros capitalistas que hablan, los principalmente afectados serían los marineros, los obreros y los pequeños accionistas.

147

Las elecciones de 1917 serían la culminación de este proceso. La propia presentación a unas elecciones a las Cortes del Estado supone un claro cambio de actitud ideológica. Los seguidores ortodoxos del aranismo estaban en contra de tal participación, por considerar que los patriotas no debían enviar representantes a un Parlamento extranjero; los nuevos dirigentes, por el contrario, aplicaban la línea de los catalanistas y consideraban que una condición necesaria para la autonomía vasca era la participación en el poder central. No se trataba tan sólo de representar en Madrid los intereses vascos, sino de participar directamente en la obra de transformación del estado. Esta línea es, sin duda, una clara mediatización política del quehacer patriótico en función de los intereses nacionalistas-regionalistas de la burguesía.

Paralelamente a esta situación en Vizcaya, donde el triunfo electoral nacionalista va a ser masivo, merece citar el incremento de la influencia política nacionalista en las otras provincias. Ya se ha citado el triunfo de Eizaguirre en Vergara en 1918. En Navarra, los nacionalistas participan en la Diputación Foral entre 1921 y 1923, dentro de la «Alianza Foral» y junto a los tradicionalistas; es precisamente Manuel de Irujo quien forma parte de la Diputación en estos años, y ya en 1919 había sido elegido pero le fue protestada el acta. En esta provincia, la expansión nacionalista coincide también con el período 1914-1918.[152] Vivían aún algunos de los primeros vasquistas fervorosos de principios del siglo, como Campión, Estanislao de Aranzadi y Salvador Echaide; habían aparecido asimismo hombres nuevos, como Santiago Cunchillos, nacido en Pamplona y originario de Aoiz, residente largo tiempo en Tudela, y que ocupará los cargos de Secretario de la Diputación, fundador del Centro Vasco de Pamplona y de *La Voz de Navarra,* y Síndico del Ayuntamiento de Pamplona en la época de la «Alianza Foral». Junto a él, podemos citar también a Leopoldo Garmendia, Manuel y Jesús Aranzadi, Cipriano

[152] Una interpretación sobre las relaciones entre el desarrollo de la industria local en Navarra, sus lazos con el conjunto vasco y la influencia de esta situación en la aparición del nacionalismo se puede ver en mi trabajo «La crisis del etnocentrismo en la Navarra industrial y el desarrollo del nacionalismo vasco», en *Iruñerria-La cuenca de Pamplona,* Pamplona 1977, página 193.

Monzón, Aníbal Urmeneta y otros.

Convendría añadir que en este triunfo nacionalista interviene otro poderoso factor de tipo ideológico. Este es el período en el que empieza a lograr el nacionalismo el apoyo de un sector importante del clero vasco. Este había sido mayoritariamente carlista; algunas de sus personalidades, como el culto Azkue y el violento Ibero habían apoyado al nacionalismo, pero la jerarquía le fue en un principio hostil, mientras el bajo clero seguía bajo la influencia tradicionalista.

148

En 1910 el Obispo de Vitoria (con jurisdicción en las tres provincias occidentales). Cadena y Eleta condena a los nacionalistas como «introductores de peligrosas novedades» en la vida católica y exhorta a «algunos sacerdotes, pocos en el número y pequeños en la discreción (...) llevados por la inexperiencia de la juventud» para que dejen de fomentar el desarrollo nacionalista; en este mismo año, el mismo Obispo negó al «Nihil Obstat» a la *Historia de Vizcaya* de Angel de Zabala. Sin embargo, para 1918 muy buena parte del clero joven era ya declaradamente fílonacionalista. Cabe pensar que esta actitud, este abandono del carlismo, es un reflejo del cambio social existente, de la proletarización del campesinado y del papel mediador de la burguesía nacional. Así, el clero actuaría movido por el deseo de encuadrar al pueblo dentro de una ideología nueva, moderna e interclasista que supusiera además una reacción contra la opresión nacional existente. De hecho, la historia de SOV-STV va a estar muy marcada por el apostolado obrero de los sacerdotes nacionalistas y tal vez éste sea el más significativo campo de acción del clero patriota. En un país tan católico como el vasco esta adhesión del clero dará una enorme fuerza a las posibilidades de expansión del nacionalismo.

Globalmente se puede así aceptar que en esta segunda década del siglo XX el nacionalismo es una fuerza decisiva en la Vizcaya industrial; ha mordido ampliamente tanto en las zonas urbanizadas de Guipúzcoa como en la sociedad campesina de Vizcaya y de Guipúzcoa; se ha extendido tímida pero significativamente a Navarra y posee ya una plantilla de intelectuales en Vitoria. De una parte está suplantando al viejo carlismo, aunque aquí la influencia de éste sigue siendo predominante al Sur de la cadena, en Álava y en Navarra; de otra, y esto es lo más importante, ha empezado a conseguir una sólida base popular propia. La base social, urbana y rural, y las relaciones de mediación que se verán sobre todo durante la República, quedan así sentadas; pese a todo, el cambio ideológico

definitivo hasta unos claros presupuestos demócrata-cristianos no se dará hasta los años treinta[153].

Las representaciones conseguidas en las Cortes se acompañan de victorias locales, especialmente en Vizcaya. Aquí se triunfa en la Diputación y en el Ayuntamiento de Bilbao. En éste los nacionalistas son mayoría en 1919-1920, presididos por Gabino de Orbe: ingenieros, abogados, contratistas, comerciantes y obreros componen el grupo nacionalista de la corporación, dándonos una especie de radiografía de la composición social y las relaciones jerárquicas dentro del partido.

149

Desde el poder de la Diputación los nacionalistas se ocupan rápidamente de mejorar la situación de las clases a quienes identifican como bases del vasquismo. Así, encontramos en esta línea la proposición de crear una Caja de Ahorros Vizcaína (1919) que prestaría a cooperativas e industrias agropecuarias y fomentarla la construcción de casas baratas y la creación de obras sociales para los trabajadores. A nivel programático general la Comunión Nacionalista publica en 1921 una declaración de intenciones que incluyen este tipo de mejoras para las clases populares (en salarios, rentas, viviendas, seguridad social y ayuda familiar), así como una democratización de la industria con apoyo a las iniciativas cooperativistas. Nada revolucionario ciertamente este programa antioligárquico e interclasista prefiguraba ya el carácter popular y democrático que Aguirre e Irujo darán al PNV republicano.

8. La precariedad del triunfo

Este triunfo se va a revelar precario. La crisis subsiguiente a la Guerra Europea va a sacudir la expansión y el predominio económicos, pero sobre todo el nacionalismo burgués va a sufrir un embate múltiple. Toda la burguesía se va a enfrentar con un aumento de la lucha obrera y el papel de SOV va a resultar muy poco lúcido en esta época de áspera guerra de clases. Además, y a nivel político, el nacionalismo va a ser atacado por una oligarquía centralista reorganizada que, en nombre de la unidad de España va a conseguir el apoyo electoral antinacionalista del PSOE. Por último, los sectores intransigentes e

[153] Ver sobre el tema Javier Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España,* tomo II, 1974.

independentistas van a arreciar sus denuncias contra la Comunión.

En lo que a la lucha obrera se refiere señalemos qué ya desde 1916 los obreros venían sufriendo de una situación de aumento de precios y de cadencias sin aumento compensatorio de los salarios. Aunque en Vizcaya esta situación no fue tan grave como en otras zonas industriales del Estado español, tanto en esta provincia como en Guipúzcoa venían desde 1917 estallando diversas huelgas contra esta situación de carestía. En 1921, al perder la industria española los mercados artificialmente abiertos durante la Guerra por la falta de competencia de la Europa industrial, hay una fuerte crisis industrial. La respuesta es la habitual: echar obreros a la calle y mientras el paro aumenta incrementar las cadencias de los trabajadores que quedan dentro, e incluso reducir la jornada de trabajo dando así ocasión a disminuir los salarios. En Euskadi Sur el paro llega a ser del 30 al 50 por 100 según las ramas; los salarios disminuyen de un 10 a un 20 por 100. Como indicaremos más adelante, el PSOE y la UGT capitulan, y se niegan a plantear el combate contra la burguesía en tal época de crisis, afirmando que sólo llevaría a la derrota. Comunistas y anarquistas siguen en la brecha, se desarrollan los Sindicatos Únicos, se multiplican las huelgas salvajes y los atentados. Toda la patronal se ve afectada.

150

Ya hemos hablado de la importancia del comercio marítimo y de los astilleros para la expansión durante la Guerra.

En 1921 hay un claro retroceso en el comercio marítimo y en la construcción naval: sólo dos astilleros trabajan en 1922, «Euskalduna» y «la Naval», que se están reconvirtiendo a la construcción de material terrestre, especialmente ferroviario. Aunque «Euskalduna» sea de las empresas menos afectadas, no permanece totalmente al margen de los conflictos.

Y, globalmente, los burgueses nacionalistas hacen bloque con el conjunto de la patronal para oponerse a todo riesgo de revolución social. El año 1917 es perfectamente simbólico: mientras en «Euskalduna» los obreros rinden un homenaje a Sota, quien les responde invocando el vínculo fraternal entre obreros y patronos, la Diputación de Vizcaya, presidida por Sota hijo, rinde homenaje al ejército por su participación contra la huelga revolucionaria

de este año, y el propio Sota acude al despacho del general Souza, jefe de la represión, para felicitarle.

Ahora bien, esta situación de incremento del combate obrero y esta

actitud contrarrevolucionaria de la Comunión (que es la otra cara de la «fraternidad de clases» a nivel de las empresas nacionalistas) no deja de reflejarse en los propios nacionalistas intransigentes. En julio de 1921 es expulsado de la Comunión Nacionalista (éste es el nombre que los moderados han dado al PNV) el grupo «Aberri». En él encontramos a Eli Gallastegui, que junto a otros jóvenes se habla mostrado partidario de unir la lucha independentista con el combate revolucionario obrero, enfrentándose al dominio burgués dentro de la Comunión[154]. Los amigos de Gallastegui crean de nuevo un Partido Nacionalista Vasco que se proclama seguidor de la intransigencia sabiniana en la cuestión nacional. Pero las formulaciones revolucionarias eran aún bastante confusas, expresando las opiniones de los sectores más radicalizados de la pequeña-burguesía urbana, ya que este PNV no era en absoluto un partido proletario.

151

La falta de madurez de esta actitud explica que entrara también en el nuevo PNV el grupo reaccionario de Luis de Arana. Este y sus Compañeros habían sido germanófilos durante la guerra; su actitud se basaba en parte en una solidaridad con los patriotas irlandeses en lucha contra Inglaterra, pero era sobre todo función de su oposición al liberalismo de los aliadófilos. Estos eran mayoría en los años 1914-1918, siguiendo al equipo de Sota. Así, pues, dentro de la común veneración al Maestro y a la lucha independentista, coexistían dos posturas contrarias al predominio del nacionalismo burgués: una reaccionaria, simbolizada por Arana, y otra progresista, la de Gallastegui. La República y la Guerra civil contribuirán a clarificarlas, al menos en parte.

Pero la verdadera crisis electoral para el nacionalismo vino de la reorganización de la oligarquía españolista y de su entendimiento electoral con los socialistas. Hablaremos algo sobre el tema en el siguiente capítulo.

---

[154] En el libro *El nacionalismo vasco, 1876-1936,* Hendaya, 1974, hemos citado «in extenso» la polémica entre Gallastegui y Comunión sobre los acontecimientos insurreccionales de Bilbao en 1923 (págs. 182 y 183). La obra fundamental de Gallastegui es *Por la libertad vasca,* Bilbao 1935.

Capítulo 4. ORÍGENES DEL PROLETARIADO NACIONALISTA

La historia del movimiento obrero en Euskadi Peninsular ha sido examinada por autores diversos, pero el objeto de estudio ha sido fundamentalmente el proletariado de la zona minera y de la gran industria en los alrededores de Bilbao; precisamente en este sector obrero ha sido donde la emigración y el socialismo han representado dos factores sustanciales. Sin duda, el nacionalismo vasco posee dentro de su historia unos puntos de contacto muy importantes con esta rama del movimiento obrero en Euskadi: luchar contra ella es una de sus actividades principales hasta el advenimiento de la República. Hoy en día todos estos aspectos están estudiados con bastante precisión[155].

Por el contrario, la historia del movimiento obrero nacionalista, así como la del primer proletariado de Guipúzcoa, Álava y Navarra en los primeros treinta años del siglo XX, no ha sido aún examinada con precisión. El trabajo de Paul Arzac[156] y la publicación reciente de las obras de Policarpo de Larrañaga[157] proporcionan datos preciosos sobre Eibar y sobre Solidaridad de Obreros Vascos, pero la historia de los conflictos, las actitudes de los diversos elementos de la vida obrera a lo ancho del País está por hacer. Las monografías locales serán, cuando se hagan, de una gran utilidad.

De todos modos, las relaciones entre el nacionalismo y el movimiento obrero han de estudiarse a dos niveles diferentes, correspondientes a dos formas de manifestación distintas dentro de la clase obrera de Euskadi Sur. De una parte, se hace preciso detallar las actitudes nacionalistas cara al proletariado de Bilbao y márgenes, sobre todo con respecto a sus manifestaciones políticas de carácter no nacionalista e incluso antinacionalista; de otra, hayque estudiar la

---

[155] El texto más reciente es el de J. P. Fusi, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923,* que pese a su título habla casi exclusivamente de ese movimiento obrero ligado al socialismo y a la emigración. Este libro trae, además, una importante bibliografía. Sobre los conflictos de tipo político, es importante el trabajo de M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España,* Madrid 1972. En cuanto a la vida cotidiana y los problemas culturales (en sentido amplio), los de A. Marvaud, *La Ouestion Sociaie en Espagne,* 1910, y el ya conocido T. Lefebvre.

[156] *Eibarko Soziaiismoa,* aún no publicado.

[157] *Contribución a i a Historia Obrera de Euskaierria,* tomo 2, 1977.

incorporación al nacionalismo de parte de la clase obrera, que en aquellos añoses fundamentalmente de origen autóctono, así como las condiciones sociales y políticas de esta incorporación. Después, las relaciones entre estos dos sectores diferenciados de la clase obrera han de examinarse asimismo. Dividiremos, pues, este capítulo en varios apartados.

153

1. La clase obrera no nacionalista

Desde 1876 a 1900 hay un importante crecimiento de población en Vizcaya, coincidente con el desarrollo acelerado de la minería, la industria y la construcción que hemos detallado en capítulos anteriores. Buena parte de este aumento de población viene directamente de la emigración: se calculan en unas 56.256 personas las establecidas en la provincia por este mecanismo. La mayoría provienen de las provincias periféricas: de Logroño, Álava, Navarra y Santander en un primer período y de Galicia, Burgos, León y Palencía en el segundo[158]. El resultado es un aumento de la población nacida fuera de Vizcaya con respecto al total provincial, proporción que alcanzaba la cifra de un 26,4% en 1900. De estos emigrantes, que forman una abundante mano de obra no especializada, una buena parte comienzan trabajando como temporeros, abandonando su trabajo y Vizcaya para regresar a sus provincias de origen en épocas de cosechas o vendimias; hay así una mala integración en la vida local aunque a la larga la tendencia sea a fijarse de un modo definitivo en el Señorío. Esta concentración de población emigrante no se extiende por toda la provincia, sino que, se concentra donde el capitalismo necesita la fuerza de trabajo, en Bilbao y en la margen izquierda de la Ría. En Bilbao, evidentemente, hubo una drástica separación entre el Ensanche burgués y los barrios obreros de San Francisco y Cortes; en la margen izquierda, Sestao y San Salvador del Valle fueron puntos de concentración de población inmigrante.

Los motivos de esta emigración son claros: el tipo de negocios montados por la oligarquía vasca se dirigía hacia una gran extracción de plusvalía en base a un trabajo humano intenso, poco especializado

[158] Guipúzcoa, Álava, Burgos, Santander y Logroño terminarán dando las colonias más numerosas en el Baracaldo de 1895, seguidos por Lugo, León, Palencia, Zaragoza y Navarra y, ya de lejos, por Asturias, Orense, Zamora, Salamanca y Huesca. Ver González Portilla, op. cit.pág. 113.

y con escasez de inversión en capital constante. La presencia de un gran número de recién emigrados sin trabajo permitía imponer condiciones drásticas no sólo en los salarios, sino incluso en la especulación hecha sobre el alojamiento y la manutención de los mineros. La gran base de acumulación de capital fue la exportación de mineral: aquí se trabajaba a destajo (cerca de un 65% de los mineros eran temporeros al principio), de sol a sol, se vivía en barracones insalubres y muchos trabajadores no recibían dinero sino «vales» para canjear por comida en las cantinas regentadas por los capataces. Precisamente en el sector minero es donde encontramos las mayores cifras de emigrantes: de los 11.000 mineros de 1886, la mayoría no eran del País, y aún en 1910 sólo 3.000 de los 13.000 existentes eran vizcaínos.

154

Por parte de los patronos mineros, esta emigración fue bienvenida: los nacionalistas les van a acusar más tarde de haberla fomentado, ya que al negarse los vascos a trabajar por «salarios de hambre», «optaron por contratar a más bajo precio obreros extraños». Sin duda, buena parte de los inmensos beneficios del capital vasco viene de esta sobreexplotación de la fuerza de trabajo[159].

Con respecto a los campesinos vascos proletarizados, ya hemos hecho algunas reflexiones sobre los motivos culturales que les dirigían más hacia la emigración a América que hacía la minería de las Encartaciones. En lo que al conjunto del Estado español respecta, es precisamente en la época de la Restauración (1875-1902) cuando se sientan las bases económicas y sociales de la diferenciación entre zonas industriales y zonas rurales que aún hoy conocemos: hay un considerable aumento de población mientras continúa el estancamiento de la España rural. La consecuencia es una fuerte emigración de origen campesino: entre 1882 y 1914 casi un millón de españoles emigrará al extranjero, mientras que las migraciones internas dentro del Estado se disparan.

155

[159] Los avatares de esta situación están descritos en diversos trabajos y, por ello, nos limitaremos a recordarlos sucintamente: la dureza de las condiciones de vida, los barracones, la real baja del poder adquisitivo de los salarios mineros entre 1876 y 1890 (ver González Portilla, op. cit., página 124), la obligación de comprar a precios abusivos en las cantinas, etcétera, crean unas circunstancias de opresión en las que terminan estallando la huelga general de 1890, a la que seguirán una serie de luchas ejemplares, sobre todo entre 1890 y 1893, 1900 y 1903 y 1910-1911. Conviene asimismo hablar del duro precio pagado por la salud obrera en esta época de acumulación de capital: alta mortalidad, baja salubridad de tajos y alojamientos, enfermedades pulmonares, alcoholismo, mortalidad infantil, epidemias, van a ser el pan nuestro de cada día en los barrios obreros que crecían junto al hermoso Ensanche bilbaíno. No van a faltar motivos, pues, para que se desarrolle un fuerte movimiento obrero.

Pese a las miserables condiciones de vida en la industria, los salarios en minas y fabricas son más altos que los agrícolas; la existencia de una red de ferrocarriles facilita la movilidad de los campesinos pauperizados o desposeídos. Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla y Vigo se convierten en focos de atracción. Se trata, en suma, de un fenómeno global de desarrollo desigual propio del modo de producción capitalista: la crisis agraria proletariza a millones de personas, convirtiéndoles en «propietarios» de su fuerza de trabajo, mercancía que venderán «libremente» a los dueños de los medios de producción, a los industriales. La persistencia de zonas campesinas en crisis crónica es la primera condición de este proceso necesario al desarrollo y a la reproducción del sistema; la libre circulación de la fuerza de trabajo es la segunda condición, y esta libre circulación queda asegurada por la unidad política del estado-nación burgués. De hecho, hay condiciones particulares a Euskadi Sur que explican tanto el desarrollo del capitalismo, la minería y la industria locales, como la abolición del sistema foral y su inclusión en la nación-estado española: estos problemas han sido estudiados en los capítulos anteriores. Ahora bien, sobre esta situación de base, la emigración a Vizcaya es una faceta del proceso global que conoce el Estado español en la época de la Restauración: no se trata, pues, de una opción maquiavélica y des nacionalizadora del centralismo, sino de un movimiento lógico dentro del desarrollo del capitalismo en el Estado. Que tal desarrollo se hace sobre la base de la opresión y de la injusticia es, asimismo, un hecho cierto: sus víctimas son tanto el pueblo vasco como los propios emigrantes.

Esta situación explica que para la mayoría de los emigrantes era sicológicamente claro que no emigraban a un país extranjero, sino que se establecían dentro de «España»; las peculiaridades administrativas, culturales y lingüísticas de Euskadi no estaban asumidas en la nación-estado española, sino negadas y reprimidas. La emigración, que se hacía dentro del marco de la citada nación-estado unitaria, era lógicamente española y, en Vizcaya, españolista. El propio sistema capitalista vizcaíno no desmentía esta situación: la mayoría de la emigración va a establecer su contacto con un capital asimismo españolista, y va a desenvolver su vida cotidiana y su lucha de clases en un medio completamente diferente de la sociedad tradicional vasca. De hecho, el carácter de unidad entre desarrollo capitalista y unidad estatal española (que es sustancia en la actitud de la oligarquía) va a trascender a la clase obrera y a conjuntarse con las peculiaridades sicológicas de la masa emigrante: el resultado será que

en la minería y en la gran industria va a haber una tendencia a desvasquizar a los vascos que entran a trabajar en ellas. Luego matizaremos esta afirmación, ya que ésta no va a ser una actitud unívoca, pero corresponde probablemente a la tendencia principal.

156

Así, pues, la actitud de base de esta masa proletaria de Bilbao y márgenes, ligada a la emigración por sus orígenes y dependiente de modo muy directo de la oligarquía, era la de considerarse españoles trabajando en España. En la práctica, este sector del proletariado reflejaba la cara opuesta a la del españolismo oligárquico, pero en un mismo sentido de desnacionalización para Euskadi: actitud condicionada por la propia dinámica del desarrollo del modo de producción capitalista en Euskadi Sur que, como antes se ha repetido, obedece fundamentalmente a causas externas. Quede claro que al hablar de desnacionalización no se pretende introducir una connotación ética o moral destinada a condenar a los emigrantes y los socialistas. Su actitud era, en su origen, tal vez la única posible. Sólo cuando al desarrollarse como clase adquieran condiciones para criticar al sistema y a tal procesó de industrialización, veremos como la persistencia del españolismo, la negativa a considerar la injusticia que para los vascos suponía la opresión nacional, van a coincidir con. unas actitudes de colaboración de clases.

Si es difícil traer testimonios precisos de la actitud naturalmente española de las masas, la actitud de los primeros militantes obreros (que en la zona se identifican prácticamente con los socialistas) es muy explícita. Globalmente, los socialistas consideran al nacionalismo vasco como a un enemigo: tanto por su actitud clerical[160], como por su enemiga al socialismo y a la unidad de clase. Ahora bien, en sus tesis subyacen una serie de presupuestos claros: el principal es que la autonomía vasca está ligada a los modos de vida precapitalistas y que

[160] Para los socialistas, el aranismo era un hijo legítimo del carlismo, y este último era algo profundamente teaccionario. Una explicación de esta filiación, llena de connotaciones ideológicas y sicológicas, es la de Ramos Oliveira (op. cit., págs. 137 y 138): «(Al cerrar el siglo XIX), el vasco de Vizcaya y Guipúzcoa —en particular el campesino— se alista en un nacionalismo localista de angosto horizonte. Quiere romper con el resto de la comunidad española no vasca. Importante factor moral —acaso decisivo— en la aparición del nacionalismo racista vascongado fue, a mi juicio, el resentimiento, y por ello se asemejan en sus orígenes el nacionalis mo vascongado y el nacionalismo racista alemán. La victoria de las ciudades sobre el campo en las dos guerras carlistas depositó en el espíritu del campesinado de Vizcaya y Guipúzcoa, que era carlista en masa, la simiente del nacionalismo. Aquellas muchedumbres rurales, fracasadas dos veces ante Bilbao después de haberle puesto sitio otras tantas y viendo la dirección política de la región en manos de las ciudades, y de ciudades que contenían una mayoría de población no vasca, quedaron dominadas por un complejo de frustración. Impotentes para imponer su ideal absolutista a España, ni áún a las principales ciudades de su región, reaccionaron en racista y separatista».

el actual desarrollo económico y político exigía naturalmente la desaparición de las peculiaridades idiomáticas y administrativas de los pequeños pueblos. He aquí algunas citas significativas:

157

> (El nacionalismo se opone al progreso y preconiza soluciones que pertenecen al pasado porque) «pretende retroceder de un golpe a las minúsculas naciones medievales, cuando la evolución incoercible de las leyes económicas nos empuja continuamente más allá de las fronteras actuales».[161]
>
> «Por otra parte, puede decirse que hoy ya no hay costumbres típicas que diferencien a las regiones entre sí; si no se acude a desenterrar lo que está bien muerto y que sólo se contrae a bailes y canciones, pues, merced al comercio, a la industria y a la facilidad de comunicaciones, las características de cada pueblo se están borrando completamente.»[162]

Buena parte de esta actitud iba destinada a defender la idea de una patria universal socialista, con una única lengua, sin diferencias nacionales. Como decía Tomás Meabe, famoso y fogoso propagandista socialista venido de las filas del nacionalismo:

> «Mi campaña no va sólo contra los bizkaitarras, sino contra toda la patriotería andante. Vasquismo, catalanismo, españolismo, cuanto tiende a dividir irracionalmente a los seres humanos, me es antipático» (1903).

Pero esta actitud general pocas veces se concretaba en fórmulas como la de Meabe: en la práctica, como dice Larronde comentando la actitud socialista, «en la espera de que la patria universal se constituya, el País Vasco tenía que reforzar los lazos que le unían con España».[163] El paso de la condena al nacionalismo vasco en nombre del universalismo, a una actitud claramente españolista, los socialistas lo franquean rápidamente:

158

> «Los obreros de la región de Vizcaya son cosmopolitas por esencia: aquí vivimos mezclados obreros de todas las provincias de España».[164]
>
> «(El argumento mayor de los nacionalistas vascos es la lengua...). Pero el vascuence desaparece rápidamente sin que nadie pueda evitarlo».[165]
>
> «Analizando científicamente el origen de las lenguas, dice de la éusquera,

---

[161] *El Socialista,* nº 204, 1898.
[162] Ibídem Nº 167, 1897.
[163] J. C. Larronde, op. cit. Ver pág. 245 de la edición castellana.
[164] *El Socialista,* 1894.
[165] *La lucha de clases,* nº 258, 1899.

> que no cabe en ella el pensamiento moderno: que Bilbao hablando vascuence es un contrasentido, y hay que romper los moldes estrechos del vascuence, dentro de los cuales no cabe ya nuestra alma, y hacerle solemnes funerales al enterrarla santamente».[166]

158

Los socialistas consideran a la lengua vasca tan inadecuada a la situación moderna y a la práctica de la lucha de clases como consideran vetustos, egoístas y superados los fueros y las autonomías. Esta actitud se hace, además, declarando de manera explícita que a Euskadi no se le puede aplicar la teoría marxista sobre las nacionalidades que se estaba elaborando por parte de los austro-marxistas: precisamente entre 1890 y 1904 es cuando se agudizan los conflictos nacionales en el seno del partido social-demócrata de Austro-Hungría, situación que explica la aparición de un amplio trabajo teórico sobre los problemas nacionales. Citemos así tres libros fundamentales: «Die Moderne Nationalitat», de Karl Kaustky (1887), «Der Kampf der Osterreichischen Nationen um den Staat» de Karl Renner (1902) y «Die Nationalitaten frange und die Sozialdemokratie» de Otto Bauer (1906). Sin embargo, los socialistas en Euskadi Sur se niegan a considerar la posibilidad de que pueda existir un parangón entre las nacionalidades de Austro-Hungría y el caso vasco. Dicen explícitamente:

> «Sucede que hay naciones que por la conquista se han anexionado pueblos de origen diferente, de lengua y raza distinta s y a quienes se les tiene sometidos a leyes excepcionales, tratándolos como a conquistados, fuera del derecho común, y contra esta brutalidad se han levantado y levantarán los socialistas, como en el caso de Austria y como ocurre en Polonia, donde el partido socialista, que se llama polaco, a pesar de no existir hoy ésta nación, lucha por la reconstitución y la independencia del país. Pero ¿están en el mismo caso las provincias vascongadas y Cataluña?... Las provincias vascongadas han pertenecido constantemente y desde hace muchos siglos a la nación española, sin que se las trate como país conquistado, si no, al contrario, dispensándoles franquicias de que no disfrutan las demás provincias.» [167]

159

Este conjunto de citas (tomadas la mayoría de la Tesis Doctoral de Larrande) indican una actitud clara. Los socialistas no se limitan a

---

[166] *La lucha de clases,* nº 361, 1901.
[167] *La lucha de clases,* n. 258, 1899.

combatir al nacionalismo político, sino que además adoptan una actitud favorable a la españolización de Euskadi Peninsular, reflejando así su identificación con una única clase obrera a nivel de la nación-estado creada en el siglo XIX. Desdichadamente, esta identificación les lleva a aceptar de una manera acrítica el carácter «necesario y progresista» de la unidad española[168], negándose a ver la violencia que forma parte del proceso histórico de integración (violencia cercana aún a finales del siglo XIX) y negándose a dar una respuesta a las masas populares vascas en situación de opresión nacional. Ahora bien, probablemente por un fenómeno de identificación exclusiva con el proletariado de Bilbao y márgenes, los socialistas perdían de vista a campesinos, artesanos y obreros de las empresas de otras zonas menos industrializadas; más aún, su principal fuerza radicaba en los emigrantes de la zona minera, y la identificación del socialismo con tales emigrantes agudizaba las consecuencias de la actitud españolista.

Sin embargo, numerosos vascos se sintieron identificados con estas actitudes. Citemos a los que aparecen entre los dirigentes del Comité Socialista de Bilbao en 1895, o en el Comité de Vizcaya en 1901; a personajes tan famosos como Unamuno, que fue colaborador de *La Lucha de Clases* entre 1894 y 1897, o como Tomás Meabe, cuya deserción de las filas nacionalistas fue sentida como un auténtico escándalo y que entró en el socialismo en 1903. Asimismo, al lado de estos vizcaínos hay que citar a los socialistas de Eibar (Amuategui, Echevarría, Bascaran) o afincados en Eibar (como el médico Madinabeitia, de Oñate, también proveniente del nacionalismo)[169].

160

Globalmente y especialmente en el caso de los vizcaínos, hay que aceptar (probablemente) la tesis antes apuntada: el desarrollo del modo de producción capitalista crea dentro del País Vasco una situación nueva, una auténtica neo-sociedad, incluida en la civilización tradicional pero de origen y comportamientos exteriores. En este Bilbao y alrededores, las actitudes predominantes se hacen

---

[168] Citemos de nuevo a Ramos Oliveira. Este autor llega incluso a afirmar que «el marxismo desaprueba el nacimiento de nuevos Estados y se opone doctrinalmente al desarrollo institucional de las regiones y nacionalidades comprendidas en los grandes Estados» (op. cit., pág. 105).

[169] Uno de los más importantes socialistas de estos años fue Guillermo Torrijos, bilbaíno, socialista desde 1895. Empujado por el «lock-out» patronal, va primero a Vitoria en busca de trabajo y se instala en San Sebastián en 1901: aquí funda la Federación LocaL de Sociedades Obreras sita en la calle del Puerto. En colaboración con Tomás Meabe, es pieza clave en la organización de las Juventudes Socialistas. Más tarde será concejal en San Sebastián, y tomará parte activa en el movimiento revolucionario de 1917. Añadamos que esta lista quedaría incompleta sin la figura de Indalecio Prieto, a quien no se le puede discutir la calidad de bilbaíno.

dentro de moldes españoles, condicionados por la actitud de la oligarquía, por el fenómeno migratorio y por el proceso global de desarrollo capitalista en la época de la Restauración en el Estado español Proletarizados dentro de esta sociedad específica, o bien identificados con el proletariado que dentro de ella penaba y luchaba, la conducta más normal era la aceptación de una doctrina de unidad de clase a nivel del estado, de una actitud españolista. Para quienes habían perdido de una manera total sus contactos con la sociedad vasca originaria, la actitud era equivalente a la de los emigrados. Por el contrario, para los provenientes del nacionalismo se presentaban mayores problemas. Para ellos era evidente que el socialismo españolista no ofrecía ninguna solución inmediata a los problemas de una opresión nacional de la que habían sido (y tal vez eran) conscientes; sin embargo el ambiente general del PSOE y de la UGT les era tan desfavorable que sus intentos de «abertzalízar» al socialismo no pasarán de tímidas insinuaciones. Imanol Laspiur cuenta como una vez que Madinabeitia habló en este sentido en Eibar le hicieron callar[170].

El caso de Eibar, sin embargo, exige matizaciones especiales. La clase obrera eibarresa era en su mayoría de origen vasco[171], e incluso existen indicios suficientes para afirmar que los pocos emigrantes de fuera del País se vasquizaron lingüísticamente; añadamos que en el dialecto vizcaíno eibarrés es donde por primera vez en la historia del euskara se desarrolla un léxico técnico-industrial. Es decir, que a nivel de la vida cotidiana, incluso del trabajo, el euskara era la lengua corriente y útil. Por último, Eibar estaba inmerso en una zona claramente vasco tana, y sus actitudes con respecto a deportes, diversiones, fiestas, etc., eran muy parecidas a las de los pueblos de alrededor.

161

Y, sin embargo, el socialismo de Eibar, encarnado en una población mayoritariamente vasca, acepta las posturas generales con respecto al nacionalismo y al hecho vasco que hemos descrito para el

---

[170] Eibarko Máquinas de Coser Alfa, S. A.», ín *Koperatibak,* Jakin sorta, nº 7, 1973, pág, 108. Dice así: «Bada, halere, halako gertakizun xipi bat. Aipatua dugun Madinabeitia jauna PNVtik sozialismo elkarte alorrera aldatu zelarik ere, ba ornen zuen bere kolko barrenean kili-kili egiten bidé zion euskal abertzaletasuna. Sozialismoari halako euskal abertzaletasun giro bat eman nahi izaten zionez, hitzaldi batetan, entzule izanik, hitza hartu eta sozialismoa abertzaletu guratik-edo agertu eta mintzatu zen nonbait; sozialista entzuleek, noski, "jan" egin ornen zuten berehala». La imposición a Madinabeitia de la necesidad de dar marcha atrás en sus posturas patrióticas aparece asimismo recogida en el libro de Fusi (op. cit., págs 389 y 390).

[171] Ver las cifras en García Manrique, *Eibar: inmigración y desarrollo urbano e industrial,* Zaragoza 1961.

socialismo bilbaíno: posturas de españolismo político, de condenación del nacionalismo, templadas sólo en el aspecto lingüístico-cultural. Esta situación será clara hasta 1917 y sólo cambiaría sustancialmente durante la República. Más aún, si en algunos socialistas eibarreses el amor a su lengua materna, el euskera, es indiscutible (recordemos el estudio de Toribio Echevarría sobre el euskera dialectal de Eibar), en otros da la impresión de que realmente hablaban euskera simplemente porque mal sabían el español («Nosotros hablaríamos con mucho gusto en este idioma (el español), pero querer no es poder»...). Parece que hay una contradicción entre la situación de base, vasca y euskaldun y la opción política, claramente españolista: la mayor parte de los socialistas eibarreses solucionaron el problema mediante una clara distinción entre el amor a la «patria chica» y la voluntad política españolista. En el fondo, aceptaban, como sus correligionarios de Vizcaya, el marco español para la lucha de clases creado por las razones antes apuntadas.

Si bien la existencia de un carácter españolista en la expansión del modo de producción capitalista es, probablemente, la razón fundamental de esta actitud, las razones inmediatamente operativas en el caso eibarrés merecen detallarse. Es probable que el carácter liberal de Eibar en el XIX, su oposición al carlismo, la continuidad entre el gremio armero del XIX y la UGT del XX, actúen también: en varias ocasiones, ya antes de 1929, los socialistas eibarreses se muestran más o menos fueristas, distinguiéndose así de los vizcaínos y reanudando con la tradición del iberismo liberal. Eibar se consideraba, por una especie de memoria colectiva ligada a su carácter liberal-industrial, como opuesta al mundo rural que le rodeaba, oposición que tenía un matiz más político que cultural. El socialismo se enfrenta en el siglo XX al carlismo y al nacionalismo, actualizando las actitudes de oposición en el siglo anterior. Incluso cabe decir que el socialismo de los eibarreses fue más «eibarrés» que «socialista», introduciendo en su seno a muchos pequeños patronos y defendiendo formas de trabajo a la pieza y a destajo que daban a los obreros una gran peculiaridad.

162

Un segundo factor fue la influencia del socialismo vizcaíno. Prieto, en sus memorias[172], cita la importancia de Eibar como enclave liberal en el siglo XIX y habla del envió desde Bilbao de «exploradores socialistas», primero de Beascoechea y Valentín Hernánde2, y más

[172] *De mi vida,* México, 1965

tarde de Meabe y de Madinabeitia. Sin duda, dado el prestigio del socialismo vizcaíno, estos «exploradores» y los sucesivos o raedores que pasaron por el pueblo (Unamuno y Prieto entre ellos) tuvieron una influencia ideológica en los líderes locales, como Echevarría, Bascarán y Amuategui.

Resumiendo, podemos decir que el socialismo eibarrés ni tiene base humana emigrante ni aparece en contacto directo con los explotadores de la oligarquía españolista; sin embargo, políticamente adopta las mismas posturas que el socialismo vizcaíno, aunque su vivencia cotidiana del vasquismo lingüístico y cultural, su tradición liberal, le lleve a ser más tolerante. Ahora bien, como dice Toribio Echevarría[173]. «Apenas registramos ninguna preocupación de carácter nacionalista». Su actitud está resumida en estas frases del mismo libro, repetidas veces citadas por Paul Arzac:

> «Más en nuestro caso del País Vasco, si su voluntad mayoritaria fuera separarse del resto, sin obstruir esa solución, una vez puesta en práctica, los socialistas, a quienes no nos convence el hecho diferencial basado en una historia, en una etnografía y una lingüística que piden ser revisadas, y no queriendo renuncia r al legado de España, que ha informado nuestro espíritu, seríamos como los greco-chipriotas que piden su unión con Grecia.»[174]

Razones particulares a Eibar, como la persistencia de la tradición urbano-liberal y del trabajo de los armeros, explican en parte su receptividad al socialismo españolista; la influencia directa de los líderes del socialismo vizcaíno tampoco puede descartarse.

De todos modos, Eibar no es el único pueblo de la zona mayoritariamente vasca (en origen de los trabajadores y en cultura circundante) donde aparece el socialismo españolista. Sin embargo, en ningún sitio lograron la importancia política y social que adquirieron en Eibar; en la época anterior a la República, si bien en Tolosa, Beasain, Rentería, Pasajes y otros sitios había agrupaciones socialistas, resultaban muy minoritarias. En Eibar los socialistas triunfaron varias veces en las elecciones municipales; algunas cifras en las elecciones provinciales demuestran esta macrocefalia en Guipúzcoa del socialismo eibartarra. En las elecciones de 1910, los socialistas sólo presentan candidato propio por el Distrito de Vergara: este candidato obtiene 921 votos, de los cuales 651 en Eibar, 82 en

---

[173] *La experiencia socialista en España vista desde mi pueblo.* México 1966, página 85.
[174] Escrito en 1959, pág. 86.

Mondragón, 65 en Vergara y 50 en Zumárraga. En las de 1918, en las mismas condiciones aunque en pleno auge nacionalista, el candidato socialista sólo obtiene 191 votos en el distrito de Vergara, de los que 169 en Eibar; más fortuna tiene Torrijos, que en el distrito de San Sebastián obtiene 480 votos, provenientes de la capital, Irún, Pasajes y Rentería (en toda la provincia hubo 30.633 sufragios exprimidos)[175]. Es evidente que los datos electorales han de interpretarse con mucha circunspección, pero tanto estas cifras parciales como las generales dadas por Fusi para Vizcaya, Guipúzcoa y Álava (Apéndice III de su libro), así como las de secciones y afiliados del PSOE, la UGT y las JJSS en estas tres provincias (Apéndice II) indican claramente la escasa penetración del socialismo fuera de Bilbao y márgenes y de Eibar; Tolosa y la zona de San Sebastián aparecen asimismo en el mapa socialista, pero sin el decisivo carácter que tuvieron en la política local de los dos primeros sitios citados.

163

Podemos, pues, concluir que el caso eibarrés aparece más como una excepción que como una regla, que sus profundas peculiaridades locales explican su desarrollo; la regla general para el comportamiento político de los campesinos vascos proletarizados no va a ser su inclusión en la lucha de clases de carácter españolista. Aunque este fenómeno se produzca (y no sólo en las filas socialistas, sino entre los anarquistas y más tarde los comunistas) se va a apreciar la existencia de una fuerte resistencia a la integración, traducida a nivel político por una actitud interclasista con respecto a las otras clases nacionalmente oprimidas: la consecuencia de esta actitud será Solidaridad de Obreros Vascos. Aparte de esta opción ya claramente política, la despolitización de muchos de estos obreros, el apoyo a sindicatos católicos y patronales, y otras actitudes de este tipo, dejan a un amplio sector del proletariado fuera de unos u otros ámbitos políticos.

164

2. Nacionalismo y socialismo españolista enfrentados

Así pues, el socialismo españolista y antinacionalista era una fuerza operativa en Vizcaya ya para finales del siglo XIX. Varios autores han descrito una relación entre esta realidad y la aparición del

[175] Citas tomadas de A. Cillán Apalategui: *Sociología electoral de Guipúzcoa, 1900-1936.* San Sebastián, 1975.

nacionalismo vasco; algunos han ido incluso hasta el punto de afirmar que el nacionalismo sería principalmente una reacción defensiva de las clases medias locales, atemorizadas por las luchas proletarias. Una opinión de este tipo (aunque matizada) se encuentra en un artículo de J. P. Fusi[176], donde dice:

> «Es preciso, además, tener en cuenta por lo menos otras dos circunstancias: que el PSOE, sobre todo en Vizcaya en los años 1890-1900, fue fundamentalmente el partido de los obreros inmigrantes y que, cualesquiera que fuesen y sean los orígenes del sentimiento nacional vasco, el PNV, aun siendo un partido interclasista, basó su fuerza electoral en el apoyo de las clases medias vascas (particularmente en Bilbao, bastión electoral del PNV hasta bien entrada la década de 1910), cuya intranquilidad ante las transformaciones sociales producidas por la industrialización y la masiva inmigración obrera, y ante la intensa conflictividad laboral y los evidentes avances electorales socialistas en Bilbao y sus zonas minera y fabril, supo capitalizar políticamente.»

De hecho, las denuncias y condenas que el aranismo hace de la «invasión maketa» son ciertas y continuas; a veces, la postura contra la emigración lleva a los aranistas a extremos tales que aún nos hacen enrojecer a los nacionalistas de hoy:

> «Es una turba nauseabunda con entrañas de fiera que llena nuestra Patria de crímenes y hechos repugnantes...» *(La Patria,* 1903, articulo «A los vascos»).

Ahora bien, esta denuncia de la emigración como causa inmediata de la corrupción de las costumbres vascas es un lugar común dentro de la literatura producida por el conjunto de las clases ligadas a la vida tradicional, incluyendo a la pequeña-burguesía vasca. El aranismo destacaba por su virulencia, pero no por su originalidad. Aún en 1910, en el tomo «Guipúzcoa» de la ponderada Geografía General del País Vasco-Navarro, dice así Serapio Múgica:

165

> «Los preceptos de la Iglesia se cumplen con una exactitud y una fidelidad completa. Es muy raro el que deja de cumplir con el precepto pascual. (...) Han sufrido algún cambio en las poblaciones industriales y en otras que han aumentado de vecindario con elementos exóticos. Más que las nuevas ideas de libertad han cooperado a esta obra de destrucción parcial de las costumbres religiosas de antaño, en estos pueblos, las gentes extrañas al país, que han invadido nuestro suelo, atraídas por las

[176] *El PSOE y etproblema vasco* (Historia 16, nº 1, 1976).

> necesidades de la industria y del comercio y que no tienen ningún interés en observar nuestras prácticas. Los otros vecinos, que constituyen la representación de todas las familias de abolengo y toda la parte rural, así como la clase pescadora donde la hay, siguen firmes y serenos, sustentando las creencias religiosas que heredaron de sus padres.»

Arana da a este sentimiento compartido por toda la sociedad tradicional una formulación racista particularmente odiosa y, sin duda, el PNV va a utilizar la reacción contra la emigración como una baza política. Ahora bien, lo que distingue al nacionalismo es que hace directamente responsable de esta situación a la oligarquía, a los caciques de Vizcaya. El Padre Larrañaga, alma de la primera época de SOV, afirma explícitamente que Arana inculpaba a los patronos de la perversión del pueblo vasco, y cita el siguiente texto del fundador del PNV:

> «Con esta invasión maketa, gran parte de la cual ha venido a nuestro suelo por vuestro apoyo, para explotar vuestras minas y serviros en los talleres y en el comercio, estáis pervirtiendo la sociedad vizcaína, pues cometa es éste que no arrastra consigo más que inmundicia y no presagia más que calamidades: la impiedad, todo género de inmoralidad, la blasfemia, el crimen, el libre pensamiento, la incredulidad, el socialismo, el anarquismo... todo ello es obra suya. Pero esto no les basta a los capitalistas vizcaínos; están corrompiendo el alma del vizcaíno; y les es preciso también abandonar su cuerpo a la miseria y al hambre, para sustentar al extraño.»

Lo que principalmente le preocupa al nacionalismo es la desnacionalización: la causa primera la ve en el triunfo centralista del siglo XIX y la abolición foral; el principal responsable dentro del País Vasco lo identifica con la oligarquía vizcaína, tanto por su actuación política como por su conducta económica, base de la emigración, y el instrumento más directo de «corrupción» de las costumbres tradicionales lo identifica con las masas proletarias. Creo que ésta es la interpretación más pausible que de las actitudes nacionalistas se puede dar.

166

Hay que añadir, sin embargo, otro importante elemento inatizador: el objetivo del nacionalismo es la conquista del poder político en Euskadi, objetivo de carácter independentista para una minoría (ligada al propio Arana, a algunos supervivientes del carlismo más intransigente y luego a los más radicales dentro de la pequeña

burguesía urbana) o de carácter autonomista para la mayoría (sobre todo con el predominio de la burguesía nacional dentro del PNV, citada en el capítulo anterior). Tanto oligarquía como socialismo aparecen en plan de enemigos de este objetivo político: el nacionalismo va así a combatir en dos frentes y sus actitudes van a tomar en cuenta la correlación de fuerzas existentes entre ellos tres.

Por ello, en la actitud antisocialista habrá que distinguir entre una actitud de principio, ya que el PNV considera a la emigración y al socialismo como facetas de la extranjerización y la opresión nacional, y una actitud de oportunidad política matizada por la presencia de la tercera fuerza: la oligarquía. Además, a nivel doctrinal el PNV será antisocialista por razones de clase, ya que se trata de un partido interclasista dominado por la burguesía no oligárquica, enemigo, pues, de la revolución social Tomando en cuenta esta serie de variables, se puede resumir así la actitud nacionalista cara al socialismo en la época anterior a la República:

El primer triunfo electoral, el de Arana en las elecciones provinciales de Vizcaya de 1898, se hizo en clara actitud antioligárquica, contra el dominio de Chávarri

Inmediatamente después, las elecciones municipales en Bilbao vieron un claro enfrentamiento entre nacionalistas y socialistas: aquéllos buscaban una alianza con las «gentes de orden», éstos actuaban en clara identificación con los emigrantes, y los enfrentamientos entre 1899 y 1901 fueron claros. Añadamos que precisamente entre 1899 y 1902 la represión del Gobierno cayó sobre Arana y su partido, situación que indica la complejidad de la posición nacionalista, cogida entre dos fuerzas enemigas entre sí, pero españolizado ras ambas.

En 1903 el nacionalismo da un mayor vuelco a la derecha, insistiendo en su carácter católico y apoyando a José María de Urquijo. Los ataques socialistas, donde Meabe toma una gran parte, arrecian: el clericalismo es uno de los principales puntos del ataque.

167

Durante la gran campaña en favor de la reintegración foral entre 1904 y 1906, apoyada (en grados diversos) por casi todas las fuerzas políticas del País, los socialistas fueron los únicos en mantenerse claramente contrarios a la restauración foral. Frente a ella defendían la autonomía municipal (actitud que será muy importante en Eibar); de todos modos, esta postura les valió que el doctor Areilza les calificara de «puramente antivascongados».

Hasta la guerra de 1914-1918, los nacionalistas oscilaron entre

presentar candidaturas propias o aliarse con las derechas, mientras que los socialistas adoptaron la alianza electoral con los republicanos. Sin embargo, para las elecciones provinciales de 1913 los nacionalistas, que habían roto en 1912 con la coalición de las derechas, proponen a republicanos y socialistas que formen con ellos una «candidatura anticaciquil», perspectiva que los socialistas rechazan.

Los triunfos electorales del nacionalismo en 1917-18 son aplastantes (en Vizcaya): los oligarcas se reorganizan con el fin principal de derrotarlo[177] y los socialistas, dirigidos por Prieto, negocian con ellos en base a un común españolismo «antiseparatista». De 1919 a 1923 Prieto va a ser el campeón del «antibizkaitarrismo», va a ser un aliado de hecho de la Liga Monárquica y va a repartirse con ella los triunfos electorales[178].

168

La propia evolución interna del PNV estudiada en el capítulo tercero nos permite comprender la actitud nacionalista en este cambio de la situación: el problema básico no va a ser tanto la actitud de principio antimaketa del aranismo, sino los problemas ligados a la consecución del poder político. El nacionalismo actúa primero como un anticaciquismo; inmediatamente después, aún débil y en manos de la pequeña-burguesía urbana y los descendientes directos del carlismo,

---

[177] A esta voluntad obedece la creación de la «Liga de Acción Monárquica de Vizcaya», dirigida por Balparda, Salazar y Bergé, cuyo fin antinacionalista era clarísimo. Dice así José María de Areilza, en su prólogo al tomo último de la *Historia Crítica...* de Balparda (1945, pág. 13): «Pero ya, hacia 1917, la marea de la disidencia nacionalista era tan fuerte que amenazaba inundar todo el país. Las fuerzas dinásticas que en Vizcaya no habían luchado hasta entonces más que bajo el patronato electoral de la gran burguesía industrial, hubieron de pensar en reorganizarse seriamente y a la moderna para luchar con armas iguales en las batallas democráticas del sufragio. Así nació la Liga de Acción Monárquica de Vizcaya (...). Balparda dirigió desde (su Directorio) la enconada pelea que a través de las incidencias diversas del sistema vigente mantuvo siempre enhista en nuestra tierra la intransigente bandera de la unidad». En Guipúzcoa, por la misma época, hay también curiosos ataques al nacionalismo donde se le acusa de bolchevique y de querer destruir la sociedad. Estos dichos son del integrista Juan de Olazábal, en 1919, y podemos asimismo señalar que en el distrito de Tolosa hubo refriegas entre jaimistas y nacionalistas. Reacción tradicional y oligarquía reaccionaria aparecen así lanzadas al ataque antinacionalista en el mismo período, coincidiendo con un auge del antiseparatismo socialista.

[178] Ver precisiones sobre este «acuerdo electoral» oligárquico-socialista en Fusi, op. cit., págs. 386 y 387. Este mismo autor nos describe así la primera intervención importante de Prieto en las Cortes Españolas: «Fue revelador que el primer gran discurso parlamentario de Prieto fuese una dura y sarcástica crítica de la política e ideología nacionalista: «El nacionalismo vasco —dijo Prieto en el Congreso el 17 de abril de 1918— es una entidad profunda y totalmente separatista». «¿Hay derecho, señores, a hablar de que unas provincias como las vascongadas viven aherrojadas por el Poder nacional? Yo os digo con la misma sinceridad, que no».

Y Prieto continuó acusando a los nacionalistas de «haber fabricado su historia» y forjado la existencia de una batalla de Arrigorriaga en la que Castilla habría sometido a las provincias vascas, y llamando la atención de la Cámara sobre «el espíritu antiliberal y antidemocrático del nacionalismo vasco» (op. cit., pág. 388).

busca el apoyo de las «fuerzas de orden» y se muestra sobre todo antisocialista; pero coincidiendo con la importancia creciente de la burguesía nacional en la sociedad vasca y en el propio PNV, se siente capaz de desbancar a la oligarquía e incluso busca el apoyo republicano-socialista. De hecho, ante la lejanía de una opción revolucionaria que convirtiera al socialismo en un peligro político real, dentro de la opción legal y electoral dentro del sistema las principales fuerzas en lucha resultaron las dos fracciones de la burguesía, la oligárquica y la local.

El propio PSOE, cada vez menos revolucionario y más republicano-liberal, hizo coincidir su negativa a ver el problema nacional con una clara actitud de colaboración de clases, de negativa a apoyar un proceso revolucionario. He aquí una de las bases de su alianza electoral con la oligarquía; la otra era, probablemente, su empeño en capitalizar los sentimientos de los emigrantes, fomentando una oposición a la integración en Euskadi, unos sentimientos de militancia españolísta que, dada la evolución de la sociedad vasca, cada vez tenían menos razón de ser.

3. Condiciones de base durante el desarrollo de la clase obrera de origen vasco

Dentro de la clase obrera del País hay, pues, un sector que se auto identifica como vasco e incluso como nacionalmente vasco; una parte de este sector será políticamente nacionalista.

169

La aproximación al estudio de esta cuestión exige un camino por etapas; la primera sería la cuantificación y la cualificación de la proletarización a finales del siglo XIX y principios del XX. Dentro de esta proletarización, habría que distinguir entre los individuos que adquieren su condición obrera en Bilbao y márgenes (zonas de claro predominio españolista en el carácter de la sociedad industrial y de la lucha de clases) y aquéllos que forman los primeros núcleos obreros de las villas y pueblos dispersos, en núcleos de población donde la sociedad industrial aparece como una continuidad dentro de la sociedad vasca y no como una ruptura brutal.[179]

Una vez cuantificada la proletarización y descritas las condiciones

[179] Ver el capítulo sobre el Nacionalismo burgués, págs. 143 y 144.

sociales y culturales en que se hizo, encontraremos una primera base para explicar la persistencia de una conciencia vasca diferenciada. Se trataría ahora de estudiar el paso franqueado hasta la conciencia nacionalista y, en especial, el carácter de tal conciencia política: se va a tratar de una actitud interclasista que va a otorgar la predominancia política a la burguesía nacional. De hecho, la continuidad entre la sociedad tradicional y la sociedad industrial en las poblaciones pequeñas y medianas se traduce en una continuidad de las actitudes políticas. Ya se ha hecho mención de las razones del papel dirigente de las clases dominantes locales durante el Antiguo Régimen y durante las guerras carlistas: la actitud normal dentro de aquella sociedad era la de confiar la gestión política a los poderosos locales, papel que en el siglo XIX van a cumplir la pequeña nobleza y los diversos sectores de la naciente burguesía. Al producirse el cambio hacia la civilización industrial, los campesinos aparecen claramente desorientados: la pérdida de las instituciones torales, la entrada en la economía monetaria, el servicio militar, la nueva administración y, sobre todo, la proletarización, les colocan en una situación de confusión. Los nuevos burgueses, los industriales de origen local, aparecen como una clase salvadora: proporcionan puestos de trabajo y, poco a poco, se hacen importantes en la administración local y provincial. Parece lógico que los nuevos proletarios, carentes aún de una solidez de clase, sin tradiciones de lucha ni de organización propias, sumergidos aún en la sociedad tradicional y en sus valores ideológicos[180], transfirieran a los burgueses industriales el papel de mediadores políticos que en los siglos anteriores habían atribuido a los oligarcas y señores del Antiguo Régimen.

170

Esta hipótesis descansa, pues, en dos afirmaciones: la primera es que hay una real proletarización de vascos recién salidos de la sociedad tradicional y que esta proletarización se hace en un ambiente social donde el peso de la tradición y las costumbres tradicionales es aún muy grande; la segunda, es que se desarrolla una burguesía local que aparece como vasca y como dispensadora de trabajo, al mismo tiempo que plantea una opción política estructuradora y equilibradora a los ojos de sus propios obreros. Esta hipótesis va dirigida especialmente a los núcleos industriales dispersos diferentes del Gran Bilbao; en esta última zona habría que añadir un elemento

[180] A este respecto, no olvidemos que, como señala Jesús Arpal («Estructuras familiares y de parentesco en la Sociedad estamental del País Vasco», revista *Saioak,* nº 1, pág. 214, 1977), el País «mantiene hasta la guerra civil de 1936 y 1939, y aun en la coyuntura particular de la postguerra, una presencia de la sociedad campesina, una vigencia de las relaciones familiares y de vecindario tradicional, realmente llamativas».

particular, que es la unión egoísta de los obreros vascos cara a una emigración que aumentaba continuamente la oferta de trabajo, dentro del contexto de la política paternalista en la empresa de la burguesía nacional.

El problema de fondo, por parte de la clase obrera, es el del nivel de su conciencia de clase. En aquellos años parece claro que los proletarios de origen vasco carecían, como conjunto capaz de organizarse políticamente, de una visión de la esencia de la sociedad capitalista y de un proyecto consecuente de transformación de la sociedad conforme a sus intereses de clase; por el contrario, una conciencia simple e inmediata de sus intereses profesionales y nacionales dentro de una aceptación acrítica del papel de la burguesía como creadora de empleos y dirigente político, les va a llevar a apoyar a ésta. Es evidente que sólo cuando la práctica revolucionaria lleve a esta clase obrera a luchar no sólo contra la oligarquía, sino contra su propia burguesía nacional, habrá posibilidad de que desarrollo una auténtica conciencia de clase y se plantee un proyecto nacional propio[181].

Resumiendo, es aceptable afirmar que la oligarquía funcionaba como agente principal de la opresión nacional, de liquidación de la sociedad tradicional, de la represión contra el nacionalismo y de explotación de las riquezas de Euskadi Sur y de la fuerza de trabajo de sus habitantes. Podría decirse que la contradicción principal era la que le oponía al conjunto de las clases nacionales, desde el campesinado hasta la burguesía nacional. Pero esto no otorga a la burguesía nacional ningún papel revolucionario: su situación dirigente dentro del conjunto de las clases nacionales se deriva tanto de su implantación (de origen y de cultura) en la sociedad tradicional, implantación que es la base de que las clases populares la identifiquen como parte del pueblo o de la nación vascos, como de su pertenencia real al conjunto de las clases explotadoras, situación ésta que explica sus posibilidades de aparecer a nivel político y económico como «otorgadora de trabajo y administración favorable» para con las clases

humildes. La burguesía nacional va a aprovechar este apoyo popular para disputar a la oligarquía el control de la administración local y para curarse en salud de toda extensión del socialismo

[181] Una exposición de estas dos fases en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores vascos y de la época en que el cambio cualitativo se produce, es decir, a partir de 1950-1960, se encuentra en mi trabajo «Opresión nacional y lucha de clases en Euskadi», *Revista Mensual—Monthly Review,* octubre de 1977.

revolucionario, fácilmente presentable como extranjerizador. No es, pues, una actitud revolucionaria, sino una adecuación de la política de explotación de la fuerza de trabajo a su peculiar situación nacional y de clase: al enfrentarse a la oligarquía en bastantes aspectos, sostenía actitudes antirrepresivas e incluso liberadoras que le aseguraban el sostén popular, pero tales actitudes estaban siempre medidas en función de la extensión y de la reproducción del sistema capitalista, poseyendo así un fondo intrínseco y constante de carácter reaccionario.

171

4. Desarrollo numérico del proletariado de origen vasco

El desarrollo numérico de este proletariado, provincia por provincia, se puede detallar así:

-VIZCAYA: Dentro de los mineros los de origen vasco son una minoría: menos del 30 por ciento en 1904 según la Comisión de Instituto de Reformas Sociales (Sanz Escartín, Sílillas y Pujos); unos 3.000 sobre 13.000 en 1910 según el Inspector General de Minas, Lucas Mallada. El panorama en los *metalúrgicos* era diferente: éstos habían pasado de 2.245 en 1884 a 22.000 en 1900, más de 30.000 en 1920 (mientras que el número de mineros disminuía: 9.000 en 1920). El porcentaje de vizcaínos de origen era mayor; probablemente serían mayoría en los pequeños talleres y, sin duda, formaban la mayoría de los obreros especializados en las grandes fábricas. El reclutamiento variaba de empresa a empresa: en «Euskalduna», propiedad de Sota, había una clara mayoría vasca; en «Altos Hornos», empresa oligárquica, cuyas diversas dependencias empleaban 10.000 personas en 1924, los emigrantes recientes predominaban claramente entre los peones. En la construcción (9.000 obreros en 1920) se puede prever un claro predominio del origen emigrante. Caso contrario era el de los *tipógrafos,* cuyos salarios y condiciones culturales les convertían en una capa superior dentro de los trabajadores.

172

En lo que al desarrollo industrial en la provincia se refiere, en *Durango* hay un empalme entre la industria tradicional (curtidos, fundición) y la moderna (industria mecánica), que la convierte en cabeza del Valle de Ibaízábal, todo, ello en dimensiones harto

modestas: 16 plantas industriales y 450 obreros según Carmelo Echegaray *{Geografía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya.* 1921). *Amorebieta* aparece, con menor importancia, en la órbita de Durango. *Valmaseda,* centro comercial desde antiguo, punto de paso del tráfico tradicional entre Vizcaya y Castilla, fue la sede de unos talleres del ferrocarril de La Robla y de empresas de muebles.

Añadamos la fabricación de carbón de madera en la zona de *Gorbea* (unas 100 personas en Ceánuri, bastantes en Orozco, Ceberio y Dima), creciente hasta la Gran Guerra. Se trata de campesinos arrendatarios que hacen este trabajo como actividad complementaria, por salarios ínfimos.

En conclusión, fuera de la aglomeración bilbaína y del corredor Valmaseda, Bilbao, Durango, la provincia sigue siendo predominantemente rural. En la concentración bilbaína, existen numerosas empresas medianas y pequeñas (140 talleres de metalurgia de transformación en 1924, 50 fábricas de latas para conservas...) y en la provincia éste es el tipo de instalación predominante. Aparte de los especializados de las grandes empresas, es aquí donde ha de estudiarse el desarrollo del proletariado nacionalista.

-GUIPÚZCOA: En esta provincia el desarrollo va a tomar un carácter opuesto a la macrocefalia bilbaína en Vizcaya. *San Sebastián,* que había derribado sus murallas en 1863, construido su Primer Ensanche después y el del Gros desde 1911, se había especializado en funciones turísticas y administrativas, aparte de su función comercial. *Rentería* y *Pasajes,* en su periferia, se fueron haciendo centros obreros. *Eibar* ocupa un lugar principal, con un carácter industrial claro, sólidamente afirmado entre 1900 y 1920, cuando su población dobla: *Elgoibar* y *Placencia* quedan en su órbita, aunque en aquellos años la industrialización no sea la característica principal de estos dos últimos núcleos. Aguas arriba del río Deva encontramos *Mondragón* y *Vergara:* ésta se inició a la industria moderna como ciudad textil, creando luego los «Altos Hornos de Vergara» que, desde 1900, eran complementarios de la «Unión Cerrajera» de Mondragón; así, a principios de siglo se contaban ya más de 1.500 obreros en la propia zona vergaresa. *Irún,* puesto fronterizo con comercio y servicios, era escasamente industrial. *Tolosa,* por el contrario, había añadido a su función comercial una industria importante, sobre todo papelera,

más el textil y la madera; incluso en 1911 se creó un Banco de Tolosa, exponente de la pujanza financiera local. En *Beasain* la industria siderúrgica moderna existía desde 1858; en 1894 se da su nombre a la «Maquinista Guipuzcoana» (CAF desde 1945), y alrededor de esta empresa se juntan la mayoría de los 845 obreros que Beasain tenía en 1908. *Azpeitia* y *Azcoitia* fabrican desde finales de siglo alpargatas, boinas, cestería y muebles, con una estructura básica de pequeños talleres. En el alto Urola, el centro principal de industria era *Legazpia,* con textil, muebles, alimenticias y metalurgia.

173

Se trata pues de una industrialización que, poco a poco, alcanza a la mayoría de los valles (la enumeración de los párrafos anteriores no es completa); el crecimiento demográfico entre 1900 y 1930 es notorio y es precisamente en esta época cuando se van a dar concomitantemente el desarrollo industrial, el del nacionalismo y el de las diversas ramas del movimiento obrero.

Sus ataduras con el sistema tradicional y la civilización agraria siguen siendo importantes. El carbón de madera se emplea en las fábricas de Beasain, Mondragón, Vera y Vergara, proveniente sobre todo de Navarra y de la zona de Oñate. Multitud de talleres siguen usando la fuerza de los ríos para mover sus máquinas, al igual que las antiguas ferrerías del Antiguo Régimen: hasta fines de siglo, directamente en las cuencas del Deva, Oria y Urola; desde 1890, a través de multitud de pequeñas centrales hidroeléctricas, muchas de escasa potencia y cuya propiedad estaba enormemente diseminada.

La pequeña empresa predomina. La media de obreros por establecimiento industrial (1915) era de 245 en Beasain, 223 en Mondragón, 150 en Urnieta, entre 50 y 100 obreros en Vergara y Tolosa, entre 26 y 50 en Eibar, San Sebastián, y Rentería. Resumiendo, sobre 46 localidades industriales, 3 tienen una media de obreros por fábrica entre 150 y 250, 7 entre 51 y 100, 7 entre 26 y 50, y 29 entre 1 y 25 obreros.

174

Evidentemente, queda mucha *artesanía',* así 90 cesteros en Oñate, un centenar en Zumárraga. Cuatro negociantes en la primera villa y dos en la segunda compran a los artesanos y revenden. Un paso más se da con la creación de manufacturas de muebles de junco y mimbre: el trabajo se hace a mano y los obreros son concentrados en la «fabrica»; desde 1885 se han extendido estas actividades, por Azpeitia (150 obreros), Zumárraga (8 talleres, el principal con 100 obreros). Deva, Motrico, Beasain, Oñate y otros. Las fábricas de *muebles* de madera, con maquinaria movida a la electricidad,

suponen ya una mayor complejidad, aunque sigan ligadas al bosque y al mercado locales: con un máximo de 20 obreros por empresa, la mayoría entre 5 y 10, capitales locales e incluso asociaciones entre primitivos obreros, se concentran sobre todo en Zarauz (12 fábricas) y Azpeitia (14).

Las *papeleras* tienen mayor envergadura; en ellas se concentraba el 13 por ciento de la mano de obra provincial. Primitivamente usaban trapos como materia prima, luego pasta de madera desde 1870-1880, madera importada desde Escandinavia por el puerto de Pasajes; la maquinaria hidráulica se usaba desde 1850, pero hasta 1890 sólo existían cinco fábricas, en Tolosa. En 1892 se produce una crisis importante, de la que se sale con bastante dinámica; la guerra 1914-1918 favorece las ventas y coincide con amplias ganancias. De hecho, al final del período que estudiamos había más de 30 empresas; en 1915 reunían ya 2.465 obreros, de los que el 57 por ciento en Tolosa. Grandes empresas y una asociación con la oligarquía y las tendencias monopolistas van a caracterizar este sector: la media de obreros por fábrica era de 72 (1915), y dos Sociedades principales controlaban directamente las principales fábricas (2 fábricas con 209 obreros una; tres fábricas, con más de 1.000 obreros, la otra).

En Vergara se juntaban 700 obreros de los 1.100 que en la provincia se dedicaban a fabricar los robustos tejidos azules para «buzos» obreros. El hilo venía, sobre todo, de Cataluña; el mercado estaba directamente ligado al desarrollo local del proletariado, y como es natural, las fábricas se desarrollan sobre todo desde 1895. Asimismo, fábricas de *alpargatas* aparecen en Azcoitia (4 con 600 obreros en 1910, más dos hiladuras de yute con cerca de 1.000 obreros), en Azpeitia y en Zumárraga, más bastantes trabajadores a domicilio. Ligado al auge demográfico y de la construcción, asistimos al desarrollo de *tejerías* y fábricas de ladrillos, dispersas y de poco capital y mano de obra; la industria del *cemento* por el contrario, desarrollada en Cestona y a las puertas de San Sebastián, reúne 200 obreros en la fábrica cercana a la capital y exporta bastante a Sudamérica. Nos queda, por último, la *metalurgia.* En Vergara y Mondragón el complejo Altos Hornos-Unión Cerrajera es una verdadera empresa capitalista, pero su base obrera, de origen local, sigue viviendo en caseríos y participando en sus labores, mientras que más de un centenar de personas hacen trabajo a domicilio en

actividades complementarias. Sin embargo, los obreros de fábrica crecen: 750 en Mondragón en 1910, 1.150 en 1922. La metalurgia

ligera, dispersa por la provincia, con 140 establecimientos en 1915 y una media de 41 obreros por empresa (cerca de 6.000 obreros), se completaba con un número difícil de determinar de obreros a domicilio. En Eibar, donde sus 105 fábricas reunían 4.000 obreros especializados sobre todo en las armas, es donde más claro aparecen estas características de dispersión, trabajo a domicilio, contractos estrechos con la cultura tradicional e incluso ocultación de la extracción de plusvalía mediante el trabajo de los patronos o la relativa independencia de los especializados. Dentro de esta metalurgia ligera, buena parte de las actividades se ligaban asimismo al mercado local: arados en Legazpia y Oñate, clavos para herraduras en Tolosa, ballenas de paraguas en Oñate, motores para barcas de pesca en Zumaya, como ejemplos. Otras trabajaban para la exportación, como las fábricas de armas de Eibar, Placencia y Zumárraga. En general son empresas pequeñas: la de Beasain, fabricante de material ferroviario para todo el Estado español, usando metal que le llegaba de Bilbao, y con una plantilla de 1.800 obreros en 1915, era una excepción tanto por su tamaño como por su mercado y su aprovisionamiento de materia prima.

175

-ALAVA: Esta provincia continúa siendo predominantemente agraria: sobre sus 184.176 habitantes de 1930 tan sólo unos 8.000 eran obreros; la mayor parte de las empresas son de pequeño tamaño y de gestión individual o familiar. La burguesía local, que había creado en 1900 el Banco de Vitoria, se repartía en multitud de talleres y pequeñas fábricas dispersas, sobre todo en la *metalurgia* y la *madera* y el *mueble.* La fábrica principal era la de Ajuria, de aperos de labranza, que recibía su metal de Bilbao y algo de las forjas de Araya y poseía un mercado extendido fuera de las provincias vascas; Aranzábal era también una empresa metalúrgica relativamente importante.

Este proletariado se concentraba casi exclusivamente en la capital, en *Vitoria.* El resto de la provincia estaba prácticamente virgen de industria: las forjas de *Araya,* situadas en pleno monte y con dos hornos de carbón de madera, aprovisionadas mediante carros, aparecen ya como condenadas; *Llodio,* cabeza del Alto Nervión y en plena zona de influencia vizcaína, sólo cuenta a principios de siglo con pequeñas fábricas de aguardientes, tejas, ladrillos y producción mecánica; su despegue industrial, que le va a dar su fisonomía actual, no se inicia hasta 1935, con la creación de Vidrierías de Llodio

(Villosa).

176

-NAVARRA: Al iniciarse el moderno desarrollo industrial centrado en Vizcaya para la gran industria y disperso para la mediana y pequeña por Guipúzcoa y Vizcaya, Navarra se encontró con una doble marginación: la debida a su relativa situación extrínseca por razones geográficas y de comunicaciones, y la causada por la política de la Diputación Foral, en manos de la oligarquía agraria y sin ningún deseo de facilitar el desarrollo industrial.

En 1900 los tres cuartos de los navarros vivían en núcleos rurales de población; sólo un 4 por ciento se ocupaba en la industria, porcentaje que en *Pamplona* era tan sólo del 11,7 por ciento. La capital era el centro administrativo, comercial y militar de una provincia agraria. Algo de industria existía en *Estella,* así como en la *Ribera,* tratándose en ambos casos de transformaciones simples de productos locales, como azucareras y conserveras.

El desarrollo industrial en las provincias vecinas y la creación de una red ferroviaria de vía estrecha que une a Navarra con ellas, posee, más tarde, una incidencia sobre las actividades industriales. Las herrerías de *Leitza,* con métodos tradicionales, fabrican hachas con hierro traído de Tolosa y San Sebastián; en los hornos de *Vera*, el mineral viene de Lesaca e Irún; la guerra 1914-1918, al aumentar las necesidades de la industria bilbaína, da un sólido empujón a los hornos de *Alsasua* y *Olazagutia;* durante todo el primer tercio de siglo y en especial durante la Gran Guerra, el carbón de madera de las montañas navarras, desde Leiza y Lecumberri, surte a la industria de Mondragón, Beasain, Vergara y Begoña.

Hacia 1920 Pamplona queda unida a San Sebastián por ferrocarril, y Estella a Vitoria y, a través de ésta, al valle del Deva y al eje de Bilbao-San Sebastián. Desde esta fecha, en *Estella* aparece una nueva industria ligada al ferrocarril y a la electricidad; las técnicas artesanales predominan, pero las actividades se diversifican, alcanzando al textil, la alimentación, los curtidos, las serrerías y otras. Las primeras mecanizaciones no se harán hasta justo antes de la guerra.

177

Hagamos notar que es precisamente en las zonas mencionadas donde se desarrollara el nacionalismo vasco en Navarra. Pese a todo, la debilidad numérica y estructural de la clase obrera es evidente.

Creo que, pese a la insuficiencia de las fuentes estadísticas, se puede

afirmar sin temor a equivocarse que ese proletariado de origen directo vasco, disperso en multitud de empresas de carácter local y en contacto estrecho con una civilización tradicional en crisis pero viva y presente, existe y se desarrolla en este primer tercio del siglo XIX. Las relaciones entre ellos y sus patronos, muchos de los cuales han sido o bien pequeños jautxos (miembros, pues, de la comunidad étnico-política base del carlismo), o bien compañeros de una misma primitiva condición campesina o proletaria, estarían probablemente teñidas de «fraternidad» y «paternalismo», acentuadas por la lengua común, la participación en un sistema cultura muy parecido y la marginación de todo el pueblo vasco[182].

178

Aparte de este amplio sector, los especializados y los empleados de las grandes empresas, sobre todo en la zona bilbaína, van a formar el grupo más concentrado y más activo del proletariado nacionalista. Para los primeros, dispersos en una sociedad vasca, su adscripción al vasquismo e incluso al nacionalismo va a ser un corolario de una situación global sentida como una evolución natural de sus propios pueblos; para los segundos, habrá que batallar cara a la oligarquía y clara a la emigración «roja», afirmando su condición de vascos en medio de tal batalla.

La única gran empresa nacionalista sobre la que hemos podido recoger informaciones para aclarar la cocina interna del interclasismo y del paternalismo ha sido «Euskalduna», propiedad de Sota. Sota

---

[182] Además, en Guipúzcoa la lucha de clases no tuvo manifestaciones muy agudas en esta primera época de expansión nacionalista. La larga huelga de «Sarasqueta y Cía.» en Eibar de 1906 ocurre en pleno enclave socialista; la de 1907 en la CAF de Beasain en el seno de una gran empresa. Las huelgas efectuadas en empresas ligadas a la burguesía local y al naciente proletariado autóctono son escasas: Tolosa, Irún, Pasajes, San Sebastián, Rentería, Eibar, Mondragón, conocen movimientos de amplitud y resultados diversos, donde la patronal se suele mostrar intransigente y segura de sí misma, con buena conciencia de «benefactora calumniada».
Más tarde, en 1917-1923, la conflictividad es ya bastante intensa, sobre todo entre 1918 y 1920. Especialmente duras serán las luchas de la CAF en 1917, la huelga de los tranvías San Sebastián-Tolosa en 1920 y, en este año, la del calzado en Azpeitia; en 1921 hay que señalar la de la Papelera Española y la de los alpargateros de Azcoitia en 1922. Recordemos que ya antes habíamos calificado a unos cuantos de los industriales de Azcoitia como «Integristas», ya que se decía que ellos sostenían y financiaban a esta rama del carlismo: por lo que parece, en las elecciones de 1913 dieron cerca de 200.000 pesetas a la organización, compraron votos, amenazaron con echar de la fábrica a los obreros que no votaran a sus candidaturas, y se aseguraron una sólida reputación de caciques. En esta última época de luchas, las empresas practicaron habitualmente el «lock-out», las sanciones y la no readmisión.
De todos modos, hasta 1917 el número anual de huelguistas fue siempre inferior a mil por año (ver Cillán Apalategui, op. cit„ pág, Í43). No parece excesivo afirmar que hasta la época 1917-1923 hubo una cierta «armonía» entre obreros y patronos dentro de la industria no oligárquica y que, tal vez, las actitudes más duras dentro de ésta corresponderían al sector carlista de la patronal. Habría así una situación favorable a la ideología interclasista que estamos comentando.

creó una casa-retiro para sus marinos, un buque-escuela para la formación de sus propios oficiales, un pequeño sanatorio antituberculoso en la campa de Arraba (Gorbea), y otras iniciativas de este tipo. Sus propios negocios, que sobre todo en la época de la Gran Guerra marchaban viento en popa, le permitían una mayor flexibilidad cara a los obreros que la de los oligarcas: sus éxitos económicos eran motivo de bonificaciones para los trabajadores. Así, la botadura del «Artagan-Mendi» el 9 de junio de 1917, donde por primera vez abandona la técnica del dique seco, coincide con un regalo de cinco pesetas a cada obrero y con un nuevo aumento de salarios del 15 por ciento, con lo que la Compañía había concedido espontáneamente un aumento del 40 por ciento para compensar la carestía de la vida. Evidentemente, hay vítores obreros para Sota.

Esta política de relativo buen trato, iniciativas de tipo educativo y asistencial y evitación de tensiones por desfase de los salarios, eran tan sólo posible en cuanto que los beneficios eran sustanciosos. Esta fue la situación de Sota y su equipo entre 1900 y 1917, época, como ya se ha señalado, del triunfo burgués en el nacionalismo. Además, esta política se ejercía sobre un personal seleccionado: directores, ingenieros, capitanes, eran vascos y nacionalistas; la mayoría del personal cualificado igualmente; de hecho, entre los obreros la mayoría estaba sindicada en Solidaridad de Obreros Vascos y la minoría en la UGT. De este modo, solidaridad nacional, interclasismo y paternalismo poseían las mejores condiciones para actuar conjuntamente.

179

Pero la crisis económica del final de la Gran Guerra alcanza también a los obreros de «Euskalduna». En agosto de 1917, sus trabajadores apoyan la huelga revolucionaria, pero con reticencias: al ser aplastada por el Ejército, los obreros firman una solicitud «pidiendo al señor Sota que abra las puertas, porque quieren volver al trabajo». Y el 23 de diciembre hacen un homenaje a su patrono. Sin embargo, en agosto el director de «Euskalduna», Mendiguren, fue víctima de un atentado frustrado.

Sin duda, el interclasismo llevado a sus últimas consecuencias se vuelve una postura de esquiroles: los obreros de «Euskalduna» tendrán también que pasar por este aro. En 1921, con motivo de una huelga en los «Astilleros Ardanaz», los obreros nacionalistas de «Euskalduna» van a aquellos astilleros a efectuar una botadura: a la vuelta, hay un tiroteo provocado por los socialistas.

Digamos, pues, que el ejemplo concreto de «Euskalduna» muestra las

condiciones de afiliación de los obreros vascos a un nacionalismo interclasista, dirigido en última instancia por la burguesía local. Otra descripción habría de aplicarse a los nacionalistas obreros y empleados de la gran industria oligárquica, pero desdichadamente carecemos hoy en día de ningún estudio sobre este sector.

5. La primera significación de ELA-STV

Evidentemente, la historia de la clase obrera vasca no se identifica totalmente con la de ELA-STV, ni tampoco puede decirse que ésta represente a toda la clase obrera nacionalista. Ni todos los obreros de esta ideología entraron en este sindicato, ni todos los que en él militaban eran obreros. Conforme a la voluntad de los propios solidarios, el concepto «trabajador» recibe a una amplia serie de categorías sociales, y en el caso concreto de ELA-STV los empleados forman un amplio sector. Sea como sea, la clase obrera no es sino la fracción más destacada de las modernas clases trabajadoras, y esa última consideración sobre su base no invalida a ELA-STV como representante de buena parte de los asalariados vascos dentro de la moderna civilización industrial.

De todos modos, por falta de materiales de base, historiar el movimiento obrero nacionalista anterior a 1923 ha de limitarse a hablar, y poco, de ELA-STV. Ya hemos citado casos de patriotas (más o menos patriotas) dentro del socialismo, como Meabe y Madinabeitia: la conclusión es que, pese a la tendencia actual de recuperar demagógicamente estas figuras, su vasquismo no se tradujo en una operatividad política patriótica.

180

Limitados así a ELA-STV, nos encontramos con que su historia nos es poco conocida. Aún no se le ha dedicado ningún trabajo monográfico de importancia. Las referencias en el libro del Padre García Nieto[183] son incompletas; el artículo de García Venero en la *Revista del Trabajó*[184] es incluso incorrecto. Aparte de las referencias dispersas en la prensa del PNV y de la propia ELA-STV, el único documento preciso, y de primera mano, es la obra del Padre Policarpo de

[183] *El sindicalismo católico en España. Notas sobre su origen y evolución hasta 1 936.* 1960.
[184] *La Solidaridad de Obreros Vascos (1911-1937),* R. del T., nº 8, páginas 3-21. El cambio de nombre de SOV a STV se dio en 1933.

Larrañaga recién publicada[185]. Pero así y todo se trata de un testimonio interesado, dado por un protagonista principal de los hechos, y que tendría necesidad de una confrontación crítica con otras fuentes. Sea como sea, es hoy el principal texto, y lo que escribimos a continuación tiene que limitarse en muchas ocasiones a glosarlo.

Sobre el estado de espíritu de los primeros solidarios, disponemos del precioso testimonio de Manu Robles-Aranguiz, quien nos dice:

> «A partir de aquí (de la época de Sabino Arana), el movimiento obrero socialista que hasta entonces se había conducido tan brillantemente, limitado por exclusivo a la defensa de los intereses del trabajador, se suma también a dicha campaña antivasca y traspasando los límites de lucha contra los capitalistas explotadores, unido a ellos con más o menos discreción, se encara también violentamente contra cuanto representa el alma vasca y sin respeto a las cualidades antropológicas del vasco, de las que el movimiento obrero socialista hace befa; sin respeto al profundo sentimiento religioso; sin r espeto a nuestro idioma, al que ridiculiza; en fin, con desprecio y persecución a todo lo vasco se distingue en molestar y perjudicar a todo obrero vasco que no forme parte de su movimiento, consiguiendo, incluso, de ciertas importantes factorías siderometalúrgicas el control de admisión de obreros, por el que niega el derecho al trabajo en su propia patria a muchos de sus hijos.
>
> 181
>
> En estas condiciones de existencia de la vida social de nuestro pueblo, en 1909 se inicia la creación de Solidaridad de Obreros Vascos, la que dos años más tarde, en junio de 1911, nace a la vida sindical. En diciembre de este mismo año Araba establece en Vitoria una Agrupación de-Obreros Vascos; pero Vitoria la combate con tal violencia y tales medios que aquella fenece justamente al año de su nacimiento. Sin embargo, esta derrota en Araba es compensada con el nacimiento, en igual fecha, 30 de diciembre de 1912, con la fundación de la primera Agrupación en Soraluze (Placencia de las Armas), a la que siguen las Agrupaciones de Eibar, Bergara, Anzuola, Elgóibar, Elgueta, Zumárraga, Beasain, Azkoitia, Oñate, Donostia, Tolosa, etc. Nabarra lo intenta; pero la general oposición de Iruña detiene el desarrollo de su embrión, consiguiéndolo desarrollar algo más después.»[186]

La ideología nacionalista, ya en el propio Sabino de Arana había

---

[185] Ver nota 157 de este capítulo. Terminada la redacción de este capítulo, ha aparecido un artículo de Idoia Estomés, «La formación de un proletariado». Triunfo 786, 18-2-1978, En él, como podía esperarse por la personalidad de la autora, se insiste sobre todo en las actividades antioligárquicas y reivindicativas de la primera ELA-SOV.

[186] Discurso en el Homenaje que se le tributa en octubre de 1973. Número especial de *Lan-Deya,* págs. 61 y 62.

claramente identificado la liberación nacional con la justicia social. La sociedad vasca era, según esta ideología, sustancialmente igualitaria y democrática; la injusticia social existente era debida a la influencia extranjerizadora. Por ello, la vuelta a las prístinas esencias vascas que se daría con la libertad nacional era condición necesaria y, casi, suficiente para abolir tales injusticias. El socialismo aparecía así no sólo como extranjerizador y subversivo, sino como innecesario a la hora de conseguir la liberación de las clases trabajadoras. El texto de Arana es archiconocido; su interés está más aún en que Larrañaga lo repite, aceptándolo de manera acrítica, en 1936:[187]

> «Para que la igualdad y la justicia s e realicen en la sociedad vasca, no es preciso recurrir al socialismo, que no podrá conseguirlo. Esos sagrados nombres están indeleblemente esculpidos en la historia de nuestra raza, en la doctrina de nuestros padres, en la bandera nacionalista.» [188]

Un patriota ardiente y sincero podía creer, pues, que la vuelta al estado anterior a 1836 ahorraría al País las desigualdades capitalistas y la revolución social. La prensa nacionalista de la primera década del siglo XX abunda en artículos de condena al socialismo, por extraño al País, anticatólico y liquidador del orden social. Ya en 1909 se crea por el Centro Vasco en Alonsótegui una Sociedad de Socorros Mutuos, con ayudas por casos de enfermedad o fallecimiento, abierta a obreros y patronos. Estas opciones ideológicas y estas posturas interclasistas corresponden al cambio social ocurrido en el País, y al contenido popular de un nacionalismo cada vez más vehiculado por la burguesía local: aspectos ya comentados en apartados anteriores y que no desarrollaremos aquí

182

Ahora bien esta vehiculización burguesa va a obligar al movimiento obrero nacionalista a ser especialmente antisocialista. Mientras que en el frente antioligárquico la acción política se concretaba, sobre todo, en la lucha electoral, en el frente antisocialista va a haber que tomar posturas mucho más a ras de tierra, en los propios tajos y en función de los conflictos y de las huelgas. Ya un suelto de *Bizkaitarra* sobre la huelga de 1910 indica el triste papel que la burguesía local reserva al sindicalismo nacionalista:

> «El remedio de todos estos males —sólo la Diputación pierde con esta huelga cientos de miles de pesetas— sólo podría hallarse, hoy por hoy, si la gente adinerada apoyase el proyecto de sociedades de obreros vascos,

[187] Op. cit., pág. 42.
[188] Op. cit., pág. 25.

> que ha tiempo persigue el partido nacionalista vasco y que no ha de tardarse mucho tiempo sin que se trate de llevarlo a la práctica.»[189]

«Emancipar a la clase obrera vasca de la tutela socialista» se convierte así en el objetivo básico de las organizaciones obreras que quiere montar el nacionalismo. Y así, el 11 de junio de 1910 se aprueban los estatutos de lo que será Solidaridad de Obreros Vascos. A los dos días de su fundación reúne 178 miembros: para serlo se exigía que uno de los cuatro primeros apellidos fuese vasco, lo que reducía enormemente la posibilidad de integrar a los emigrantes[190]. Acusada de «amarilla» por los socialistas, SOV inicia pronto lo que Larrañaga describe como una lucha en dos frentes:

> «En 1912, verdadera prueba par a Solidaridad, pues tuvo que luchar simultáneamente en dos frentes, al parecer, antitéticos, pero que para destrozar a los obreros vascos se entienden perfectamente. De un lado el socialismo (...); y del otro lado, el gran capitalismo, furiosamente centralista y antivasco.»[191]

183

En la práctica, en los años entre 1910 y 1920 hay un trasvase de afiliados desde los Sindicatos Católicos a ELA-SOV. Así ocurre en Mondragón y Azpeitia, sitios donde el propio Larrañaga gozaba de gran influencia. En 1916 hay 19 agrupaciones solidarias en Vizcaya y 7 en Guipúzcoa. No se trata del típico movimiento amarillo al servicio del gran capital: el aspecto antioligárquico de la lucha, el enfrentamiento con los patronos no nacionalistas, le dan características de lucha reivindicativa bastante importantes. Pero la mediatización por la burguesía local es notoria, y muchas actuaciones se parecen mucho al amarillismo. En efecto, ELA-SOV no hacía política, se limitaba, según sus estatutos, al campo social, y dejaba en libertad a sus afiliados de apoyar a quien quisieran, indicando sus preferencias por una línea precisa, patriótica, que no era otra que la del PNV. Así, la mediación a que hemos hecho referencia se realizaba plenamente: estatutariamente, el sindicato de los obreros vascos definía y establecía que el terreno político era terreno vedado para que en él sólo actuase el partido de la burguesía local.

En este contexto, la huelga revolucionaria de 1917 va a ser una

---

[189] Citado por P. Larrañaga, op. cit., pág. 37.
[190] En realidad, dada la doctrina nacionalista, es de suponer que el problema práctico de emigrantes que quisieran afiliarse no se produciría muy a menudo...
[191] Op. cit., pág. 53.

prueba del fuego para Solidaridad. Larrañaga describe así la actitud de su organización:

> «Fue un momento muy difícil para Solidaridad porque los conflictos sociales se mezclaron con movimientos autonomistas, y ambos fueron aprovechados por elementos revolucionarios para desviar de sus cauces naturales a aquéllos. Los solidarios, y con ellos los obreros católicos, adoptaron la única postura que les era permitido: la de retirarse de las luchas sociales, mientras durase ese período caótico: socorrer y asistir a sus forzosamente parados, y gestionar, luego, una digna solución de los problemas pendientes de sus afiliados.»[192]

Mas concretamente, los solidarios de Guipúzcoa estimaron que

> «los móviles y la finalidad del movimiento eran de carácter político revolucionario y no beneficiaba a los obreros, acordando no secundar el paro. Este valioso gesto desconcertó a los metalúrgicos ugetistas, e hizo fracasar la huelga en Beasain.»[193]

184

Actitud que, desde el punto de vista de la solidaridad de clase es muy poco digna de alabanza, pero que desde la óptica de una organización pensada sobre todo para el bienestar y la ayuda de y a los afiliados, metida dentro del auge general de la mentalidad nacionalista interclasista, no deja de ser atractiva para muchos trabajadores. De hecho, la organización crece y en 1918 hay ya 17 agrupaciones en Bilbao y 19 en la provincia de Vizcaya, concentradas en las cuencas del Nervión y del Ibaizábal.

El enfrentamiento con los socialistas toma todas las formas: desde la alianza con los Sindicatos Católicos en 1919 con el fin de pedir la jornada de ocho horas desde una plataforma propia, hasta los enfrentamientos físicos y los muertos de 1920. Sin embargo, todos los afiliados a SOV no adoptaban esta actitud: ya en 1916 solidarios y ugetistas unidos protagonizaron un plante común de tipógrafos en los talleres del periódico *Euzkadi,* y en plena crisis, en 1920, hubo expulsiones y desautorizaciones de miembros de Solidaridad que no aceptaban el abstencionismo de su organización ante los graves conflictos existentes[194]. Se trata de casos aislados, pero que son ya

---

[192] Ibid., pág. 65.
[193] Ibíd., pág. 69.
[194] Habría que conocer otras fuentes que Larrañaga sobre estos disidentes. Su libro, como el de Aguirre *Entre la libertad y la revolución,* parecen destinados a subrayar el carácter contrarrevolucionario del PNV, y por ello son susceptibles de minimizar lo que dentro del propio

márgenes de la postura de clase independiente que llegará a desarrollar el movimiento obrero patriótico.

Ahora bien, a partir de 1921 estamos ya en plena época de colaboración entre oligarcas y socialistas. El frente principal de los solidarios va a ir ya directamente contra esta alianza, convertida en enemiga declarada del nacionalismo. Y así veremos como en Altos Hornos la UGT se pone al lado de la patronal mientras que SOV está en contra. Esto no impide que la postura contrarrevolucionaria persista: SOV no se suma a la huelga general de 1921, y romperá, junto a la UGT, la huelga general decretada por comunistas y libertarios en la zona minera en 1922; asimismo, se opone a todas las demás centrales que defienden una huelga en la metalurgia para el 16 de marzo de este año, y decretó la continuación del trabajo cuando los comunistas hicieron saltar en octubre una huelga general con motivo de juicio contra los presuntos asesinos del gerente de Altos Hornos, continuación del trabajo que, en varios sitios se hizo bajo la protección de la Guardia Civil.

185

En general, podemos concluir que pese a la importancia significativa de SOV, puesto que su existencia traduce la de un proletariado nacional, su mediatización por la burguesía local se traduce en un conjunto de posturas contrarrevolucionarias. No se opone sólo al españolismo socialista, sino a la agudización de la lucha de clases, a su extensión. Las mejoras reales conseguidas para sus afiliados, su doble plano de anticapitalismo en lo que a la oligarquía respecta y colaboración de clases cara a la burguesía nacionalista, no puede hacernos olvidar que su historia traduce, en grado bien claro, la de la mediación nefasta de la burguesía local sobre los trabajadores vascos.

---

nacionalismo había de subversivo.